LA HISTORIA DE ABUELAS
30 AÑOS DE BÚSQUEDA

Abuelas de Plaza de Mayo

IDENTIDAD · FAMILIA · LIBERTAD

ABUELAS DE PLAZA DE MAYO

30 AÑOS 1977-2007

Este libro fue financiado por el Ministerio de Relaciones Exteriores de Italia.
Su contenido es responsabilidad exclusiva de Abuelas de Plaza de Mayo.

LA HISTORIA DE ABUELAS
30 AÑOS DE BÚSQUEDA

Abuelas de Plaza de Mayo

ABUELAS DE PLAZA DE MAYO
Virrey Cevallos 592 PB1 (CP 1097)
Tel. 0800-222-2285 / 4384-0983
abuelas@abuelas.org.ar
www.abuelas.org.ar
www.redxlaidentidad.org.ar

ARCHIVO BIOGRÁFICO FAMILIAR DE
ABUELAS DE PLAZA DE MAYO
Corrientes 3284 4° H
Tel. 4864-3475 / 4867-1212
archivo@abuelas.org.ar

CENTRO DE ATENCIÓN POR
EL DERECHO A LA IDENTIDAD
Gurruchaga 1079
Tel. 4899-2223 / 4899-2228
identidadpsi@abuelas.org.ar

CONADI
25 de Mayo 552, 2° piso
Tel. 4312-6648
conadi@jus.gov.ar
www.conadi.jus.gov.ar

FILIAL DE ABUELAS LA PLATA
Calle 8 N° 835, Galería Williams,
Piso 6 Oficina 1 (CP.1900)
Tel. (0221) 425-7907
laplata@abuelas.org.ar

FILAL DE ABUELAS MAR DEL PLATA
Bolivar 3053 7° D, edificio "Tango"
Tel. (0223) 496-3029
abuelmardel@abuelas.org.ar

FILIAL DE ABUELAS ROSARIO
Calle Moreno 248
Tel. (0341) 472-1466/472-1467
int. 114
rosario@abuelas.org.ar

FILIAL DE ABUELAS CÓRDOBA
Duarte Quirós 545, piso 3, dpto. C,
Edificio "El Foro" (CP 5000)
Tel.Fax. (0351) 421-4408
abuelascordoba@gmail.com

FILIAL DE ABUELAS AYACUCHO
Almirante Brown 514

EDITOR RESPONSABLE
Abel Madariaga

COORDINACIÓN GENERAL
Clarisa E. Veiga

REDACCIÓN
Clarisa E. Veiga
Guillermo Wulff

ASISTENTE DE REDACCIÓN
Luciana Guglielmo

INVESTIGACIÓN Y PRODUCCIÓN
Clarisa E. Veiga
Guillermo Wulff
Luciana Guglielmo
María Laura Rodríguez

CORRECCIÓN
María Laura Rodríguez
Alicia E. Farina

ILUSTRADORES
Lucas Nine
Martín Kovensky
Pablo Bernasconi
Daniel Roldán
Mirian Luchetto
Mariano Lucano

FOTOGRAFÍAS
Paula Sansone
Damián Neustadt
Archivo Abuelas de Plaza de Mayo
y otros que cedieron su trabajo

DISEÑO INTERIOR
Diego Gorzalczany

DISEÑO DE TAPA
Bárbara Linares

ISBN 978-987-23866-2-7

Índice

Prólogo ... 13

Presentación ... 15

Capítulo 1 (1977-1980)
Dictadura, represión y apropiación ... 19

Capítulo 2 (1981-1983)
Reconocimiento internacional del genocidio ... 43

Capítulo 3 (1984-1989)
Democracia y desilusión ... 59

Capítulo 4 (1990-1996)
La falta de justicia ... 91

Capítulo 5 (1997-2002)
Los jóvenes son convocados ... 117

Capítulo 6 (2003-2007)
La masificación de las presentaciones espontáneas ... 165

Prólogo

No es fácil desandar en estas páginas el contenido de los segundos, minutos, horas, días y años caminados por estas mujeres que el mundo bautizó “Abuelas de Plaza de Mayo”. Treinta años de abrir inéditos y desconocidos caminos no podemos dimensionarlos sino cuando serenamente miramos hacia atrás y el pasado se nos agolpa en la memoria.

Nacimos convocadas de manera individual por una feroz dictadura que imprimió el método del secuestro de personas para acallar sus voces. Y nos arrebató a los hijos y a los hijos de nuestros hijos.

Dos generaciones para la búsqueda llena de miedos, desconocimientos, soledad. Cada una de nosotras inició su propia senda en el tiempo, día, hora fijado por los desaparecedores.

Ya en octubre de 1977 doce mujeres con esa doble lucha se habían encontrado y unido sus manos para inventar estrategias y desterrar lo individual.

Cada una aportó lo que sabía y la herida como historia personal. La sorpresa fue que habíamos gestado y criado hijos con una personalidad de grandeza y entrega por la liberación de nuestro pueblo. Al desgranar nuestras propias historias todas tenían un denominador común: el compromiso militante y generoso de nuestros hijos e hijas.

Y empecinadamente fuimos desafiando los peligros, las incomprensiones, la marginación. Hicimos docencia para que la sociedad entendiera que la dictadura militar nos tocó a todos.

Hoy, treinta años después, tenemos el consenso social por nuestra legítima lucha. El reconocimiento nacional e internacional en la búsqueda de nuestros niños robados que generó además la defensa de todos los derechos de los niños del planeta.

Muchos generosos amigos nos llaman “abridoras de caminos” desta-

cando el aporte que dimos a la ciencia de la genética, de la psicología, de la jurisprudencia.

Quizá tienen razón en sus elogios. Lo que sí debemos reconocer como un mérito nacido del amor a nuestra prole es que decenas de los nietos robados recuperaron sus derechos violentados iniciando el camino de su libertad con su propio nombre, historia y familia. Verlos crecer, sentirlos cerca, acompañar sus vidas es el mejor premio para cada Abuela.

Este libro que hoy nace es una devolución a la sociedad que nos acompaña haciendo posible cada encuentro.

Su lectura fortalecerá convicciones y seguramente demostrará que hoy ya nadie puede oponerse, al menos públicamente, a la restitución de la identidad de los niños desaparecidos.

Estela Barnes de Carlotto
Presidenta de Abuelas de Plaza de Mayo

Presentación

Esta es una de las posibles maneras de contar la historia de Abuelas de Plaza de Mayo. Intentamos hacer un recorrido detallado de estos 30 años de lucha y búsqueda que emprendieron las Abuelas en octubre de 1977 y que, aún hoy, continúan transitando. Un camino que comenzó con una búsqueda individual pero que, con el paso del tiempo, se fue transformando en una búsqueda conjunta y solidaria, a la que mucho después se sumó parte de la sociedad.

A través de las voces de los protagonistas[1], así como también de quienes estuvieron cerca de ellos, intentamos reconstruir la historia de una asociación, que es a la vez una parte de la historia de nuestro país todavía irresuelta.

La historia de Abuelas. Treinta años de búsqueda surgió como una necesidad de completar el trabajo que ya habían realizado Matilde Herrera y Ernesto Tenembaum *con Identidad, despojo y restitución;* y Julio Nosiglia con *Botín de Guerra,* a treinta años del nacimiento de la institución. Así, el área de difusión de Abuelas, con la ayuda de jóvenes colaboradores y la coordinación y el apoyo de Abel Madariaga, pudo dar forma a esta historia que da cuenta del valeroso trabajo de estas mujeres que, a 30 años de su formación, no sólo lograron recuperar a más de 80 de sus nietos apropiados por el terrorismo de Estado, sino que brindaron a la comunidad nacional e internacional los marcos legales y culturales para que este delito no se repita en ningún lugar del mundo.

En los años 70 los niños eran apartados de su familia biológica por razones políticas. Hoy ese delito se sigue cometiendo por razones económicas. Los hijos de desaparecidos y los hijos de mamás en estado de indefensión social comparten similares mecanismos de despojo: se les arrebata la identidad y se los trata como objetos. Por ellos también trabajan las Abuelas.

En sus inagotables estrategias para encontrar a los hijos de sus hijos fueron brindando múltiples avances para toda la sociedad (el "índice de Abuelidad", los artículos 7, 8 y 11 de la Convención de los Derechos del Niño, los avances en la genética forense, entre otros). A pesar de todo, aún falta recuperar a más de 400 nietos apropiados.

Por eso, además de realizar un recorrido que da cuenta de la magnitud de la labor que emprendieron las Abuelas y de la legitimidad que cobró su búsqueda en estas tres décadas, deseamos que este trabajo contribuya a generar el compromiso en aquellos que aún no reparan en que la búsqueda de las Abuelas debe ser de toda la sociedad, para que los desaparecidos con vida vuelvan de la oscuridad y así podamos comenzar a pensar un país desde la verdad y la justicia.

1- Con quienes nos disculpamos de antemano, ya que seguramente muchos de ellos y sus colaboradores cercanos falten ser mencionados, pero tamaña historia resulta difícil de abarcar.



Ilustración: Lucas Nine

Capítulo 1 (1977-1980)
Dictadura, represión y apropiación*

Hacía ya seis meses que las Madres de Plaza de Mayo habían convertido la orden policial de "circular" en "la ronda de los jueves", verdadero símbolo de coraje cívico. También habían golpeado muchas puertas: ministerios, cuarteles, comisarías, iglesias, hospitales. La respuesta en todos los casos era un silencio cómplice. Aquel jueves de 1977 una madre se apartó de la ronda y preguntó: "¿Quién está buscando a su nieto, o tiene a su hija o nuera embarazada?". Una a una fueron saliendo. En ese momento, doce madres comprendieron que debían organizarse para buscar a los hijos de sus hijos secuestrados por la dictadura. Ese mismo sábado, 22 de octubre, se juntaron por primera vez para esbozar los lineamientos de su búsqueda e iniciar una lucha colectiva que sigue hasta hoy. Las mujeres se bautizaron como Abuelas Argentinas con Nietitos Desaparecidos, más tarde adoptaron el nombre con que el periodismo internacional las llamaba: Abuelas de Plaza de Mayo.

La dictadura militar, establecida en el país el 24 de marzo de 1976, en poco más de siete años hizo desaparecer por razones políticas a 30.000 personas. Pero además de la "desaparición forzada de personas" sistematizó otro hecho inédito y horroroso: la desaparición de niños secuestrados con sus padres y de bebés nacidos durante el cautiverio de sus madres embarazadas.

Raquel Radío de Marizcurrena, fundadora de Madres y Abuelas –"desgraciadamente", como suele decir–, perdió a su hijo Andrés el día que cumplía 24 años, junto con su esposa Liliana Caimi, que estaba embarazada de cuatro meses. Ambos fueron secuestrados el 11 de octubre del 76. "Le preparamos la fiesta en su casa. A las once de la noche, cuando habíamos terminado de cenar y de cortar la torta, tocaron el timbre. Era la policía. Entraron seis hombres diciendo que buscaban unos libros. Los chicos les mostraron una caja con libros que había dejado un amigo pero los policías respondieron que igual tenían que acompañarlos 'para hacer un careo'. Y cuando se los estaban llevando nos dijeron que nos quedemos tranquilos, 'en dos horas los traemos de vuelta', y se fueron. Yo empecé a llorar a los gritos. '¿Por qué llorás así?', me empezaron a preguntar. Y les dije: 'Porque sé que no van a volver. Ustedes no saben nada, no leen los diarios, no van a volver"[1]. Enseguida Raquel y su consuegra Elida Caimi fueron a hacer la denuncia, pero no se la aceptaron. A la salida de la seccional, un agente las llamó y les sugirió que hicieran un habeas corpus.

Al año siguiente Raquel y 13 mujeres más fundaron Madres de Plaza de Mayo. Ya habían aprendido que el habeas corpus era una acción judicial de amparo por la cual todo detenido tenía derecho a ser llevado ante un juez para que éste resolviera inmediatamente su libertad o su arresto. Empezaron a redactarlos ellas mismas y a presentarlos ante los jueces. Éste fue el primer contacto tanto de las Madres, como de las Abuelas, con la Justicia.

"Comenzamos a reunirnos en espacios públicos para no levantar sospechas: en el Jardín Botánico, en el Zoológico, en algunas iglesias, en confiterías como El Molino o Las Violetas. Recopilábamos documentación y hacíamos firmas conjuntas. Nos poníamos en grupos, separadas por los bancos, y firmábamos. Y todos los jueves empezamos a ir a la Plaza de Mayo", cuenta Raquel en referencia a los primeros encuentros que realizaban las Abuelas. En un principio pensaban que porque eran mujeres no se las iban a llevar, pero se equivocaron. De hecho Raquel estuvo detenida junto con Azucena Villafor –fundadora de Madres que poco después sería secuestrada–, a quien recuerda como "una mujer fantástica"[2].

En octubre del 77 Raquel y el resto de las Abuelas se pusieron a prepa-



Año 1980. La prensa retrata la angustia de Madres y Abuelas. A la derecha, Raquel Radío de Marizcurrena, fundadora de sendas asociaciones.

rar un documento con los casos de niños desaparecidos y mujeres embarazadas para entregarle a Cyrus Vance, secretario de Estado norteamericano, cuya visita a la Argentina estaba prevista para el mes siguiente. Las Madres, por su parte, prepararon un documento con los casos de sus hijos desaparecidos. A partir de la asunción del demócrata James Carter como presidente de los Estados Unidos, el 20 de enero de ese año, se había producido un cambio cualitativo en las relaciones bilaterales entre ambos países. La administración de Carter mostraba interés por esclarecer las violaciones a los derechos humanos practicadas por el autodenominado Proceso de Reorganización Nacional. Vance concurriría a un acto en la Plaza San Martín para colocar un ramo de flores en la estatua del Libertador. Madres y Abuelas querían atravesar la guardia policial y entregarle en mano los documentos. Unas, con sus pañuelos, y otras, con un clavito negro atravesado en la ropa y un pañal de tela en la cabeza (con

el tiempo también sería un pañuelo), esperaron frente a la plaza, en silencio, y a medida que el funcionario se fue acercando comenzaron a gritar pidiendo justicia y reclamando la aparición de sus hijos y sus nietos.

Las mujeres lograron atravesar la seguridad y entregar a Vance los documentos. Una de las que más fuerza hizo para cumplir el objetivo fue Azucena Villaflor, quien tres semanas más tarde, el 10 de diciembre de 1977, fue desaparecida. Dos días antes, como resultado de la infiltración de Alfredo Astiz entre las Madres, habían sido secuestradas Esther Ballestrino de Careaga y María Ponce de Bianco, junto con las monjas francesas de la Congregación Hermanas de las Misiones Extranjeras, Léonie Duquet y Alice Domon, quienes trabajaban en la búsqueda de los desaparecidos. Todas ellas, junto a otros familiares, formaban parte de un conjunto de personas que se reunía en la Iglesia de la Santa Cruz. El grupo fue sorprendido en el templo mientras recaudaba fondos para publicar una solicitada con la lista completa de los detenidos-desaparecidos en el diario *La Prensa*. Luego se sabría que las tres Madres y las religiosas habían sido torturadas y que el 18 de diciembre, en un "vuelo de la muerte", fueron tiradas vivas al mar. "El día que se llevaron a las Madres de la Iglesia de la Santa Cruz –dice Raquel– me salvé por un pelo porque yo no podía ir ese día, entonces firmé antes la solicitada". Los secuestradores también se llevaron el dinero, pero los familiares pudieron juntar nuevamente la plata y la solicitada salió dos días más tarde en el diario *La Prensa* bajo el título "Sólo pedimos la verdad". En la lista fueron agregados los nombres de las cuatro mujeres secuestradas. Fue firmada por 230 personas, entre ellas Astiz, bajo el seudónimo de Gustavo Niño[3]. El 26 de diciembre, el diario Clarín publicó un mensaje navideño del dictador Jorge Rafael Videla: "Usted, señora, usted, señor, que con su esfuerzo cotidiano ha dado muestras más que acabadas de madurez y de comprensión a este proceso. A vos, joven, y a vos, niña, que formás parte de esa espléndida juventud argentina, que es físicamente vital, emotivamente inestable, pero moralmente idealista. A vos también, pequeño, que vivís todavía la alegría de tu inocencia. A todos los convoco bajo el signo de la unión nacional, dentro del ámbito de la familia, frente a frente con

el rostro de ese niño Dios, para que hagamos un examen de nuestras conciencias. Que así sea"[4].

La dictadura desestimaba la existencia de desaparecidos y justificaba sus acciones bajo el argumento de que había una guerra entre dos bandos. Los medios se referían a terroristas a los que sus padres no habían educado bien. Y la sociedad, aterrorizada y desorientada, acuñaba frases como "yo no sé nada" o "algo habrán hecho". Las Abuelas, sin esperanzas de que les entregaran a sus nietos, comenzaron su propia búsqueda y sus reuniones periódicamente. El grupo original de Abuelas estaba compuesto por Raquel Radío de Marizcurrena; Clara Jurado; María Eugenia Cassinelli de García Iruretagoyena; Delia Giovanola de Califano; Haydeé Vallino de Lemos; Alicia "Licha" Zubasnabar de De la Cuadra; Leontina Puebla de Pérez; Beatriz Aicardi de Neuhaus; Eva Márquez de Castillo Barrios; María Isabel "Chicha" Chorobik de Mariani; Vilma Delinda Sesarego de Gutiérrez, y Mirta Acuña de Baravalle. En sus encuentros en sitios públicos trataban de parecer señoras mayores convencionales que tomaban el té. A veces fingían celebrar el cumpleaños de alguna. Elaboraron un código para hablar por teléfono: "el hombre blanco" era el Papa; "cachorros", "cuadernos" y "flores" eran los niños; las "chicas" o las "jóvenes" eran las Madres, y las "viejas" o las "tías viejas" eran ellas mismas. Cuando se reunían en casas particulares tomaban recaudos para no ser descubiertas. Si era en un edificio, se juntaban a la hora de la siesta para no cruzarse con el encargado. Evitaban usar el ascensor por los ruidos, bajaban las persianas y hablaban casi susurrando. Muchas de ellas dejaron de fumar para que el olor no las delatara[5]. "El primer lugar donde empezamos a funcionar fue el departamento que tenían las Madres, quienes nos prestaron una habitación. Estuvimos ahí un tiempo, pero como era muy chica cuando pudimos alquilamos un departamento en Montevideo al 700. Además nos reuníamos en casas de otras Abuelas: en lo de Julia Grandi, cuando ya se había incorporado, en lo de María Eugenia Cassinelli, en lo de Vilma Gutiérrez", cuenta Raquel.

"Yo era muy chica, pero todavía me acuerdo de los habeas corpus y de miles de papeles y fotos conviviendo en la misma mesa con los sándwi-

ches y las tortas cuando se reunían en la galería de arte de mi familia"[6], dice Yamila Grandi, quien junto a su Abuela Julia Grandi siempre buscó a su hermano o hermana. El número de madres en busca de sus hijos y nietos crecía día a día. Se conocían en las comisarías, en los juzgados, en la ronda de los jueves, en las colas del Ministerio del Interior. Precisamente en el Ministerio del Interior Sonia Torres conoció a las Abuelas y se incorporó a la búsqueda. Sonia, la Abuela de Córdoba, había perdido a su hija Silvina Parodi –embarazada de seis meses y medio– y a su yerno Daniel Francisco Orozco, el 26 de marzo de 1976. De inmediato fue a la comisaría y allí recibió el primer "no", que luego se repetiría en todas la oficinas públicas a las que concurriría. Sonia, junto a Otilia Argañaraz de Lescano e Irma Ramaciotti de Molina, iniciaron y mantuvieron a lo largo del tiempo el trabajo de la filial Abuelas de Córdoba. En todo el país había Madres y Abuelas que, lentamente, por el "boca en boca", como dice Raquel, se iban juntando.

En la ciudad de La Plata Licha De la Cuadra hacía tiempo reclamaba por su hijo Roberto José, desaparecido el 2 de agosto de 1976. El 23 de febrero del año siguiente había perdido también a su hija Elena, embarazada de cinco meses. Elena había sido secuestrada en La Plata junto con su compañero Héctor Carlos Baratti Valenti. De ellos pudo saberse que estuvieron detenidos en la Comisaría 5ta. de esa ciudad y que el 16 de junio de 1977 Elena había dado a luz a una beba a la que llamó Ana. Cuatro días después se la quitaron. Licha ya no buscaba a tres seres queridos sino a cuatro. Chicha Mariani, a quien le habían desaparecido a su nuera Diana Teruggi y su nieta de apenas tres meses –Clara Anahí–, se enteró en un juzgado de menores platense de la existencia de otras Abuelas que estaban buscando. Licha recibió en su casa a Chicha y juntas se dieron ánimo y empezaron a convocar a más Abuelas. Meses después se sumó a las Abuelas de La Plata Jorgelina "Coqui" Azzaro de Pereyra, a quien le habían secuestrado a su hija Liliana el 5 de octubre de 1977, embarazada de cinco meses. "Y empezamos todas a buscar por los juzgados, comisarías, ministerios, por todos lados, y así nos íbamos encontrando"[7], cuenta Coqui.

El lugar que las 12 fundadoras habían alquilado quedó chico, pero gracias a una donación del Consejo Mundial de Iglesias, la principal organización ecuménica cristiana internacional, compraron el primer departamento de la Asociación, ubicado en Montevideo 434, en pleno centro porteño. Desde el principio se consolaban unas a otras, contaban sus casos y se alentaban. Eran mujeres diferentes unas de otras a las que unía una búsqueda común más allá de clases sociales, ocupaciones o credos religiosos. Eran mujeres con la "vida armada" que de golpe tenían que enfrentarse a una tragedia inimaginable. "La desaparición de sus hijos y nietos redefinió sus vidas, modificó el sentido de sus vidas. Pero Madres y Abuelas asumieron esta realidad con una entrega extraordinaria. Cuando las vi comenzar a organizarse y a trabajar, pude advertir la valentía y la creatividad de todas ellas"[8], expresa el obispo metodista Aldo Etchegoyen, miembro de la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos (APDH).

La APDH había sido creada en 1975 por un grupo de hombres y mujeres consustanciados con la idea de "promover la real vigencia de los derechos humanos enunciados en la declaración Universal de las Naciones Unidas y en la Constitución Nacional, y contribuir a poner fin al terrorismo de todo signo"[9]. Su reacción ante la violencia y su posicionamiento universalista le valió el apoyo de un espectro político diverso y pluralista. Etchegoyen resalta que con el surgimiento de las Madres y las Abuelas descubrió en toda su potencia el papel de la mujer en la defensa de los derechos humanos: "Tanto unas como otras hicieron honor a ese rol que aún hoy tiene vigencia. El sentido de la maternidad y el sentido de la 'abuelicidad' es un elemento especial que se da en la mujer, y el coraje y la constancia son elementos que se dan en los casos de defensa de la vida".

Lo cierto es que las Abuelas tenían tanto trabajo por delante que no sabían por dónde empezar. Comenzaron con sus primeras labores "detectivescas": una abuela se internó en un sanatorio psiquiátrico para seguir una pista, otra se disfrazó de enfermera, otra incluso llegó a trabajar como empleada doméstica en una casa para estar cerca de una niña. Mientras tanto se pusieron a compilar un listado de nombres con la foto de cada niño y cada mujer embarazada secuestrados. Luego hicieron una

lista de personalidades a quienes presentar los casos. Escribieron una carta dirigida al entonces papa Paulo VI e infinidad de misivas a funcionarios de todos los niveles. Enviaron escritos a la Corte Suprema de Justicia de la Nación, a las Naciones Unidas y a la Cruz Roja. Al mismo tiempo se fueron entrevistando con militares, obispos y líderes políticos. Visitaron todos los juzgados de menores. Tenían la sospecha de que la mayoría de sus nietos habían pasado o pasarían por allí antes de ser adoptados, entregados en guarda o trasladados a institutos. La respuesta de los magistrados, en su gran mayoría, era el desinterés y el rechazo. Más tarde se probaría que muchos de ellos, a sabiendas, habían ignorado los reclamos de las Abuelas y entregado a los niños en adopción sin buscar a sus familias. En 1978, Delia Pons, jueza del Tribunal de Menores N° 1 de Lomas de Zamora, les dijo: "Estoy convencida de que sus hijos eran terroristas, y terrorista es sinónimo de asesino. A los asesinos yo no pienso devolverles los hijos porque no sería justo hacerlo. No tienen derecho a criarlos. Tampoco me voy a pronunciar por la devolución de los niños a ustedes. Es ilógico perturbar a esas criaturas que están en manos de familias decentes que sabrán educarlos como no supieron hacerlo ustedes con sus hijos. Sólo bajo mi cadáver van a obtener la tenencia de esos niños"[10].

Precisamente fue esta jueza quien abandonó a **Emiliano Damián Ginés Scotto**, que tenía apenas 11 meses cuando fuerzas de seguridad atacaron su casa y asesinaron a sus padres, María Ester Scotto y Juan Antonio Ginés. Al pequeño lo dejaron con una familia vecina que lo entregó al tribunal a cargo de Pons, desde donde nunca trataron de localizar a sus familiares. A pesar de conocer su identidad, la jueza envió a Emiliano a la Casa Cuna de La Plata. El niño tenía síndrome de Down y murió 10 meses después tras un retroceso y deterioro progresivos por las deficientes condiciones de salud y ambientales a las que fue sometido.

A pesar de estas actitudes, las Abuelas no tenían miedo: lo peor ya había ocurrido. Y estas Abuelas, que al comienzo se perdían en cualquier tribunal, fueron descifrando los laberintos de la burocracia. Multiplicaron las presentaciones conjuntas y acudieron a las embajadas. Cada vez les resultaba más claro que los militares y los funcionarios cómplices consideraban



Año 1976. Cristina Navajas de Santucho juega con su hijo Camilo. Poco después, embarazada, sería secuestrada. Su madre, Nélida Gómez de Navajas, se sumaría a las Abuelas.

que los hijos de desaparecidos eran "botín de guerra" para entregar a familias vinculadas a las fuerzas represivas. Pero el ingenio de las Abuelas también se iba aguzando con las escasas informaciones a las cuales tenían acceso. "En las rondas de la plaza se acercaban personas que nos preguntaban si éramos 'las Abuelas' y nos pasaban papelitos –recuerda Nélida Navajas–. O te daban una dirección y te decían: 'Es un matrimonio que nunca tuvo hijos y que ahora tiene un bebé'. Y nosotras pasábamos por ese domicilio para investigar. Otras Abuelas simulaban que promocionaban productos para bebés. Tocaban timbre y decían: '¿En esta casa hay un bebé? Porque esto se usa así...'. Así conseguían datos y en algún caso llegaban a ver al nene". Cristina, la hija de Nélida, había sido secuestrada el 13 de julio de 1976. Tenía dos hijos, Camilo y Miguel. Ella y su compañero Julio Santucho pertenecían al Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT). Julio en ese momento se encontraba en Italia y mantenía una fluida correspondencia con su mujer. La noche del secuestro, Nélida recibió un llamado de

los vecinos de su hija para que fuera a buscar a sus dos nietos y a un primo de ellos, hijo de Manuela Santucho –también secuestrada con Cristina– y de Alberto Genoud, que estaba detenido. Junto a Cristina y Manuela desapareció Alicia D'Ambra, también embarazada. En el departamento Nélida encontró una carta que su hija aún no había podido mandar a Julio: "Llevé a los nenes al médico porque están con bronquitis, con mucha tos, e íbamos a llevar con mamá a Camilo a un traumatólogo porque le dolía la piernita. Cuando termine con los nenes voy a ir al médico porque tengo ya dos faltas", decía la carta. Nélida supo entonces que su hija estaba embarazada de dos meses. Más tarde, por testimonios de sobrevivientes, pudo confirmar que Cristina tuvo a su bebé[11].

En abril de 1978, previendo los posibles problemas que surgirían si sus nietos fueran "legalmente" adoptados, las Abuelas solicitaron a la Corte Suprema de Justicia que prohibiera la adopción de niños registrados como NN y exigiera investigaciones exhaustivas sobre los orígenes de quienes tuvieran tres años o menos y que hubiesen sido entregados en adopción después de marzo de 1976. Tres meses después la Corte rechazó la presentación y se declaró incompetente para tratar el problema. También en abril las Abuelas se acercaron hasta San Miguel, donde estaba reunida la Conferencia Episcopal Argentina. Las atendió un monseñor: "Los obispos están muy ocupados. Deben reflexionar, reunirse, cambiar ideas. Ya han hecho todo lo que pueden por ustedes"[12].

Los medios también les daban la espalda. Además la dictadura los utilizaba para sus propios fines y quienes no acataban las órdenes se convertían en enemigos: hubo periodistas exiliados y desaparecidos, listas negras, silencios voluntarios y en ocasiones obligados. Entre 1974 y 1983 fueron asesinados y desaparecidos 98 trabajadores de prensa[13]. La censura y las amenazas eran moneda corriente. El diario *Buenos Aires Herald* fue el primero que se atrevió a publicar una carta de lectores que daba cuenta de la existencia de niños desaparecidos en el país. "El *Herald* tuvo mucha dificultad para transmitir lo que estaba sucediendo, nadie creía en

los desaparecidos, nadie creía en este drama"[14], evoca Andrew Graham Yooll, secretario de redacción hasta septiembre del 76, cuando debió exiliarse, y hoy director del diario. "Las colectividades de habla extranjera, entre ellas la angloparlante, no querían saber nada de política y en muchos casos veían con simpatía a las Fuerzas Armadas".

Además de ir diariamente a los despachos oficiales, las Madres y las Abuelas empezaron a ir a las redacciones de los diarios. "Venía mucha gente llorando y era muy difícil porque no ofrecíamos contención alguna –explica Graham Yooll, quien también formaba parte de Amnistía Internacional–. Un día vino una señora a denunciar la desaparición de su hija embarazada. No sabía cómo podía hacer para buscarla. Había ido acá y allá y nadie le daba bolilla. Le dije que tenía que hacer un habeas corpus, le expliqué cómo se hacía y le pedí una copia sellada para yo poder decir que tenía un documento. Teníamos la fantasía de que si teníamos ese documento no nos podían hacer nada. Pero al poco tiempo tenía un proceso penal en mi contra". La señora volvió a las tres o cuatro horas con un abogado, seguía llorando: "Me aconsejan no publicar nada, mi hija es grande y responsable". En aquel momento, en Tribunales, ingresaban a razón de 200 habeas corpus por día. Graham Yooll, por recomendación del juez que llevaba su causa, se fue del país. Siguió en contacto con el *Herald* y con Robert Cox, su director, quien vía carta le informaba cómo iban los acontecimientos. El diario recibía decenas de llamados de lectores disgustados porque hablaban de los desaparecidos. De otros diarios mandaban a las Madres y a las Abuelas al *Herald*: "Nosotros no podemos publicar una cosa así pero vayan a verlos a los ingleses que son tan locos que se la publican", les decían. Cada vez más Madres y Abuelas se agolpaban en la puerta del diario con su desesperación a cuestas, esperando algún tipo de ayuda. Graham Yooll no puede olvidar el rostro de María Eugenia Cassinelli de García Iruretagoyena, quien buscaba a su hija María Claudia, embarazada de siete meses al momento de su secuestro, y a su yerno Marcelo Gelman. En diciembre de 1979, a raíz de las amenazas y presiones, Cox también tuvo que dejar la Argentina.

El 1° de julio de 1978 comenzó el Mundial de Fútbol. Carlos Lacoste, vicepresidente y hombre fuerte del Ente Autárquico Mundial 78 (EAM 78), fue mano derecha del almirante Emilio Massera. "Me acuerdo de lo temido que era Lacoste en el mundo del fútbol –cuenta el relator y periodista Víctor Hugo Morales–. Estaba la sensación de que si te oponías podías aparecer muerto en una cuneta". La marchita militar no admitía indiferentes: "Veinticinco millones de argentinos –decía la canción oficial– jugaremos el Mundial". Y en plena competencia, a diez cuadras de la cancha de River, epicentro de la fiesta, funcionaba la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA), uno de los mayores centros de tortura de la dictadura. Las Abuelas y las Madres aprovecharon la presencia de la prensa internacional para denunciar lo que estaba ocurriendo en el país. "¿Ustedes no son argentinas?", les preguntaban los periodistas. A algunas que por entonces se acercaron a reclamar por sus hijos les dijeron que después del Mundial todos los detenidos serían liberados.

El 25 de junio la Selección Argentina jugó la final contra Holanda, justamente el país que, junto con Francia, había encabezado, en el exterior, una campaña para denunciar lo que los militares argentinos querían ocultar con el Mundial. El argumento era simple: no se podía jugar un mundial mientras a pocos metros del estadio se torturaba y se mataba gente. Cuando finalizó el partido, que Argentina ganó 3 a 1, el relator José María Muñoz decía: "Va a entrar Videla a dar la copa... el fútbol ha hecho el milagro del país... nos siguen atacando aquellos que no nos conocen"[15]. Sin embargo, fue gracias a los periodistas extranjeros que vinieron por el Mundial que Madres y Abuelas lograron sus primeros grupos de apoyo. No obstante, los secuestros y desapariciones iban en aumento. Y el número de Abuelas también.

"¿Por qué soy Abuela de Plaza de Mayo? Porque tenía tres hijos y los tres desaparecieron durante el Mundial", se presenta Antonia "Negrita" Acuña de Segarra, de la filial de Abuelas Mar del Plata. A Negrita le hicieron desaparecer primero a su hija Alicia, el 21 de junio, junto con su compañero Carlos María Mendoza. Alicia estaba embarazada de dos meses. Luego desapareció Laura, que tenía 17 años y estaba embarazada casi

a término, “le faltaban 10 días para tener a su bebé”. Con ella desapareció también su compañero Pablo Torres, de 21 años. “Pablo era maestro mayor de obra y había construido la casa de donde se los llevaron”, recuerda Negrita. Nueve días después se llevaron a su hijo Jorge. “Recorrí todos los organismos de derechos humanos del país pero ninguno buscaba a los niños, hasta que me enteré de la existencia de Abuelas de Plaza de Mayo. Como a muchas de nosotras, a mí me encontró la Abuela Eva [Castillo Barrios]. Ella era la que iba a la plaza y preguntaba: ‘¿Sos nueva, qué te pasa?’. Le conté mi caso y me dijo: ‘Tenés que venir a Abuelas porque ahí buscamos a los chicos’”[16]. El trabajo se iba organizando cada vez más. El 5 de agosto de 1978 se celebraba el día del niño y las Abuelas lograron publicar en el diario *La Prensa* una carta dirigida a quienes tuvieran nietos. Se titulaba “Llamado a la conciencia y a los corazones” y recordaba que los niños tenían el derecho fundamental de reunirse con sus abuelas, quienes, como fuera, los buscarían por el resto de sus vidas[17]. La carta puso a las Abuelas ante la mirada de la opinión pública. Las investigaciones de estas mujeres se habían unido y habían creado un movimiento. La solicitada estremeció al mundo y marcó el inicio del respaldo internacional a la lucha de las Abuelas. Veinte días después de la carta, Estela Barnes de Carlotto recibía el cuerpo de su hija Laura, de 22 años, quien tenía un embarazo de dos meses cuando la secuestraron. Por testimonios de sobrevivientes, Estela pudo saber que el 26 de junio su hija había dado a luz a un niño al que llamó Guido. Estela, actual presidenta de la institución, se fue incorporando gradualmente. “Cuando me enteré que Laura había sido madre, mi consuegra me dijo que no buscara sola, que había otras Abuelas, y me mandó a la casa de Licha [De la Cuadra]”, recuerda. Sus compañeras se alegraron con su llegada porque, como era docente, podía escribir correctamente cartas y documentos. “La primera vez que fui a Plaza de Mayo con las Abuelas de La Plata, yo temblaba como una hoja. Había tantos militares, tantos caballos, tantos fusiles. Pero las Abuelas seguían caminando y me decían: ‘No te va a pasar nada, seguí, no tengas miedo, estamos juntas’. Apretarse y darse las manos, como hermanas, son cosas que las Abuelas tenemos hasta hoy”[18].

Frente a la indiferencia y el aislamiento, las Abuelas cambiaron de estrategia. Armaron una carpeta que incluía casos con las fotos de cada uno de los chicos desaparecidos o la de sus padres y una pequeña historia de cada niño o embarazada secuestrados, y la enviaron a distintas personas dentro y fuera del país. Armaron además carpetas individuales y también las mandaron, o sea que cada destinatario recibió cerca de un centenar de carpetas[19]. “Si había un nieto ya nacido, poníamos una fotografía. Si la mujer estaba embarazada poníamos cuántos meses de gestación tenía. Estas carpetas empezaron a funcionar muy bien porque al poquito tiempo empezamos a salir al extranjero y se las repartíamos a todo el mundo”[20], cuenta Rosa Tarlovsky de Roisinblit, hoy vicepresidenta de Abuelas. Rosa se sumó al grupo luego de la desaparición de su hija Patricia, el 6 de octubre de 1978, embarazada de ocho meses. En abril de ese año las Abuelas habían mandado una carta a la Organización de los Estados Americanos (OEA), el principal foro multilateral del continente, pero nunca obtuvieron respuesta. Comenzaron a sospechar que muchas de sus cartas no salían del país. Por eso mandaron una vez más la carta a la OEA, pero esta vez desde el exterior. En diciembre las Abuelas recibieron una respuesta de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) de la OEA, en la cual informaban que se hacían cargo del problema de los niños desaparecidos. Alguien las escuchaba[21].

Una de las funciones de la CIDH es recibir, analizar e investigar peticiones individuales que alegan violaciones de los derechos humanos como así también realizar visitas a los países miembros para inspeccionar. Con este objetivo una delegación de ese organismo visitó la Argentina en septiembre de 1979. “Por creer que el derecho a la seguridad es un derecho humano que el Estado debe proteger, los argentinos recibimos hoy la visita de la CIDH. Esto es lo malo. Que están aquí porque somos derechos y humanos”, se podía leer en una nota firmada por Guicciardini, seudónimo de Mariano Grondona, en *El Cronista Comercial*[22]. Se armaron largas colas de familiares que iban a entregar sus denuncias. Las

Abuelas aportaron sus archivos a la nómina de 5.566 casos de desaparición que presentaron los organismos. Y en octubre se lanzaron al mundo a difundir su búsqueda. Los datos recogidos en los viajes demostraron la existencia de un plan sistemático de apropiación de bebés que incluía maternidades clandestinas, personal médico y listas de espera de personas dispuestas a "adoptar" hijos de desaparecidos.

Uno de los primeros destinos fue Brasil. Allí se contactaron con el Comité de Defensa de los Derechos Humanos en el Cono Sur (CLAMOR), dependiente del Arzobispado de San Pablo, y recogieron testimonios de sobrevivientes que confirmaban los nacimientos en cautiverio. "Algunos tenían la memoria bloqueada, pero otros se acordaban de todo –detalla Estela Carlotto–. Fuimos acumulando información, y nietitos que eran apenas una sombra empezaron a tener sexo y fecha de nacimiento". Copiaron los datos en papel de seda y los ingresaron a la Argentina envueltos en una caja como si fueran bombones. "¿Quién iba a sospechar de las viejitas que traían chocolates?"[23]. Gracias a los archivos de CLAMOR la Abuela Angélica Chimeni de Bauer, de la localidad bonaerense de Ayacucho, supo que su nuera –Susana Beatriz Pegoraro– secuestrada junto a su padre el 18 de junio de 1977 en la estación Constitución de Capital Federal, había tenido una niña. Angélica había estado tres años paralizada por el miedo. "Pero en el 79 empecé a buscar, me encontré con una Madre de La Plata y ella me dio la dirección de Madres de Buenos Aires, y de ahí me fui a Abuelas"[24], recuerda. Angélica había perdido a su hijo, desaparecido el 18 de junio de 1977. En agosto de 1979, también con la ayuda de CLAMOR, las Abuelas localizaron en Chile a los hermanos **Anatole Boris** y **Victoria Eva Julien Grisonas**, secuestrados el 26 de septiembre de 1976 junto con sus padres, Victoria Lucía Grisonas y Mario Roger Julien –aún hoy desaparecidos– en el partido de San Martín, provincia de Buenos Aires. Anatole y Victoria hacía tres años que habían sido adoptados por un matrimonio que desconocía sus orígenes. Esta pareja los había pedido en guarda después de que los niños fueran encontrados abandonados en una plaza en Valparaíso en diciembre de 1977. Los hermanos continuaron viviendo con

sus padres adoptivos pero en estrecha relación con su familia biológica.

La restitución de Anatole y Victoria llenó de esperanzas a las Abuelas. Pero también de preocupación: sus nietos podían estar en cualquier parte, ya que las apropiaciones estaban enmarcadas, además, en el Plan Cóndor, la operación de inteligencia y coordinación entre los servicios de seguridad de las dictaduras militares del Cono Sur –Argentina, Chile, Brasil, Paraguay, Uruguay y Bolivia– y la CIA, cuyo objetivo central era eliminar a quienes se oponían a esas dictaduras.

Con los viajes las Abuelas ganaron prestigio y voz propia. Amnistía Internacional les organizó una conferencia de prensa en la sede de la Asamblea Nacional de Francia con lo más importante del periodismo mundial. Más tarde esta organización presentaría al régimen militar una solicitud firmada por 14.000 personas en protesta por la desaparición de niños. La escritora Simone de Beauvoir, el cineasta griego Constantin Costa Gavras y el dramaturgo Eugène Ionesco fueron algunos de los firmantes. En Canadá, la Organización Católica para el Desarrollo y la Paz (CCODP) les preparó una recepción con 200 líderes sociales mientras inmensos afiches con la carita de una nieta secuestrada cubrían el país. En la ex Alemania Federal se distribuyó masivamente un libro sobre los niños secuestrados. Los principales políticos, intelectuales y religiosos de toda Europa besaron sus mejillas y prometieron solidaridad. Muchos aportaron dinero para la búsqueda de los chicos desaparecidos: el Consejo Mundial de Iglesias; la CCODP; la Entraide Protestante Suisse (EPER); la ONG germano-suiza Terre des Hommes, entre otras instituciones, municipios, comunidades religiosas y personas anónimas que también aportaron lo suyo. Algunos colaboraron con la edición de afiches. Otros llevaron el tema ante sus embajadas y consulados en la Argentina. Otros llamaron a sus compatriotas a "apadrinar" niños desaparecidos. Con toda esta ayuda las Abuelas se sintieron más acompañadas. Para la navidad de 1979, cada Abuela recibió miles de tarjetas con fotos de niños y cartas de escuelas y universidades de todo el mundo. Esto las fortaleció, a pesar de que dentro del país las seguían marginando[25].

A esta altura las Abuelas comenzaron a transitar un camino diferente

al de las Madres. "Nos fuimos separando porque no teníamos por qué cargar a otras Madres con la búsqueda de nuestros nietos"[26], cuenta Sonia Torres. Y entre todas se fueron dividiendo las tareas. "Estela [Carlotto] propuso que formáramos equipos y estuvimos de acuerdo –recuerda la Abuela Elena Opezzo, más conocida como "Muñeca", una de las primeras en incorporarse a la Asociación–. Entré en investigación. Me comprometí a salir a buscar. Me dieron una cámara de fotos y yo salía en mi 'Fitito'. En el lugar indicado, levantaba el capó del auto, como si tuviera algún desperfecto, y sacaba fotos a los chicos. También hablaba con las maestras, con las directoras, algunas me recibían bien, otras no. A veces me corrían de la escuela o me preguntaban qué hacía con el auto en la puerta, y yo les decía que esperaba a mi nieta"[27]. El hijo del marido de Muñeca junto con su esposa embarazada de cinco meses habían sido secuestrados en noviembre de 1977.

Otras Abuelas recopilaban las denuncias. Clara Jurado, una de las 12 fundadoras, a quien la dictadura le había llevado a su hijo y a su nuera embarazada de dos meses, era la encargada de armar los carteles para las marchas. También se encargaba de llevar las fotos de los chicos a los medios. Tenía el mejor archivo fotográfico de Abuelas. "Yo siempre me encargué de recortar los diarios", dice la Abuela Raquel, quien, sin querer, fue el germen de lo que más adelante sería el área de prensa y difusión de la institución.

Más tarde se hizo necesario crear una comisión directiva. La primera presidenta fue Licha De la Cuadra, pero por problemas de salud de su esposo tuvo que viajar a España para cuidarlo, y entonces fue reemplazada por Chicha Mariani. Estela Carlotto quedó como vicepresidenta y Rosa Roisinblit como tesorera. "Cuando viajamos a Canadá presentamos un proyecto ante la CCODP y nos concedieron la suma de diez mil dólares –rememora Rosa–. Un par de meses más tarde nos llamaron del banco. El dinero había llegado. Estábamos muy asustadas. Estela, Chicha y yo fuimos a retirar la plata. Nos pusimos un poquito cada una entre la ropa y nos preguntamos: '¿Ahora qué hacemos, dónde metemos esta plata?' Era una suma grande. Entonces les dije que yo tenía una caja de seguri-

dad y que si ellas querían la podía guardar ahí, y estuvieron de acuerdo. Me entregaron la plata, la puse en un sobre y lo metí en la cajita. Cada vez que se necesitaba dinero, yo anotaba en el sobre. Y cuando se formó la comisión directiva, como yo manejaba la plata quedé como tesorera. Era muy mala para los números, pero como había una maquinita, eso me salvaba. Durante ocho años fui la tesorera".

Pero el trabajo no sólo era de oficina, porque las Abuelas nunca dejaron de ir a la Plaza de Mayo. "En los bolsillos llevábamos bolitas para tirarles a los caballos que se nos venían encima", revela Muñeca. Y allí llevaban sus pancartas con las fotos de sus hijos y sus nietos. Muchos familiares, de a poco, comenzaron a sumarse a esta ronda que ya se había convertido en un verdadero ritual.

Comenzado 1980 el régimen militar inició un "diálogo político" con dirigentes partidarios con el fin de lograr el aval civil a lo actuado por las Fuerzas Armadas. Algunos dirigentes no tardaron en mostrar su cobardía, como Ricardo Balbín, líder del partido radical, quien luego de reunirse con la cúpula militar declaró: "Creo que no hay desaparecidos, creo que están todos muertos. Aunque no he visto los certificados de defunción de ninguno. No tiene remedio. Fue así". El llamado al "diálogo político" y las declaraciones de Balbín coincidieron con la publicación internacional del informe de la CIDH que denunciaba las violaciones a los derechos humanos en la Argentina. La repercusión del tema en el exterior se hizo cada vez más grande. El Premio Nobel de la Paz entregado a Adolfo Pérez Esquivel, líder del Servicio de Paz y Justicia (SERPAJ), en octubre de 1980, selló la derrota de la dictadura ante la opinión pública mundial[28]. Fundado en 1974 por el propio Pérez Esquivel, el SERPAJ adhería a una filosofía de no-violencia activa y procuraba concientizar a los sectores sociales marginados de América latina. Desde el comienzo de la represión había tenido una fuerte participación en la defensa de los derechos humanos, lo que le costó a Pérez Esquivel dos años preso[29]. A partir de este momento, las Abuelas y el resto de los organismos comenzaron a levantar la consig-



Año 2001. Las nietas Tatiana Ruarte Britos y Laura Malena Jotar Britos, restituidas en marzo de 1980.

na que resumía su demanda de verdad: "Aparición con vida"[30].

"Adolfo [Pérez Esquivel] nos abrió muchas puertas y nos presentó mucha gente en el exterior. En nuestro primer viaje fuimos apenas con unos pesos –cuenta Estela Carlotto–, pero con la ayuda de la gente que íbamos contactando logramos visitar doce países para contar lo que la dictadura estaba haciendo en la Argentina". Estados Unidos, Canadá, Noruega, Francia, Alemania Federal, Italia, Honduras, Dinamarca, Suecia, Bélgica, Inglaterra, España, fueron las escalas de su gira. En cada uno de los países las Abuelas distribuían centenares de carpetas con el relato de la desaparición de sus hijos y la búsqueda de sus nietos. No todas las carpetas eran iguales. Trataban de armar cada carpeta pensando en su destinatario, con el objetivo de impactarlo y comprometerlo en la búsqueda. "Incluíamos certificados de estudio y de comunión. Yo, por ejemplo, en la primera página había puesto una foto de Laura de bebé y abajo un texto que decía: 'Busco al hijo de Laura que se debe parecer a ella'"[31].

Pero la alegría más grande del año ocurrió dentro del país, el 19 de

marzo. Ese día las Abuelas lograron la restitución de las hermanas **Tatiana Ruarte Britos** y **Laura Malena Jotar Britos**, quienes habían desaparecido el 31 de octubre de 1977 luego del secuestro de su madre, Mirta Graciela Britos, en Villa Ballester, provincia de Buenos Aires. "Era cerca del mediodía por la luz del sol. Estábamos jugando en la plaza y de pronto bajan de un micro fuerzas de seguridad. Ella se puso nerviosa y nos empezó a saludar y a besar de repente; yo no entendía por qué me estaba abrazando y besando como si fuera la última vez. Del micro bajaron uniformados, eran muchos. Se acerca ella hacia ellos, la encapuchan y se la llevan", contó alguna vez Tatiana. Ese mismo día fue detenido el papá de Laura, Alberto Javier Jotar, en el domicilio familiar[32]. Mirta se había separado del padre de Tatiana, Oscar Ruarte, con quien militaba en Córdoba. Luego de la separación ella se fue a vivir a Buenos Aires con Tatiana –nacida el 11 de julio del 73–, donde formó pareja con Alberto y de esta nueva unión nació Laura el 13 de agosto de 1977. Un año antes había desaparecido el papá de Tatiana en la provincia de Córdoba. Laura y Tatiana quedaron abandonadas en la plaza, hasta el atardecer. Luego fueron llevadas por la policía e internadas en diferentes asilos como NN. Tatiana ingresó al Instituto Remedios de Escalada de Villa Elisa y Laura a la Casa Cuna de La Plata. Más tarde fueron adoptadas de buena fe por Carlos e Inés Sfiligoy, quienes se habían inscripto en el Jugado de Menores N° 2 de San Martín. Primero les fue entregada la beba, a la que llamaron Mara; enseguida, al saber que Mara tenía una hermana mayor, pidieron la adopción de Tatiana para no separarlas. El 20 de marzo de 1978 el Juzgado les otorgó la guarda definitiva de las hermanitas.

Mientras tanto, después de haber sido contactada por las Abuelas de Plaza de Mayo, María Laura Yribar de Jotar, la mamá de Alberto, inició la búsqueda de las niñas junto a Amalia Pérez de Ruarte, abuela paterna de Tatiana, y a Carmen Britos, la abuela materna de ambas, estas dos últimas de Córdoba.

En 1980 el matrimonio Sfiligoy recibió una citación del Juzgado: las abuelas de las nenas las estaban buscando y se habían presentado a reclamarlas. Los padres adoptivos de Tatiana y Laura Malena accedieron sin

inconvenientes a que sus hijas supieran su verdadera historia. Las niñas, entonces, conocieron a sus abuelas en el Juzgado de San Martín. "Pero si los ojos son... Ella es mi nieta"[33], dijo Amalia Pérez al ver a Tatiana. Laura y Tatiana permanecieron con sus padres adoptivos pero entre todas las familias establecieron un fuerte vínculo[34]. "Al principio quería que Tati viniera a vivir conmigo. Pero entendimos que Inés y Carlos habían formado una familia y que ellas estaban bien"[35], confesó Amalia, que al poco tiempo se sintió integrada y era recibida con los brazos abiertos por los Sfiligoy cada vez que iba de visita. "Ni siquiera avisaba, iba de golpe. Cuando llegaba me tomaba el [colectivo] noventa en Retiro, con valijas y paquetes, les tocaba el timbre y me quedaba como quince días"[36]. No todos los casos fueron como el de Laura y Tatiana, pero lo que sí se repitió en todos fue el efecto reparador de la restitución.



Ilustración: Martín Kovensky

Capítulo 2 (1981-1983) Reconocimiento internacional del genocidio

El 30 de marzo de 1981 el diario *Clarín* publicó una solicitada firmada por dirigentes de organismos de derechos humanos, políticos y representantes del mundo de la cultura y religioso, en la que se reclamaba el cese de las persecuciones sufridas por los familiares de desaparecidos que reclamaban la aparición con vida de sus seres queridos. La demanda de justicia se hacía oír cada vez más fuerte. Ese mismo año las Abuelas viajaron a Suiza, donde se contactaron con sobrevivientes de la ESMA y tomaron conocimiento de la existencia de una maternidad clandestina en ese lugar. "Viajaron Estela [Carlotto] y Chicha [Mariani]. Ellas les mostraron a algunas liberadas de la ESMA las fotos de nuestras hijas que estaban en las carpetas –recuerda la Abuela Rosa Roisinblit–, y entonces supimos que Patricia, mi hija, había estado detenida en la ESMA. Cuando vieron mi denuncia dijeron que habían presenciado el parto de mi hija, que tuvo un varón, la fecha, todo"[1]. Otra desaparecida a la que las ex detenidas lograron reconocer fue a la hija de la Abuela Coqui Pereyra. "Cuando vio la foto, Sara Osatinsky afirmó: 'Esa es Liliana Pereyra, yo la atendí en el parto y la acompañé. Tuvo un chiquito en febrero del 78'. Sara incluso les mostró una tarjeta que había confeccionado Liliana para mi nieto"[2], relata Coqui. Pero la actividad internacional no se agotó allí: también participaron de la Asamblea General de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) de la OEA en Washington, y asistieron a los con-

gresos de la Federación Latinoamericana de Asociaciones de Familiares de Detenidos-Desaparecidos (FEDEFAM), de la cual fueron fundadoras, realizados en Costa Rica en enero y en Venezuela en noviembre.

Entretanto, la dictadura militar comenzaba a deteriorarse y las críticas, lentamente, iban aumentando. El 12 de diciembre de 1981, el escritor Ernesto Sábato opinaba en el diario *Clarín*: “[La acción de las fuerzas de seguridad] arrasó todos los derechos constitucionales y se respondió a los crímenes de los terroristas con los crímenes de la represión (...) Hubo una inmensa mayoría de inocentes, cuyos únicos delitos eran ser amigos o compañeros de estudio de los probables criminales. Pero como si esto fuera poco, aquí tenemos a las Abuelas de los chiquitos que fueron trasladados con sus jóvenes padres y madres, o de los que nacieron en algún ignoto reducto de la tragedia...”[3]. Ese mismo día la Junta Militar designó a Leopoldo Fortunato Galtieri como presidente de la Nación en reemplazo del general Roberto Viola, quien había asumido nueve meses antes como sucesor de Videla. Galtieri asumió el cargo diez días después. La situación del país no podía ser peor: la industria trabajaba a menos del 50 por ciento de su capacidad, un millón de argentinos estaba desocupado y la inflación había alcanzado el 500 por ciento anual, la mayor del mundo. Precisamente Galtieri fue quien terminó de hundir al país con su plan para recuperar las Islas Malvinas.

La Argentina reclamaba la soberanía de las islas en poder de los británicos desde 1833. La lectura que hacía la Junta era que la reconquista de las Malvinas no sólo unificaría a las Fuerzas Armadas –cuyas se hacían evidentes– sino también a la sociedad, cada vez más descontenta con el gobierno militar. Finalmente, el 2 de abril de 1982, tropas argentinas desembarcaron en Puerto Argentino. Una multitud se congregó en Plaza de Mayo para apoyar el ataque. Un inusitado sentimiento nacionalista y antiimperialista encendió al pueblo. La dictadura parecía haber logrado el objetivo de reconquistar a los argentinos. “En España hicimos una gran campaña en contra de la guerra. Pero en la Casa Argentina de Ma-

drid yo tenía discusiones con muchos exiliados argentinos que estaban a favor. Yo les decía: 'El árbol malo no puede dar frutos buenos'"[4], cuenta Alba Lanzillotto, quien actualmente es la única tía que integra la comisión directiva de Abuelas de Plaza de Mayo.

Alba se incorporó a la Asociación en 1985 al regreso de su exilio, ya que estuvo presa por su compromiso como militante gremial. Busca un sobrino o sobrina, hijo de una de sus hermanas mellizas. Por la diferencia de edad, Alba mantenía una relación muy maternal con María Cristina, "la Tina", y Ana María, "la Ani". Ani y Tina se habían ido a estudiar a Tucumán, allí comenzaron a militar en el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) y se casaron con sus compañeros Domingo "el Gringo" Menna y Carlos "Cacho" Santillán respectivamente. Ani tuvo dos hijos, Ramiro y un bebé que falleció, y Tina también tuvo dos, María y Jorge. Tina y Cacho fueron secuestrados en Pergamino, provincia de Buenos Aires, el 17 de noviembre de 1976. Sus hijos, María y Jorge, pudieron ser recuperados y crecieron junto con sus abuelos paternos en La Banda, Santiago del Estero. Cinco meses antes, el 19 de julio, habían sido secuestrados Ani y el Gringo Menna junto con el dirigente del PRT Mario "Robi" Santucho, su compañera Liliana Delfino y otros militantes de esa agrupación. Ramiro, el hijo de Ani y el Gringo, fue rescatado y criado por una hermana de Alba en la ciudad de Carmen de Patagones. Pero Ani además estaba embarazada de ocho meses y nada se pudo saber de su hijo que debió nacer en agosto. Por testimonios de sobrevivientes se supo que estuvo detenida en los centros clandestinos de Campo de Mayo y El Vesubio.

La guerra de Malvinas le costó la vida a más de 600 soldados, casi todos jóvenes. "Los veteranos de guerra también fuimos víctimas de la dictadura –afirma Edgardo Esteban, ex combatiente y periodista comprometido con la búsqueda de Abuelas–. No existíamos, éramos ignorados, parecía como que la dictadura había terminado el 2 de abril de 1982, aunque siguió hasta fines del 83"[5]. La rendición se produjo el 14 de junio de 1982, después de 73 días de hostilidades. La derrota marcó el fin de la Junta, que debió fijar elecciones para el año siguiente. Cuatro días después Galtieri dejaba el poder. Menos de una semana más tarde, la Arma-

da y la Fuerza Aérea decidieron desvincularse de la conducción del Proceso y en julio asumió el último presidente de facto, Reynaldo Bignone. Esa semana las Abuelas entregaron una nota a la Multipartidaria –donde convergían peronistas, radicales, desarrollistas, intransigentes y comunistas, entre otros– con documentación probatoria sobre el robo y secuestro de bebés. La dictadura era cada vez más débil y los organismos de derechos humanos más visibles. El 10 de diciembre de 1982, para conmemorar el Día de los Derechos del Hombre y repudiar y resistir la impunidad de las gravísimas violaciones cometidas, exigiendo el juicio y castigo a todos los culpables, los organismos convocaron a la primera "Marcha de la Resistencia" al Congreso. Las Abuelas participaron de la manifestación con las fotos de sus hijos y sus nietos.

En 1983, ante la Comisión Independiente sobre Cuestiones Humanitarias Internacionales, el escritor Julio Cortázar subrayaría el hecho de que en el atroz infierno imaginado por Dante Alighieri en *La divina comedia*, no hay un solo niño: "Pero el de los militares argentinos responsables de las desapariciones está lleno de pequeñas sombras, de siluetas cada vez más parecidas al humo y a las lágrimas"[6]. Los chicos que buscaban las Abuelas iban creciendo. La esperanza de que aparecieran sus hijas y nueras casi era nula. En este marco, las Abuelas se propusieron encontrar algún tipo de estudio que pudiera servirles para identificar a los chicos en el futuro. Las fotos y los recuerdos no eran suficientes para probar una filiación, y menos aún en los casos de niños nacidos en cautiverio, ya que no existían elementos que sirvieran como punto de partida para su búsqueda y posterior identificación. ¿Cómo demostrar la identidad de sus nietos y evitar que se transformaran en "siluetas de humo y lágrimas"? Éste era el problema que tenían que resolver. Si bien ya se habían recorrido algunos caminos en materia de identificación como el de las huellas plantales, los dientes o mechones de pelo que algunas Abuelas conservaban de sus nietos, nada de esto era posible para identificar a los chicos nacidos en cautiverio. Cierto día leyeron en el diario *El Día* de La Plata acerca de un descubrimiento que permitía conocer la filiación de una persona a través de un análisis sanguíneo. A partir de esto quisieron saber si existía algún

elemento de la sangre que permitiera probar la pertenencia familiar de un individuo. Con este objetivo lograron contactarse con Eric Stover, quien dirigía la Asociación Americana para el Avance de la Ciencia (AAAS, según sus siglas en inglés). "Lo que piden es posible, pero nunca se hizo. Vamos a investigar"[7], dijeron los científicos.

Un año más tarde, con la "primavera democrática", las Abuelas recibían buenas noticias desde Washington. Los científicos habían logrado demostrar la inclusión de un niño en una familia. Las Abuelas tenían la técnica para identificar a sus nietos, y la ciencia un futuro promisorio, en particular la genética, cuyos estudios sobre ADN han perfeccionado los métodos de identificación de personas hasta hacerlos completamente fiables. Las Abuelas crearon entonces su propio equipo de filiación, que se sumó a los equipos jurídico, psicológico y de investigación que venían funcionando de hecho en la institución. Los exámenes de sangre para determinar paternidad ya eran conocidos. Pero los padres, en este caso, estaban ausentes. Había que usar la sangre de los abuelos para reconstruir el mapa genético de los hijos desaparecidos. Las Abuelas fueron recibidas por Mary Claire King y el chileno Cristian Orrego, investigadores de la AAAS. El "índice de abuelidad" era un hecho y garantizaba 99,99 por ciento de efectividad. "Este descubrimiento se debe sólo a ustedes", remarcó Orrego[8], reconociendo cómo el interés de las Abuelas fue el motor de la investigación ya que la ciencia, esta vez del lado de las víctimas, supo escucharlas. Con el tiempo se desarrollarían metodologías para estudiar directamente el material genético, que permiten alcanzar probabilidades de vínculos biológicos mucho mayores que con aquellos primeros estudios, aún en situaciones en que se cuenta sólo con unos pocos parientes lejanos de la persona cuya identidad está en duda. Pero todo comenzó gracias a las Abuelas y gracias a una ciencia que, esta vez, se puso del lado de las víctimas.

Hasta entonces las Abuelas se habían manejado con el sentido común para la identificación de sus nietos. "Algunas decían 'esa criaturita es igual a mi hija, camina igual, tiene esto, tiene aquello', pero no podíamos ir a un juez y decirle 'nos parece que este nena se parece a cuando mi hija

era chica'. Entonces salimos a buscar una prueba contundente", dice Nélida Navajas[9]. Y la consiguieron. Con el hallazgo del "índice de abuelidad" las Abuelas decidieron que los análisis genéticos debían llevarse a cabo en centros oficiales. Si el Estado había permitido las desapariciones, debía asumir la responsabilidad de demostrar la identidad de sus nietos. El lugar elegido entonces fue el Servicio de Inmunología del Hospital Durand de la Capital Federal. El próximo paso fue establecer las condiciones para la creación de una base de datos genéticos de las familias que buscaban a los niños secuestrados, dado que, tristemente, no había forma de saber cuándo se encontraría al último de los chicos. Pero esta base genética no se hizo realidad hasta un par de años más tarde.

Mientras tanto, las Abuelas fueron definiendo su perfil interdisciplinario (con médicos, abogados, genetistas, antropólogos y psicólogos que trabajaban en la Asociación) y a partir de esto, la interrelación con otros actores y organizaciones se diversificó. Además empezaron a participar en congresos, seminarios y conferencias, en muchos casos como expositoras centrales. En mayo de 1983 hicieron una presentación en el Coloquio Internacional de Juristas, realizado en París. También en París, pero un año antes, habían participado de la reunión del comité ejecutivo de la organización Defense for Children, en representación de Adolfo Pérez Esquivel, y en el 4to Congreso Internacional sobre Niños Maltratados, con uso de la palabra y la presentación de un stand. Nada de esto las apartó de su cada vez más sistemática tarea de búsqueda en el país, para lo cual hicieron más frecuentes las visitas a los juzgados de menores y las entrevistas con magistrados federales, penales, civiles y camaristas. Por otra parte numerosas personas se acercaban a la sede de la institución –familiares afectados, denunciantes, periodistas– y todas ellas debían ser atendidas. Y como si todo esto fuera poco las Abuelas seguían con sus investigaciones reservadas, con las marchas por los derechos humanos, con los viajes al interior, con la elaboración y presentación de proyectos de financiación. Aunque el trabajo era mucho, el amor a sus hijos y a sus nietos podía más.



Agosto de 1983. Tamara Arze, quien acaba de conocer su verdadera identidad, espera junto a la Abuela Rosa Roisinblit el avión que la llevará a Perú. Allí la espera su madre, Rosa Mary Riveros.

En 1983 las Abuelas empezaron a ver los frutos. La primera restitución del año fue la de **Tamara Ana María Arze**, nacida el 22 de julio de 1974. Su madre, Rosa Mary Riveros, había sido secuestrada el 23 de diciembre de 1975 de regreso del trabajo. Al mes fue oficializada como presa política en la cárcel de Olmos. Desde allí preguntó una y mil veces por su hija Tamara pero no le dieron ningún tipo de información. La niña había quedado al cuidado de Liliana Molteni, una amiga de Rosa. Pero el 13 de junio del 76 fuerzas de seguridad secuestraron a la mujer y dejaron abandonada a Tamara. Unos vecinos acudieron en respuesta al llanto de la niña e incluso fueron a la comisaría a realizar la denuncia, pero allí sólo recibieron amenazas. Entonces decidieron quedarse con la nena. “La

amiga de Rosa tuvo la gran inteligencia de dejar en la cunita los documentos de Tamara, y cuando fue recogida por esta familia humilde, vendedores de kerosén, vieron los documentos y siguieron llamándola por su nombre verdadero"[10], cuenta el obispo Aldo Etchegoyen, quien tuvo un papel protagónico en la restitución de Tamara.

En 1981 a Rosa le dieron la opción de salir del país y se exilió en Suiza, encomendando a Abuelas de Plaza de Mayo la búsqueda de su hija. Pero desde Europa siguió buscando a Tamara. "Fue a solicitar ayuda a la sede del Consejo Mundial de Iglesias, en Ginebra, Suiza, y allí dejó toda la información sobre la desaparición de su hijita –explica Etchegoyen–. Y cuando el reverendo Charles Harper [a cargo de la Oficina de Derechos Humanos para América latina del Consejo Mundial de Iglesias (CMI)], de vuelta de Chile, pasó por la Argentina, me entregó todos los datos del caso y ahí empezamos a trabajar junto con las Abuelas". El 12 de junio de 1983 las Abuelas Mirta Baravalle y Rosa Roisinblit localizaron a Tamara en la localidad bonaerense de Guernica. La niña, por entonces, tenía nueve años. Quienes la criaron aceptaron la situación. Según Etchegoyen, para Tamara significó una lucha interna su restitución: "Por un lado, estaba la novedad de algo que no conocía y el interés por reencontrarse con su mamá, ya que su papá había desaparecido definitivamente, pero también estaba su cariño por esa familia que la había criado y protegido".

Previendo ese conflicto, la mamá de Tamara le había grabado un casete a su pequeña. En la cinta le contaba que no la había abandonado, que fueron separadas cuando ella era chiquita y que la quería mucho. Poco después de la localización, Tamara y sus padres "adoptivos" fueron a casa de la Abuela Rosa. "'Vení, vas a escuchar a tu mamá', le dije, y ella empezó a escuchar las cosas dulces que le decía su madre e iba dejando caer el chupetín gigante que tenía en la boca y pegando la orejita a los parlantes", recuerda Rosa. La voz, que había quedado guardada en algún lugar de su memoria, le resultó muy familiar. Pero aún faltaba que Tamara se encontrara con su madre, y para eso había que sacar a la pequeña del país. "No queríamos repercusión mediática, por razones obvias, pues

todo esto fue hecho durante el gobierno militar –remarca Etchegoyen–. Las Abuelas tuvieron esa responsabilidad y yo la de buscar el lugar donde se podía encontrar con su mamá. Acordamos que el encuentro sería en Lima, Perú, en la casa de un pastor amigo". La noticia se filtró en los medios peruanos y fue un *boom*: las Abuelas llevaban una niñita hacia allí. "Hubo repercusión del caso pero por suerte en el exterior y no en la Argentina", señala Etchegoyen. El encuentro entre madre e hija finalmente se concretó y se fueron a vivir a Suiza.

Martín Baamonde también fue localizado por Abuelas en 1983. Había nacido el 22 de noviembre de 1974 y había sido secuestrado con su mamá Clara Catuegno en la vía pública el 29 de junio del 78. Su papá Miguel Ángel Baamonde estaba desaparecido desde el 26 de noviembre de 1976. El testimonio de su abuela Ema de Baamonde fue el puntapié inicial de la búsqueda. Las Abuelas lo buscaron desde la fecha de su secuestro, pero en el transcurso de sus investigaciones fueron detrás de varias pistas falsas y hasta llegaron a viajar a Holanda por su caso. Tras siete años de búsqueda dieron con él: Martín estaba viviendo con su familia materna en Buenos Aires.

Por estos días las Abuelas localizaron a los hermanos **Humberto Ernesto Colautti Fransicetti** y **Elena Noemí Ferri Fransicetti**. Humberto había nacido el 30 de agosto de 1974 y era hijo del primer matrimonio de Elda María Fransicetti con Renato Colautti, quien estaba preso desde 1975. Elda formó pareja nuevamente con Roberto Ferri y tuvieron una hija, Elena Noemí, que nació el 16 de septiembre de 1976. El 23 de mayo de 1977, fuerzas de seguridad entraron a la casa de la familia en Morón y se llevaron secuestrados a Elda y Roberto. Los pequeños, Humberto, de casi tres años, y Elena Noemí, de ocho meses, quedaron abandonados en la casa y fueron rescatados por unos vecinos que lograron ubicar a un tío paterno de la niña, con el que vivieron durante seis años. La familia materna de Elena Noemí desconocía la identidad de Roberto Ferri. Cuando las Abuelas encontraron a los hermanitos, Humberto fue a vivir con su papá, que ya había sido liberado, y Elena Noemí con sus tíos maternos, en Buenos Aires, donde aún vive. Humberto reside en

Salta, donde también vive su padre, y difunde la labor de las Abuelas en su ciudad.

El caso de **Sebastián Rosenfeld Marcuzzo** fue un caso atípico. Sebastián nació en cautiverio y fue entregado el 15 de abril de 1978 a su abuela materna quien no pudo localizar a la familia paterna del niño durante casi cuatro años. Sus padres, Walter Claudio Rosenfeld y Elizabeth Patricia Marcuzzo, habían sido secuestrados en Mar del Plata en octubre del 77 y, según testimonios de sobrevivientes, su madre había sido trasladada para dar a luz en la ESMA. Su abuela paterna, Aída Kancepolsky de Rosenfeld, se integró a las Abuelas al mes siguiente de la fundación. Ni bien enterada de la desaparición de su hijo empezó a viajar a Mar del Plata (ella vivía en Buenos Aires), a recorrer comisarías y oficinas públicas. También se sumó a la ronda de los jueves en Plaza de Mayo. Aída participaba de las reuniones en la calle Montevideo, a donde llegaban periódicamente otras Abuelas de las filiales de Mar del Plata, Córdoba y Rosario. Pero Aída no tenía pistas sobre su nieto y había perdido contacto con la familia de su nuera, con la cual se había visto sólo una vez.

Pero una tarde, en una reunión de Abuelas de Mar del Plata, apareció una señora que contó que a ella le habían entregado a su nieto nacido en cautiverio. El resto de las mujeres se quedaron heladas, una de ellas fue a buscar a Negrita Segarra, que era quien más viajaba a Buenos Aires. Cuando Negrita vio a la mujer le dijo: "Usted es la consuegra de Aída". La mujer no entendía nada, sólo atinó a responder que sí. "No sé por qué le dijo mi nombre, creo que fue por intuición", recuerda Aída y agrega: "Negrita había estado en Buenos Aires el martes y yo dije: '¿Cuándo vamos a encontrar a mi bebé?'. Ella me dijo que no me preocupe: 'Ya lo vamos a encontrar'. Y el sábado siguiente me llamó y me dijo: 'Aída, encontramos a tu bebé, ya tiene cuatro años'. No me desmayé porque no había nadie para levantarme". Al día siguiente Aída viajó a Mar del Plata para encontrarse con su nieto. Allí pudo saber que Sebastián había sido entregado a su abuela materna, en Mar del Plata, a los ocho días de haber nacido. Había sido llevado por cuatro hombres vestidos de civil que lo habían dejado en un moisés con ropa de bebé y leche. La abuela materna

fue amenazada y con mucho temor y en silencio crió durante cuatro años a Sebastián. Luego, pudo vencer el miedo y así Aída conoció a su nieto.

Otro niño restituido gracias a la labor de Abuelas fue **Eduardo Garbarino Pico**, nacido el 3 de enero de 1969. Cuando sus padres se separaron, él se quedó viviendo con su papá, Jorge Antonio Garbarino. El 19 de octubre de 1974 su madre Aurora Valentina Pico lo pasó a buscar para ir a visitar a sus abuelos. Ambos fueron secuestrados en el barrio de Liniers. A partir de entonces su padre no supo más de él. Eduardo vivió una penosa odisea hasta que un matrimonio que ignoraba su identidad pero se condolió de su situación lo sacó del país. La pareja lo preservó hasta que en 1983 las Abuelas pudieron localizarlo en México. De esta manera, Eduardo pudo reencontrarse con su papá y con su historia. Al igual que Eduardo, **Ana Laura Hisi** también recuperó a su papá. Ana había nacido el 26 de marzo de 1976 y había desaparecido junto con su madre Viviana Nélida Pineda, de quien había tenido noticias por última vez el 15 de octubre de 1976. La pequeña tenía sólo siete meses. Su padre, Carlos Alberto Hisi, por entonces se encontraba detenido y cuando fue liberado comenzó la búsqueda junto a los abuelos maternos de Ana Laura. Finalmente, en 1983, Carlos pudo localizar a su hija, quien estaba con una familia que la había criado desde el momento del secuestro.

Las Abuelas cerraron otro caso más en 1983, pero sin final feliz. En agosto fue identificado en el cementerio de la Chacarita el cuerpo de Adriana Gatti Casal, desaparecida el 25 de marzo del 77 y asesinada el 8 de abril de ese año, embarazada de siete meses. Otras pruebas del horror, como ésta, seguirían apareciendo durante mucho tiempo, incluso hasta hoy. Por eso las Abuelas viajaban y brindaban su testimonio de lucha. Así participaron por primera vez con uso de la palabra en la Asamblea de la CIDH de la OEA, integrada por 43 países y volverían a participar, también con uso de la palabra, entre 1985 y 1990. Además asistieron a un nuevo congreso de FEDEFAM, esta vez en México; al Congreso Zonal Sobre Niños Maltratados y Abandonados de Recife, Brasil; a la Convención Anual de la Liga Católica de Mujeres del Canadá; a la Comisión Internacional Independiente Sobre Asuntos Humani-

tarios, con exposición oral. Estuvieron en la celebración del Día Nacional de las Iglesias Evangélicas Alemanas, donde hicieron uso de la palabra en el marco de una misa multitudinaria realizada en junio de 1983.

Ahora bien, pese a las restituciones logradas y las adhesiones en el exterior, los militares aún estaban en el poder. El 27 de septiembre del 83 promulgaron la Ley de Enjuiciamimento de Actividades Terroristas y Subversivas, conocida como Ley de Autoamnistía. El gobierno militar se estaba retirando pero al precio de la impunidad. Todos los organismos de derechos humanos se pronunciaron en contra de esta Ley. Un mes después, el 30 de octubre, el pueblo volvió a votar. Ganó el candidato radical, Raúl Alfonsín, con el 52 por ciento de los votos. El 10 de diciembre Alfonsín asumió la presidencia y una de sus primeras medidas fue enviar al Congreso un proyecto de ley para anular la Ley de Autoamnistía, que fue aprobado y convertido en ley el 22 de diciembre. Acto seguido sancionó los decretos 157 y 158. El primero planteaba la persecución penal correspondiente contra los máximos responsables de la instauración de formas violentas de acción política, que se aplicaría a los dirigentes de organizaciones guerrilleras. Y el segundo decreto determinaba el enjuiciamiento de la Junta Militar que usurpó el gobierno el 24 de marzo de 1976. Alfonsín también sancionó el decreto 187 por el cual estableció la creación de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (CONADEP), que estaría a cargo de investigar las violaciones a los derechos humanos cometidas durante la dictadura. La CONADEP fue conformada por 13 miembros y cinco secretarios, y tomó declaración a víctimas y familiares para poder documentar lo ocurrido en el país durante esos años. Si bien las investigaciones de la CONADEP fueron apoyadas por los organismos y representaron un avance sustancial en la búsqueda de verdad y justicia, algunas de sus posturas iban a tono con la “teoría de los dos demonios”, según la cual habría habido dos bandos beligerantes en conflicto, algo que nunca ocurrió y que por eso siempre fue rechazada por familiares de afectados y organismos de derechos humanos.

Las Abuelas creían que con la democracia todo sería más fácil y que el Estado les devolvería a sus nietos desaparecidos. “Pensábamos que la

obligación pasaría a ser del Estado, y que el Estado haría lo que nosotras veníamos haciendo, y que en todo caso pasaríamos a ser colaboradoras"[11], recuerda Estela Carlotto. Pero esto no fue así y ellas mismas debieron continuar con la búsqueda. Con este propósito, en 1983, adquirieron la personería jurídica. "Pasado el tiempo y ante la persistencia de nuestro estado de despojo, a pesar del incesante reclamo, hemos resuelto constituir la Asociación Civil Abuelas de Plaza de Mayo", decía el acta constitutiva de la Asociación fechada el 9 de septiembre de 1983.

Ilustración: Pablo Bernasconi



Capítulo 3 (1984-1989)
Democracia y desilusión

Las Abuelas habían hecho saber al mundo que en la Argentina había desaparecidos con vida: sus nietos. El caso de los niños apropiados recibió un tratamiento especial por la Comisión de Derechos Humanos de las Naciones Unidas y fue incluido en sus informes con el propósito de que sirviera como un llamado de atención al mundo.

Este reconocimiento hizo que las Abuelas comenzaran a ganar respeto y que mucha gente se fuera acercando a ellas. Algunos, de forma anónima, aportaron datos sobre los menores. Otros se sumaron a las marchas. También se acercaron profesionales, quienes voluntariamente comenzaron a prestar ayuda. Así llegaron los psicólogos para acompañar a los niños en el período de la restitución y los abogados para elaborar estrategias a seguir ante la Justicia[1]. El trabajo de la institución se fue delineando en cuatro niveles: denuncias y reclamos ante las autoridades gubernamentales, nacionales e internacionales; presentaciones ante la Justicia; solicitudes de colaboración dirigida al pueblo en general; pesquisas o investigaciones personales. Por cada niño desaparecido se abrió una causa judicial a la que aún hoy se van agregando elementos probatorios para localizarlos y comprobar su verdadera filiación, así como también para juzgar a los responsables de su secuestro o tenencia ilícita. El equipo más protegido fue el de "investigación". Nadie que no fuera Abuela podía pertenecer a él. Recién en 1984 ingresaron otros familiares a investigación.

Además de todo este trabajo silencioso, las Abuelas empezaron a difundir mensajes de búsqueda en diarios, revistas, radios y canales de televisión: "Si usted sabe algo, ayúdenos a encontrarlos", decían.

Con el retorno de la democracia se inició el hallazgo de cuerpos enterrados sin nombre en diferentes cementerios del país. Las primeras exhumaciones de tumbas se realizaron sin ningún tipo de metodología, lo cual provocaba la destrucción de los cuerpos y la pérdida de información. Ante esta situación, la CONADEP y las Abuelas de Plaza de Mayo, junto con otros organismos, empezaron a buscar algún método que permitiera trabajar en la correcta identificación de los cuerpos. Las Abuelas volvieron a ponerse en contacto con Eric Stover de la AAAS (Asociación Americana para el Avance de la Ciencia) para que las asesorara al respecto. En respuesta a la solicitud de las Abuelas, la AAAS envió un equipo de científicos forenses para capacitar a cuadros argentinos en las técnicas arqueológicas utilizadas para abrir tumbas, remover esqueletos y establecer causas de muerte. Este equipo estaba encabezado por el antropólogo forense de Oklahoma, Clyde Snow, quien una vez en el país se puso a entrenar a un grupo de jóvenes profesionales y estudiantes de Medicina, Arqueología y Antropología. Este fue el germen de la creación del Equipo Argentino de Antropología Forense (EAAF). Entre ellos estaba el joven estudiante de medicina Morris Tidball Binz, quien a principios de 1984, a pedido de Estela Carlotto y Chicha Mariani, se incorporó a trabajar de la mano del médico de la institución Jorge Berra: "Sin Abuelas no hubiese existido el Equipo Argentino de Antropología Forense, porque ellas tuvieron la ocurrencia de captar gente que sabía sobre ese tema y apoyaron políticamente el proyecto"[2], asegura Morris que con los años se transformó en un referente de la hemogenética forense y, en la actualidad, se desempeña como Coordinador Forense del Comité Internacional de la Cruz Roja. Allí, como hace veinte años en Argentina, también se dedica a la aplicación de la ciencia forense para la búsqueda de paradero de personas desaparecidas.

Cuando Morris comenzó a trabajar en Abuelas se encargaba de tomar muestras de sangre a los familiares para el incipiente Banco de Datos

Genéticos, pero también de atender el teléfono, comprar helados a las Abuelas y charlar, como lo hace cada vez que visita Argentina. Morris no tiene más que palabras de agradecimiento y admiración para estas mujeres: "fue una etapa muy linda y extraordinaria en cuanto a las ideas que se generaron y las propuestas que se llevaron adelante, usando la ciencia forense para el fin específico de investigar la identidad de los niños y los crímenes cometidos por el terrorismo de Estado. Abuelas es el origen del desarrollo de las ciencias forenses aplicadas a los derechos humanos. Porque había teoría, pero nunca se hubiese organizado si no fuera por las Abuelas".

Con las metodologías aportadas por Snow y su equipo, se pudieron identificar los restos de los menores **Roberto** y **Bárbara Lanuscou**, de cinco y cuatro años, hijos de Amelia Bárbara Miranda y Roberto Francisco Lanuscou, que habían nacido el 30 de agosto de 1970 y el 9 de febrero de 1972 respectivamente. Amelia y Roberto tuvieron otra hija, la pequeña Matilde, nacida el 30 de marzo de 1976. El 4 de septiembre de 1976 fuerzas conjuntas arrojaron explosivos en la casa de la familia. El informe oficial decía que en el domicilio se estaba llevando a cabo una reunión de "delincuentes subversivos". Hubo un principio de incendio y por tal motivo se llamó a los bomberos. El informe agregaba que, finalizado el operativo, se había comprobado que en el interior del edificio había "cinco delincuentes muertos". Los pasos siguientes fueron labrar cinco actas de defunción NN e inhumar los cuerpos en el cementerio de Boulogne, provincia de Buenos Aires. Las primeras denuncias del caso llegaron a la Asociación a través del abuelo paterno de los pequeños, que vivía en Córdoba, y así comenzó la búsqueda con las Abuelas. Después de muchas averiguaciones que apuntaban a los cuerpos enterrados en Boulogne, las Abuelas se presentaron ante el Juzgado de Menores N° 2 de San Isidro, pero el caso no fue investigado. Finalmente en 1984 se realizó la exhumación. Se identificaron los cuerpos de Amelia, Roberto y sus dos hijos mayores. En la tumba que correspondía a Matilde sólo se encontraba el ataúd con sus ropitas, una manta, un osito y un chupete. El propio Clide Snow fue el encargado de llevar adelante la investigación y confirmó que

no había restos de la niña. Los familiares ya habían recibido un mensaje anónimo que decía que uno de los tres chicos estaba vivo. Desde ese momento, la Abuela de los pequeños, Amelia Herrera de Miranda, se incorporó al trabajo de Abuelas desde Córdoba.

También en 1984 fueron restituidas las hermanas **Liliana** y **Marina Bau Delgado**, nacidas en el 76 y 77 respectivamente, quienes fueron abandonadas por fuerzas de seguridad en el Hospital de Niños de La Plata, luego del secuestro de sus padres Margarita y Horacio ocurrido el 17 de noviembre de 1977. Fueron localizadas por una comisión gubernamental que coordinaba Enrique De Vedia. Esta comisión fue uno de los aportes del gobierno de Alfonsín al esclarecimiento de los casos de menores desaparecidos. Gracias a la comisión "se pudieron abrir algunas puertas, registros de adopción, archivos, no solamente de Capital sino también de La Plata, recabar partidas de nacimiento", recuerda Estela Carlotto.

Juan Pablo Moyano fue otro de los que recuperó su identidad en el 84. Había nacido el 26 de agosto de 1976. Su papá Edgardo Moyano desapareció un año después, el 18 de agosto de 1977. El pequeño siguió viviendo con su mamá, Elba Altamirano, hasta que la secuestraron de su casa en Carapachay, el 14 de enero de 1978. Lo último que se sabe de Elba es que ese día se la llevaron en un *Ford Falcon* verde. Luego del operativo, un uniformado dejó a Juan Pablo en la casa de unos vecinos quienes al otro día denunciaron el hecho ante el Juzgado de Menores N° 2 de San Isidro. Días más tarde el Juzgado lo dio a una familia compuesta por Sofía Tula y su hija Mirian quien, a su vez, tenía dos hijos a los que Juan Pablo debía cuidar. Pasaba todo el día solo, lavando pañales y haciéndose cargo de sus supuestos sobrinos. Por su parte, la abuela del pequeño, Natividad de Moyano, había caído en una gran depresión. Pero, en 1981 se acercó a Abuelas para hacer la denuncia y allí empezó la búsqueda conjunta. Ya en democracia las Abuelas publicaron fotos de algunos de los niños que estaban buscando, entre ellos Juan Pablo. Un empleado ferroviario que conocía a la familia apropiadora acercó la información. Fue Raquel Marizcurrena quien recibió la noticia. Al día siguiente las Abuelas fueron a la casa donde vivía Juan Pablo y pudieron verlo. "Hacía

mucho frío y el nene estaba descalzo, casi sin ropa, lo tenían como un sirviente”[3], recuerda Raquel. No había dudas de que se trataba del pequeño que habían estado buscando. Un día más tarde volvieron al lugar, pero esta vez con Natividad. Era el 12 de abril de 1983 y ese día se produjo el encuentro tan esperado entre la Abuela y su nieto. Cuando fue restituido a su familia biológica, a fines de julio de 1983, se fue a vivir con Natividad. Con los años Juan Pablo contaría que “ya sabía que había algo raro, que no era igual al resto de la gente, no era normal”[4]. Juan Pablo sólo pudo compartir cinco años junto a su Abuela Natividad, quien falleció en 1988, pero de todas formas pudo recobrar su historia familiar, conocer acerca de la vida y las elecciones de sus padres, militantes Montoneros.

En otros puntos del país también aparecían niños. **Astrid Patiño Carabelli**, nacida el 12 de abril de 1973, fue secuestrada el 3 de abril de 1976 junto a su madre, María Gabriela Carabelli, cuando estaban de visita en la ciudad de Córdoba, en la casa de unos amigos donde se realizó un operativo. Omar, el papá de Astrid –que ya no estaba en pareja con Gabriela–, fue secuestrado dos años y medio después en Capital Federal, mientras realizaba las gestiones para localizar a su ex mujer y a su hija. Pasaron 12 años hasta que la Filial de Córdoba de Abuelas, con colaboración del Servicio de Paz y Justicia de (SERPAJ) de la misma ciudad, pudo localizar a la pequeña adoptada por una familia de apellido Cuello. Gabriela, la mamá de Astrid, había desaparecido junto a un matrimonio amigo que le había sugerido que llevara a la niña a un lugar seguro. Por testimonios de la mujer de la pareja, se pudo saber que Gabriela había dejado a Astrid en una quinta habitada por una señora mayor llamada Arsenia Vargas, y su hija, quien a su vez tenía un hijo que había sido asesinado en 1974, compañero de Gabriela luego de su separación con Omar. Con estos datos los Patiño comenzaron la búsqueda de la niña. Las Abuelas cordobesas lograron localizar la quinta. Allí fueron atendidas por una mujer quien les negó todo tipo de información sobre Astrid. Pero continuaron investigando por el barrio hasta que una vecina les confirmó que la hija de la dueña de la quinta, apodada “Cuca”, que vivía a unas seis cuadras, había criado a una niña de las características de Astrid. Cuca negó tener

una niña llamada Astrid, pero afirmó que tenía una hija adoptada que se llamaba Adriana a la que de ningún modo contaría que no era su hija biológica. La conversación fue tensa y la mujer estaba nerviosa. Las Abuelas estaban convencidas de que Adriana era Astrid. El siguiente paso fue averiguar en el Juzgado de Menores cuál era la procedencia de la niña, pero tampoco obtuvieron información. A los dos días las Abuelas volvieron a la casa donde vivía la niña y la mujer esta vez les facilitó el legajo de adopción donde la menor estaba inscripta con el nombre de Adriana Lucrecia González. Cuca aseguró que desconocía el verdadero nombre de la niña, pero les contó que la persona que llevó a la pequeña a lo de su madre había sido Irene Nazareno, quien tenía la orden de entregársela a ellas si Gabriela no volvía. Esto fue lo que ocurrió, pero Astrid finalmente pudo conocer a su familia paterna.

Diego Tomás Mendizábal Zermoglio fue otro de los chicos localizados luego de intensas averiguaciones. Diego había nacido el 24 de enero de 1979 en Cuba, durante el exilio de sus padres, Sara Ernesta Zermoglio y Horacio Alberto Mendizábal. La pareja volvió a la Argentina con sus tres niños, el pequeño Diego, Benjamín Ávila Zermoglio –hijo del primer matrimonio de Sara– y Martín Mendizábal Solimano –hijo de Horacio con Susana Haydée Solimano. Horacio fue asesinado por fuerzas de seguridad el 19 de septiembre de 1979 en la vía pública en la localidad de Munro. Sus restos fueron entregados a la familia. Sara fue secuestrada el 13 de octubre de ese mismo año en la Capital Federal mientras se encontraba en la casa de unos compañeros junto a sus hijos Diego y Benjamín. A principios de octubre, unos hombres dejaron a Benjamín con su abuela materna, y luego el niño fue criado por la familia Ávila. En tanto, Martín también había sido secuestrado con su madre, Susana Solimano, y tres semanas después fue entregado a una hermana de Susana. Dos días antes la mujer había recibido a Diego, hermano de su sobrino, a quien decidió entregar a un matrimonio cercano. Ante la imposibilidad de encontrarlos, la familia materna de Diego denunció el caso en Abuelas de Plaza de Mayo.

Cuando se localizó a la abuela paterna, se pudo confirmar que miembros de las fuerzas de seguridad le habían dejado a Diego y a Martín y

que, al no poder hacerse cargo de los niños, los había llevado con la familia materna de Martín. Los Solimano criaron a Martín pero entregaron a Diego en adopción. En 1984 Diego fue localizado por la Abuelas viviendo con Heriberto Schoeffer y su esposa María Ester Ibarra. La abuela materna pidió desde entonces la restitución. Sin embargo dos años más tarde el Juzgado Nacional de Primera Instancia en lo Civil N° 2 le dio la adopción simple del niño a los Schoeffer, a pesar de haberse comprobado diversas irregularidades en el trámite previo. Diego Mendizábal Zermoglio pasó a llamarse Diego Tomás Schoeffer y continuó viviendo con su familia adoptiva. No obstante Diego pudo conocer la historia de sus padres y lentamente entablar una relación afectiva con su familia biológica.

Antes había sido el turno de **Federico Spoturno**, quien pudo reencontrarse con su tío el 31 de enero de 1984. Federico había nacido el 27 de julio de 1975 y había sido secuestrado junto a su madre Alicia Haydeé Jáuregui el 26 de agosto de 1976, mientras estaban de visita en la casa de unos amigos, en la localidad de Merlo. La familia de Federico quedó diezmada: su padre Luis Alberto había sido asesinado en la masacre de Monte Chingolo, su tía Sara Ema Mini y su abuelo materno Tomás también habían desaparecido. Juana de Jáuregui, su bisabuela, fue quien hizo la denuncia a Abuelas. Y fue su tío Rubén Hugo Jaúregui quien lo encontró. Rubén también estuvo detenido pero fue liberado. Ahí nomás se puso en contacto con las Abuelas y colaboró activamente en la búsqueda de su sobrino. Finalmente se pudo dar con la familia que estaba criando al pequeño y con la cual Federico había estado desde la desaparición de su madre. Felizmente se comprobó que le habían conservado su verdadera identidad. Federico, que hoy es licenciado en Recursos Humanos, supo entonces que sus padres eran militantes del PRT-ERP y que están desaparecidos.

Por su parte, **Sebastián Ariel Juárez** había nacido el 12 de mayo de 1974. Fue secuestrado en la noche del 13 de mayo de 1977 por un grupo de uniformados del Ejército que entró a la casa donde vivía junto a su madre, Lucinda Delfina Juárez Robles, en Claypole, provincia de Buenos Aires. Sebastián fue llevado por un vecino al Juzgado de Menores N°1 de

Lomas de Zamora a cargo de la jueza Delia Pons. El menor fue internado en el hogar Casa de Belén con otro nombre y otra fecha de nacimiento, a pesar de que la jueza había tenido acceso a todos los detalles del operativo. No obstante el accionar cómplice de esta jueza que también se repitió en otros casos, Sebastián pudo ser localizado por sus familiares y por las Abuelas en la Casa Cuna.

El de **Paula Eva Logares** fue un caso conmovedor. Paula había nacido el 10 de junio de 1976 y desaparecido junto con sus padres Mónica Sofía Grinspon y Claudio Logares el 18 de mayo de 1978 en Montevideo, Uruguay. Luego del golpe militar en la Argentina, los Logares se habían ido al país vecino. En julio, su abuela Elsa Pavón de Aguilar comenzó la búsqueda en Uruguay, pero sin éxito, y en agosto se acercó a las Abuelas. Las conoció en un juzgado de La Plata y nunca más se separó. Decidió dejar de trabajar y dedicarse de lleno a la búsqueda de sus hijos y de Paula. En uno de los viajes a Brasil la organización CLAMOR les entregó una foto que había llegado con una denuncia. Quienes la enviaron suponían que se trataba de una hija de desaparecidos, aunque figuraba como hija propia de un policía. Cuando vieron la foto las Abuelas no dudaron: era Paula. A partir de esto empezaron la búsqueda de la pequeña. Paula estaba en manos del subcomisario de la Policía Bonaerense Rubén Lavallén, quien la había anotado como nacida en el momento del secuestro. Por lo tanto, la niña vivía como si tuviera dos años menos. Las Abuelas localizaron el domicilio del policía. "Me tocaba ir y le sacaba fotos a la nena y yo le decía a otra abuela 'esa nena no tiene seis años, debe tener como ocho'"[5], cuenta la Abuela Muñeca Oppezzo, por entonces al frente del equipo de investigación. La Abuela Elsa viajaba desde Banfield hasta Chacarita para poder ver aunque sea desde lejos a su nieta. Tenían el cuidado de cambiarse de peinados y de vestimenta para no despertar suspicacias en el barrio. Una de esas guardias coincidió con la llegada de Paula del colegio. Elsa la vio de espaldas, pero no había dudas de que se trataba de su nieta. Lo que Elsa no entendió fue por qué lucía un guardapolvo rosa, cuando en realidad la niña ya debería estar en la escuela primaria. Aún no sabía que Paula había sido anotada casi dos años después de su nacimiento.

En diciembre de 1983, el primer día hábil de democracia, se interpuso la denuncia por el caso de Paula ante el Juzgado Federal N°1. Pero la niña tenía ya un documento, por lo cual había que demostrar que su identidad era falsa. En el medio del proceso corrió el rumor de que los apropiadores de Paula intentarían fugarse al Uruguay. "Los funcionarios de la comisión [de Enrique de Vedia] y las Abuelas fuimos al puerto para evitar que se fueran"[6], recuerda Estela Carlotto. Pero el rumor no pasó a mayores. Paula fue dada en guarda a su abuela. Se trató del primer caso donde la filiación se comprobó a través de estudios genéticos. El reencuentro no fue nada fácil. La niña lloraba mucho y se enojó cuando le dieron la noticia. Elsa le había llevado fotos suyas para que se reconociera, también fotos de sus padres. En un principio la niña se mostró distante, pero luego se quedó mirándolas con detenimiento. Cuando vio la imagen de su papá comenzó a llorar. Elsa sabía que ella lo llamaba "Calio" porque Carlos le resultaba difícil de pronunciar. Le dijo: "¿Sabés cómo le decías a tu papá? Le decías Calio"[7]. Fue ahí que Paula se puso a repetir una y otra vez Calio, hasta que se largó a llorar desconsoladamente. El recuerdo se su padre apareció de golpe desde lo más profundo de su memoria. Aunque esa primera noche que pasó con sus abuelos la acompañaron algunos psicólogos, el cambio no fue traumático. Paula preguntó cómo eran sus papás y pidió más fotos. Quería empezar a conocer su historia.

María Eugenia Gatica Caracoche y su hermano **Felipe Gatica Caracoche** nacieron con poca diferencia de edad: el 6 de febrero y el 23 de diciembre de 1976 respectivamente. Vivían con sus papás Ana María y Juan Oscar en la ciudad de La Plata. El 16 de marzo de 1977 María Eugenia había quedado al cuidado de la familia Abdala, vecinos y amigos de los Gatica. Ana María y Felipe habían ido a Capital Federal y Juan Oscar a trabajar. Sobre el mediodía, fuerzas de seguridad realizaron un operativo y se llevaron secuestrados al matrimonio Abdala, a Sabino, el hijo de la pareja, y a María Eugenia. Un mes después, durante la noche del 19 de abril, un grupo de civiles armados entró a la casa donde estaban viviendo los Gatica y se llevaron a Felipe y a Ana María. Juan Oscar llegó algunas horas más tarde. Desde entonces, a la búsqueda desesperada de su hija

María Eugenia y sus amigos, debió sumar la del resto de su familia. Ana María fue liberada meses después y por ella se conocieron los primeros datos sobre el paradero de Felipe. El día del secuestro había dejado al pequeño en la casa de una vecina que era enfermera. Juan Oscar se presentó en la casa de la mujer, quien le contó que al otro día del secuestro había ido una pareja mayor a llevarse al niño, diciendo que eran sus abuelos. En 1978, los Gatica se contactaron con las Abuelas y comenzó así la búsqueda conjunta. Debido a la persecución que aún se vivía, la familia se fue a vivir a Brasil y continuó desde allí la búsqueda. Tuvieron dos hijos más, María Paz y Manolo. Con la vuelta de la democracia Oscar regresó al país y se puso a investigar con las Abuelas. Volvió a entrevistar a la enfermera y aunque ésta seguía diciendo lo mismo, había datos que no encajaban, hasta que en agosto de 1984, Ana María se encontró con la enfermera, quien le confesó que su hijo estaba vivo y que sabía dónde vivía. La mujer se había querido quedar con Felipe, pero su pareja de ese momento se había opuesto, por tal motivo se lo había entregado a una monja amiga que lo había ubicado con una familia que no podía tener hijos. Esta familia tomó la noticia con tristeza pero no se negó a que el niño recuperara su historia y volviera con sus padres. Así fue como Felipe retornó a su hogar y conoció a sus hermanos menores. Pero todavía faltaba encontrar a María Eugenia.

El año culminó con la restitución de **Jorgelina Paula Molina Planas**. La pequeña había nacido el 5 de agosto de 1973. José María Molina, su papá, era un alto dirigente del Partido Revolucionario de los Trabajadores-Ejército Revolucionario del Pueblo (PRT-ERP) que había sido fusilado el 12 de agosto de 1974 en Catamarca. La niña y su mamá Cristina Isabel Planas vivían en Lanús y fueron secuestradas de su domicilio –Bouchard 1054– el 15 de mayo de 1977. Por orden, una vez más, de la jueza del Tribunal de Menores N°1 de Lomas de Zamora, Delia Pons, Jorgelina fue internada en un hogar de menores. Allí era visitada por un miembro de la Fuerza Aérea, quien poco después presentó a la jueza un matrimonio que quería obtener la guarda de Jorgelina. En 1979 este matrimonio obtuvo la adopción plena y Jorgelina fue inscripta como Carolina Sala. Las Abuelas localizaron a Jor-



Año 1984. En el departamento de la calle Montevideo las Abuelas celebran la publicación del libro *Botín de Guerra*. Por entonces habían resuelto 25 casos de apropiación y decidieron editar un libro para contar todas las experiencias vividas en siete años de lucha.

gelina en 1984 y su familia biológica decidió que siguiera viviendo con la familia que la había criado, pero desde entonces la joven mantiene una fluida relación con sus familiares de sangre. Hoy enseña dibujo y está en contacto con el resto de los nietos recuperados.

Las Abuelas, que ya habían resuelto 25 casos de apropiación, decidieron editar un libro para contar todas las experiencias vividas en siete años de lucha. Así se publicó *Botín de Guerra*, en el que, a través de testimonios, se relatan los pasos iniciales del trabajo de las Abuelas y las primeras restituciones. También se realizó la primera muestra *Niños desaparecidos, nacidos en Cautiverio*, junto a la Asociación Cristiana de Jóvenes, y se llevó adelante el Primer Seminario Nacional *Niños desaparecidos, su restitución*.

Mientras tanto, en el plano político, la reconstrucción de la democracia y la recuperación del estado de derecho no eran tarea fácil. “Cuando

cae la dictadura, no nace la democracia. La democracia hay que construirla día a día. No es como prender la luz"[8], dice la Abuela Rosa Roisinblit. Pero en enero de 1984 dos altos responsables de la dictadura fueron detenidos y esto representó un avance en materia de verdad y justicia. Uno de ellos, el último presidente de facto, Reynaldo Bignone, por la causa de la desaparición de dos soldados en 1976, cuando era director del Colegio Militar de la Nación. Y el otro, Ramón Camps, ex jefe de la Policía bonaerense, tras haber hecho declaraciones apologéticas de la tortura a la prensa. Y por último, tras un año de trabajo, la CONADEP, presidida por el escritor Ernesto Sábato, entregó a Raúl Alfonsín el informe *Nunca Más*, donde se detallaban los crímenes atroces cometidos por el régimen militar. El informe recibió algunos cuestionamientos, en particular por su prólogo: "Durante la década del 70 la Argentina fue convulsionada por un terror que provenía tanto de la extrema derecha como de la extrema izquierda", decía. La idea de que hubo una guerra yacía en estas líneas. Y esta idea, más tarde, sería utilizada como respaldo argumental para las leyes que trataron de borrar la responsabilidad de los militares en la instauración del terrorismo de Estado.

El 22 de abril de 1985 la Cámara Federal de Buenos Aires, presidida por León Arslanián, inició el juicio a los nueve miembros de las Juntas Militares acusados de cometer crímenes de lesa humanidad y violaciones de los derechos humanos durante la dictadura. La causa fue llevada adelante por el fiscal federal Julio Strassera, con Luis Moreno Ocampo como fiscal adjunto. La opinión pública nacional e internacional siguió el juicio con mucho interés. "Ese día pudimos ver los rostros impávidos y escuchar las mentiras, el ocultamiento. Porque nunca reconocieron sus delitos", dice Estela Carlotto. Se presentaron más de 700 casos y alrededor de 800 testigos –los testimonios recogidos sumaron 900 horas– y el 9 de diciembre del mismo año la Cámara Federal fijó las sentencias. Jorge Rafael Videla y Eduardo Emilio Massera: prisión perpetua e inhabilitación absoluta perpetua. Roberto Viola: 17 años de cárcel e inhabili-

tación absoluta perpetua. Armando Lambruschini: ocho años de prisión e inhabilitación absoluta perpetua. Orlando Agosti: cuatro años y medio de prisión e inhabilitación absoluta perpetua. Por su parte, Jorge Anaya, Leopoldo Galtieri, Omar Graffigna y Basilio Lami Dozo fueron absueltos de culpa y cargo. La condena, leída por Arslanián, reconoció en su texto la existencia de un plan de exterminio genocida. Contadas veces en la historia se había juzgado a personas de tan alto rango, de hecho se procesó a tres ex presidentes de facto de la Nación. Los únicos antecedentes eran el juicio de Nuremberg a los jerarcas nazis y años más tarde, en 1975, el juicio a los coroneles griegos. Las condenas a los ex comandantes del Proceso dieron continuidad a la búsqueda de justicia y representó una profundización de la democracia. "El olvido que pretendían ciertos sectores era inmoral, pero no se trata de venganza, se trata de justicia"[9], explica Julio Strassera. Según el abogado de Abuelas Luciano Hazan, "el juicio fue simbólicamente importante, una decisión política clara que implicaba la persecución penal de los responsables máximos de la dictadura militar. Pero al mismo tiempo tenía sus limitaciones, porque obviamente no iba a satisfacer a las Abuelas: ellas estaban buscando a sus hijos vivos"[10]. Por eso, más allá de la búsqueda de justicia lo que hubo allí fue una búsqueda de verdad.

Para las Abuelas, la verdadera reparación llegaba con la restitución, y en este sentido siguieron trabajando y en 1985 lograron recuperar a cuatro nietos más. Uno de ellos fue **Amaral García Hernández**, uruguayo, nacido el 25 de octubre de 1971. Sus padres, Mirta Yolanda Hernández y Floreal García, habían llegado a la Argentina escapando de la persecución política de la dictadura encabezada por Juan María Bordaberry. El niño fue secuestrado junto con su madre el 8 de noviembre de 1974 en Capital Federal por un grupo que dijo pertenecer a la Policía Federal. Una hora antes, el mismo grupo había secuestrado a su padre y a un amigo de éste, Julio Abreu. Ese mismo día, otras tres personas de nacionalidad uruguaya, Héctor Brum, María de los Ángeles Corbo de Brum y Graciela Estefanel, todas ellas bajo protección del Alto Comisionado de Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR), fueron secuestradas.

Julio Abreu fue liberado el 24 de diciembre de 1974 en Uruguay, en el departamento de Canelones. Floreal, Mirta y los otros tres fueron encontrados asesinados en la localidad de Soca, también en Canelones. Las Abuelas comenzaron la búsqueda de Amaral tras recibir denuncias que decían que el pequeño se encontraba en manos de una pareja integrante de las fuerzas represivas, quienes lo habían inscripto como hijo propio. La Asociación logró localizarlo y en diciembre del 84 inició una acción judicial que en un año terminó con la restitución de Amaral a su familia biológica. Hoy el joven reside en Uruguay y trabaja como periodista en un canal de Montevideo.

El caso de **Carla Graciela Rutila Artes**, como el de Amaral, se enmarca dentro del Plan Cóndor. Carla, hija de Enrique Joaquín Luca López, asesinado el 19 de septiembre de 1976, había nacido el 28 de junio de 1975. Cuando la detuvieron junto a su madre, estaba viviendo en Bolivia. Tiempo después, ambas fueron entregadas a la Gendarmería Argentina, que las trasladó al centro clandestino de detención (CCD) Automotores Orletti de la Capital Federal. Carla fue apropiada e inscripta como hija propia con el nombre de Gina por el matrimonio de Amanda Cordero y Eduardo Ruffo, uno de los represores de ese centro, quien antes había sido miembro de la Triple A. Tras una nueva campaña de Abuelas en la que se publicó la foto de Carla, llegaron las primeras denuncias. Su abuela materna Matilde Artes Company, más conocida como "Sacha", era actriz y militante política. Al momento del secuestro de su hija y su nieta estaba en Chile, desde donde se fue a España. Sacha ya había sido perseguida en varios países por su militancia. Ella misma llevó adelante el caso de su nieta, junto con las Abuelas. La denuncia por la apropiación de Carla se radicó ante el Juzgado Federal en lo Criminal y Correccional N° 5. Los apropiadores, luego de estar un tiempo prófugos, fueron detenidos. La verdadera identidad de Carla fue comprobada con los análisis de sangre y en septiembre de 1985 pudo reencontrarse con su Abuela Sacha. El encuentro se produjo en Tribunales, luego de que el juez le contara toda la verdad a la pequeña. Sacha entró a la habitación donde estaba la niña y le dijo: "Carlita, yo soy tu abuela, hace nueve años que te estoy buscan-

do"[11]. Sacha abrió sus brazos y la envolvió y así se quedaron unidas sin decir palabra alguna durante un rato. Después siguieron las fotos y las charlas repletas de recuerdos e historias. Sacha y su nieta se fueron a vivir a España, y desde allí Carla escribía a las Abuelas con frecuencia: "Quiero que nunca olviden que soy Carla Rutila Artes y que ustedes ayudaron a mi abuela a encontrarme, y que gracias a ello estoy aquí"[12], les dijo en una de sus cartas.

Tras la restitución de Felipe, en 1984, relatada líneas antes, la familia **Gatica-Caracoche**, localizó a su hija **María Eugenia**. Las primeras pistas sobre el paradero de la niña llegaron a través de denuncias anónimas a la sede de Abuelas. Los datos decían que la pequeña estaba en poder del comisario Rodolfo Silva. Así fue que comenzó el rastreo y hasta pudo conseguirse una foto actualizada que no dejaba dudas sobre la identidad de la niña. En diciembre de 1984 se presentó el caso ante la Justicia. El problema seguía siendo el modo de identificación porque si bien el método inmunogenético ya se utilizaba, muchos magistrados aún no lo conocían. No obstante, las Abuelas lograron que la niña fuera analizada y el resultado fue positivo. Entonces los apropiadores se escaparon con María Eugenia y estuvieron 11 días prófugos, hasta que los capturaron. La nena fue restituida en septiembre de 1985. Sus padres le habían preparado una carpeta llena de cartas, fotos y dibujos de su infancia y de todos sus seres queridos que la habían estado buscando y esperando. El día de su restitución, luego de un rato María Eugenia ya estaba cantando con su mamá las canciones que conocía de chiquita.

También este año recuperó su identidad **María Fernanda Álvarez**, secuestrada el 29 de mayo de 1978 en la localidad bonaerense de Laferrere, junto con su madre Clara Nilda Álvarez, militante salteña del PRT-ERP. María Fernanda fue localizada por la comisión gubernamental de Enrique de Vedia. Mientras tanto las Abuelas seguían trabajando y creciendo. En 1985 también lograron concretar la primera base de datos de la institución, que serviría para las investigaciones futuras.

Gracias al Oscar a mejor película extranjera obtenido por el filme *La historia oficial* de Luis Puenzo, la problemática de las Abuelas de Plaza de Mayo alcanzó resonancia mundial. Al punto que en 1986 dos Abuelas viajaron a Estocolmo, Suecia, donde en nombre de la Asociación recibieron el Premio a la Abnegación, otorgado por el organismo sueco-argentino ASA. El reconocimiento a su labor no era nuevo: en 1984 ya habían participado en el Congreso Internacional sobre Niños Maltratados por tercera vez. En mayo de ese año habían sido invitadas al simposio organizado por la AAAS en Nueva York, El rol de las ciencias forenses en la documentación de lo abusos de los derechos humanos, donde habían tratado el tema específico del uso de la genética para la identificación de los niños a través de los abuelos; además habían asistido en La Habana, Cuba, al Encuentro de Organizaciones No Gubernamentales de América Latina y el Caribe donde se trataron los temas "Desarrollo, igualdad y paz", y había funcionado como preparatorio del Decenio de la Mujer, que se realizaría un año más tarde en Nairobi, Kenia. Allí también habían concurrido las Abuelas. En 1985 la actividad internacional había sido igual de intensa: en marzo habían sido especialmente invitadas por la Federación de Mujeres Cubanas en el 25 aniversario de esta organización; habían participado en Bogotá, Colombia, del Primer Encuentro Latinoamericano de Defense for Children, y en Moscú, por entonces capital de la URSS, habían sido parte de la Reunión de las Juventudes Políticas. Por otro lado, profesionales de los equipos técnicos de la Asociación se habían presentado en diferentes foros y eventos internacionales –Estados Unidos, Dinamarca, Alemania Federal, Brasil, Costa Rica.

El año 1986 también fue un año promisorio en materia de restituciones. Siete nietos pudieron conocer su historia. Los hermanos **Esteban Javier** y **Paula Eliana Badell Acosta** vivían junto con su padre Esteban Benito Badell y su madre, de origen chileno, María Eliana Acosta Velasco, en City Bell, cerca de La Plata. El 28 de septiembre de 1976 sus padres fueron secuestrados y los pequeños quedaron al cuidado de un tío político que era policía de la provincia de Buenos Aires. Los niños ya eran grandes, Esteban tenía nueve años y Paula siete. En 1986 ellos mismos decidieron encontrarse



Navidad de 1988. Las nietas Laura Scaccheri, Mariana Pérez, Paula Logares y María Victoria Moyano Artigas junto con el reverendo Jaime Wright, integrante de CLAMOR, de visita en Buenos Aires en la casa de la calle Corrientes.

con su abuelo materno que vivía en Chile y que siempre los había buscado con la ayuda de las Abuelas. Se sabe que María Eliana fue vista en los centros clandestinos Pozo de Arana, Pozo de Quilmes.

La historia de **Ramón Ángel Pintos**, en cambio fue muy desdichada. El niño fue secuestrado junto a su mamá Lucía Elena Pintos por fuerzas de seguridad el 2 de junio de 1977. Lucía vivía en Tucumán, donde trabajaba de niñera para la familia del dirigente sindical Leandro Fote, también integrante del PRT-ERP. Cuando la familia se mudó a Buenos Aires, Lucía, que también militaba en el PRT-ERP, fue con ellos. Tiempo después se fue a vivir con una hermana a Avellaneda donde nació Ramón, el 11 de julio de 1976. Cuando su hermana volvió a Tucumán, Lucía y su hijo regresaron con la familia Fote. Aquel 2 de junio del 77 fuerzas de seguridad allanaron el domicilio de los Fote en Villa Pineral, Caseros (provincia de Buenos Aires). Allí secuestraron a Lucía con su hijo Ramón, al matrimonio Fote, sus hijos y la novia de uno de ellos junto con su madre:

en total ocho personas. Las Abuelas lograron localizar a Ramón en 1984, en poder de un policía bonaerense José Avelino Morales, quien tenía la guarda definitiva otorgada por el juzgado de Menores N° 2 de San Martín, a cargo del juez Mario Bosso. Luego de localizarlo se iniciaron las demandas correspondientes pero la Justicia recién lo restituyó en octubre de 1986. A poco de volver con su familia, se le declaró síndrome de Becker, una enfermedad de parálisis muscular. En 1990 Ramón hizo una cardiopatía y el 7 de octubre falleció de un paro cardíaco.

Otra de las niñas restituidas fue **Laura Ernestina Scaccheri Dorado**, hija de los militantes montoneros, Stella Maris Dorado y José Alberto Scaccheri. Laura había nacido el 15 de mayo de 1977 y dos meses más tarde fue secuestrada junto con su madre en Lanús, sur del Gran Buenos Aires. Unos vecinos que habían presenciado el operativo se quedaron con la pequeña y la anotaron como propia. Si bien la menor ya había sido localizada en 1985 por las Abuelas y su familia, pudo ser restituida en marzo de 1986. En un principio se planeó una restitución paulatina. "Eso fue así por haber creído en la buena fe que los Cacace [los apropiadores] decían tener y en el deseo de hacerle todo más sencillo a Laura, respetando sus afectos"[13], explicó la tía Dolly Scaccheri. Pero el matrimonio, cuando Laura comenzó a vincularse cada vez mejor con su familia biológica, empezaron a poner obstáculos. "Se nos prohibió retirarla de la escuela y dificultaron las visitas"[14], recuerda Dolly, quien sin embargo consiguió que el juez otorgara el cambio de guarda a su favor y entonces Laura se fue a vivir con ella y sus primos. Pero los Cacace no se quedaron de brazos cruzados y apelaron el fallo ante la Cámara Federal, que dispuso que hasta la sentencia definitiva Laura debía volver a vivir con la familia apropiadora. Dolly logró que esta medida no se ejecutara y que el caso pasara a la Corte Suprema de Justicia de la Nación. Después de dos años de lucha judicial, el 29 de octubre de 1987, la Corte declaró nula la partida de nacimiento que certificaba al matrimonio Cacace como padres de Laura. El fallo decía que la niña era Laura Ernestina Scaccheri Dorado, hija de José Alberto Scaccheri y Stella Maris Dorado. Esta nueva situación se complementó con la decisión de la Cámara de Apelaciones de La Plata

que resolvió la guarda definitiva de Laura a favor de Dolly Scaccheri. Cuando la niña se enteró del fallo de la Corte le pidió a su tía: “Llamemos a todos lados para contar”. Laura se crió con su tía Dolly y hoy ha formado su familia propia con su compañero y su hijo León.

Marcos Lino Moscato Cancela había nacido el 18 de diciembre de 1967 en la ciudad de La Plata. Era hijo del primer matrimonio de Mirta Noemí Cancela con Rosario Moscato. Mirta, cuyos compañeros la apodaban “Mecha” y “la Petisa”, militaba en el Movimiento de Inquilinos Peronistas (MIP). Luego de separarse de Rosario formó pareja con José “el Negro” Orlando –con quien comenzó a militar en el PRT-ERP– y de esta unión, el 7 de junio de 1975, nació **Paula Orlando Cancela**. José no pudo conocer a su hija ya que fue asesinado el 4 de abril de ese mismo año en la vía pública en Avellaneda. En ese momento, Marcos se encontraba al cuidado de una pareja de compañeros de la madre que también fueron asesinados. El niño fue dejado por otros compañeros en la casa de la abuela paterna de Paula. Marcos fue criado por una familia que nunca le ocultó su historia ni su identidad. Entre el 14 y el 15 de junio del 75 Mirta fue secuestrada y la pequeña Paula, de pocos días, quedó al cuidado de su abuela paterna, quien se lo dio a una pareja amiga de José, Guillermo Alessandrini y su esposa Marta, quienes a su vez la adoptaron de buena fe y la criaron junto a sus otros hijos. Paula también creció conociendo su historia y en contacto permanente con su abuela paterna. Tanto este matrimonio, como el de los compañeros que criaron a Marcos, no habían podido ubicar a los familiares de Mirta. Mientras tanto, la abuela materna, que desconocía el destino de sus nietos, había radicado la denuncia ante Abuelas de Plaza de Mayo. En 1986 Marcos y Paula fueron localizados y se reencontraron con su familia materna.

En el caso de **Ximena Vicario** jugaron un rol bastante particular la Justicia, por un lado, y los medios de comunicación, por otro. Ximena había nacido el 12 de mayo de 1976 y había desaparecido junto con su madre tres meses antes de cumplir el año. Sus padres, Stella Maris Gallicchio y Juan Carlos Vicario, eran oriundos de Rosario. El 5 de febrero de 1977

Stella Maris viajó a Capital Federal con la beba y un amigo de la familia, Alfredo Berrutti. Iban a las oficinas de Coordinación Federal a retirar sus pasaportes, Stella Maris para exilarse en España y Alfredo para viajar a Australia. Cuando se estaban retirando del área de documentación, Stella Maris recordó que tenía que preguntar por el pasaporte de Juan Carlos. Entonces dejó a Ximena en brazos de Alfredo y volvió a entrar. En ese momento los secuestraron a los tres. Horas más tarde, Juan Carlos Vicario también era detenido en Rosario. La niña fue dejada en la puerta de la Casa Cuna. De allí la sacó la hematóloga Susana Siciliano –con el acuerdo del director del establecimiento–, quien la adoptó de manera irregular e inventó una falsa historia sobre su origen. El mismo día del secuestro comenzó la búsqueda de la abuela Darwinia Mónaco. Recorrió comisarías y tribunales y así conoció a las Abuelas, a las que se sumó de inmediato. Ximena pudo ser localizada en 1984, cuando tenía ocho años, gracias a una denuncia que llegó a la institución. Darwinia, acompañada por otras Abuelas, visitó la casa de la apropiadora y cuando la vio no dudó: era la cara de aquella beba de nueve meses con ocho años más. El examen de ADN, realizado en enero de 1986, lo confirmó.

Como en el caso de Laura Scaccheri, Darwinia intentó que la restitución fuera gradual. Pero al plantearse los trámites de la restitución, Siciliano se echó atrás e inició una campaña mediática para recuperarla. En un principio Darwinia tuvo que cumplir un régimen de visita, ya que al tratarse de una adopción plena, no tenía chances de obtener la guarda de su nieta. Debía esperar a que la Justicia anulara aquella adopción apócrifa. Con el resultado del ADN la Justicia amplió el régimen de visitas a una suerte de guarda compartida. "Era como una custodia de padres separados, tantos días en la casa de la mamá, tantos días en la casa del papá –explicaba Ximena–, pero en dos ciudades distintas. Y fue así del 89 al 91[15]". Ximena vivía de martes a jueves en Rosario con su abuela, su escuela y sus amigos, y de viernes a lunes estaba en lo de Siciliano –que la llamaba con otro nombre–, y viernes y martes iba a otra escuela, con otros compañeros. "Una locura", remarca Ximena. Como la nena era menor de edad y en el país estaba vigente la ley de "patronato de la infan-

cia", una jueza se hacía cargo de ella. "Mi abuela nunca tuvo mi guarda", cuenta. A cambio de eso tenía un papel que llevaba siempre encima con un membrete del Poder Judicial de la Nación y algunos teléfonos "por si le llegaba a pasar algo". Esa fue su forma de identificación hasta los 18 años. "La culpa era de la Justicia, que no estaba preparada para estos casos", sostiene Ximena. En 1991 la Justicia, finalmente, anuló la adopción plena de Ximena y dictaminó que se fuera a vivir con su abuela a Rosario. Alcira Ríos, la abogada de la Asociación en ese momento, logró así un fallo que modificó la jurisprudencia en la materia. Susana Siciliano fue acusada de ocultar la verdadera identidad de la menor y de haber aportado información falsa al trámite de adopción. Después de estos episodios, Ximena decidió no volver a ver Siciliano.

En 1986 las Abuelas también comenzaron a publicar un boletín de informaciones, que editarían sin interrupciones durante ocho años. "Las Abuelas hasta entonces habían editado un tríptico pequeño, pero ahora querían hacer un buen boletín –recuerda Alba Lanzillotto, que un año antes había vuelto del exilio–. Así que Chicha [Mariani] me pidió que la ayudara con eso y entre las dos hicimos el primer boletín de la institución, y eso fue lo primero que hice en Abuelas"[16]. Desde ese momento, Alba se integró definitivamente a la asociación para buscar a su sobrino o sobrina nacido en cautiverio.

Pese a la alegría por la incorporación de más familiares y colaboradores a la búsqueda, al reconocimiento internacional y a las restituciones logradas, 1986 no terminó bien para las Abuelas ni para el resto de las entidades defensoras de los derechos humanos. El distanciamiento con el Poder Ejecutivo había comenzado un año antes, con la sentencia a los ex comandantes, que lógicamente despertó malestar en las Fuerzas Armadas. El 24 de abril el Gobierno instruyó al fiscalía general de las Fuerzas Armadas para que impulsara las acciones en los juicios sobre delitos cometidos por los militares con el objeto de acelerar y agrupar los procesos. Era una medida destinada a dejar impunes a los responsables de crímenes y torturas. Y esta impunidad cobró forma el 23 de diciembre con la aprobación en Diputados de la ley de "Punto Final", que establecía un plazo límite

para enjuiciar a los represores. La ley de Punto Final fue rechazada por importantes sectores de la sociedad civil y por todos los organismos de derechos humanos. “Cuando dijeron que se había firmado fue una angustia muy grande, todos empezamos a correr, la gente tiraba por la calle las bolsas de basura para entorpecer a las motos de la policía”, recuerda la Abuela Muñeca. Los militares seguían ejerciendo su influencia aún en democracia. Alfonsín había cedido muy pronto a las presiones.

Cuatro meses y medio más tarde, el 15 de abril de 1987, se produjo la rebelión “carapintada” de Semana Santa en Campo de Mayo. Los sediciosos, encabezados por el teniente Aldo Rico, exigían una reivindicación social de los militares y amenazaban con un nuevo golpe de Estado. Fueron días de mucha tensión. El domingo 19 de abril la Plaza de Mayo se llenó de manifestantes autoconvocados en defensa de la democracia. Alfonsín, tras reunirse con Rico y convencerlo de que desistiera, pronunció en el balcón de la Casa de Gobierno las palabras que pasarían a la historia: “Hoy podemos todos dar gracias a Dios. La casa está en orden y no hay sangre”. En ese mismo discurso llamó a los militares sublevados “héroes de Malvinas”, anticipando claramente el lugar que a partir de allí les asignaría y el debilitamiento de su gobierno.

La gente festejó, pero sin duda, algo se había quebrado. Se trató del principio del fin del gobierno alfonsinista. Un mes después el pacto de impunidad se consolidó aún más con la sanción de la Ley de Obediencia Debida. Ésta absolvía a los militares de rango intermedio y menor acusados de las violaciones a los derechos humanos durante la dictadura, por considerar que habían actuado cumpliendo órdenes de sus superiores, como subordinados. Era evidente que los carapintadas, precisamente oficiales en esa situación, habían negociado su rendición a cambio de la ley. No obstante la Obediencia Debida no incluía a los responsables de apropiación de niños. Es decir que todas las causas fueron archivadas, cerradas y sobreseídas, menos los casos de Abuelas, que continuaron. Y por esto las causas por apropiación de menores se convirtieron en la bande-

ra de los organismos, ya que era la única fisura que tenía la Justicia para condenar a los represores que habían logrado quedar absueltos. “De hecho se hicieron algunos juicios en esa época y se restituyeron a varios chicos, la actividad de Abuelas pudo seguir”, señala Luciano Hazan.

Ese año tres niñas se reencontraron con su historia. Por empezar se localizó a **Gabriela Alejandra Gallardo** quien había nacido el 29 de abril de 1971. Abuelas había recibido la denuncia de la familia Gallardo sobre la desaparición de la pequeña, y en 1987 se la pudo localizar y poner en contacto con los familiares que le habían perdido el rastro desde abril de 1976.

El siguiente caso fue el de **Elena Gallinari Abinet**, quien se convirtió en la primera nieta restituida nacida en cautiverio. Su mamá María Leonor Abinet, embarazada de siete meses, había sido secuestrada el 16 de septiembre de 1976, y su padre, Miguel Ángel Gallinari, había desaparecido a fines de junio de 1976. Su abuela materna, Leonor Alonso, que había estado secuestrada pero posteriormente fue liberada, comenzó la búsqueda de su familia. Luego se fue a vivir al exterior creyendo que la investigación desde afuera sería más fácil, pero no fue así y en 1980 regresó y se puso en contacto con las Abuelas. Un año después, las Abuelas recibieron la denuncia de que un policía de apellido Madrid tenía en su poder a una pequeña que podría ser hija de desaparecidos. Se trataba de Domingo Luis Madrid y vivía en City Bell, provincia de Buenos Aires. La niña figuraba con el nombre de Viviana Nancy y la partida de nacimiento era sospechosa ya que indicaba que había nacido en la casa de su “abuelo”. Con estas pruebas, las Abuelas presentaron el caso ante la Justicia que pidió las pruebas de sangre correspondientes y los resultados demostraron la verdadera filiación de la nena. “Yo estaba en la escuela, me fueron a buscar y me llevaron a los Tribunales”[17], recuerda Elena. Una asesora de menores fue la encargada de explicarle la verdad a la pequeña, quien no lloró y solo hizo dos preguntas: si los que la habían tenido sabían su origen y qué habían hecho con sus verdaderos padres. La jueza sólo pudo contestarle que a sus padres los habían secuestrado y que estaban desaparecidos. Cuando se reencontró con su abuela Leonor, ésta le dijo: “Soy la mamá de tu mamá”, y la pequeña se acercó y la abrazó. “Elenita” lloró poco y pre-

guntó muchísimo sobre sus padres. Desde que se enteró que su nombre era Elena quiso ser llamada así: “Recuperar la identidad es fundamental. Es un proceso complicado, trae miedo, inquietudes, incertidumbre, pero es más certero saber de dónde venís que no saberlo”[18], dice hoy.

El tercer caso también fue de una nieta nacida en cautiverio. **María José Lavalle Lemos** nació en septiembre de 1977 en el CCD Pozo de Banfield. Sus padres Mónica María Lemos y Gustavo Antonio Lavalle habían sido secuestrados el 21 de julio de 1977 por fuerzas policiales y de la Armada que entraron en su casa de José C. Paz. Junto con ellos se llevaron además a la hija mayor del matrimonio, María, de 15 meses. Cinco días después, la pequeña apareció en el umbral de la casa de su abuela materna Haydeé Vallino de Lemos, una de las Abuelas fundadoras que siempre confió en que el nacimiento de su nieta se había producido. Haydeé y su marido Alberto buscaron juntos a su familia. Se levantaban temprano y salían a buscarlos. Se dividían los lugares adonde tenían que ir y se encontraban a la noche. Un día llegó Alberto con la noticia de que había un montón de gente que iba a pedir por sus familiares al Ministerio del Interior. Al día a siguiente no se dividieron y allá fueron los dos. “Ese día una señora me agarró y me dijo que por qué no iba a la Plaza de Mayo, que allí había madres que se estaban juntando. Esa señora resultó ser Elida Caimi, la consuegra de Raquel Marizcurrena”[19], recuerda Haydeé. La Abuela se integró enseguida al grupo y comenzó a participar del equipo de investigación, y un día ella misma recibió una pista que la llevaría a su nieta. Apenas nacida María José fue apropiada por una mujer policía y por su marido quienes la anotaron como propia. Las denuncias llegaron a partir de 1985 y finalmente se presentó una causa judicial. El juez ordenó un análisis genético. En octubre de 1987 se supo que María José era la hija de Mónica y Gustavo. De inmediato la niña se fue a vivir con sus abuelos y su hermana María. “Quiero decir que a María José la pudimos encontrar gracias a las Abuelas. Porque si no me hubiera unido al grupo, no la hubiera encontrado. Solas no hubiésemos logrado nada”[20], asegura Haydeé.

Cada vez más juntas, las Abuelas hacían todo lo necesario para recuperar a sus nietos. Con esta premisa, en febrero de 1986, se habían entrevis-



Año 1987. María abraza a su hermana María José Lavalle, nacida durante el cautiverio de Mónica Lemos, la madre de ambas.

tado con el presidente Raúl Alfonsín a quien le realizaron varios pedidos. Uno de ellos era que enviara al Congreso de la Nación la propuesta de creación del Banco Nacional de Datos Genéticos. Las pruebas recabadas sobre los niños desaparecidos y la eficacia indiscutible del análisis de ADN –que ya había servido para resolver varios casos– hicieron que el presidente aprobara la solicitud. Abuelas, junto con una serie de organismos gubernamentales y el Servicio de Inmunología del Hospital Durand de la Capital Federal, redactaron una ley que fue unánimemente aprobada por el Congreso en mayo de 1987. La ley 23.511 determinó la creación de un banco de datos genéticos para dirimir cualquier tipo de conflicto que implicara cuestiones de filiación, incluidos los casos de niños desaparecidos[21].

Ésta fue una buena noticia para las Abuelas, tan buena como otra que se produjo en ese mismo momento, con la salida de la primera edición del diario *Página/12*. Aquel 26 de mayo de 1987 la tirada de 30.000 ejemplares

se agotó de inmediato. La aparición del matutino, por entonces de 16 páginas, demostró la existencia de un sector amplio de la población comprometido con la democracia y los derechos humanos. Independencia, sátira e investigación fueron los complementos del éxito. "Los movimientos de derechos humanos, encabezados por Madres y Abuelas, hicieron también que la gente, sobre todo los más jóvenes, se aproximara a sus ideas, a sus argumentos, a sus manifestaciones"[22], reflexiona a la distancia el periodista José María Pasquini Durán, uno de los pocos "veteranos" que había en el diario, donde la media de edad era realmente muy baja. Pasquini Durán, que se había desempeñado en el diario *La Opinión* y en el semanario *El Periodista*, es editorialista político en *Página/12* desde el comienzo. "La política editorial del diario siempre fue la defensa de los derechos humanos. En consecuencia éramos absolutamente solidarios con las Madres y las Abuelas. Y hoy, a 20 años de su fundación, es el único diario que sigue publicando todos los días el recuadro de los desaparecidos, absolutamente gratis", agrega. Justamente estos recordatorios fueron idea de una Abuela de Plaza de Mayo, que a un año del lanzamiento del diario se acercó al periódico con un pedido chiquito: "Preguntó si en el décimo aniversario del asesinato de su hija podíamos publicar una solicitada en su memoria. Y así, el 25 de agosto, salió el primer recordatorio, sin saber que sería el primero de muchos"[23], cuenta Ernesto Tiffenberg, director periodístico de *Página/12*. Aquella Abuela era Estela Carlotto. "Poco después se acercó otro familiar de desaparecido que había visto el primero, a preguntar si podía publicar el suyo, y así muchos más"[24]. Los recordatorios empezaron a aparecer todos los días, haciendo visible la existencia de los desaparecidos y el feroz alcance que había tenido el terrorismo de Estado.

Después de su abdicación pública de Semana Santa, Alfonsín no logró enderezar su gobierno. En enero de 1988 los carapitandas lo desafiaron por segunda vez pero con menos fortuna. Aldo Rico encabezó el levantamiento en la ciudad correntina de Monte Caseros, pero 36 horas más tarde se rindió.

A fin de año, el 3 de diciembre, el Gobierno padeció una sublevación en Villa Martelli liderada por el coronel Mohamed Alí Seineldín, que duró cuatro días hasta que los rebeldes se rindieron. Por un lado los militares no lograban imponer sus condiciones a las autoridades civiles, pero por otro las autoridades civiles eran incapaces de controlar las bravatas de los militares.

El lunes 23 de enero de 1989, un grupo de militantes del Movimiento Todos por la Patria (MTP) asaltó el cuartel de La Tablada, dirigidos por uno de los ex jefes del desaparecido ERP, Enrique Gorriarán Merlo. La mayoría de ellos fue fusilada luego de haberse rendido ante las fuerzas militares. Estos hechos, que expresaban la tensión entre el pasado y el presente en que vivía la sociedad, se sumaban a la crítica situación económica y a la oposición cada vez más fuerte de la Confederación General del Trabajo (CGT), en manos peronistas, que sólo en 1988 llevó adelante 11 paros generales[25].

Lo que la justicia argentina debiera haber saldado se había frenado con las leyes de impunidad, pero otros países buscaron no dejar los delitos impunes. Así comenzaron juicios contra represores argentinos, por ejemplo, en Francia, donde se abrió una causa contra el ex marino Alfredo Astiz por la desaparición de las religiosas Alice Domon y Léonie Duquet en 1977. Y en este contexto difícil –en el cual también desarrollaron el Segundo Seminario Nacional *Niños desaparecidos, su restitución*–, las Abuelas siguieron encontrando nietos.

Uno de ellos fue **Antonio Villanueva**, quien había nacido en septiembre de 1975. Sus padres, María Rosa Duca y Antonio Milagros Villanueva, eran militantes del PRT-ERP. El niño fue secuestrado junto a su madre María Rosa el 4 de abril de 1976 durante un operativo realizado por fuerzas de seguridad en su domicilio en la localidad de General Pacheco. Su padre había sido secuestrado el 14 de enero de ese año en San Fernando, zona norte del Gran Buenos Aires. Antonio fue localizado en 1988. Sus padres continúan desaparecidos.

La otra nieta restituida fue **María Victoria Moyano Artigas**, nacida durante el cautiverio de su mamá el 25 de agosto de 1978 en el CCD Pozo de Banfield. La niña había sido apropiada por un matrimonio vinculado

a las fuerzas represivas y anotada como hija propia. En 1987 llegaron las primeras denuncias a Abuelas sobre su caso y se abrió una causa ante la Justicia. Finalmente María Victoria recuperó su identidad y se fue a vivir con Elena Santander, su abuela paterna, quien la había buscado desde los comienzos junto a las Abuelas y siguió trabajando a la par de sus compañeras en la institución, hasta que falleció en febrero de 1996. Victoria vive actualmente en Argentina y tiene una hija que se llama Valentina.

El impacto de la lucha de Abuelas en materia de legislación sobre la niñez ha sido decisivo a escala mundial. Tanto es así que la Convención Internacional sobre los Derechos del Niño, Niñas y Adolescentes, aprobada el 20 de noviembre de 1989 por la Asamblea General de las Naciones Unidas, incluye tres artículos directamente promovidos por las Abuelas, tendientes a proteger el derecho a la identidad. La Convención, el tratado ratificado por más países (de hecho por todos menos Somalia y Estados Unidos) reconoce a lo largo de sus 54 artículos que las personas menores de 18 años tienen derecho a ser protegidas, desarrollarse y participar activamente en la sociedad, es decir que las considera sujetos de derecho. Los artículos 7, 8 y 11 se refieren al derecho a la identidad. Son conocidos como “los artículos argentinos” porque fueron impulsados por las Abuelas, quienes desde diversas disciplinas –psicología, genética, derecho, antropología– señalaron al mundo la necesidad de reparar el daño causado por el terrorismo de Estado. Los artículos “argentinos” de la Convención establecen lo siguiente:

Artículo 7°:

1. El niño deberá ser registrado inmediatamente después de su nacimiento y tendrá derecho desde éste a su nombre, a adquirir una nacionalidad y, en la medida de lo posible, a conocer a sus padres y a ser cuidado por ellos.

2. Los Estados Partes velarán por la aplicación de estos derechos de conformidad con su legislación nacional y las obligaciones que hayan contraído en virtud de los instrumentos internacionales pertinentes en esta esfera, sobre todo cuando el niño resultara de otro modo apátrida.

Artículo 8°:

1. Los Estados Partes se comprometen a respetar el Derecho del Niño a preservar su Identidad, incluida nacionalidad, nombre y relaciones familiares de conformidad con la ley sin injerencias ilícitas.

2. Cuando un niño sea privado ilegalmente de alguno de los elementos de su identidad o de todos ellos, los Estados Partes deberán prestar asistencia y protección apropiadas con miras a restablecer rápidamente su identidad.

Artículo 11°:

1. Los Estados Partes adoptarán medidas para luchar contra los traslados ilícitos de niños al extranjero y la retención ilícita de niños en el extranjero.

2. Para este fin, los Estados Partes promoverán la concentración de acuerdos bilaterales o multilaterales o la adhesión a acuerdos existentes.

Al momento de la aprobación de la Convención, Carlos Saúl Menem cumplía cuatro meses como presidente. Se había impuesto en las urnas el 14 de mayo de 1989 y si bien el traspaso del poder estaba previsto para diciembre, como la situación del país era cada vez peor se adelantó para julio. Durante el gobierno de Menem comenzaron las reparaciones económicas a las víctimas de violaciones durante la dictadura, lo que implicó el reconocimiento por parte del Estado argentino de su responsabilidad en los delitos de desaparición forzada y asesinato de personas. El primer decreto en este sentido fue firmado en 1991 y benefició con indemnizaciones a todos aquellos que habían sufrido detenciones ilegítimas o detenciones a disposición de Poder Ejecutivo. Tres años más tarde, en 1994, se establecieron también compensaciones para padres, hijos y herederos de los desaparecidos y muertos como consecuencia de la represión. Pero este reconocimiento tuvo como contracara los indultos a los represores, que terminaron de sellar el pacto de impunidad instaurado por las leyes de Punto Final y Obediencia Debida.

A pesar del olvido que intentó implementar el gobierno menemista, los desaparecidos siguieron apareciendo para mantener viva la memoria

y el reclamo de justicia. Las exhumaciones de cadáveres NN se efectuaban en distintos puntos del país. En 1989 se halló el cuerpo de Ana María del Carmen Pérez, quien estaba embarazada de nueve meses al momento de su secuestro, ocurrido el 14 de septiembre de 1976. Su compañero, Ricardo Alberto Gayá había desaparecido el 30 de julio de ese mismo año. El cuerpo de Ana María estaba enterrado en un cementerio de San Fernando, provincia de Buenos Aires. Había sido asesinada poco antes de dar a luz, por lo que también se exhumaron los restos del bebé, que se encontraba ya en posición de parto.

Este caso no fue el único que pudieron cerrar las Abuelas en el año. En febrero se comprobó genéticamente la identidad de **Marcelo Mariano Ruiz Dameri**, hijo de Silvia Dameri y Orlando Ruiz. El pequeño había nacido el 31 de octubre de 1976. Durante los primeros meses de 1977 el matrimonio Ruiz junto con el niño se exiliaron en Suiza donde nació la hija menor, María de las Victorias Ruiz, el 25 de marzo de 1978. En 1979, volvieron a la Argentina y en mayo de 1980 la familia completa fue detenida. Silvia estaba embarazada de cinco meses. Sobrevivientes de la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA) vieron a toda la familia en ese CCD. Permanecieron allí dos o tres meses. En agosto de 1980, en el sector denominado "La Huevera", Silvia dio a luz una niña a quien llamó Laura, con la atención del capitán médico Carlos Octavio Capdevilla (alias "Tomy") y de una compañera de cautiverio. Más tarde Silvia y los tres niños fueron trasladados a la "Quinta Pacheco" en la zona norte del Gran Buenos Aires que la Armada utilizaba también como CCD. En 1989 Marcelo fue localizado por la filial de Abuelas de Córdoba. El pequeño había sido abandonado en la Casa Cuna de esa ciudad y dado en adopción a pesar de conocer su nombre. Todavía faltaba encontrar a María de las Victorias y a la hermana nacida en la ESMA.



Ilustración: Daniel Roldán

Capítulo 4 (1990-1996)
La falta de justicia

Los primeros años de la década del 90 fueron de reacomodamiento institucional para las Abuelas. Se produjeron algunos cambios: Rosa Roisinblit pasó a ocupar el cargo de vicepresidenta y Estela Carlotto el de presidenta. "Fui vicepresidenta hasta el 89, y después de la renuncia de Chicha [Mariani, segunda presidenta de Abuelas] quedé como presidenta. Al año siguiente, en la reunión de comisión directiva, me reeligieron y se votó a Rosa como vice. Desde entonces estamos en esos cargos. Ahí empecé yo, no me costó para nada porque hacía lo mismo que venía haciendo. Ahora se nota un poco más porque quedamos pocas"[1], agrega. El reacomodamiento también incluyó cambios en la comisión directiva así como de los equipos técnicos y administrativos.

En otro nivel, los 90 no arrancaron bien para las Abuelas y los demás organismos de derechos humanos. A los tres levantamientos militares sufridos por el gobierno radical de Raúl Alfonsín, que desembocaron en la sanción de las leyes de Obediencia Debida y Punto Final, se sumó un nuevo y último motín, en diciembre de 1990, ya con Carlos Saúl Menem como presidente. Todos los días las Abuelas de Plaza de Mayo recibían llamadas telefónicas de represores enfurecidos por las presentaciones ante la Justicia. Y el inminente cierre de las causas contra los responsables del terrorismo de Estado, como consecuencia de las leyes de impunidad, multiplicó las amenazas. "Cuando se produjo el levantamiento de Aldo Rico,

corría un rumor que decía que los militares tenían una lista de mil personas ligadas a los derechos humanos para ejecutar"[2], recuerda María Santa Cruz, la joven uruguaya que llegó a trabajar a Abuelas en 1987 recomendada por otro organismo de derecho humanos. Hace exactamente 20 años que acompaña a las Abuelas en las tareas administrativas, pero también en sus charlas de media tarde. "Es algo que siempre se hizo –asegura– desde que entré a trabajar, las Abuelas me llaman para compartir el té con ellas". Hoy, María es la primera socia honoraria del organismo.

A pesar de las masivas movilizaciones en reclamo de justicia, las fuerzas de seguridad lograron rápidamente la impunidad que pretendían. Los indultos de Menem significaron un duro golpe para las Abuelas y para el movimiento de derechos humanos en general. "Nunca voy a olvidar la marcha en contra del indulto –rememora Alba Lanzillotto–. Recuerdo cuando llegué a la Avenida de Mayo y me encontré con esa fila interminable de gente, cerca de doscientas mil personas, todas gritando 'no'. Aún hoy tengo metido adentro ese 'no', era como un ventarrón, nunca he visto algo semejante"[3]. "Eran como la voz de la conciencia. / Vinieron a sumarse en las esquinas. / La ciudad tan ajena en otro barrio. / Pero no aquí. / Vinieron con el ruido, / con la canción y el *no* puesto en los ojos, / con las manos del no que los unían", evoca el poeta Rafael Vásquez[4]. Además de la multitudinaria manifestación contra el indulto realizada el 12 de octubre de 1990, los organismos junto a un estrecho sector de la sociedad hicieron muchos esfuerzos para evitar el pacto de silencio y olvido. "Incluso nos reunimos con Menem para pedirle que no indultara. Su respuesta fue que iba a hacer 'lo mejor para toda la ciudadanía'. Y ya sabemos lo que hizo", recuerda Estela Carlotto. No hubo forma de parar los indultos y hubo que esperar 10 años más para hacer justicia. "La época menemista intentó implantar el olvido"[5], remarca el periodista José María Pasquini Durán. No obstante, según el propio Pasquini Durán, Argentina es un país favorecido en materia de memoria y derechos humanos: "Hemos sido privilegiados porque la acción del movimiento [de derechos humanos] impactó en la sociedad e hizo que ésta se abriera a sus ideas. Si esto no hubiera sido así podríamos estar 'taponados', como ocurrió en otros países"[6].

En otros países, justamente, fue donde las Abuelas desplegaron por entonces, una fuerte actividad. En febrero participaron de la sesión de la Comisión de Derechos Humanos de las Naciones Unidas, en la ciudad suiza de Ginebra, donde reiteraron su pedido de que se presionara al Gobierno argentino para que localizara a los chicos apropiados y para que cumpliera con los pactos internacionales suscriptos de no impunidad a los autores de delitos de lesa humanidad. También viajaron a Israel, invitadas por el organismo de derechos humanos Memoria, y allí mantuvieron contactos con parlamentarios, partidos políticos, sindicatos y medios de comunicación. En marzo, dos abogadas de la institución asistieron como expositoras al Decimotercer Congreso de la Asociación de Juristas Demócratas, que se realizó en Barcelona y que contó con la presencia de abogados y jueces de todo el mundo, así como representantes de los más importantes organismos internacionales. En junio las Abuelas fueron al País Vasco, invitadas especialmente por Amnistía Internacional España, se dirigieron a Inglaterra para coordinar una filmación con la BBC de Londres, y luego cruzaron el océano Atlántico para estar en el Cuarto Congreso Internacional Interdisciplinario de WOMEN, realizado en Nueva York. Un mes antes ya habían participado en el Encuentro de Mujeres contra la Intervención, que tuvo lugar en Brasil. Entre agosto y septiembre viajaron nuevamente a Europa, donde estuvieron en dos congresos, uno en Colonia y otro en Hamburgo, y partieron hacia Suiza para reunirse con el Grupo de Trabajo sobre Desaparición Forzada e Involuntaria de Personas de la ONU. Ya en octubre las Abuelas participaron en Uruguay del Seminario Internacional Niños y Juventud en América Latina, y un mes después del Décimo Congreso de Federación Latinoamericana de Asociaciones de Familiares de Detenidos Desaparecidos (FEDEFAM) que se llevó a cabo en Managua, Nicaragua.

En 1991 las Abuelas continuaron con los viajes –Suiza, Italia, Inglaterra, España, Bélgica, Alemania, Estados Unidos, Chile, Uruguay–, y también con su labor formativa y de difusión adentro del país. Así editaron el libro

Identidad, despojo y restitución, de la Abuela Matilde Herrera y Ernesto Tenembaum, que resumía la historia de las restituciones hasta entonces. Por suerte la información quedó desactualizada muy pronto, ya que este mismo año se le devolvió la identidad a **Mariana Zaffaroni Islas**, hija del matrimonio uruguayo compuesto por María Emilia Islas Gatti y Jorge Roberto Zaffaroni Castilla. Mariana tenía 18 meses cuando en septiembre de 1976 fue secuestrada con sus padres –que escapaban de la dictadura uruguaya– en San Isidro, provincia de Buenos Aires. Su desaparición fue uno de los tantos casos del accionar coordinado de las fuerzas represivas de Argentina y Uruguay en el marco del Plan Cóndor.

Las dos abuelas, Marta Zaffaroni, en Brasil, y María Ester Gatti, en Uruguay, participaron activamente de la búsqueda de la niña junto a las Abuelas. Durante sus investigaciones se enteraron de que María Emilia estaba embarazada de tres meses al momento de su secuestro. Marta viajó a Chile en 1979 en busca de su nieta con el antecedente fresco de los hermanos Julien Grisonas, también hijos de desaparecidos uruguayos y localizados en el país trasandino. Pero no tuvo éxito. Recién en 1983 recibió noticias de su nieta de boca del general Otto Paladino –responsable del traslado de prisioneros uruguayos de Buenos Aires a Montevideo–, quien le aseguró que su nieta estaba "bien" en manos de un compañero suyo de la Secretaría de Inteligencia del Estado (SIDE)[7].

En mayo del 83 las Abuelas publicaron una solicitada en el diario *Clarín* pidiendo solidaridad con la búsqueda de Mariana en Argentina y 20 días después la organización CLAMOR –que ya había colaborado con ellas– informó que tenían una denuncia: la niña había sido apropiada por Miguel Ángel Furci, represor del centro clandestino de detención (CCD) Automotores Orletti, y su esposa Adriana González, quienes la habían anotado con otro nombre y otra fecha de nacimiento. Pasaron dos años hasta que un juez aceptó el caso y ordenó la realización de los análisis genéticos, pero pocos días después el matrimonio se fugó con la niña. En 1989, en el mayor secreto, volvieron a Buenos Aires. La abuela María Ester pudo saber que estaban en la ciudad y se reunió con Furci para intentar llegar a un acuerdo. Esto, obviamente, no fue posible, y el matri-

monio escapó otra vez de la Justicia. Pero en 1991 fueron localizados y Mariana accedió a hacerse los análisis genéticos que luego confirmarían que era hija de María Emilia Gatti y Jorge Zaffaroni. Furci fue sentenciado a siete años de prisión y González, su mujer, a tres.

En 1992, en su 15 aniversario, las Abuelas continuaron produciendo actividades para hacer oír su reclamo de justicia, como el seminario internacional *Filiación, identidad, restitución*, cuyas conclusiones fueron publicadas en un libro bajo ese mismo título. También en 1992, a partir de una solicitud de las Abuelas al Gobierno nacional, se creó la Comisión Nacional por el Derecho a la Identidad (CONADI), dependiente del Ministerio de Justicia, Seguridad y Derechos Humanos. Desde la sanción de la ley 23.849, en septiembre de 1990, que incorporó la Convención sobre los Derechos del Niño al derecho interno argentino, las Abuelas venían pidiendo la conformación de una comisión técnica especializada que tuviera como objetivos velar por el cumplimiento de los artículos 7, 8 y 11 de la Convención y, simultáneamente, la búsqueda y localización de los niños desaparecidos durante la última dictadura. Con estos objetivos se formó la CONADI, que se encarga de solicitar documentación a los lugares que intervinieron en la inscripción de los bebés nacidos entre 1975 y 1981 –hoy jóvenes que dudan sobre su identidad– y, si es necesario, ordena los análisis de sangre en el Banco Nacional de Datos Genéticos (BNDG). Con el tiempo, y ante denuncias de tráfico de menores, despojo a madres en situaciones límites, por ser el único ámbito del Estado dedicado a garantizar el derecho a la identidad, su labor pondría en evidencia que los hijos de desaparecidos y los hijos de mamás en estado de indefensión social comparten similares mecanismos de despojo: a unos y a otros se les arrebata la identidad y se los trata como objetos.

Además de lograr la puesta en marcha de la CONADI, las Abuelas reforzaron su participación en foros internacionales. El 10 de febrero leyeron un documento institucional en la Asamblea de la Comisión de Derechos Humanos de la ONU. Días después se reunieron con miembros del

Centro de Derechos Humanos de ese organismo y del Consejo Mundial de Iglesias, entre otras entidades, y luego, invitadas por la asociación de ayuda protestante HEKS, hicieron una gira de trabajo por ciudades de habla alemana. En Luxemburgo, la institución Acción de los Cristianos para la Abolición de la Tortura (ACAT) les organizó entrevistas con el Parlamento Europeo, con integrantes de la Iglesia Evangélica, con obispos católicos y con diputados de ese país. También con el acompañamiento de ACAT visitaron Francia y allí participaron de programas de radio, almuerzos de trabajo y mesas redondas. La gira europea siguió por España, donde, entre otras actividades, intervinieron de una rueda de prensa convocada por la asociación Pro Derechos Humanos y la Asociación Argentina por los Derechos Humanos. Ya en julio las Abuelas llegaron a la ciudad noruega de Bødo, donde se realizó un festival titulado, precisamente, Las Abuelas –*Bestemorfestivalen*–, y más tarde pisaron suelo holandés para participar de la Conferencia Internacional sobre la Movilización contra el Asesinato Político y las Desapariciones, que se desarrolló en Amsterdam. Las Abuelas fueron especialmente invitadas por Aministía Internacional para presentar el tema inédito del secuestro de niños y la experiencia de la institución en ese sentido. En agosto las Abuelas Estela Carlotto y Rosa Roisinblit asistieron al Noveno Congreso Internacional sobre Abuso y Negligencia contra los Niños, donde se leyó y discutió el documento Niños secuestrados en Argentina: el derecho a la identidad. En la misma semana se reunieron con directivos de la Asociación Americana para el Avance de la Ciencia (AAAS); con Charlotte Ponticelli, directora de Derechos Humanos y Mujer, dependiente del Departamento de Estado norteamericano; con congresistas y senadores, y con funcionarios de la OEA. En septiembre, en Monterrey, fue el turno del Cuarto Foro Internacional para el Bienestar de la Infancia, del cual las Abuelas fueron fundadoras junto a otras organizaciones, y allí también se debatió sobre derecho a la identidad. En noviembre y diciembre las Abuelas participaron de un congreso sobre salud –en Asunción del Paraguay– y de un encuentro ecuménico en Lago Yojos, Honduras, respectivamente.

En 1993 se resolvieron dos casos más. Por un lado se confirmó la triste noticia de que el embarazo de Hilda Inés Oliver, compañera de Ricardo Daniel Santilli, no llegó a término. Hilda había desaparecido el 9 de marzo de 1977 con dos meses de embarazo, y su compañero Raúl, en septiembre de 1976. La familia buscó al hijo de ambos –que debería haber nacido en octubre de 1977–, pero en 1993 el Equipo Argentino de Antropología Forense (EAAF) identificó el cadáver de Hilda y se pudo verificar que su embarazo no había prosperado.

Por otro lado las Abuelas tuvieron la alegría de encontrar a **José Sabino Abdala**, desaparecido el 16 de marzo de 1977 en la ciudad de La Plata cuando tenía dos años y ocho meses. Sabino fue secuestrado junto con sus padres, Susana Falabella y José Abdala y con la pequeña María Eugenia Gatica Caracoche, quien había quedado al cuidado del matrimonio y que fue restituida por las Abuelas en 1985. “Lo único que recuerdo es que estábamos almorzando, pero después no tengo ningún registro”[8], confiesa Sabino. “Más tarde, cuando estaba en quinto año del secundario, un profesor de Educación Cívica me vio parecido a una foto de mi viejo y a una foto mía de bebé”[9]. En esos días, precisamente, las Abuelas habían publicado un aviso en los diarios con las fotos de sus hijos y nietos. El profesor de Sabino, que ya conocía la problemática de los chicos apropiados, se contactó con las Abuelas, en donde además trabajaba Lita Abdala, tía biológica del joven. Lita tampoco dudó: “Tiene que ser él”. El parecido físico de Sabino con su papá era notable.

Para Sabino no fue difícil la decisión de hacerse los análisis, porque era conciente que había dos familias que buscaban a su nieto desde hacía años. En 1993 Sabino se realizó los análisis y en un principio continuó “como si nada” con su vida normal. Ese mismo año se encontró con su familia biológica. “Conocí a mis familiares paternos, que fueron los que me hallaron, y también a mis abuelos maternos. Pero como había estado ausente tanto tiempo, el tema de los afectos me resultaba muy raro”[10]. A Sabino, que había vivido 19 años con una identidad falsa, le costó aceptar la realidad. De hecho estuvo cinco años sin cambiar su DNI, y recién en

1998 decidió recuperar el nombre que le habían puesto sus padres. La transición de una identidad a otra iba por dentro. "Conocer la verdad es lo más importante, pero no es fácil –afirma–. Por eso el proceso fue lento. Con el tiempo lo fui hablando con mis amigos y entonces sí pude ir vivenciando todo el cambio. El documento, a fin de cuentas, es un papel, no te modifica en nada. Lo más importante es cómo sentís adentro ese cambio"[11].

Cuando tenía ocho años se enteró que no era hijo de quienes decían ser sus padres. "Nunca voy a conocer a mis verdaderos padres, qué mal", pensó en ese momento. Tuvo una pequeña crisis pero duró poco. Sus dudas más fuertes afloraron después de su localización. "Cada chico se crea el mundo que mejor le resulta –reflexiona Sabino, a la distancia–. Yo me olvidé de todo y lo 'tapé' con la lectura y con la música"[12]. Pero la lectura y la música también lo ayudaron a ir entendiendo su propia situación. "No debes cambiar tu origen / ni mentir sobre tu identidad / es muy triste negar de dónde vienes / lo importante es adónde vas / No no no no pibe / no lo hagas, eso está mal / si tu madre te escuchara / moriría de llorar"[13], rezaba la letra de Manal, una de las bandas favoritas de Sabino. Lentamente fue recuperando el tiempo y los afectos perdidos, hasta que en 2002 decidió ir a vivir a Mercedes, provincia de Buenos Aires. "Mis viejos eran de allá. Fui a la casa de mi abuela, con mi novia, la arreglé, puse un local de videojuegos, estuve dos años, me harté y volví a Buenos Aires"[14]. Buscaba recuerdos, comprender un poco quiénes eran sus padres. "Fue muy fuerte porque me encontré con compañeros de ellos, que se emocionaban mucho y me contaban cosas sobre ellos", dice Sabino y concluye: "Siempre es mejor el camino de la verdad, aunque sea doloroso, te libera de un montón de cosas"[15].

Al año siguiente de la restitución de Sabino, 1994, las Abuelas viajaron al exterior –Suiza y Bélgica– y al interior para difundir su lucha. En octubre también participaron del Segundo Encuentro Por la Vida de los Niños en Latinoamérica y el Caribe (el primero se había desarrollado en el 93 en la

Argentina). Allí las Abuelas manifestaron su rechazo al "transplante de un niño a otros climas, otros idiomas y otras idiosincrasias", dada la entrega en adopción en esos meses de 1.500 chicos colombianos a ciudadanos europeos. Así como en el continente aún no era bien comprendido el derecho a la identidad, tampoco en Argentina se había logrado el reconocimiento y la legitimidad que tienen hoy, a tres décadas del golpe. La mayor parte de la sociedad, acompañada por medios de comunicación que informaban poco y mal, desconocía el delito de apropiación de menores y el derecho a la identidad en general. Una gran parte de la sociedad, por desconocimiento, consideraba que los niños localizados debían quedar en manos de las familias apropiadoras. Las leyes de impunidad y los indultos, al dejar libres a los responsables de crímenes de lesa humanidad, impedía generar las condiciones para comprender que los asesinos y ladrones de bebés que andaban por la calle eran ni más ni menos que delincuentes.

Las leyes de impunidad, a partir de los principios de "obediencia debida" y "cosa juzgada", habían cerrado el paso a cualquier condena contra los responsables de la desaparición de los hijos de Madres y Abuelas. Sin embargo las Abuelas sí pudieron condenar a varios militares por la sustracción y robo de identidad de sus nietos. De esta manera, trabajando en las fisuras del sistema de impunidad, las Abuelas también lograron impulsar una nueva ley de adopción por la cual se obligaba a proteger el derecho a la información sobre el origen biológico, aprobada en 1994 por Diputados y tres años después por el Senado.

Sólo la justicia internacional pudo avanzar durante estos años en la condena a los responsables de la desaparición de personas. Así, en marzo de 1990, la Justicia francesa condenó en ausencia al ex capitán Alfredo Astiz a la pena de cadena perpetua, por hallarlo culpable de la desaparición de las religiosas Alice Domon y Léonie Duquet durante la última dictadura argentina.

En cambio, en el país la búsqueda de los nietos seguía siendo difícil y la Justicia lenta e injusta con las restituciones. Ya en 1991 un grupo de nietos –restituidos y hermanos de chicos desaparecidos– había reclamado

al juez Ricardo Wechsler la restitución de los mellizos Reggiardo Tolosa. El magistrado no los recibió y los adolescentes hicieron oír su pedido frente a los medios. Ésta fue una de las primeras apariciones de los jóvenes. Llegados a la mayoría de edad, decidieron acompañar la lucha de sus abuelas, quienes hasta ese momento los habían resguardado de la exposición pública. Ahora bien, la historia de los mellizos es una de las más conocidas por la sociedad argentina y se remonta a varios años antes.

Gonzalo Javier y **Matías Ángel Reggiardo Tolosa** nacieron el 16 de mayo de 1977 en la cárcel de Olmos durante el cautiverio de su madre. En febrero de ese año, un comando conjunto policial y militar había secuestrado a María Rosa Ana Tolosa y Juan Enrique Reggiardo, sus padres, ambos estudiantes de arquitectura, de 24 años, y a Antonia Oldani de Reggiardo, madre de Juan Enrique, quienes hoy continúan desaparecidos. María Rosa estaba embarazada de siete meses y esperaba a su bebé para abril (aún no sabía que serían dos).

Un mes después del secuestro, la familia Tolosa recibió un llamado anónimo en el que decían que la pareja estaba detenida en el CCD del Ejército en la provincia de Buenos Aires, y que debían comunicarse con monseñor Emilio Teodoro Graselli, secretario del influyente Adolfo Servando Tortolo, vicario general de las Fuerzas Armadas y entonces presidente de la Conferencia Episcopal Argentina (CEA). La familia Tolosa se puso en contacto con Graselli quien les informó que la pareja estaba detenida en el CCD La Cacha y que María Rosa sería llevada a parir a una clínica donde daban a luz las detenidas embarazadas. Más tarde, otro llamado anónimo a los Tolosa confirmó el parto. Tiempo después, sobrevivientes de La Cacha testimoniaron que María Rosa había tenido un embarazo bueno y que, en efecto, la habían trasladado para dar a luz. Pero a los detenidos, para confundirlos, les dijeron que María Rosa había tenido mellizas, cuando en realidad habían sido dos varones, por cesárea.

Los mellizos fueros apropiados por el subcomisario Samuel Miara –famoso represor y torturador también conocido como “Cobani” o el “Turco González”– y por su esposa Beatriz Castillo. Ya en 1977 las Abuelas tenían datos sobre los mellizos a raíz de una denuncia surgida del

propio entorno de la familia Miara-Castillo. Una prima de Beatriz, a quien Miara le había negado ayuda para localizar a su hija, de 19 años, desaparecida, llamó a las Abuelas para comunicar su sospecha acerca de la procedencia de los niños[16]. Recién en 1984 se pudieron reunir pruebas suficientes para acusar a los apropiadores. La pista que seguían entonces las Abuelas indicaba que los mellizos podían pertenecer a la familia Rossetti-Ross, hipótesis que con la prueba de ADN, cinco años después, quedó descartada. Luego de la denuncia de Abuelas, el juez a cargo de la causa, Miguel Pons, ordenó los análisis genéticos, pero los Miara, al conocer la orden, se fugaron del país con los chicos. Los Rossetti-Ross y las Abuelas no se dieron por vencidos y a principios de 1987 localizaron al represor, su esposa y los mellizos en Asunción del Paraguay e informaron de esto al Ministerio de Interior argentino. En territorio guaraní los Miara vivían cómodamente, eran amigos de otro apropiador, el mayor Norberto Bianco, y disfrutaban de la protección de la policía paraguaya. El juez Pons viajó al país vecino y solicitó la extradición y encarcelamiento del matrimonio.

Hubo que esperar hasta mayo de 1989, cuando cayó la dictadura del general Alfredo Stroessner, para que Interpol atrapara a la pareja y se diera curso al pedido de extradición del Estado argentino. En octubre del 89 el BNDG informó con una probabilidad superior al 99,99 por ciento que los niños eran hijos del matrimonio desaparecido Reggiardo-Tolosa. Los chicos supieron que Miara y Castillo no eran sus padres y los Rossetti-Ross supieron que Matías y Gonzalo no eran sus sobrinos, sino que pertenecían al grupo familiar Reggiardo-Tolosa que, sin pistas, también hacía tiempo buscaba a sus niños. Sin embargo, cuando todo parecía estar claro, el juez Pons, de acuerdo con la recomendación del abogado defensor de los mellizos, Carlos Tavares –quien más tarde sería abogado de Jorge Rafael Videla–, otorgó la guarda a la pareja apropiadora. Y todo esto a pesar de los resultados de los análisis y de la confesión de Miara y su esposa, quienes habían reconocido que los chicos no eran suyos. Tavares logró recusar los análisis genéticos, con argumentos procesales, y la familia Tolosa, entonces, recusó al juez Pons.

En 1990, luego de que el juez Ricardo Wechsler se hiciera cargo del caso, dos fallos ratificaron la validez de los exámenes genéticos. Pero los chicos, ya adolescentes, se negaron a dejar a los Miara. Preocupado por la salud mental de los jóvenes, un fiscal federal solicitó una opinión profesional respecto de la atribución de la guarda a los Miara, y el doctor Ricardo Rodulfo, psicoanalista y profesor de psicología clínica de niños y adolescentes, aseguró que la convivencia de los chicos con los apropiadores perpetuaba el trauma de la mentira sobre su origen y los mantenía bajo una situación de violencia. Así todo, el juez, basado en su experiencia como padre de familia y magistrado, dejó a los chicos con los apropiadores. "Yo empecé a trabajar con la familia de los mellizos, y seguí bastante todo el caso –recuerda Alicia Lo Giúdice, coordinadora del equipo psicoterapéutico de Abuelas–. Al juez le habíamos pedido con Estela [Carlotto] un modo de funcionamiento que no tomó en cuenta, dejando de lado toda nuestra experiencia en el tema".

En 1993 otro juez anuló las partidas de nacimiento falsas de los mellizos y los obligó a inscribirse con su verdadero apellido. Las Abuelas ya no sabían cómo resguardar el derecho a la identidad de los chicos y solicitaron a la Corte Interamericana de Derechos Humanos de la OEA a que resolviera el tema de la tenencia. La OEA exhortó al Gobierno argentino que solucionara el tema. La decisión quedó en manos del juez Jorge Ballestero, quien en noviembre de ese año envió a los chicos a un hogar sustituto y un mes después falló para que fueran a vivir con su familia biológica. Los mellizos se mudaron con su tío Eduardo Tolosa y al poco tiempo se reunieron con sus abuelos, tíos y demás familiares. Y fue entonces que los principales medios de comunicación del país desataron una feroz campaña en contra de la restitución. Medios y periodistas que nada habían informado en su momento sobre la desaparición de los padres de los mellizos, ahora se oponían a que éstos se reencontraran con su familia. Daniel Hadad, Marcelo Longobardi y Bernardo Neustadt fueron algunos de los propagadores de la idea de que Matías y Gonzalo debían permanecer con sus "padres históricos", eufemismo que usaban para referirse a los apropiadores y, en el caso de Miara, al hombre que

probablemente también asesinó a la madre de los chicos. Además se trataba de un término inexistente para la Justicia, para la cual, sin eufemismos, eran apropiadores.

Salvo vagas excepciones, como el matutino *Página/12* que había nacido en democracia y no tenía compromisos ni deudas con el pasado, la mayoría de los medios presentaban la restitución como una decisión dañina para los niños. Nada se decía de los padres biológicos asesinados y menos aún de los delitos cometidos por los apropiadores, que impunemente habían robado a dos niños. Tampoco se hablaba del derecho que los secuestradores habían cercenado a los niños: a la identidad. "La prensa es una de las instituciones que no hizo autocrítica en la Argentina. Del halago al peronismo pasó al halago de la dictadura y así al halago de la democracia alfonsinista, sin transición, sin discusión, sin nada, como si fuera todo lo mismo", reflexiona el periodista Pasquini Durán, precisamente uno de los fundadores de *Página/12*. Pasquini Durán asegura que cuando se planteaban asuntos como éstos, *Página/12* asumía la condición de Madres y Abuelas. "En el caso específico de los mellizos Reggiardo Tolosa la periodista Andrea Rodríguez se ocupó del tema y llegó a conocer detalles infinitos de la causa, y más allá del compromiso editorial contábamos con una información acabada, consistente, llena de evidencias, que justificaba nuestra posición, de manera que no tuvimos nunca conflicto".

Los mellizos fueron expuestos en programas televisivos conducidos por simpatizantes de la dictadura, en los que se invitaba al matrimonio apropiador o se lo conectaba vía telefónica, cuando el juez había prohibido claramente el contacto con los chicos y más aún su exposición en los medios. "Acá afuera está tu mamá histórica", le decía Bernardo Neustadt a los mellizos que se encontraban en el estudio durante la emisión de su ciclo Tiempo Nuevo. En ese programa Neustadt, quien en pleno Mundial 78, mientras desaparecía el periodista Julián Delgado, alababa al dictador Videla en la revista *Gente*, llegó a preguntarse cómo podía ser que "un juez joven" [por Ballestero] tuviera que esperar a que los medios le dijeran para decidirse a "cambiar la guarda de los chicos". Por su parte, la producción del programa de Hadad y Longobardi (H&L) invitó a las

Abuelas con el acuerdo de que los mellizos no estarían en el piso. Pero violando dicho acuerdo y las recomendaciones del juez los periodistas hicieron ingresar a los chicos. Las Abuelas se retiraron del estudio y nunca se explicó a la audiencia lo que había ocurrido. A partir de aquí se instaló un debate en la sociedad que lejos estaba de contemplar el derecho a la identidad de los mellizos y el delito que habían cometido los Miara[17].

La Justicia ya había probado que Gonzalo y Matías habían sido arrancados al nacer de los brazos de su madre, quien fue inmediatamente asesinada. Luego fueron inscriptos como hijos naturales del matrimonio Miara-Castillo que les ocultó que no eran hijos biológicos y los mantuvo cautivos durante muchos años. La exposición pública tornó la restitución mucho más difícil de lo que debió haber sido. Mientras tanto, los mellizos manifestaron que no querían vivir con su tío y el juez, luego de recibir un bolso lleno de explosivos frente a su casa, ordenó una guarda sustituta, permitiéndoles nuevamente el contacto con los Miara[18]. El esfuerzo de algunos medios por desarticular el trabajo y deslegitimar la búsqueda de las Abuelas era evidente.

También era evidente que la sociedad, pese al tiempo transcurrido, poco entendía acerca del delito de apropiación de menores y de la necesidad y el deber social de restituir la identidad a los nietos desaparecidos. “En ese momento nos dimos cuenta de que había que cambiar la forma de búsqueda. La gente no entendía, estaba muy confundida, especialmente la que decía ‘estos chicos están bien criados, no les falta nada’. Teníamos que generar un efecto de siembra y explicar a todos qué era Abuelas”, señala Abel Madariaga, coordinador de los equipos técnicos de la institución y padre de un chico nacido en cautiverio, a quien aún hoy sigue buscando.

Abel y su compañera Silvia Mónica Quintela militaban en la organización Montoneros. Silvia fue secuestrada el 17 de enero de 1977, embarazada de cuatro meses, y por testimonios se pudo saber que dio a luz a un niño en la maternidad clandestina de Campo de Mayo a fines de junio de ese año. Abel debió exiliarse, por lo que durante los primeros años la búsqueda de su hijo la llevaron adelante su madre, Sara Elena de Madariaga,

y su suegra, Ernestina "Tina" Dallasta de Quintela. En 1983, de vuelta del exilio, Abel emprendió personalmente la búsqueda, allí se incorporó activamente a Abuelas y fue el encargado de desarrollar la primera base de datos digital de la institución, tarea que continuó el joven colaborador, Daniel Bustamante y más tarde, Remo Carlotto, hijo de Estela. Sin embargo, tres años más tarde debió irse nuevamente del país. Cuando los directivos de Aerolíneas Argentinas, la empresa donde trabajaba, se enteraron de que había sido militante montonero y que buscaba a su hijo nacido en cautiverio, le enviaron el telegrama de despido. Abel le pidió una audiencia al secretario de Derechos Humanos del gobierno de Raúl Alfonsín, Eduardo Rabossi, pero éste no quiso recibirlo. Sin empleo y ni perspectivas de tenerlo, Abel partió hacia su segundo exilio. En México se estabilizó económicamente y empezó a viajar con más frecuencia a la Argentina, aunque todavía sin establecer un lazo fluido con las Abuelas de Plaza de Mayo. Ya en 1992 se radicó de nuevo en Buenos Aires y se incorporó definitivamente a la asociación.

En julio de ese año las Abuelas se reunieron con el presidente Carlos Menem para exigir que el Estado velara por el derecho a la identidad de todos los chicos argentinos y colaborara en la búsqueda de los hijos de desaparecidos apropiados por la dictadura. Así nació la CONADI y a la vez se empezó a avanzar en materia de legislación sobre identidad, pero aún faltaba –y falta– mucho por hacer. Las Abuelas, ante todo, construyen derecho, para que la tragedia que vivieron sus hijos, y que siguen viviendo muchos de sus nietos, nunca más vuelva a ocurrir.

El caso de **Emiliano Carlos Castro Tortrino** fue emblemático en ese sentido. Carlos Enrique Balbino Castro, su padre, fue secuestrado por fuerzas de seguridad el 25 de junio de 1976, antes del nacimiento de Emiliano. Trabajaba como mozo y fue detenido en su lugar de trabajo. Igual suerte corrieron ese mismo día su único hermano, Alberto Luis Castro, y la esposa de éste. Sólo ella sería liberada. Emiliano nació el 22 de julio de 1976. María del Carmen Tortrino, su madre, lo inscribió tiempo después con un certificado de nacimiento falso y con su apellido, ya que se encontraba viviendo en la clandestinidad. María Carmen fue

secuestrada en un bar del barrio de Chacarita, la noche del 22 de marzo de 1977 y Emiliano quedó abandonado en una silla del lugar.

Gracias a un llamado anónimo, su abuelo materno lo localizó inmediatamente internado en la Casa Cuna por orden judicial, pero no pudo impedir que fuera dado en guarda provisoria por el juez Jorge Mario Müller a un amigo personal suyo, el abogado Domingo Gabriel Maggiotti. Recién el 22 de junio de 1977 Müller citó al abuelo, que presentó ante el juzgado todas las pruebas que poseía: el DNI del niño, fotografías, el carnet de vacunación. Además, Emiliano poseía una característica que facilitaba su identificación: había nacido con el paladar perforado. Müller no investigó nada y consideró que María Carmen y Carlos Enrique, ya entonces desaparecidos, habían incurrido en "incumplimiento de asistencia familiar" hacia Emiliano y envió un oficio a la Policía Federal solicitando averiguación de paradero. Un año después el juez Ramón Montoya ordenaría la captura de los apropiadores.

Mientras tanto, el abuelo materno falleció sin haber vuelto a ver a su nieto y los abuelos paternos tomaron la posta del reclamo. Cuando el juzgado civil ante el cual se tramitaba la adopción requirió a Müller sus actuaciones, el magistrado omitió remitir aquel expediente en el que los abuelos demandaban la restitución de Emiliano, de modo que el niño fue dado en adopción al matrimonio Maggiotti y pasó a llamarse Juan Pablo Maggiotti. Desde el retorno de la democracia las Abuelas solicitaron en reiteradas ocasiones el análisis inmunogenético que confirmara la identidad de Emiliano, medida que fue resistida sistemáticamente por los apropiadores. En 1988, con la colaboración de dos fiscales que actuaban en el ámbito de la comisión encargada de investigar los casos de los niños apropiados, presidida por Enrique de Vedia, se ordenó realizar los análisis genéticos al niño para establecer su identidad. Pero los apropiadores recusaron la orden del juez y el fiscal de la causa dio lugar al pedido, argumentando que el análisis amenazaba la integridad física y psíquica del menor.

En 1995 la Corte Suprema de Justicia le negó la identidad a Emiliano al dar por prescripta la acción penal, y no pronunciarse acerca de la obli-

gatoriedad del análisis genético. Las Abuelas respondieron lanzando una campaña nacional e internacional para reunir un millón de firmas y enviarlas a la Comisión Interamericana de Derechos Humanos de la OEA para protestar contra el fallo, violatorio de la Convención de los Derechos del Niño. El Estado argentino fue obligado a establecer una instancia de mediación, todavía en curso. Los padres de Emiliano y su tío paterno continúan desaparecidos.

Según Abel Madariaga, aquella campaña del millón de firmas sirvió para confirmar lo poco comprendida que resultaba la apropiación de niños para la sociedad argentina. La iniciativa fue organizada con la colaboración de la Central de Trabajadores Argentinos (CTA), luego de que las Abuelas se reunieran con su secretario general, Víctor De Genaro, y decidieran emprender en forma conjunta la recolección de firmas. La CTA convocó a otras fuerzas progresistas, entre las que se encontraba la Juventud Radical. "Nos dimos cuenta de que desconocían todo lo relativo al derecho a la identidad. La presidenta de la Juventud Radical porteña, de hecho, nos dijo que no le podía pedir una firma a alguien cuando ella misma no estaba convencida de que fuera lo correcto, así que decidimos hacer una seminario jurídico y psicológico para explicar qué era lo que estábamos reclamando", recuerda Abel. La sociedad no entendía de qué se trataba el derecho a la identidad y tampoco entendía que el delito y el sufrimiento que padecían los niños apropiados había ocurrido al ser arrancados de los brazos de sus padres –cuando les negaron su historia y el vínculo afectivo con sus familias biológicas– y que seguía ocurriendo al ser retenidos por sus apropiadores. "En ese momento empezamos con el abecé del derecho a la identidad", cuenta Abel, quien por entonces comenzó a trabajar con los jóvenes para tener un contacto más cercano con la generación de los chicos buscados pero también para tener un diagnóstico preciso de lo que pasaba afuera de la institución.

Si bien la aparición definitiva de los nietos en el espacio público se daría un par de años más adelante, algunos jóvenes ya colaboraban con las Abuelas en la búsqueda de sus hermanos, primos y pares apropiados.

En 1994 un grupo de nietos y nietas decidió acercarse a **Carlos D'Elía**

Casco, quien se negaba a realizarse los análisis genéticos, y así lograron convencerlo de que él era quien tenía derecho a conocer la verdad sobre su origen. Luego de realizarse el análisis de ADN, Carlos pudo saber que había nacido mientras su madre estaba secuestrada en el CCD Pozo de Banfield, en enero de 1978. También supo que sus padres eran uruguayos, militaban en GAU (Grupo de Acción Unificadora), y que pensaban llamarlo Martín. Carlos fue apropiado por el ex teniente de la Marina, Carlos De Luccia, y por su esposa Elvira Leiro. De Luccia se desempeñaba como miembro del Servicio de Inteligencia Naval. El matrimonio inscribió a Carlos como hijo propio con fecha de nacimiento el 26 de enero de 1978. En 1995 el juez federal Roberto Marquevich, a instancias de una presentación realizada por Abuelas, ordenó los análisis que determinaron que era hijo de Yolanda Iris Casco Ghelfi y Julio César D'Elía Pallares.

Ese mismo año las Abuelas también localizaron a los tres hermanos **Fuente Alcober**, de quienes se había perdido el rastro a mediados de 1976: María Alejandra, nacida el 10 de septiembre de 1969; Stella Maris, nacida el 15 de octubre de 1970, y Raúl Roberto, nacido el 28 de enero de 1972. El papá de los niños, José Raúl Fuente fue secuestrado a mediados de 1976. Desde entonces, su hermano, quien se encontraba detenido, perdió contacto con su cuñada, María Rosa Alcober, y sus sobrinos, dándolos por desaparecidos. En 1994, Abuelas localizó a los tres hermanos y a su madre, dando resolución al caso. Esta familia que había sido separada por el temor implantado por el terrorismo de Estado, pudo reencontrarse.

Gracias a estas nuevas restituciones y a la ayuda de sus nietos, que ya habían crecido, las Abuelas se sintieron más acompañadas. Jóvenes recuperados y hermanos y primos de chicos buscados se fueron sumando al trabajo diario de la institución. La mayoría de ellos ya se conocía de ir a la casa de las Abuelas en la calle Corrientes. Entre mate y charlas iban surgiendo nuevas ideas. "Y allí fue que empezamos a hablar de renovar el discurso para convocar a los jóvenes"[19], cuenta María Lavalle, nieta de Haydeé Vallino de Lemos –una de las fundadoras de Abuelas– y hermana de María José, localizada en 1987.



Años 90. Las Abuelas en su casa de la calle Corrientes junto al obispo Miguel Hesayne.

En 1995 nació la agrupación Hijos e Hijas por la Identidad y la Justicia, contra el Olvido y el Silencio (H.I.J.O.S), de la que participaban –y siguen participando– muchos nietos. La generación de los hijos de desaparecidos comenzaba a reclamar, junto a Madres y Abuelas, "verdad, memoria y justicia". Junto con este recambio generacional, el pacto de impunidad que habían sellado Raúl Alfonsín y Carlos Menem con sus concesiones a los represores, lentamente empezaba a desmoronarse. El silencio corporativo de las fuerzas represivas también se quebró. El 3 de marzo del 95, el ex capitán de corbeta Alfredo Francisco Scilingo reconoció haber participado, junto con otros militares, del asesinato de detenidos-desaparecidos en los llamados "vuelos de la muerte". Si bien muchos ya conocían la metodología de la desaparición de personas, era la primera vez que un partícipe directo del terrorismo de Estado confesaba lo que se había hecho y cómo se había hecho. La revelación llegó a los medios masivos y

provocó una respuesta institucional: el 24 de abril, el general Martín Balza, comandante en jefe del Ejército, admitió la responsabilidad de su arma en la represión ilegal.

El pedido de explicaciones no se limitó al Ejército. El 8 de abril, María Ignacia Cercos de Delgado, esposa del periodista desaparecido Julián Delgado, denunció que el nuncio apostólico Pío Laghi conocía en su momento la existencia de centros clandestinos de detención. Laghi contestó cínicamente que sí, que conocía la existencia de los centros, pero que su doble condición de extranjero y diplomático le impedía intervenir en los asuntos de la Iglesia argentina. Días después de estas declaraciones, el obispo Miguel Hesayne solicitó que se investigara el papel de los sacerdotes en la dictadura. Lo cierto es que la confesión de Scilingo representó un punto de inflexión para las Abuelas, ya que hasta entonces muchos descreían que estuvieran diciendo la verdad.

En 1996, en un clima de incipiente despertar de la memoria, las Abuelas de Plaza de Mayo con otros organismos de derechos humanos y la CTA, decidieron organizar la marcha por los 20 años del último golpe militar, además de desarrollar toda una serie de actividades conmemorativas. El 24 de marzo, en el Centro Cultural General San Martín de la Ciudad de Buenos Aires, las Abuelas expusieron "El laberinto", un montaje-instalación realizado por nietas y nietos, en el que también participaron artistas plásticos que ya venían colaborando con la institución. "La idea del laberinto surgió entre todos", cuenta María Lavalle, una de las promotoras de la actividad.

La pintora Patricia Aballay, quien ayudó a los nietos en la muestra, asegura que "El laberinto" fue sencillamente impresionante: "La instalación se abría con un telón negro, en números chiquitos decía 1976, y allí comenzaba el recorrido. Un allanamiento representado con juguetes, los vuelos, el colegio, el Mundial 78, el gatillo fácil. Todas escenas nacidas de los recuerdos de los chicos. Adriana Vallejos, Oscar Chiecher y yo los fuimos escuchando y tratando de colaborar en todo lo que podíamos"[20].

María Lavalle recuerda que en esa época el grupo de jóvenes que generaba todas estas actividades estaba compuesto por su hermana María José –nieta localizada en 1987–, Paula Sansone –hoy secretaria personal de Estela Carlotto–, Mariana Eva Pérez –quien, junto a su abuela Rosa, actual vicepresidenta de la asociación, buscaba activamente a su hermano–, Pedro Riva –amigo de las nietas–, Demián Córdoba –integrante del equipo de genética–, Victoria Grigera –hija de desaparecidos–, y las nietas restituidas Laura Scaccheri y Elena Gallinari.

Las Abuelas también realizaron una muestra de artistas plásticos que donaron sus obras para colaborar con la penosa situación financiera que atravesaba la asociación. Los H.I.J.O.S organizaron su propio acto por el 20 aniversario del golpe. "Hicieron una vigilia frente a Tribunales para entregar un petitorio ante la Corte Suprema a la misma hora que había sido el golpe militar del 76 –cuenta Abel Madariaga–. Cuando terminó el acto pasé por el de las Madres de Plaza de Mayo, y ahí vi a Gastón Pauls, Nancy Dupláa y otros actores jóvenes que en esa época protagonizaban una tira en Canal 13 [N. de la R.: *Montaña rusa*]. Los chicos estaban en la Plaza del Congreso, lugar donde se realizaba el acto, y de repente los empezaron a silbar. Entonces se me ocurrió que si estos jóvenes se acercaban había que sumarlos, no echarlos". Estos actores tenían la misma edad de los nietos apropiados, probablemente miraban los mismos programas, escuchaban la misma música y concurrían a los mismos sitios. La identificación de los jóvenes buscados con otros jóvenes de su misma generación podía convertirse en una herramienta más. Los 20 años del golpe significaron un fuerte empuje para todos los organismos de derechos humanos. Había oxígeno nuevo, esto no podía ser desaprovechado. El acto del 24 de marzo organizado por Abuelas, los organismos y la CTA fue multitudinario y, como nunca, se llenó de familias.

A partir de entonces, el tema de las violaciones a los derechos humanos durante la dictadura volvió a ocupar un lugar central en la agenda de los medios. Aún así faltaba un buen tiempo para que la búsqueda de las Abuelas terminara de legitimarse a los ojos de la sociedad argentina. Con este objetivo comenzaron a trabajar con los medios e intensificaron su

labor en las escuelas de todo el país –algo que ya venían haciendo desde sus inicios–, para difundir su lucha y promover el derecho a la identidad. Los 20 años del golpe, además, recibieron una cobertura nacional e internacional jamás vista. "Históricamente, desde los organismos, nadie se ocupaba de tratar con los medios, y así se producían historias mal contadas o se incurría en errores políticos. Pero desde Abuelas se los empezó a tratar distinto: ver qué querían hacer ellos y qué queríamos decir nosotros", explica Abel Madariaga. Esta nueva política institucional con relación a los medios hizo que Abuelas comenzara a generar material de archivo propio para ofrecer a todos aquellos que quisieran saber sobre la apropiación de niños y sobre su búsqueda. Poco a poco un sector cada vez más grande de la sociedad se interesaba por la suerte de los "desaparecidos con vida".

Paralelamente se fueron sumando más jóvenes a la asociación. Seis meses después de su primera puesta en el Centro Cultural General San Martín, *El laberinto* fue repuesto en la Segunda Bienal de Arte Joven, organizada por la Federación Universitaria de Buenos Aires (FUBA) en el Parque Chacabuco. Para esta nueva muestra se incorporaron la nieta Tatiana Sfiligoy, el joven estudiante de Letras César Núñez y Yamila Grandi (que aún hoy busca a un hermano), quien ya había participado en la producción del libro de poemas *Algún día*, en coautoría con Mariana Pérez. Las actividades vinculadas a los derechos humanos eran cada vez más y lo que años antes se presentaba como un problema privado de unas "locas" a quienes se les habían perdido sus hijos y sus nietos, se percibía ahora como un problema social de hombres, mujeres, niños y niñas desaparecidos por el terrorismo de Estado. Y fue en este marco que Marcelo Castillo, uno de los curadores de la Bienal, invitó a las Abuelas y los nietos a exponer por segunda vez en el año *El laberinto*. Castillo había conocido a las Abuelas y a los nietos algunos meses antes, en la marcha número 1.000 de Madres de Plaza de Mayo-Línea Fundadora, adonde había asistido como colaborador junto con el centro de estudiantes de la Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo de la UBA. En esa oportunidad, una de las Madres, Mabel "Tati" Almeida, le hizo conocer a re-



Año 1997. Exposición del segundo *Laberinto* en el Centro Cultural General San Martín.

presentantes de varios organismos. Cuando pasaron por el *stand* de las Abuelas, Tati Almeida le presentó a las nietas María José y Tatiana. Castillo las invitó a la Facultad de Arquitectura a dar una charla sobre los 20 años del golpe, en la cátedra de Diseño Gráfico de Ricardo Méndez, que ya estaba trabajando sobre el tema. Las jóvenes aceptaron y a la semana siguiente hablaron ante decenas de jóvenes de su misma edad sobre lo que les había tocado vivir y sobre la búsqueda de los 500 chicos que aún faltaba recuperar.

La Bienal de Arte Joven finalmente se realizó en septiembre. Las nietas, novios y amigos montaron *El laberinto* debajo de la autopista 25 de Mayo, que atraviesa el Parque Chacabuco, sitio que los organizadores habían asignado a los organismos de derechos humanos. Todo parecía encaminado y tranquilo. "Pero al día siguiente de comenzar la muestra llegamos y nos encontramos que habían pintado esvásticas por todas partes. Fue muy triste. Se suponía que en la Bienal, donde había gente joven, no podían suceder esas cosas"[21], cuenta Tatiana. Pero las complicaciones

siguieron. Durante la segunda semana llovió mucho y una tormenta voló literalmente la instalación. A esa altura la desazón de los chicos era incontenible. María José y Tatiana se acercaron a Marcelo Castillo, las dos llorando y con una decisión tomada.

–Nos vamos –le dijeron.

–No se vayan, lo vamos a reconstruir.

–Nos vamos, no tiene sentido y no tenemos más energía.

Castillo hizo como que no las oía, pidió a un colaborador un taladro y él mismo se puso a trabajar en la reconstrucción. Las nietas y sus novios, que miraban expectantes, se fueron arrimando y entre todos comenzaron a levantar *El laberinto*. "Hasta entonces la relación con los chicos había sido distante –dice Castillo–. Siempre venían de a dos, igual que las Abuelas, y eso me llamaba mucho la atención. Venían a pedirme un enchufe, un cable, un martillo, siempre cosas puntuales, no pasaba de ahí nuestra relación. Hasta que la tormenta voló todo"[22]. Tatiana recuerda el gesto de Marcelo Castillo como un momento fundante: "Nos ayudó a ver qué podíamos hacer, nos protegía, nos contenía y cuidaba nuestro espacio. La experiencia de la Bienal fue también como abrirnos un poco a la realidad, mostrar lo que éramos en público". La relación de Castillo con nietas y nietos siguió prosperando con unos cuantos mates y cervezas de por medio. Al terminar la Bienal se saludaron con menos formalidad que al principio, como dando a entender que quedaba una puerta abierta para seguir trabajando juntos.

Ilustración: Mirian Luchetto



Capítulo 5 (1997-2002)
Los jóvenes son convocados

En octubre de 1996, en razón de que sus nietos ya no eran niños sino jóvenes, las Abuelas tomaron conciencia de que podían contar con ellos en su propia búsqueda: ahora se trataba de generar espacios de reflexión y de difusión a través de los cuales los chicos con dudas sobre su identidad pudieran acercarse. Con este objetivo empezaron a organizar actividades para el año siguiente, cuando se cumplirían los 20 años de la institución. El presupuesto era igual a cero y todavía no existía el área de difusión, aún así había muchas ideas. Además de los colaboradores que se iban sumando a la lucha se había formado un grupo de nietos restituidos que empezaban a participar de la búsqueda.

Fue entonces cuando la nieta María José Lavalle, quien había trabajado en *El laberinto*, invitó a Marcelo Castillo a una reunión en casa de las Abuelas, un sábado por la tarde. Castillo llegó muy nervioso. No sabía de qué manera podía ayudar. En la reunión estaban María José, Paula, Tatiana, Mariana y Abel Madariaga. "¿Qué se te ocurre?", le preguntó Abel a Castillo. "Por un lado puedo hablar con las cátedras de la Facultad [de Arquitectura, Diseño y Urbanismo de la UBA] para hacer afiches –respondió–, y por otro podemos hacer la *Memoria Gráfica de Abuelas*". Apenas salió de la reunión, Castillo se dio cuenta de que había hecho sus propuestas para quedar bien. Pero lo cierto es que desconocía qué era una memoria gráfica y cómo podía hacer para que la Facultad tomara sus

ideas. Para colmo quedaba sólo una semana de clases. Se puso en marcha. Se contactó con diez titulares de cátedra y con el director de la carrera de Diseño Gráfico. Todos se mostraron entusiasmados con la idea de articular objetivos pedagógicos con la búsqueda de las Abuelas y acordaron volver a tratar el tema antes del próximo ciclo lectivo.

Al mismo tiempo, Castillo se puso a trabajar en la *Memoria Gráfica*, para lo cual empezó a ir todos los sábados a la casa de las Abuelas, que se abría especialmente para él. Al principio le dieron una caja llena de fotos y un montón de archivos. Pero se necesitaban más datos. Entonces le contó a la Abuela Raquel el trabajo que estaba haciendo. "Yo te voy a orientar", le dijo Raquel, quien desde los inicios de la institución era la encargada de juntar y sistematizar la información entrante. Gracias a la memoria y al orden de Raquel, Castillo pudo conocer en detalle cada carpeta y cada caso. En enero ya estaba digitalizando las fotos de los familiares desaparecidos. Lo hacía en alta resolución. En primer plano, sobre la pantalla de la computadora, aparecía una cara, y luego otra, y otra. De repente, Castillo sintió un malestar. Ahí descubrió que todas eran caras sonrientes. "¿Y vos de qué te reís?", le preguntó a una. Durante un par de días no pudo seguir con las fotos. Había comprendido la responsabilidad que implicaba el manejo de esa información. Y también había comprendido que esas caras felices, llenas de sueños, lo impresionaban como la luz diferida de una estrella.

El primer día de clases se reunieron todas las cátedras de Diseño Gráfico para discutir qué podían hacer con las Abuelas. De las diez cátedras que habían comprometido su participación, quedaron tres. Sus titulares, Ricardo Méndez, Raúl Belluccia y Oscar Valdés, armaron un ejercicio de tres niveles, que pasaría de una cátedra a otra: en el primero los alumnos recibirían a una abuela; en el segundo a un nieto restituido; y en el tercero a un hermano. Cada cual, desde su perspectiva, debía relatar a los estudiantes la experiencia de la búsqueda. Los afiches de los chicos tuvieron como eje los 20 años de las Abuelas y, junto con la *Memoria Gráfica* (la muestra que resume la historia y los logros de la institución), lograron hacer más visible la lucha. Los trabajos empezaron a recorrer el interior

del país y fueron expuestos meses más tarde en el acto central del 20 aniversario, en el Centro Cultural General San Martín de la Ciudad de Buenos Aires.

Por aquellos días, Conrado Geiger, conductor del programa *Rock argento* por FM La Rocka, recibía un fax en la radio. Era una gacetilla de prensa que informaba sobre una conferencia de prensa por los 20 años de Abuelas. Geiger fue a la conferencia en la casa de las Abuelas. Se anunciaron diversas actividades, incluido un festival de rock, pero no se dieron mayores precisiones. Geiger –arquitecto de profesión, rockero por vocación– se encontró allí con Marcelo Castillo, a quien conocía de la Facultad y de la última Bienal de Arte Joven. Castillo le presentó a los nietos que estaban organizando el festival de rock. Geiger les hizo un par de preguntas y eso le alcanzó. "Ustedes no tienen idea de cómo se organiza", les dijo. Abel Madariaga, que se había acercado a escuchar, le retrucó: "Tenés razón, ¿por qué no lo organizás vos?". Geiger aceptó el desafío, pero con una condición: si todo salía bien, Abel tenía que pagar un asado para todos.

Mientras tanto, la vida del país seguía su curso, siempre violento y conflictivo. Durante 1997 fueron asesinados el periodista José Luis Cabezas, la militante social Teresa Rodríguez y el estudiante Sebastián Bordón. También en 1997 Raúl Alfonsín propuso la alianza electoral entre la UCR y el Frepaso, cuatro años después de haber firmado el Pacto de Olivos que había permitido la reelección de Carlos Menem.

Mientras, las Abuelas tenían muchos logros. El 16 de mayo se le restituyó la identidad a **Laura Fernanda Acosta**, hija de María Dolores Vargas y Lidio Juan Acosta. Laura, nacida el 15 de septiembre de 1974, había desaparecido entre septiembre y octubre de 1977 junto a su madre. Su padre, se encontraba detenido desde el 2 de septiembre de ese mismo año como preso político. Laura había sido entregada a una familia Molinas que también buscaba una niña desaparecida. Esta familia la crió como propia sin saber que la niña que buscaban, Paula Andrea Molinas, había sido adoptada por un matrimonio en Córdoba cercano a su padre. Cuando Paula tomó conocimiento de su historia y localizó a la familia Molinas en la provincia de Santa Fe, éstos recurrieron a Abuelas de Plaza de Mayo

para saber cuál era la verdadera identidad de la joven que habían criado como Paula. En 1995 los análisis genéticos confirmaron que era Laura Fernanda Acosta. Entonces, Laura se reencontró con su padre que había permanecido detenido hasta septiembre de 1987.

Tres meses más tarde se comprobó genéticamente la identidad de **Manuel Gonçalves Granada**, quien había sido localizado en 1995 por el Equipo Argentino de Antropología Forense (EAAF), aunque su historia comienza mucho antes.

Manuel, nacido el 27 de junio de 1976, había desaparecido ese mismo año, luego del asesinato de su madre, Ana María del Carmen Granada. Vivían en la localidad bonaerense de San Nicolás, adonde se habían instalado huyendo de la persecución política. Su padre, Gastón Gonçalves había desaparecido el 24 de marzo de 1976 en Zárate, y el 2 de abril de ese mismo año sus restos fueron hallados sobre la ruta N° 4 y sepultados como NN en el Cementerio Escobar. Manuel y su mamá compartían casa con Darío Omar Amestoy, su mujer María del Carmen Fetolini y sus dos hijos, Fernando y María Eugenia, de tres y cinco años respectivamente. El 19 de noviembre de 1976 fuerzas de seguridad identificaron la casa y masacraron a Ana María, al matrimonio y a sus dos hijos. "Al bebé lo sacaron y lo llevaron al Hospital", aseguró un vecino. Matilde Pérez, la madre de Gastón –papá de Manuel–, no había llegado a conocer a su nieto. La última vez que había visto a su nuera, el embarazo iba por el quinto mes. En febrero de 1977 allanaron su casa: la buscaban a Ana María. Esto confundió aún más las cosas, porque luego, cada vez que se buscó la pista de Manuel, se descartaron aquellos casos que fueran anteriores a ese momento. Recién en 1984 se encendió una luz. Ese año se formó el EAAF, y allí fue Matilde –una de las primeras Abuelas de Plaza de Mayo– con los datos de su hijo, su nuera y Manuel.

Diez años más tarde el EAAF recibió el dato de una chica que había sido asesinada en San Nicolás y que tenía un bebé. Los antropólogos fueron a la casa donde habían vivido Manuel y su mamá. Luego visitaron el Hospital Municipal y, en base a un registro de adopciones paralelo que llevaban unas monjas, confirmaron que el Juzgado de Menores de San

Nicolás había sustraído al niño en febrero del 77. En el Juzgado encontraron el parte de adopción del bebé que había sido entregado en adopción a la familia Novoa, sin averiguar el paradero de su familia biológica. Además obtuvieron un expediente que había armado la Policía bonaerense en noviembre del 76, donde se consignaba que se había efectuado un "operativo de rutina", que los agentes habían sido atacados y que habían tenido que defenderse. Se adjuntaba autopsia de los cuerpos, documentos y huellas dactilares. En su DNI la madre de Manuel no figuraba con su nombre verdadero, sino como Cristina Loza, pero, por la foto, era ella.

De vuelta en Buenos Aires, los antropólogos le mostraron a la Abuela Matilde la fotocopia del DNI. "Sí, es Ana", dijo. Entonces cotejaron las huellas dactilares, pero el resultado fue negativo. Le pidieron que mirara de nuevo la foto, más tranquila. "Es Ana", repitió. Pero la identificación a través de las huellas volvía a dar negativo, una y otra vez, hasta que decidieron invertirlas: la izquierda la pusieron a la derecha, y la derecha a la izquierda. Entonces sí dio positivo. No fue casual que alguien diera vuelta las huellas. Con toda esta información volvieron al Juzgado, consiguieron el expediente de adopción y se dirigieron al último domicilio conocido. El muchacho (que figuraba como Claudio) no vivía ahí desde hacía 10 años. Por suerte, ese año había elecciones y ya tenía edad de votar. Buscaron en padrones electorales y encontraron su dirección en Guernica, provincia de Buenos Aires. Un antropólogo fue en auto hasta la casa y se puso a hacer guardia afuera, leyendo un diario, hasta que vio salir a la madre adoptiva. Se bajó del coche, se acercó a ella, se presentó, le preguntó si era la mamá de Claudio, si él sabía que era adoptado y si podía hablar con él. La mujer, sin entender mucho, contestó que sí, y volvió junto con el antropólogo a su casa.

Manuel, que había observado por la ventana todo lo que ocurría, pero sin escuchar nada, abrió la puerta. "Él es Alejandro Inchaurregui del Equipo Argentino de Antropología Forense", le dijo la mujer. La palabra "forense" hizo que pensara lo peor: que había atropellado a alguien con el auto sin darse cuenta. Pero Inchaurregui fue directo. "Tu abuela te está buscando", le dijo. Le contó de su abuela, de sus padres desaparecidos y

de su hermano. Manuel se quedó helado, no sabía cómo reaccionar. Por un lado se enteró de que sus padres nunca lo habían abandonado –su madre de hecho le salvó la vida metiéndolo en un placard y cubriéndolo con mantas–, y por otro que estaban desaparecidos. Supo que tenía una abuela que lo buscaba desde hacía años y que además tenía un hermano.

"Tu abuela quiere saber si estás bien, nada más", le dijo Inchaurregui. "La tengo que conocer", respondió de inmediato Manuel. Con esa decisión se fue reencontrando con su propia historia y la de sus padres. Entabló una relación hermosa con Matilde, a la que le dio una bisnieta, y otro tanto hizo con su hermano Gastón, bajista de Los Pericos, grupo al que incluso había ido a ver un par de veces antes de recuperar su identidad.

Actualmente Manuel integra el grupo de los nietos restituidos que ya son padres. Según Manuel, su hija Martina "Lloró un par de veces por no poder conocer a sus abuelos paternos, a quienes sólo conoce por fotos, pero entendió la historia de una manera muy natural"[1]. En cierta ocasión[2], la directora y las maestras del jardín adonde asistía Martina le pidieron a Manuel que preparara unas palabras para el acto del 24 de marzo. "Ellas se habían hecho eco de mi historia, me preguntaban, charlábamos siempre –cuenta Manuel–, pero el día del acto, cuando llegué, la directora me dijo que la dueña del jardín la había llamado y le había dicho 'para qué hablar sobre esto, mejor no hagan ninguna alusión', y eso me molestó mucho porque hacía tres años que mi hija iba a ese jardín. Y para colmo la directora me dijo: 'A mí me dijeron que no diga nada, así que no vamos a decir nada'. Y cuando me dijo eso no sabía ya qué pensar, la conocía y siempre había creído que estaba todo bien con ella. Me fui a sentar al acto, indignado, y ahí nomás empezaron a entrar todas las maestras con pancartas que decían todo lo que no se podía decir. Fue muy emocionante. Después pasé yo y dije todo lo que quería decir y cuando terminó el acto mi hija se subió a upa mío, y todos los compañeritos y sus padres se acercaron a saludarnos". Hoy Martina es una de las bisnietas y bisnietos que, gracias a la búsqueda de las Abuelas, conocen la verdad sobre su origen. Pero hay muchos bisnietos, hijos de nietos apropiados que aún no recuperaron su identidad, que siguen sin conocerlo.

En agosto de 1997, cuando el Banco Nacional de Datos Genéticos (BNDG) publicó los resultados del análisis de Manuel, la alegría de las Abuelas –que celebraban sus 20 años de lucha– fue completa. Ningún otro regalo podía ser mejor para seguir con la búsqueda. Por otra parte se sentían cada vez más acompañadas. Muchas personalidades habían respondido a la convocatoria lanzada en la conferencia de prensa, entre ellos actores, directores y dramaturgos. Con el antecedente del teatro militante de los 70, cuando el teatro era considerado una herramienta política y de cambio social, surgió *¿Vos sabés quién sos?* –obra que fue el puntapié inicial de lo que luego sería *Teatro por la Identidad* (TxI). Estrenada en el Teatro Nacional Cervantes, la obra fue escrita por Roberto *Tito* Cossa y dirigida por Leonor Manso y Roberto Villanueva Cosse. Manso, precisamente, fue una de las primeras que se acercó a colaborar. Participaba de las marchas de las Abuelas y de las rondas de las Madres. Además ya conocía a varias de ellas de los tiempos de la dictadura. Era amiga personal de la Abuela Clara Jurado, la escuchaba, compartía su angustia por la desaparición de su hijo, su nuera y su nieto (a quien no llegó a conocer, y a quien el resto de las Abuelas sigue buscando) y la ayudaba en todo lo que podía.

"[Leonor] Manso vivía en un departamento sobre la avenida Belgrano al 2.400 e iba siempre a la casa de las Abuelas. Trabajaba a la par de todos en lo que hiciera falta. Y ahí fue que le planteamos la idea de armar algo desde el teatro que sirviera para la búsqueda de los chicos –explica Abel Madariaga–. Luego empezamos a reunirnos con ella, en general en su casa, para delinear lo que queríamos hacer"[3]. Manso se contactó con Tito Cossa para que escribiera la obra. Meses después, luego de consultar abundante material institucional, Cossa tenía lista la primera parte, que giraba en torno a la conformación de las Abuelas. Pero faltaba la segunda parte, que debía abordar la problemática específica de los chicos apropiados. Para ello Manso organizó encuentros con hijos de desaparecidos y nietos y los actores que interpretarían a aquellos chicos, entre los que estaban Valentina Bassi, Leonardo Sbaraglia y Gastón Pauls. Nietos e hijos contaron sus historias y la segunda parte de la pieza fue tomando forma. Finalmente, la noche del estreno, el público pudo presenciar una

obra contundente –"apoteótica" según Abel–, como hacía tiempo no se veía en ninguna sala porteña.

Durante la obra, de estructura coral, tres embarazadas se columpiaban en el aire y se acariciaban la panza. Un bandoneonista, también colgado, musicalizaba cada escena. Y todo iba del caos a la serenidad, alternativamente, hasta llegar al caos final con la irrupción de los jóvenes y allí se leía una carta hecha a partir de testimonios de los nietos. Al cierre del espectáculo, a sala llena, abuelas, nietos y actores subieron al escenario y protagonizaron un momento cargado de emoción, sin sospechar todavía que un ciclo llamado TxI se convertiría en uno de los más exitosos del teatro nacional.

La obra de Cossa, Manso y Villanueva Cosse fue sólo una de las actividades de la *Semana por la Identidad* del 97. "Tenemos que conocer qué saben y qué piensan los jóvenes sobre Abuelas, para poder definir aún más nuestro discurso", le había dicho Abel, tiempo antes, a María Lavalle y César Núñez. Con esta premisa María, Núñez y otros colaboradores organizaron un concurso literario bajo el título *Identidad. De las huellas a la palabra*. El concurso fue todo un éxito: se recibieron más de 900 trabajos de todo el país. Luego de pasar por una instancia de preselección, los textos fueron evaluados por un jurado de lujo: Osvaldo Bayer, Martín Caparrós, Roberto Fontanarrosa, Rubén Dri, Horacio González, Noé Jitrik, entre otros.

También por esos días el canal Todo Noticias (TN) puso en pantalla el documental *Sin Raíces*, sobre la problemática de los bebés nacidos en cautiverio durante la dictadura. El documental, emitido en el programa A dos voces,conducido por Marcelo Bonelli y Gustavo Silvestre, describía el plan diseñado para entregar a los menores a familias "bien constituidas" y mostraba a través de casos concretos el funcionamiento de las maternidades clandestinas. Apoyado en testimonios de ex detenidos, familiares y responsables, *Sin raíces* lograba reconstruir la metodología que se había seguido con los recién nacidos y contar todo esto a una audiencia masiva, que se empezó a hacer eco del problema.

El deporte también se solidarizó con la lucha de las Abuelas. A principios de noviembre de 1997 cientos de deportistas de todas las disciplinas



22 de noviembre de 1997. El locutor Quique Pesoa, a la izquierda, presenta a las Abuelas quienes desde el escenario convocan a los jóvenes con dudas sobre su identidad.

firmaron una solicitada en forma de volante reclamando la restitución de los nietos apropiados. Además las Abuelas fueron invitadas por los jugadores de la Selección Argentina de fútbol a presenciar un partido en la cancha de Boca Juniors contra el seleccionado colombiano, por las Eliminatorias para el Mundial Francia 98. Y por esas semanas se llevó a cabo en el Centro Cultural General San Martín el III Congreso Internacional *Juventud e Identidad, 20 años de Abuelas de Plaza de Mayo,* con la participación de panelistas del derecho, la genética, la psicología, la investigación social y la antropología forense. Las exposiciones de este encuentro fueron registradas en un libro publicado en 1999.

Los artistas plásticos también aportaron lo suyo. La pintora Patricia Aballay fue una de las que participó de la pintada colectiva que se hizo en el Centro Cultural Recoleta, en conjunto con Abuelas, nietas y público. Aballay, quien acompañaba a las Abuelas desde 1983 y que un año atrás

había ayudado a los nietos con *El laberinto*, conocía bien la búsqueda porque había sido alumna del marido de Alba Lanzillotto, profesor de Historia del Arte en La Rioja. Más tarde trabó contacto con otras Abuelas. Una de ellas, en cierta ocasión, le entregó un afiche para restaurar. Era uno de los pocos objetos que había podido rescatar de la casa de sus hijos, después de que los desaparecieran. Aballay se emocionó mucho porque era similar a uno que tenía en su casa cuando era adolescente: la foto de una gaviota y un poema titulado *A nosotros la libertad*. Más tarde se encargaría de ordenar y enmarcar todas las fotos de las parejas desaparecidas y de los chicos. Y como Aballay, muchos otros artistas plásticos participaron de aquella pintada colectiva con las Abuelas: León Ferrari, Adolfo Nigro, Luis Felipe Noé, Carlos Gorriarena, Carlos Alonso. Muchos siguen colaborando hasta hoy, se niegan a permanecer indiferentes ante el problema de la apropiación de niños. Y lo mismo sucede con los músicos, que continúan, desde los distintos géneros, difundiendo la lucha de las Abuelas.

Así se llegó a aquellas inolvidables jornadas del 21 y 22 de noviembre de 1997 en Plaza de Mayo. En un escenario imponente había un afiche inmenso –obra de Raúl Belluccia– con la pregunta "¿Vos sabés quién sos?". Esta pregunta había generado largas discusiones en Abuelas. Belluccia había llevado a varios publicitarios y muchos les decían que nunca se había realizado una campaña masiva apoyada tan sólo en una pregunta. Pero ese era el desafío de las Abuelas: instalar la duda. Belluccia, que en cada una de las reuniones con publicitarios tomaba nota de todo, lo entendió. Y la pregunta *¿vos sabés quién sos?* se convirtió en un llamamiento a la reflexión social e individual y en el eje central de la campaña por los 20 años de Abuelas.

Con un gran trabajo de nietos, Abuelas y colaboradores –Belluccia, Conrado Geiger, Marcelo Castillo, el locutor Quique Pesoa, su esposa Leda Berlusconi, la productora radial Paula Nicolini–, el viernes 21 de noviembre se realizó el recital para toda la familia, donde se presentaron artistas comprometidos desde siempre con los derechos humanos: Juan Carlos Baglietto, Miguel Cantilo, Ignacio Copani, Víctor Heredia, Lito Vitale, Liliana Herrero, Jairo, Dúo Malosetti, Raúl Carnota, Opus Cuatro



22 de noviembre de 1997. Más de 50.000 jóvenes llenan la Plaza de Mayo. La primera edición de *Rock por la Identidad* es un éxito. Las nietas Tatiana (al micrófono), Mariana Pérez y Elena Gallinari celebran junto a la multitud que se acercó a la plaza en el 20 aniversario de las Abuelas.

y Piero. Pero si el trabajo de nietos, Abuelas y colaboradores ya había sido mucho la noche anterior, el sábado 22 se duplicó: más de 50.000 jóvenes llenaron la plaza para ver a Los Caballeros de la Quema, Los Visitantes, Las Pelotas y Bersuit Vergarabat. Nadie esperaba tanta gente. Aunque el esfuerzo bien valió la pena. "Aquel primer *Rock por la Identidad* rompió todos los pronósticos. Y desde ahí empezamos a usar la música y la cultura como un puente de comunicación –recuerda Geiger– para que las Abuelas difundieran su lucha, apuntando siempre a que el público que se acercara correspondiera a la franja de edad de los nietos que estamos buscando"[4]. Después del festival Geiger se cobró el asado que le había apostado a Abel Madariaga. Y el "efecto de siembra" que las Abuelas se habían planteado tiempo antes, en el sentido de que la sociedad conociera más sobre la problemática de los chicos apropiados, estaba en marcha.

La repercusión lograda con las actividades por los 20 años convencieron a las Abuelas de la necesidad de crear un equipo permanente de colaboradores. Así se sumó Raúl Belluccia –"Puedo colaborar dos horas por semana"– y varios de los que habían participado el año anterior: Geiger, Castillo, Núñez, además de los nietos y Abuelas que ya venían trabajando de uno u otro modo en la difusión de la búsqueda. Las cátedras de Belluccia y de Ricardo Méndez renovaron el compromiso con las Abuelas. Esta vez la consigna no fue el 20 aniversario sino el tema más amplio de la identidad. Méndez planteó a sus alumnos un ejercicio abierto mientras que Belluccia propuso hacer una secuencia de ocho afiches con ocho frases a través de las cuales se pudiera apreciar, como una totalidad, la lucha de las Abuelas. Más de 200 personas, entre estudiantes y profesores, trabajaron durante 1998 para armar esta nueva muestra.

Al mismo tiempo Castillo junto al fotógrafo Damián Sondereguer, se abocaron a la tarea de digitalizar la *Memoria Gráfica* que se había presentado en el 97, con el objetivo de que pudiera ser actualizada periódicamente. No obstante, los fondos disponibles seguían siendo escasos. Por eso Castillo recurrió al Centro de Estudiantes de la Facultad de Arquitectura, y así logró que se imprimieran los afiches. Además propuso al Consejo Directivo la creación de un "Rincón de las Abuelas" en el pabellón III de la Ciudad Universitaria, que se inauguró en un emotivo acto. Allí se instaló la *Memoria Gráfica* que sigue estando en ese mismo lugar y despierta la atención de todos los que pasan.

En julio de 1998, a partir de una idea surgida del nuevo equipo de colaboradores –en donde también había hijos de desaparecidos–, se creó el proyecto Reconstrucción de la Identidad de los Desaparecidos. "Archivo biográfico familiar de Abuelas de Plaza de Mayo", por medio de un convenio entre la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA y Abuelas. La finalidad del proyecto, que continúa hasta hoy, es reconstruir la historia de los padres desaparecidos de los chicos apropiados, a través del relato de familiares y amigos, para recuperar sus historias de vida a fin de conservar la memoria y garantizar en el tiempo el derecho a la identidad.

El Archivo hace posible que los jóvenes localizados sepan cómo pasa-

ban el tiempo sus padres, a qué escuelas iban, quiénes eran sus amigos, cuáles eran sus platos favoritos, sus pasatiempos, sus compromisos políticos. Es decir, conocer la textura de la vida cotidiana de sus padres[5]. "Hemos recorrido de punta a punta el país para recolectar las voces de familiares y amigos –cuenta Lorena Battistiol, integrante del proyecto e hija de desaparecidos que busca a un hermano–. En muchos casos nos hemos encontrado con personas que nunca habían hablado de su familiar desaparecido, nadie les había dado el espacio para hacerlo. Y fueron las Abuelas, a través nuestro, que llegaron a esas grandes ciudades o pequeños pueblos para hacerlos protagonistas de esas historias"[6].

Entretanto, Tatiana y María Lavalle Lemos, por entonces alumnas de la Facultad de Psicología de la UBA –hoy graduadas–, se pusieron en campaña para que sus compañeros conocieran el trabajo interdisciplinario de las Abuelas. Ambas comprendieron lo vital que era que los estudiantes universitarios, en particular los de Psicología, estuvieran preparados para abordar las complejas cuestiones ligadas al derecho a la identidad, tanto en lo referido a los chicos apropiados como a los adoptados. Con este fin María se acercó a Alicia Lo Giúdice, coordinadora del equipo de psicólogos de Abuelas, y organizó con ella una serie de talleres con el apoyo de la cátedra de Psicología, Ética y Derechos Humanos de la UBA.

Ahora bien, la conciencia acerca de la importancia de transmitir a las nuevas generaciones lo ocurrido durante la última dictadura militar las nietas la habían heredado de las Abuelas. Fueron ellas quienes desde un comienzo visitaron las escuelas primarias y secundarias, las universidades públicas y privadas para reconstruir los lazos de solidaridad destruidos por el terrorismo de Estado. Siempre con un doble objetivo: por un lado, sembrar memoria; por otro, encontrar a los nietos desaparecidos.

A la frenética actividad impulsada por los jóvenes de la institución, se sumó la solidaridad de otros referentes sociales. En el Centro Cultural Recoleta se realizó una exposición de artistas plásticos titulada *Identidad*; los planteles de varios equipos de la primera división del fútbol argentino manifestaron su apoyo a la búsqueda y los actores del programa *Gasoleros* –el más popular del momento– almorzaron con las Abuelas duran-

te la grabación de uno de sus capítulos. Paralelamente se reeditó el libro *Botín de guerra*, con un prólogo de Estela de Carlotto resumiendo los logros de la asociación, y se publicó el libro *Identidad. De las huellas a la palabra*, que reunió los trabajos ganadores del concurso realizado en 1997.

El año 1998 no sólo fue agitado en materia de difusión, sino también en el ámbito judicial. El 15 de junio de ese año fue detenido el ex dictador Jorge Rafael Videla, acusado de ser el "autor mediato" de cinco apropiaciones de menores. Videla pasó un mes en la cárcel de Caseros y luego accedió a la prisión domiciliaria debido a que ya tenía más de 70 años. El juez de la causa, Roberto Marquevich, había investigado la apropiación de dos niños por parte del mayor Norberto Bianco en Campo de Mayo y había concluido que esos delitos eran el resultado de órdenes dadas en el nivel más alto del Ejército. Marquevich dictaminó que Videla, como comandante en jefe de esa fuerza, era responsable de esas acciones y que aquellas órdenes tenían por objetivo separar a los niños de sus familias legítimas y despojarlos de sus identidades. Su arresto se mantiene hasta hoy.

La resolución de Marquevich probó la existencia de un plan sistemático para el secuestro de los hijos de los desaparecidos. Un médico que era el jefe del hospital clandestino de Campo de Mayo, aseguró en su declaración que había órdenes escritas y verbales y que estas órdenes se llamaban "Plan de Operaciones de Inteligencia del Ejército". Cuando se le preguntó quién había dado las órdenes, el médico dijo "la comandancia en jefe". Esto fue lo que permitió detener a Videla y ordenar la prisión preventiva.

Cinco meses después, Emilio Massera tuvo que presentarse ante la Justicia para responder por dos acusaciones. En noviembre la jueza María Servini de Cubría ordenó el arresto de Massera por la apropiación de **Javier Gonzalo Penino Viñas**, un bebé nacido en la ESMA en septiembre de 1977. Cecilia Viñas, su madre, había sido llevada a la maternidad clandestina de ese centro desde Mar del Plata dos semanas antes del parto. Una semana después de dar a luz la separaron de su bebé. Jorge Vildoza, capitán de navío y jefe de uno de los grupos de tareas de la ESMA, se apropió del niño. Massera, como Videla, quedó detenido en su domicilio por su edad. El 10 de diciembre, Javier Gonzalo Penino Viñas

recuperó su identidad, supo que su madre y su padre, Hugo Reynaldo Penino, pensaban llamarlo Hugo Carlos y que su familia lo buscaba. Javier está casado, vive en Inglaterra y cuando puede visita a su familia en Mar del Plata. Su apropiador, Vildoza, sigue prófugo.

Al año siguiente, las Abuelas y todos los organismos de derechos humanos del mundo recibirían una buena noticia: Scotland Yard, a pedido del magistrado español Baltasar Garzón, había detenido en una clínica de Londres al ex dictador chileno Augusto Pinochet, acusado de genocidio, asesinato y tortura a miles de personas. Más acá, en la ciudad de La Plata, la Cámara Federal comenzaba con las audiencias de los Juicios por la Verdad[7]. Y el aire fresco de la justicia también llegaba a orillas del Río de la Plata, sitio elegido para el Parque de la Memoria, cuya construcción fue aprobada en 1998 por la legislatura porteña.

Ahora bien, el caso Penino Viñas no fue el único que esclarecieron las Abuelas en 1998. En septiembre también se le restituyó la identidad a **Paula Cortassa**, desaparecida el 11 de febrero de 1977 junto con sus padres, Blanca Zapata y Enrique Cortassa. Ella misma buscó su identidad y se convirtió en el primer caso resuelto que no estaba denunciado en la institución. Las dudas de Paula, quien conserva el nombre que le puso su familia adoptiva –Carolina–, empezaron cuando tenía 12 años. Al principio fueron pesadillas: explosiones, gritos, personas contra un paredón, en hilera, y militares enfrente. Luego escuchó detrás de una puerta a un pariente lejano: “En el 76 tendrían que haber muerto más de los que murieron”. Y entonces buscó su DNI, vio el año de su nacimiento, leyó un manual de historia, sacó cuentas y relacionó todo con sus pesadillas. Una mañana, cuando se animó, le preguntó a Agustina María Moro, su mamá adoptiva: “¿Soy hija de desaparecidos?”. Agustina se quedó helada. “No sé si es intuición, si se lleva en la sangre, pero yo sabía que mis padres no habían muerto en un accidente”[8], recuerda la joven. “Eso fue lo que nos dijeron –le contestó la mujer–, pero cuando quieras saber la verdad estamos dispuestos a viajar, preguntar y averiguar”[9].

En junio de 1998, Carolina comenzó la búsqueda de su identidad. “Me llamó un periodista santafesino y me ofreció hacer público el caso,

como una posibilidad de que gente, aunque sea en forma anónima, llamara a mi casa aportándome algún dato"[10]. Un mes más tarde sonó el teléfono. Era una mujer de Rosario que había leído la historia y visto la foto en el diario. La mujer dijo que la joven era muy parecida a una familia que conocía, más precisamente a un vecino que había desaparecido junto con su esposa embarazada y una chiquita de un año. "Esta mujer nos dio una dirección y dijo que allí nos íbamos a encontrar con la abuela Delfina"[11]. Los padres adoptivos de Carolina fueron a lo de Delfina. La abuela, de 83 años, les contó que su único hijo había desaparecido con su nuera y su nietita de un año, y les mostró una foto de su nuera, que resultó parecida a Carolina. "Dos semanas después Delfina mandó por correo una foto de su nietita Paula Cortassa. Al ver la foto me reconocí, dije 'ésta soy yo'. Era la misma cara con 22 años menos"[12], relata Carolina. A raíz de esta situación se hicieron lo más rápido posible los estudios de ADN. Para eso se localizó también a la abuela materna Alba, de 69 años, que vivía en Victoria, provincia de Entre Ríos.

El primer encuentro de Carolina con las dos abuelas fue en diciembre de 1998. "Fue difícil, no había palabras para ese momento, yo no sabía si preguntar, si esperar a un próximo encuentro –admite la joven– pero a medida que las fui viendo más veces, las fui sintiendo como mis abuelas"[13]. Y durante estos encuentros se enteró de que su madre, Blanca Zapata, salió viva del operativo de secuestro y que a ella la sacaron envuelta en una sábana y muy ensangrentada. Blanca estaba embarazada de nueve meses. Según el testimonio de un vecino, Blanca, ese día o al día siguiente, debería haber tenido su segundo hijo. Por eso la búsqueda de Carolina no va a terminar hasta que encuentre a su hermano o hermana.

"Cuando se encuentra a un nieto es como si recuperásemos el propio. Es la alegría de que ellos hayan recuperado su derecho a la identidad, el derecho de sus padres, aunque no estén, de que sus hijos sepan quiénes y cómo fueron", afirma Alba Lanzillotto. Con esta convicción las Abuelas durante 1999 resolvieron cinco casos. Con la ayuda del EAAF, que iden-

tificó el cuerpo de Susana Elena Pedrini, desaparecida el 27 de julio de 1976, se pudo saber que este embarazo no llegó a término. En los restantes casos, las Abuelas le devolvieron la identidad a cuatro nietas.

La primera de ellas fue **Andrea Viviana Hernández Hobbas**, desaparecida el 5 de julio de 1977 cuando tenía cinco años, mientras se encontraba al cuidado de unos compañeros de militancia de sus padres, quienes para preservarla la dejaron al cuidado de de una persona conocida. Desde el 5 de julio de 1977 a la niña se la consideraba desaparecida. Si bien el hombre que la había criado no le oculto su verdadera identidad, su esposa la había inscripto como hija propia. El 15 de diciembre de 1998, Andrea se comunicó con Abuelas en busca de datos sobre su familia biológica, desconociendo que se la consideraba desaparecida. Luego se presentó en la CONADI y en mayo de 1999 los resultados de los análisis inmunogenéticos realizados en el BNDG confirmaron su identidad. Su padre había fallecido, pero pudo encontrarse con su hermano Esteban.

Otra nieta que pudo reencontrarse con un hermano fue **María de las Victorias Ruiz**, nacida el 25 de marzo de 1978 y desaparecida en mayo de 1980 junto con sus padres. María de las Victorias se volvió a reunir con su hermano Marcelo restituido en 1989, en la casa de las Abuelas. De regreso de Suiza, donde vivió un tiempo, la familia Ruiz fue secuestrada. "Estuvimos un año en la ESMA, donde nació nuestra hermana –explica la joven que aún hoy la busca–. Luego me dejaron en Rosario, donde fui adoptada, y a mi hermano en Córdoba"[14]. María de las Victorias comenzó su búsqueda a los 21 años, sin saber que era hija de desaparecidos y con la certeza de que había sido abandonada. "Pero un día me encontré en un diario con fotos de chicos desaparecidos y me vi muy parecida a una nena que se llamaba María de las Victorias Ruiz, y me acuerdo que a los gritos empecé a decir 'ésta soy yo, ésta soy yo'"[15], recuerda. Como su hermano, no pierde la esperanza de hallar a su hermana: "Le diría que cada día pienso en ella, que me la imagino muy parecida a mí y que me gustaría tener con ella las peleas que tienen todos los hermanos. Si ella no quiere saber nada, me conformo con saber que está bien. Mi único miedo es que ella no haya tenido la misma suerte que tuve yo de criarme con una buena familia"[16].

En junio de 1999 se comprobó la identidad de **Carmen Gallo Sanz**, nacida el 27 de diciembre de 1977 en el CCD Pozo de Banfield durante el cautiverio de su madre. Su caso fue resuelto por la CONADI. Los padres de Carmen, Aída Celia Sanz Fernández y Eduardo Gallo Castro, llegaron a la Argentina en 1974 huyendo de la dictadura uruguaya. Vivían en San Antonio de Padua, provincia de Buenos Aires. En diciembre de 1977, con nueve meses de embarazo, Aída recibió la visita de su madre, Elsa Fernández Sanz, quien había venido desde Montevideo para asistirla en el parto. Ambas fueron secuestradas del domicilio de Aída y trasladadas a un CCD en Martínez junto a un grupo de 21 uruguayos detenidos, de ahí fueron llevadas al CCD Pozo de Quilmes. A causa de las intensas torturas, a Aída le apresuraron el trabajo de parto. Ante la inminencia del alumbramiento, fue llevada a Pozo de Banfield, donde funcionaba una maternidad clandestina.

Aída tuvo una nena a la que llamó Carmen, que de inmediato le fue sustraída de sus brazos. La beba fue conducida a una clínica que tenía el médico policial Jorge Antonio Bergés en Quilmes. A principios del 78 Bergés entregó la beba a un matrimonio, junto con un falso certificado de parto, y así Carmen pasó a ser Mercedes Fernández. En 1988 Abuelas ya había pedido las pruebas filiatorias para Carmen. Se sospechaba que podía pertenecer al grupo familiar Castellini-Petrakos. El examen se hizo por medio de la técnica del HLA –un análisis con menos exactitud que el mitocondrial–, pero dio negativo. Aún así se siguió su caso. En 1998 Clara Petrakos, hija de María Eloísa Castellini y Constantino Petrakos, que busca a su hermana desaparecida, se acercó a la joven y le explicó sobre las nuevas técnicas de identificación, como la del ADN mitocondrial. Mientras que el HLA permite determinar el vínculo biológico entre dos personas con un poder de exclusión que oscila entre el 80 y el 90 por ciento, el ADN mitocondrial posibilita analizar el vínculo entre una abuela y su nieto o nieta, salteando la generación intermedia y con una exactitud aún mayor. Mercedes, finalmente, accedió a hacerse las pericias genéticas y en junio supo que era Carmen y que sus padres no la habían abandonado, como le habían dicho siempre sus apropiadores. Sintió ali-

vio por saber quién era y dolor por la historia y el destino de sus padres. Por este caso, el Tribunal Oral Federal N° 1 platense condenó a Bergés y a Miguel Osvaldo Etchecolatz, ex jefe de la Dirección General de Investigaciones bonaerense, a la pena de siete años de prisión por el delito de sustitución de identidad.

En diciembre se probó la identidad de **Claudia Victoria Poblete Hlaczik**, nacida el 25 de marzo de 1978 y desaparecida el 28 de noviembre de ese año junto con sus padres. Ceferino Landa, su apropiador, había sido integrante de la estructura de inteligencia del Ejército y se retiró con el grado de teniente coronel. Hija de José Liborio Poblete Roa y de Marta Gertrudis Hlaczick, Claudia fue "ofrecida" a Landa, cuya esposa, Mercedes Beatriz Moreira, no podía tener hijos por razones de salud. Landa mismo se encargó de anotarla como si fuera hija propia y hubiera nacido el 13 de junio de 1978 con el nombre de Mercedes Beatriz Landa. La partida de nacimiento fue firmada por el médico militar Julio César Cáceres Monié. Claudia, en realidad, había nacido seis meses antes. "Nunca había hablado con mis apropiadores sobre si era o no adoptada. Yo sabía en algún rincón de mi mente que no podía ser hija biológica de ellos por las edades que tenían. Ellos son más grandes que mis abuelos verdaderos. De todas formas mi primer instinto fue rechazar el análisis, no quería ir al juzgado"[17], confiesa Claudia. Sin embargo, estuvo investigando, buscando información. Entró a la vieja página de Abuelas, con muchos menos datos que la actual, y trató de conocer sobre lo que le estaba pasando. Después de algunas semanas, accedió a hablar con el juez de la causa, Gabriel Cavallo, quien le dijo que había una duda y que debía hacerse el examen porque esa era la única manera de conocer su identidad. Pasaron siete meses hasta que le dieron el resultado. Dio positivo para el grupo familiar Poblete-Hlaczik, y entonces supo que no se llamaba Mercedes sino Claudia Victoria. Le mostraron una foto de su mamá, una de su papá y una suya de bebé. "En la foto de bebé me reconocí, era casi igual a las que yo tenía, porque mis apropiadores me sacaron fotos apenas me tuvieron. Empecé a llorar, no podía hablar, me desarmé. Todo lo que no había querido creer hasta ese momento lo creí de golpe", recuerda. Ese

mismo día Landa y su esposa fueron detenidos, y Claudia se reencontró con su familia en pleno. Conoció a Buscarita Roa, su abuela, y a su tío Fernando Navarro, quien allí mismo le entregó su archivo biográfico, para que pudiera ir recuperando algo de su historia.

Claudia pudo saber que su padre, José Poblete, había llegado a la Argentina en 1972, desde Chile. José, de 16 años, había venido a iniciar un proceso de rehabilitación por un accidente que había sufrido cuando se cayó de un tren en el que viajaba y perdió las dos piernas. El objetivo final era colocarse piernas ortopédicas y volver a caminar. José llegó junto a su madre, Buscarita. Cuando terminó la secundaria organizó el Frente de Lisiados Peronistas, que llegó a juntar más de 200 personas. José alternaba la militancia con su rehabilitación en un instituto en Belgrano. Allí trabajaba como voluntaria la estudiante de psicología Gertrudis Hlaczik, "Trudi". Pepe y Trudi se enamoraron, se casaron y decidieron ser padres. José fue secuestrado el 28 de noviembre de 1978, y a Gertrudis la fueron a buscar la misma noche del 28 a la casa donde vivían con Claudia, de ocho meses, en la localidad bonaerense de Guernica. Los tres fueron llevados al CCD El Olimpo, en el barrio porteño de Floresta. La beba permaneció allí sólo tres días.

Con los meses Claudia fue dejando de ser Mercedes. "Antes pensaba que Abuelas era una gran organización con mucho poder. 'Pensaba que era lo mismo que el Ejército pero del otro lado' –repasa Claudia–. Y me fui dando cuenta que en todo es diferente. Yo vivía en un ambiente donde todo era de una sola manera, tenía mi caminito y lo seguía. Y después de la restitución se me abrió la cabeza, ahora puedo pensar y hacer cosas que antes no podía. Como dedicarme a la docencia, que era lo que realmente me gustaba, o cosas que hasta pueden parecer tontas, como aprender a andar en bicicleta o a manejar, que siempre había intentado y nunca había podido". Claudia cuenta de que en todo este proceso de cambio de identidad le sirvió mucho encontrarse con otros nietos y nietas. "Fue muy bueno estar con personas que pasaron lo mismo. Encontré gente con muchísimo humor. Recuerdo una conversación sobre los signos del zodíaco. Un chico le preguntó a otro de qué signo era, y el otro no le con-

testaba o le decía 'no sé', y una chica desde enfrente le gritó 'no ves que no sabe de qué signo es porque no sabe cuándo nació'". Para Claudia, como para el resto de los nietos, el mundo tiene ahora muchos más colores.

Por su parte, Buscarita, desde la restitución de su nieta asumió un mayor compromiso con la institución, donde sigue sumando responsabilidades y preparando sus ricas tortas para las reuniones de Comisión Directiva. Fue a partir de la causa por la apropiación de Claudia, que el juez Cavallo declaró "la invalidez, la inconstitucionalidad y la nulidad insanable" de las leyes de Obediencia Debida y Punto Final.

Gracias al empuje de las Abuelas y de un sector cada vez más amplio de la sociedad, el lento brazo de la justicia continuó desplegándose en su doble sentido reparador y punitivo. En enero de 1999, el juez federal Adolfo Bagnasco dictó el procesamiento y la prisión preventiva a los represores Emilio Massera, Reynaldo Bignone, Cristino Nicolaides, Rubén Franco, Jorge Acosta, Antonio Vañek y Héctor Febres, por los delitos de sustracción, retención y ocultamiento de menores y sustitución de identidad. Bagnasco y el fiscal de la causa, Eduardo Freiler, recibieron el testimonio de decenas de ex detenidos-desaparecidos, así como de personal que actuó en los centros clandestinos, quienes confirmaron, entre otras atrocidades, que en la ESMA hubo mujeres embarazadas, que fueron asesinadas a poco de dar a luz y que sus hijos están desaparecidos. Estos testimonios representaron un sólido respaldo al argumento que sostiene que existió un plan sistemático de apropiación de hijos de desaparecidos.

El 8 de septiembre de ese mismo año la Cámara Federal de Capital rechazó los recursos presentados por Videla y Massera. Los camaristas afirmaron que el delito de apropiación de menores no prescribe y que esta causa no había formado parte del juicio a que fueron sometidos en 1985. Un mes después comenzó en Italia el proceso contra militares argentinos acusados del asesinato de siete descendientes de italianos y la desaparición de un bebé durante la dictadura. El 3 de diciembre el juez Bagnasco procesó al represor Carlos Suárez Mason en la causa por sustracción de menores.

Sin embargo, en la búsqueda de justicia también hubo contramar-

chas. El gobierno de Fernando De la Rúa rechazó sistemáticamente todas las extradiciones de represores, incluido el pedido de captura de 48 militares argentinos girado a Interpol por el juez español Baltasar Garzón, entre los que se encontraban Videla, Massera, Astiz y Bussi. El afianzamiento de la impunidad, promovido por el gobierno de la Alianza, fue sólo el complemento de una política de neto corte antipopular, que se evidenció, por ejemplo, en la reforma tributaria conocida como "impuestazo" y en la feroz represión a piqueteros en Tartagal, Salta, durante la gestión de Federico Storani como ministro del Interior.

En la provincia de Buenos Aires el panorama tampoco era alentador. El gobernador Carlos Ruckauf nombró a Aldo Rico como ministro de Seguridad, cumpliendo con su promesa electoral de "meter bala" a los delincuentes.

En este marco, donde los organismos de derechos humanos eran desoídos, las Abuelas intensificaron la articulación con otros actores sociales. En este sentido cabe mencionar la jornada de presentación del proyecto de la cátedra de Derecho a la Identidad, organizada por la Facultad de Psicología de la UBA y Abuelas, y meses más tarde la inclusión del Archivo biográfico familiar a la programación de la Secretaría de Ciencia y Técnica de la UBA (UBACyT). En ese momento se nombraron a los profesores Enrique Oteiza y Mónica Muñoz, como directores del proyecto, y de la "unidad de coordinación" quedaron a cargo las nietas Mariana Pérez y Juliana García, –que también buscaba a su hermano– entre otros.

Con la ayuda de algunos nietos que se fueron incorporando al trabajo diario de la asociación, las Abuelas multiplicaron las estrategias de difusión. Así surgió la idea de hacer un tabloide institucional, en blanco y negro, para pegar en las facultades. Una vez en marcha el tabloide, no sin cierta sorpresa, descubrieron que todos lo leían y que muchos inclusive se lo llevaban. "¿Por qué no lo dividimos al medio y lo hacemos de cuatro páginas?", se preguntaron las Abuelas. Abel Madariaga le pidió a Marcelo Castillo que armara un boceto, mientras que él, Cecilia Stephenson –su esposa– y César Núñez se abocaron a la tarea de redacción. De un día para otro Castillo debió dejar el proyecto y, entonces, con el boceto bajo

el brazo, Abel lo fue a ver a Raúl Belluccia. Abel ignoraba que Belluccia, en otro momento de su vida, había trabajado de diagramador. Belluccia miró el borrador y fue tajante: "Esto es una porquería". Luego de este encuentro se hizo cargo del diseño del mensuario, que pasaría a tener dos colores, ocho páginas e ilustraciones.

Como en los dos años anteriores, las cátedras de Belluccia y Ricardo Méndez siguieron impulsando, a través de la comunicación visual, la búsqueda de la identidad de los jóvenes apropiados. El libro *Identidad. 23 años de lucha. Abuelas de Plaza de Mayo* fue el resultado de esta nueva convocatoria. A este libro y al mensuario se sumaron otras publicaciones no menos importantes. El dibujante Rep ilustró un folleto de difusión de los artículos 7, 8 y 11 de la Convención Internacional de los Derechos del Niño titulado Derecho a la Identidad, que se distribuyó por todo el país. Diez años antes, en *Página/12*, Rep había creado un personaje llamado El Perro. "Se trataba de un niño que no recordaba nada ni sabía quién era –dice Rep–, y era un nieto desaparecido"[18].

Cuando el mensuario se convirtió en periódico, Rep empezó a hacer las tiras de contratapa y desde entonces colabora con las Abuelas. En 1999 también se editó el libro *Niños desaparecidos, jóvenes localizados en la Argentina desde 1976 a 1999* que recogía las denuncias de todos los casos de Abuelas hasta el momento. El equipo de investigación que creó este material fue coordinado por Marcelo Castillo –quien considera a este libro como "el más importante de Abuelas"– y estuvo integrado por la Abuela Raquel, Alba Lanzillotto, Abel Madariaga, Remo Carlotto, Damián Neustadt, y las nietas Tatiana, María, María José y Mariana. Y como si todo esto fuera poco, quedó tiempo para hacer una versión en inglés de la *Memoria Gráfica*.

Los músicos acompañaron nuevamente a las Abuelas. Los Pericos, Gustavo Cerati, Ciro Pertusi, Pedro Aznar y Gustavo Cordera se dieron cita el 20 de abril de 1999 en el Teatro de la Ribera de la Ciudad de Buenos Aires, en un concierto que fue filmado para la película *Botín de guerra*. Todos ellos interpretaron el tema central del documental, "Sin cadenas", de Los Pericos. *Botín de guerra*, que precisamente se terminó de rodar ese año, tuvo una gran acogida de la crítica en el exterior. En octubre de 1999

esta película, una de los primeras sobre las Abuelas, recibió el primer premio en la categoría "Tiempo de Historia" en la Semana Internacional de Cine de Valladolid y luego fue invitada al Festival de Berlín, a la sección "Panorama", donde ganó el Gran Premio Ecuménico. "La práctica política de las Abuelas ha sido una de las experiencias de la sociedad civil más trascendentes que tuvo el país –opina David "Coco" Blaustein, director de *Botín de guerra*–, y yo envidio la sabiduría que ellas tienen para saber dónde está el enemigo central en cada etapa. Mao Tse Tung decía justamente que la conciencia política es la que le permite al revolucionario diferenciar enemigo principal y secundario en cada fase. Las Abuelas siempre supieron a quién tenían que exigir, a quién pedir, a quién decir 'por favor'. Y saben que ahora los jóvenes son los que se tienen que preocupar y acercarse a ellas"[19]. La película *Botín de guerra* se estrenó en el país en abril de 2000 con gran recibimiento del público y abrió las puertas a otras producciones sobre la dictadura, género hasta entonces en ciernes.

Precisamente uno de los nietos que protagonizó la película *Botín de guerra* fue **Andrés La Blunda**, de quien se acreditó su filiación en el año 2000. Andrés había sido localizado en 1984, pero su caso no fue atendido pese al reclamo de Abuelas y familiares. Los padres de Andrés, Pedro La Blunda y Mabel Lucía Fontana, se habían conocido durante la militancia. Ambos pertenecían a la organización Montoneros. Él era abogado, ella licenciada en Ciencias de la Educación. El 25 de enero de 1977 había nacido Andrés y tres meses después, el 20 de abril, los jóvenes habían sido secuestrados por fuerzas de seguridad en su domicilio de San Fernando. "A mí me dejaron en el departamento de enfrente, con una pareja de vecinos que me recibió sin saber nada de mí. Mis padres, por estar en la clandestinidad, no tenían contacto con nadie. Pero estos vecinos sí sabían mi fecha de nacimiento, porque habían tenido una hija hacía poco y esa semana se habían cruzado un par de veces con mi mamá"[20], cuenta Andrés. La pareja se presentó ante el juzgado de menores de San Isidro y denunció que a los padres de Andrés se los habían llevado los mili-

tares. El juzgado no trató de contactar a ningún familiar, se hizo cargo del bebé y en pocos días lo dio en adopción.

Mientras tanto, los abuelos paternos de Andrés empezaron su propia búsqueda, con la certeza de que el niño estaba vivo, según testimonio del portero del edificio. "Los La Blunda –explica Andrés– buscaban por todas partes, pero no me encontraban. Finalmente localizaron la zona donde había ocurrido todo y se dirigieron al juzgado de menores de San Isidro, pero no les dieron ninguna información. Entonces acudieron a las Abuelas. Junto con ellas volvieron al juzgado y ahí sí les dieron todos los datos sobre mi paradero en aquel momento"[21]. En 1984, las Abuelas junto con la familia La Blunda localizaron a Andrés en Mar del Plata, donde vivía con sus padres adoptivos, quienes lo habían bautizado con el nombre de Mauro. "Yo tenía ocho años y me presentaron a mi familia biológica como 'tíos lejanos'. Las dos familias, de común acuerdo, decidieron esto en función de salvaguardarme y protegerme –recuerda Andrés–. En ningún momento me dijeron quiénes eran realmente los La Blunda. Me decían que eran amigos de mis tíos y, como yo era chico, me lo creí. Ni me lo cuestioné. Es más, cuando mi tío biológico venía de España, yo le decía tío sin saber que era mi verdadero tío"[22].

Cuando Andrés cumplió 20, su prima Carolina lo fue a visitar a Mar del Plata. Junto con su hermano y otra prima de España salieron a bailar. "En el boliche, hablando de una cosa y de otra, le pregunté a Carolina qué clase de parentesco nos unía, porque para mí era simplemente una prima lejana. Ella se puso seria, como que quería decirme algo pero no se animaba. Entonces le pregunté qué le pasaba y ella se largó a llorar"[23].

–¡Hablá, hablá! –insistió Andrés.

–No me banco más la mentira –le respondió Carolina.

–¡Hablá, contame todo!

–Sos hijo de desaparecidos.

Andrés se quedó helado. Nunca había tenido dudas. Ni siquiera sabía que era adoptado. Le pidió a su prima que no dijera nada, que vería la mejor manera de decírselo a sus padres adoptivos. "En ese momento cambió mi vida, volví a nacer. Por un año no hice nada, pero luego empe-

cé la reconstrucción de mi historia. Visité a mi familia biológica, ya no como 'tíos lejanos' sino como tíos, y empecé a ver fotos de mi mamá, de mi papá, a saber qué hacían, qué pensaban, fue un encuentro maravilloso"[24], resume Andrés y agrega: "No tengo rencor con mi familia adoptiva, porque sé que actuaron de buena fe, pero el niño, el joven, el adulto, tienen derecho de saber quiénes son. Y a todos los jóvenes que tienen dudas les diría que busquen, que averigüen, que no tengan miedo, que hay mucho por descubrir y crecer después de esto"[25].

En agosto se comprobó la identidad de otra nieta, **Hilda Victoria Montenegro**, nacida el 31 de enero de 1976 y desaparecida en febrero de ese año junto con sus padres, Hilda Ramona Argentina Torres y Roque Orlando "Toti" Montenegro, quienes militaban en el PRT-ERP. Hilda y Toti se habían conocido y enamorado en Metán, provincia de Salta, de donde eran oriundos. Fueron compañeros de colegio y de militancia. A fines de 1973 se fueron juntos a Tucumán, donde fueron detenidos y dejados en libertad al poco tiempo. En 1974 se instalaron en Capital Federal, en Villa Devoto, y un año más tarde se mudaron a la localidad bonaerense de William Morris. Según se pudo saber más tarde, Hilda, Toti y su beba Hilda fueron secuestrados por fuerzas de seguridad después del 13 de febrero de 1976 en Lanús, sur del Gran Buenos Aires. Para la familia de Hilda, los Torres, la tragedia fue aún mayor: sus hermanos Juana Francisca y Eduardo Pedro también fueron secuestrados y desaparecidos. En el 84 comenzaron a llegar a Abuelas informaciones sobre un represor, apodado "el gordo José", que tenía en su poder a una hija de desaparecidos. Se trataba del coronel del Ejército Hernán Antonio Tetzlaff, jefe del grupo de tareas del centro clandestino El Vesubio que además actuó en el Batallón de Artillería Logística 10 de Villa Martelli. Datos y circunstancias fueron ajustándose con los años a raíz de nuevas denuncias, hasta llegar a una presentación judicial ante el Juzgado en lo Criminal y Correccional N° 1 de San Isidro. Tetzlaff y su esposa María del Carmen Eduartes habían inscripto a la niña como hija propia, nacida el 28 de mayo de 1976, gracias a un certificado falso expedido por el médico Juan Carlos Zucca. Hilda Victoria se encontró con su familia biológica en

junio de 2001. Actualmente está casada y es mamá de tres niños. Tiene una excelente relación con su familia y ya ha visitado el pueblo de sus padres, Metán.

En junio se restituyó la identidad de **María Macarena Gelman García Iruretagoyena**, nacida entre el 1° y el 6 de noviembre de 1976 en el Hospital Militar de Montevideo durante el cautiverio de su madre. María Claudia y Marcelo Ariel, los padres de María Macarena, fueron secuestrados el 24 de agosto de 1976 y, según testigos, fueron vistos en el CCD Automotores Orletti, centro de operaciones argentino-uruguayo del Plan Cóndor. La segunda semana de octubre de ese año Claudia fue trasladada a Uruguay. "Cuando se los llevaron, Claudia estaba embarazada de siete meses y medio y yo me quedé con toda la ropita que ella tenía para el bebé, me la llevé a mi casa, la lavé, la planché, la tenía en una caja toda perfumada, esperando que me lo traigan"[26], recuerda Berta Shubaroff, madre de Marcelo. Claudia dio a luz en la primera semana de noviembre en el Hospital Militar de Montevideo. La niña recién nacida fue dada en adopción a un comisario y a su esposa, quienes la anotaron como hija propia con el nombre de María Macarena. María Claudia y Marcelo, sus padres, habían pensado ponerle Ernesto o Ana. Desde entonces sus abuelas la buscaron incansablemente, María Eugenia Cassinelli de García Iruretagoyena (fundadora de Abuelas) desde Buenos Aires; Berta, al principio desde su exilio en España y luego en el país.

En 1989 los restos óseos de Marcelo fueron exhumados por el Equipo Argentino de Antropología Forense: su cuerpo había sido encontrado dentro de un tanque de 200 litros en el canal de San Fernando, en la provincia de Buenos Aires. A pesar de la intensa búsqueda que la abuela paterna realizó a través de Abuelas de Plaza de Mayo, recién a partir de gestiones personales del abuelo paterno, el poeta Juan Gelman, ante el gobierno uruguayo se pudo localizar a María Macarena. La joven accedió a hacerse los análisis inmunogenéticos en el Hospital Durand y así se confirmó su filiación. Entonces se reencontró con su abuela y el resto de su familia, y pudo conocer la historia de vida de sus padres. Su mamá María Claudia continúa desaparecida.

En el transcurso de 2000 también recuperó su identidad **Rodolfo Fernando Pérez Roisinblit**, nacido el 15 de noviembre de 1978 en la ESMA. Su padre, José Manuel Pérez Rojo, de 25 años, había sido detenido el 6 de octubre de 1978 a las 17 en la localidad de Martínez por personas fuertemente armadas que se identificaron como de "defraudación y estafa" (en realidad pertenecían a la Fuerza Aérea). El comercio donde lo detuvieron estaba en una galería con locales separados únicamente por vidrios, por lo que la detención fue hecha a la vista de todos. De allí fueron a la casa de José, donde estaban su esposa Patricia Julia Roisinblit y la hijita de ambos, Mariana, de 15 meses. Ambas fueron sacadas de la casa y horas más tarde Mariana fue entregada a familiares paternos por personas que viajaban en un patrullero. En el momento de su detención, Patricia estaba en el octavo mes de embarazo y próxima a graduarse como médica en la Facultad de Medicina de la UBA.

En noviembre del 78 Patricia fue trasladada a la ESMA. Intervino en el traslado Carlos Orlando Generoso, alias "Fragote", del Servicio Penitenciario, miembro de los grupos de tareas de la ESMA y del Vesubio. En la madrugada del 15 de noviembre Patricia comenzó con las contracciones. El parto se produjo en forma natural alrededor del mediodía, asistido por Jorge Luis Magnacco, ginecólogo del Hospital Naval, y auxiliado por las detenidas Sara Osatinsky y Amalia Larralde. Nació un varón al que Patricia llamó Rodolfo Fernando. Durante su cautiverio en la ESMA, Patricia relató a sus compañeras que ella y José habían sido secuestrados por la Fuerza Aérea, que se encontraban detenidos en una casa situada en la zona oeste del Gran Buenos Aires donde no habían visto ni escuchado a otros detenidos. Patricia se refería a ese lugar como "el pozo", denominación común de las casas operativas de la Fuerza Aérea.

En abril de 2000, en Abuelas, se recibieron denuncias que informaban que Francisco Gómez, personal civil de Fuerza Aérea, y su esposa, Teodora Jofré, se habían apropiado de un niño nacido en cautiverio en noviembre de 1978, hijo de una estudiante de medicina de entre 25 y 27 años de edad, detenida en dependencias de esa fuerza en Morón. Allí Gómez se desempeñaba como integrante del grupo de tareas, portaba

armas, manejaba documentación falsa y participaba de los "vuelos de la muerte". Había visto a la detenida y contó a una denunciante que luego del parto la habían matado. Un médico de Aeronáutica confeccionó el falso certificado de nacimiento y el niño fue inscripto como hijo de Gómez y Jofré, nacido en domicilio. Estos datos hacían presumir que podía tratarse del hijo de Patricia y José. Mariana Pérez, la hija de Patricia y José, que trabajaba en Abuelas en el área de Investigación, recibió una de estas denuncias, que precisaba el lugar donde trabajaba el joven. De acuerdo a estas informaciones, el joven tenía dudas sobre su identidad. Corroborados los datos y situación por Abuelas, Mariana decidió acercarse al trabajo del joven para verlo. Una vez allí pudo conversar bastante con él, le contó su historia, le explicó el motivo de su visita y lo invitó a concurrir a la casa de las Abuelas para despejar las dudas. Esa misma tarde el joven se presentó en Abuelas y decidió sacarse sangre para realizar un estudio genético en el banco que la asociación posee en Seattle, Estados Unidos.

El 2 de junio de 2000 la genetista Mary Claire King, directora de ese banco, informó los resultados del análisis de ADN mitocondrial, que indicaban que el joven efectivamente era hijo de Patricia y José. King llamó por teléfono a Rosa, la abuela materna de Rodolfo, que en ese momento también se encontraba en los Estados Unidos, pero en la ciudad de Boston, en viaje institucional. Ese día Estela Carlotto y Rosa, en nombre de las Abuelas, habían recibido el Doctorado Honoris Causa de la Universidad de Massachussets. "De todos los países a donde iba –recuerda Rosa–, le llevaba a Mariana, mi otra nieta, unas muñequitas típicas de cada lugar. Ya cuando se hizo más grande le traía ropa. Entonces ese día me dije: 'Ahora tengo dos nietos y tengo que llevar dos regalos'. Salí a la calle y le compré un buzo blanco que tenía pintado un escorpión colorado"[27].

Antes de conocerse el resultado de los análisis, Argentina Rojo, la abuela paterna, estaba convencida de que el joven era su nieto. La tarde que se presentó en Abuelas, ella misma le abrió la puerta. "Lo vi y supe sin duda que era mi nieto. Es idéntico a mi hijo. Yo no necesitaba ningún análisis", contó alguna vez. Mientras tanto, de vuelta en el país, Rosa también pudo conocerlo. "No sabía cómo iba a reaccionar, entonces por las dudas le llevé

el regalo". El primer encuentro fue en un estudio jurídico.

–Yo soy tu otra abuela –le dijo Rosa al verlo.

–Ya lo sé, *baba* –respondió Rodolfo, que ya sabía que Mariana, su hermana, la llamaba así.

"Luego se acercó, me abrazó y me besó", completa Rosa. La noche terminó con una cena en casa de Mariana, donde Rosa le entregó el regalo que le había comprado en Estados Unidos. A Rodolfo le encantó. Llevaba puesto un pulóver, se lo quitó, y se puso enseguida el buzo blanco con el escorpión colorado. Le gustaron sobre todo los colores, por ser hincha de River. Abuelas continuó con la investigación del caso de Rodolfo, y así se pudo saber que Gómez, su apropiador, se había desempeñado en una base de inteligencia de la Fuerza Aérea, ubicada en la calle San Martín al 500 de Morón. La descripción del lugar era coincidente con la que había dado Patricia en la ESMA sobre el lugar en que ella y su compañero habían estado detenidos. Esta fue la primera vez que las Abuelas encontraron un nieto en manos de personal de Aeronáutica. Los apropiadores, al igual que el médico Jorge Luis Magnacco, fueron detenidos.

La nueva estrategia de las Abuelas, la de difundir su búsqueda para que los propios jóvenes con dudas se acercaran a ellas, siguió dando frutos. En octubre de 2000 fue restituido **Gabriel Matías Cevasco**, nacido el 14 de octubre de 1976 y desaparecido el 11 de enero de 1977 junto con su madre. Gabriel se había presentado espontáneamente en la CONADI y así pudo conocer su verdadera identidad y reencontrarse con su papá Enrique y con su familia materna. "Actualmente mi papá vive en Brasil –refiere Gabriel–, pero a través del e-mail nos comunicamos. Con mi familia que vive en Buenos Aires, con mis tíos maternos de Córdoba, con mis abuelos paternos, estamos en contacto. Lamentablemente no pude conocer a mis abuelos maternos, que fueron los que más me buscaron, en el sentido de que ellos participaban activamente en Abuelas, pero gracias a Dios pude encontrar la verdad"[28]. Gabriel, que hoy es pastor de la Iglesia Adventista, cada día se pregunta: "¿Cómo puede ser que algunas madres estuvieran teniendo sus partos arriba de una mesa común, y después que terminaba el parto no vieran más a sus hijos, y

que además les hicieran limpiar el lugar después del parto?"[29].

Gabriel pudo conocer su historia y la de su madre, María Delia Leiva, psicóloga de profesión y empleada de Establecimientos Textiles San Andrés, en el partido bonaerense de San Martín. Gabriel había sido secuestrado junto a su madre mientras ella esperaba el colectivo a la salida de la fábrica, por personal civil que manifestó ser de "la policía". Gabriel fue llevado a la ciudad de Pergamino por la Policía de la Provincia de Buenos Aires y entregado a un matrimonio que lo inscribió como propio. A los siete años, el niño les preguntó si era adoptado y ellos le contestaron que era "hijo del corazón". El chico no quiso volver a hablar del tema. A los 17 años se enteró que sus padres habían aceptado el ofrecimiento de una mujer policía de la Brigada Femenina de San Martín, quien les dijo que los padres de Gabriel habían muerto en un enfrentamiento y él había quedado huérfano. Gabriel confía en la difusión de la búsqueda. "Tal vez los adultos puedan tener distintas opiniones sobre el tema 'dictadura'. Sin embargo, el tema nuestro, el de los nietos apropiados, no resiste ningún análisis. Los jóvenes y los chicos comprenden esto, por eso nos ven cercanos y se pueden identificar un poco con nuestra experiencia, y por eso entienden también que es algo por lo que seguir luchando"[30]. La madre de Gabriel, María Delia, continúa desaparecida.

En 2000 también se probó la identidad de **Martín Tomás Castro Rocchi**, nacido el 13 de febrero de 1975 y desaparecido el 20 de mayo de 1977. El caso de Martín se resolvió a través de la CONADI. Fueron más de 20 años de búsqueda. Gracias a la solidaridad de mucha gente Martín se pudo reencontrar con la identidad de sus padres y sus familiares en España y Argentina. Los propios padres adoptivos de Martín, Hebe De Pascuale y Marcos Mayta, lo ayudaron a dar con sus orígenes. De hecho fueron ellos quienes hicieron la denuncia por la desaparición de los padres de Martín, que aún no había sido hecha. La búsqueda tuvo éxito cuando se cruzó con la que realizaban desde Galicia el dirigente de la Confederación Intersindical Gallega, Luis Pérez Leira, y su mujer, Graciela Alba. Pérez Leira además presidía la Fundación contra la Impunidad y participaba activamente en la defensa de los derechos humanos. Consultado

por un diario argentino, Pérez Leira explicó que a mediados de 1999 hicieron unas jornadas en la ciudad de Lugo denunciando las desapariciones en la Argentina y que un afiliado a la Confederación, Fermín Castro, le contó que su hermano Rubén había desaparecido junto a su esposa Isolina Rocchi –ambos militantes de izquierda– y a su hijo Martín. Fermín creía que los tres estaban muertos.

Pérez Leira le explicó que los represores consideraban a los chicos como "botín de guerra", que no los asesinaban, y le preguntó si quería que buscaran a su sobrino. Fermín se emocionó mucho porque además de su mujer e hijos no le quedaba ningún pariente. Días después les llevó unas fotos de su sobrino, muy pequeño, y de su hermano. Con esos pocos datos Pérez Leira y Graciela Alba iniciaron la búsqueda. En una base de datos encontraron pistas sobre la desaparición de los padres. Luego enviaron los datos disponibles y las fotos a las Abuelas de Plaza de Mayo. En Abuelas ya había información sobre Martín Mayta, pero no había denuncias que coincidieran con su situación, ya que, por miedo y desconocimiento, la desaparición de Rubén, Isolina y Martín nunca había sido denunciada. Estela Carlotto, la presidenta de Abuelas, fue fundamental en el éxito de la historia, lo mismo que su hija, Claudia Carlotto, coordinadora de la CONADI. Ambas sabían que a la madre de Martín la apodaban "La Gorda" y al padre "Bigotes" y que eran de apellido Castro.

A partir de ahí se fue reconstruyendo la historia de Martín. Se pudo saber que el 20 de mayo del 77 sus padres lo habían llevado a la casa de unos compañeros de militancia para festejar un cumpleaños infantil. Llovía a cántaros y dejaron al chico dormido, pensando en ir a buscarlo a la mañana siguiente. Esa misma noche Rubén e Isolina, de 33 y 32 años respectivamente, fueron secuestrados por las fuerzas de seguridad. Una compañera, a quien llamaban "la Pocha", fue a buscar a Martín y, junto con su esposo, lo llevó primero a Rosario y luego a Córdoba, a lo de Marcos Mayta y Hebe de Pascuale, también militantes. Martín, que no había sido anotado por sus padres por razones de seguridad, fue entregado a este matrimonio con muy pocos datos. Se habían citado en el Parque Sarmiento de la capital mediterránea. Pocha les dijo que se llamaba Martín,

de apellido Castro y que tenía parientes en España. Fue un día de agosto de 1977, cuando la represión de la dictadura estaba en su apogeo. Hacía mucho frío y Martín tenía puesto un saquito de tela de avión, con capucha de piel. Los Mayta subieron a Martín al auto y se fueron a casa. A Pocha y su pareja los desaparecerían pocos días después.

Martín se crió con el matrimonio Mayta y sus tres hijos, y siempre conoció la verdad. La búsqueda se prolongó durante años y se extendió a España, desde donde llegó la consulta de Pérez Leira derivada de su encuentro con Fermín Castro, que resultó ser la pista decisiva. Faltaba la prueba final, el ADN. Gracias a un trabajo conjunto entre Abuelas y la CONADI se pudo localizar al resto de la familia –la rama materna– para poder realizar los análisis inmunogenéticos. Después de confirmar los estudios, las Abuelas llamaron a los Mayta: Martín Mayta era Martín Castro Rocchi. Ya con la verdad, el joven viajó a España y conoció a su tío Fermín. "Fue *shockeante*. Me encontré con alguien que era tan parecido. Pero a la vez éramos completamente extraños. Ese era el dilema, ¿cómo podía ser tan extraño alguien tan parecido? Después fuimos escuchándonos"[31], relató Martín en una entrevista, y añadió: "Me sentí completo cuando lo encontré. Y fue muy fuerte cuando vi en Galicia la manera en que él había hablado de mí sin conocerme. Me presentaba: 'Acá está, este es mi sobrino, el hijo de Rubén'"[32]. Martín también conoció al resto de su familia paterna y se reencontró con su abuela materna, su tío y su prima.

Las presentaciones de chicos que se acercaban espontáneamente manifestando dudas sobre su identidad aumentaron. Mucho contribuyó la difusión lograda a través del ciclo *Teatro por la Identidad* (TxI), cuya primera obra fue *A propósito de la duda*, escrita por Patricia Zangaro y dirigida por Daniel Fanego. Se trataba de una manera más de tender un puente entre las Abuelas y sus nietos apropiados. Según Eugenia Levin, cofundadora del ciclo, parecía una experiencia que iba a comenzar y terminar rápidamente como todas las obras. Pero cuando asistió como espectadora a aquella primera puesta de *A propósito de la duda* –pieza hecha a partir de testimonios de chicos recuperados–, apenas terminó de presenciar la función, le pasó algo, sintió algo en el estómago. "Y fue enton-

ces, porque cuando las mujeres sentimos algo en el estómago sabemos que no es broma, que supe que se trataba de un tema importante"[33], recuerda Levin. Esperó a Fanego, le dijo que en la escena ocurría algo que tenía que ver con ella, y que si tenía que ver con ella, como teatrista, tenía que ver con muchos colegas que hasta ese momento no encontraban de qué hablar arriba del escenario. "De este modo, a partir de cuatro o cinco personas y cien llamados telefónicos, citamos a la primera reunión, que también fue la primera sorpresa. La sala que teníamos, que era para 300 personas, no alcanzó: vinieron 700 teatristas. Nos dimos cuenta de que estábamos ante una necesidad que tenía que ver con cada uno de nosotros. Después de esto sacamos la primera conclusión, la que nos mantiene vivos hasta hoy: que mientras haya un solo chico con la identidad cambiada, nos va a faltar un pedazo. Y ese pedazo es el que tratamos de encontrar en cada puesta, en cada escenario"[34], sostiene Levin.

El primer año TxI contó con 14 salas, 40 espectáculos y 30.000 espectadores. La gran sorpresa fue cómo los lunes, que no era un día teatral, se llenaba de jóvenes, que tampoco eran los tradicionales espectadores teatrales. "Fue una gran explosión de gente joven que, sin ningún tipo de difusión, se acercaba al teatro"[35], dice la actriz Cristina Fridman Y este *boom* fue confirmando aún más la necesidad de hablar del tema: del público se acercaban muchos docentes que pedían llevar las obras a las aulas. La autora de *A propósito de la duda*, Patricia Zangaro, señala que, al igual que Teatro Abierto en tiempos de la dictadura, TxI logró llenar las salas con un público que trascendía al típico espectador de teatro y volver a instalar sobre el escenario cuestiones que hacen a la historia de la comunidad[36]. Según Daniel Fanego, director de aquella pieza, su profesión se resignificó a partir de TxI. "Nos transformó la vida"[37], agrega. Levin recuerda que en aquel momento se dijeron a sí mismos que si un solo chico recuperaba su identidad gracias a alguna de las obras, se daban por hechos. "Y en este sentido –prosigue– recuerdo una anécdota que sucedió el primer año y resume el por qué de *Teatro por la Identidad*. Cierta noche llegó a una de nuestras salas una muchacha. Había llegado con una amiga que vivía con ella. Cuando terminó la obra esta muchacha

permaneció sentada, llorando, con la cabeza gacha. De inmediato nos acercamos y nos contó que, a partir de lo que había pasado en la escena, había asociado distintas partes de su propia historia, había corroborado algunas dudas. Y fue entonces cuando la orientamos para que vaya a Abuelas. El primer año tuvimos muchas experiencias de este tipo”[38]. Por su parte, Leonor Manso, que durante el primer año del ciclo fue convocada para dirigir una obra de Marta Betoldi, *Contracciones*, remarca que ni siquiera los griegos, que contemplaron todas las tragedias, fueron capaces de imaginar la tragedia de los chicos desaparecidos. “Esta no existió para ellos, fue un invento nuestro”[39], dice irónicamente.

Simultáneamente, para reforzar todavía más la búsqueda, las Abuelas lanzaron campañas en los medios. En agosto de 2000 comenzó a difundirse por radio y televisión el *spot Del otro lado del espejo*, obra del grupo Cinético, integrado por Daniel Cabezas, Amanda Calvo –directora del *spot*–, Guadalupe Álvarez y Ana Alazzessi, y con producción de Awards Cine. En diciembre las Abuelas lanzaron en Canal 7 *No te quedes con la duda*, una serie de ocho spots grabados por artistas reconocidos, y además se produjeron tres videos sobre la identidad, con la participación de los músicos Palo Pandolfo, Gustavo Cordera y Pedro Aznar, que fueron emitidos por Canal 7 y otras estaciones de televisión. El 23 de diciembre las Abuelas reeditaron el *Festival por la Identidad*, en Plaza de Mayo, esta vez al ritmo de 20 murgas que se solidarizaron con la búsqueda. En el año 2000 también se llevaron a cabo las III Jornadas de Derechos Humanos de la Facultad de Psicología de la UBA, organizadas por el Centro de Estudiantes de esa casa de estudios. La labor de difusión se consolidó en octubre cuando comenzó a salir el renovado mensuario de las Abuelas.

Cuando piensa en las Abuelas, a Raúl Belluccia le viene la imagen de una ola. “Una ola de mar, una fuerza de la naturaleza a la que nada se le puede oponer –ilustra–. Tienen un objetivo y lo van a cumplir, y si no llegan a hacerlo lo intentarán hasta que se les acaben las energías. Y además no hay diferencia entre lo que dicen, lo que hacen y lo que son, y esto las

convierte en una organización profundamente ética"[40]. Con esta fuerza las Abuelas continuaron su labor de difusión para encontrar a sus nietos. Luego del lanzamiento de TxI en el Teatro Liceo de la Ciudad de Buenos Aires, el ciclo se trasladó a Córdoba, donde se desarrollaron varias funciones con fuerte acompañamiento del público. Meses después la iniciativa de los teatristas tomó forma de libro, con la publicación de *Teatro por la Identidad. Obras de teatro del Ciclo 2001*, editado por EUDEBA y presentado en el Centro Cultural Recoleta el 28 de septiembre en el marco del Festival Internacional de Teatro de Buenos Aires. El diario *Página/12*, en su edición del 27 de noviembre, dedicó un suplemento especial a TxI. Allí, en su artículo "Teatro Militante", Roberto Cossa escribia: "La capacidad del teatro de Buenos Aires para meterse con la realidad es formidable"[41].

También en el Centro Cultural Recoleta se repuso la muestra *Identidad* junto con la *Memoria Gráfica de Abuelas*, y a unas cuadras de allí, en el Centro Cultural San Martín, se realizó el acto por el 24 aniversario de la asociación. Cuatro días más tarde, en ese mismo lugar, se lanzó el ciclo *Música por la Identidad*, que se desarrolló desde el 26 de octubre hasta el 7 de diciembre de 2001. Además, todo el trabajo hecho hasta entonces por las Abuelas se vio reflejado en dos nuevos videos institucionales: *Abuelas de Plaza de Mayo*, otra realización del grupo Cinético, y *Comisión Nacional por el Derecho a la Identidad*.

El impulso editorial de las Abuelas no se detuvo allí. En marzo se publicó el libro *Pasos de la memoria*, de Adolfo Nigro y otros artistas plásticos; más tarde, el informe *Los niños desaparecidos y la Justicia*. Luego, se reeditó *Identidad, despojo y restitución*, de Matilde Herrera y Ernesto Tenembaum, y en diciembre se presentó el CD interactivo *Niños desaparecidos, jóvenes localizados en la Argentina desde 1976 a 1999*, con información sobre la lucha y los logros de Abuelas de Plaza de Mayo.

Las Abuelas además siguieron con las actividades de formación. Profesionales de la asociación dictaron un curso de capacitación para docentes, *El derecho a la Identidad y las Abuelas de Plaza de Mayo*, en el marco de la Escuela de Capacitación del Centro de Pedagogías de Anticipación (CePA), dependiente de la Secretaría de Educación del Gobierno de la

Ciudad de Buenos Aires. En agosto se hizo público el proyecto del Centro de Salud Mental para el Derecho a la Identidad, cuyos primeros esbozos pudieron verse el 24 de noviembre en la Facultad de Psicología de la UBA, en una jornada titulada, precisamente, *Programa Centro de Salud Mental para el Derecho a la Identidad*.

En julio de 2001 las Abuelas tuvieron la alegría más grande del año cuando recuperó su identidad **María Eugenia Sampallo Barragán**, quien se había acercado espontáneamente ante la CONADI y Abuelas. La joven había sido anotada como nacida el 7 de mayo de 1978. Luego de los análisis genéticos, se confirmó que era hija de Leonardo Rubén Sampallo y Mirta Mabel Barragán, y que había nacido el 8 de febrero de 1978 durante el cautiverio de su madre. María Eugenia pudo conocer su historia y se reencontró con su abuela, sus tías y su hermano Gustavo. Aunque supo desde siempre que era "adoptada", sus apropiadores, Osvaldo Rivas y Cristina Gómez Pinto, le daban versiones contradictorias sobre su origen (abandonada, hija de una mucama, de una azafata). Desde chica la relación con ellos fue difícil. Cuando tenía nueve años las Abuelas la contactaron y lograron hacerle una prueba de sangre pero el análisis no fue compatible con la familia que se suponía que era la suya. Cuando terminó el secundario, María Eugenia empezó a trabajar y se fue de su casa.

Decidida a buscar su identidad, en junio de 2000 recurrió a la CONADI para, en principio, descartar la posibilidad de ser hija de desaparecidos. María Eugenia se analizó en el Hospital Durand y ahí se supo que la joven que había sido inscripta como María Eugenia Violeta Rivas era en realidad hija de Mirta Barragán. A partir de entonces, Abuelas se abocó a la búsqueda de la familia paterna de María Eugenia y en pocas semanas se pudo determinar la verdadera identidad de su padre Leonardo Sampallo, de quien no había datos y está desaparecido. Se ubicó a sus familiares que se realizaron los análisis genéticos que meses después confirmaron su filiación paterna. María Eugenia, su abuela, sus tíos y su hermano Gustavo, se encontraron por primera vez en la sede de Abuelas el 26 de julio de 2001. Casi sin esperarlo, la joven halló su historia y su familia. Con dolor pudo saber que sus padres habían sido secuestrados el 6

de diciembre de 1977 en Capital Federal, que su madre, Mirta, estaba embarazada de seis meses –de ella–, y que su otro hijo, Gustavo, había sido entregado a su abuelo paterno por la Policía Bonaerense, que le negó toda otra información. Mirta y Leonardo fueron vistos en los centros clandestinos de detención Club Atlético y El Banco por sobrevivientes.

A medida que avanzó la causa por su secuestro y cambio de identidad, María Eugenia también pudo enterarse de que quien la entregó a sus apropiadores fue el represor Enrique José Berthier, alias "El Francés". Según testimonios, este hombre llevaba cadáveres de los desaparecidos al cementerio de La Tablada. En la causa, María Eugenia declaró que sus apropiadores le reconocieron que Berthier se las había entregado, y Berthier, luego de haber negado saber quiénes eran sus padres, le dijo que lo habían llamado de un hospital en donde habían abandonado un bebé. Cristina Gómez Pinto, su apropiadora, aseguró que "fue Berdier o Berthier quien le entregó la criatura a mi ex esposo". Tiempo después, al ser careada con el militar, la mujer se arrepintió de haberlo acusado. Otros testigos afirmaron que el represor estaba "de acuerdo" con ella y que pagaba los abogados de Rivas. Cuando se inició el juicio, los falsos padres de María Eugenia, con los que no hablaba hacía dos años, volvieron a llamarla. Ella no contestó. Sabía que atrás de ellos estaba Berthier, quien frecuentaba la casa donde vivía de niña. María Eugenia comenzó a colaborar con las Abuelas y alguna vez confesó que se sentía arrepentida por no haber iniciado su búsqueda antes. "Pero lo más difícil fue, justamente, empezar –explicó–. Sentía responsabilidad porque ellos fueran presos, culpa. Pero la vencí porque tenía claro que lo más importante era averiguar quién era mi familia. Lo otro lo iba a arreglar en terapia"[42].

Mientras tanto la investigación sobre su caso siguió adelante. La fiscalía se sorprendió al determinar el abultado patrimonio de Berthier, que salió a la luz cuando aún estaba prófugo e intentaban rastrearlo. Cuentas corrientes en más de cinco bancos, varias casas y automóviles y participación en diferentes sociedades anónimas formaban parte del capital de Berthier, con el que le pagaba a su abogado Juan Torres Bande. Se trataba del mismo profesional que había sido apoderado del partido neonazi Nuevo

Triunfo y abogado de los miembros del Ejército que se presentaron ante el Centro de Estudios Legales y Sociales y la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos para reclamar un habeas data, es decir, para conocer los archivos y saber si estaban identificados como represores. María Eugenia sobrellevó esta búsqueda de justicia con mucha valentía. El 4 de junio de 2003, la Justicia ordenó la anulación de su documentación falsa y su inscripción con su nombre verdadero. Sus apropiadores fueron detenidos.

Un mes después de la restitución de María Eugenia, el 8 de agosto de 2001, el Congreso Nacional sancionó la ley 25.457 que jerarquizó y reafirmó la labor de la CONADI en la búsqueda de los niños desaparecidos por el terrorismo de Estado. La ley, en rigor, ratificó la creación de la CONADI, ya en funcionamiento desde 1992. Y en diciembre las Abuelas pusieron en marcha su nueva página web –www.abuelas.org.ar– como una forma más de difundir su lucha.

Días más tarde el país viviría horas decisivas. El 19 de diciembre, en medio de una profunda crisis social y ante la declaración del estado de sitio, cientos de miles de manifestantes salieron a la calle rechazando la medida. El gobierno de Fernando De la Rúa desató una represión feroz. El saldo: 29 muertos, más de 220 heridos y casi 2.000 detenidos. Primero cayó el ministro de Economía Domingo Cavallo, artífice del inhumano Plan Déficit Cero; pocas horas después, renunció el presidente. En el transcurso de una semana asumieron la presidencia de la Nación, en forma consecutiva, Adolfo Rodríguez Saá, Ramón Puerta, Eduardo Camaño y Eduardo Duhalde. Las Abuelas siguieron con atención todos los acontecimientos y también estuvieron en la calle y en la Plaza de Mayo, firmes junto al pueblo.

Al cumplir sus 25 años como institución, el balance de las Abuelas mostraba fortalezas y debilidades. Venciendo las trampas de la impunidad, habían conseguido que los jefes máximos de la dictadura, que se creían a salvo, fuera a prisión. "Pero sobre todo –como señalaba el periodista Pasquini Durán el 22 de octubre de 2002 en el diario *Página/12*– realizaron la quimera del reencuentro varias docenas de veces. El crimen de la

apropiación de niños es tan aberrante que nadie, ni los mismos verdugos, puede justificarlo"[43]. En la columna de las debilidades, como siempre, figuraban "las quebraduras de gobernantes y políticos que urdieron leyes o apelaron a excepciones constitucionales para perdonar a los imperdonables". Y agregaba Pasquini Durán: "Como son historias abiertas, la sociedad todavía no tuvo oportunidad de cerrar el balance, pero cuando lo haga advertirá que estas Abuelas apasionadas aportaron como pocos a devolverle a la comunidad el sentido de la ética y la decencia"[44].

En razón de estas virtudes, cada vez más visibles para toda la sociedad, se trató de un aniversario especial para las Abuelas. Por empezar 2002 fue un año de homenajes y distinciones. El 25 de marzo Estela Carlotto recibió el Doctorado Honoris Causa de la Universidad Nacional de Salta y cuatro meses más tarde recibió la misma distinción pero de la Universidad Nacional de La Plata. Luego las Abuelas viajaron a Roma, Italia, donde se les rindieron emotivos homenajes por sus 25 años de lucha. En octubre, a beneficio de Abuelas de Plaza de Mayo, se presentó Maximiliano Guerra y el ballet del MERCOSUR junto al coro de niños del Teatro Colón. Para la ocasión se acercaron muchas Abuelas del interior del país, nietos restituidos y otros que buscaban a sus hermanos. Algunos, incluso, llegaron desde el exterior, como Tamara Arze y los hermanos Felipe y María Eugenia Gatica, tres nietos restituidos en la década del 80. "Para nosotros fue una emoción muy grande, tal vez uno de los mejores momentos que hayamos vivido", confesó por entonces el gran bailarín argentino en una carta que envió a las Abuelas, y añadió: "Chicos jóvenes que no han vivido esos momentos terribles [de la dictadura], y que hoy están interpelados por el arte, y que estos chicos provengan no sólo de Argentina sino también de Brasil, Uruguay, Chile, fue una demostración de hermandad de los países sudamericanos en un grito unánime de justicia".

Las Abuelas ya habían tenido una demostración de esa hermandad en marzo, cuando se le restituyó la identidad a **Simón Antonio Gatti Méndez**. La suya es una historia de dos países y otra prueba más de la existencia del plan de coordinación entre las dictaduras del Cono Sur. A Simón y su madre, la uruguaya Sara Méndez, los secuestraron con otros 27 uru-

guayos en el marco del segundo gran operativo del Plan Cóndor, el 13 julio del 76. Estaban ella y el bebé pero no el padre, Mauricio Gatti, quien luego lograría refugiarse en Europa. A Sara la sacaron de su domicilio en Juana Azurduy al 3100, en pleno barrio de Belgrano, y la separaron de su hijo que tenía tan sólo 20 días. "No te preocupes, esta guerra no es contra los niños", le dijo cínicamente el coronel José "Nino" Gavazzo, jefe del operativo, antes de arrancarle al chico de sus brazos. A Sara le vendaron los ojos, la ataron de pies y manos y la llevaron al centro de detención Automotores Orletti, donde mandaba el siniestro Aníbal Gordon. Simón fue dejado en el Sanatorio Norte, en Cabildo al 1200, a pocas cuadras de su casa. El niño, aún llorando en su moisés, fue abandonado en la vereda del sanatorio y allí se le perdió el rastro. Sara y Mauricio habían llegado a Buenos Aires huyendo de la represión que se había desatado en Uruguay con el golpe de Estado de 1973 y habían anotado a su hijo con un apellido falso –Riquelo– para no ser ubicados.

Sara estuvo secuestrada un mes en Automotores Orletti hasta que la trasladaron a Uruguay. Pasó cuatro meses detenida ilegalmente en la Secretaría de Inteligencia y Defensa de Montevideo. Le hicieron un juicio militar y pasó cinco años presa. En 1981, cuando salió en libertad, fue a la Cruz Roja y a otra serie de lugares para averiguar dónde estaba su hijo. Pero nadie la ayudó. Fue entonces cuando se contactó con las Abuelas de Plaza de Mayo para continuar juntas la búsqueda del niño. Abuelas sumó la denuncia a otras que había recibido la institución y en varias oportunidades pareció que se estaba sobre la pista cierta de Simón, pero debieron transcurrir muchos años. Antes de que esto ocurriera, Sara y Mauricio Gatti pasaron 16 años convencidos de que su hijo podía ser otro joven, que se resistía a hacerse el análisis de ADN. El padre de Simón murió en 1995, sin saber si ese muchacho era o no su hijo. Finalmente, a principios de 2000, el joven accedió. Pero el resultado fue negativo. Y Sara retomó su lucha.

A pesar de su infatigable búsqueda durante un cuarto de siglo, el azar determinó que no fuera Sara quien tuviera una participación decisiva en la ubicación de Simón. En esta historia tuvo un papel protagónico Rafael

Michelini, senador uruguayo hijo de Zelmar Michelini, también legislador de ese país, asesinado en la Argentina en 1976, y hermano de Margarita Michelini, secuestrada con su marido en el mismo grupo que Sara Méndez, y luego también detenida en cárceles orientales. Michelini y Raquel Gass, abogada de la Procuraduría Penitenciaria de la Nación, con un dato proporcionado por un informante uruguayo, iniciaron una investigación y en cuatro meses lograron localizar a Simón. Con la pista del uruguayo, Michelini pidió ayuda a Gass por su cargo. Michelini volvió a hablar con el informante, y éste lo guió a una comisaría del barrio de Belgrano. Allí empezó la intervención de Gass, quien se puso a revisar los archivos de la seccional. En principio, tropezó con el silencio corporativo de la fuerza pero meses después, de manera casi casual, un oficial en actividad accedió a darle los datos que buscaba: los nombres de un comisario y tres subcomisarios.

Uno de ellos había muerto. Había que buscar entre los tres que quedaban vivos. El primero de los retirados aceptó tomar un café con Michelini y Gass pero aclaró que no iba a decir nada que pudiera dañar a la fuerza. Todos en su familia eran policías. Michelini le dijo al policía que estaban buscando a un chico que dejaron en el Sanatorio Norte el 13 de julio de 1976. El hombre se quedó callado un rato y dijo: "Conozco el hecho. Era la noche más fría de 1976". "A las cuatro de la mañana –prosiguió el ex comisario– yo estaba en mi casa, había prendido la radio y empezaba a ducharme. Sonó el teléfono, me informaron que había un chico abandonado en la vereda del Sanatorio Norte. Al chico lo tengo yo, senador Michelini, no busque más". Luego les contó que Simón, de casi 26 años, se estaba por casar. Una semana después la familia del comisario le reveló al joven que no era su hijo y que la madre lo estaba buscando. Simón se reunió con Michelini y Gass, y aceptó hacerse el análisis de ADN. Michelini le preguntó si se animaba a hablar con Sara Méndez. Le pasó el celular y Simón habló con su madre biológica por primera vez. "Yo creo –le dijo el muchacho– que soy la persona que estás buscando, me voy a hacer el análisis de ADN y si da positivo te voy a integrar a mi vida".

El 8 de marzo, el joven se hizo el análisis y el 19 del mismo mes el juez

a cargo del Juzgado Nacional en lo Criminal y Correccional N° 7, Jorge Urso, confirmó que se trataba del hijo de Sara Méndez y que los estudios de ADN practicados por el BNDG habían arrojado resultado positivo en un porcentaje de 99,99 por ciento. Simón se reencontró con su madre. No pudo abrazar a su padre, pero la muestra de sangre de Mauricio Gatti sirvió para comprobar la identidad de Simón. Estela Carlotto, presidenta de las Abuelas, cuenta el encuentro de Simón Gatti como una alegría enorme. "Fue casi un milagro que pudieran mirarse a los ojos una madre que no se vio nunca más con su bebé, desde que tenía apenas días"[45]. En este caso, la contribución casi anónima de Michelini y Gass, contrastó con la actitud del entonces presidente uruguayo, Jorge Batlle, quien no perdió la oportunidad de hacer el anuncio oficial de la aparición de Simón -que conmocionó a su país- tratando de capitalizar políticamente un asunto que le fue ajeno. La misma actitud había mostrado Batlle cuando anunció el hallazgo de la nieta Macarena Gelman.

En el plano internacional cabe destacar que las Abuelas recibieron de manos del Departamento de Estado de los Estados Unidos los archivos desclasificados de la dictadura militar argentina y el operativo Cóndor, cuya información permitió seguir profundizando las investigaciones en marcha e iniciar otras nuevas. A nivel judicial, hay que resaltar que la abuela Sonia Torres, de la filial Córdoba, fue absuelta en la causa por calumnias e injurias que le iniciara Tránsito Rigatuso, ex interventor del colegio cordobés Manuel Belgrano, quien había elaborado las listas de estudiantes y profesores "sospechosos", entre los cuales figuraba la hija de Sonia, Silvina Parodi, desaparecida el 26 de marzo de 1976. Y ya en el plano político, no puede pasarse por alto el atentado que sufrió la presidenta de Abuelas, Estela Carlotto, cuando en la madrugada del 20 de septiembre desconocidos balearon la puerta de su casa, en la ciudad de La Plata.

Ese mismo mes y hasta el 22 de octubre se realizaron diferentes actividades conmemorativas por los 25 años de Abuelas: la edición de una cronología que resumía los logros de la institución, una exposición de diseñadores e ilustradores en el Centro Cultural Recoleta; la jornada de jóvenes investigadores *Reconstrucción de la identidad de los desaparecidos*;

un festival en Plaza de Mayo en el que actuaron Piero, Horacio Copani, Miguel Cantilo, Juan Carlos Baglietto, Sergio Pángaro y Palo Pandolfo; una nueva exposición de la *Memoria Gráfica*; y la muestra *De los chicos a las Abuelas*, compuesta por cartas, dibujos, cuadros, mensajes y trabajos de chicos de todo el país que a lo largo de los años habían ido llegando a la sede de la institución. Esta última muestra –*De los chicos a las Abuelas*– comenzó como una pequeña idea: hacer una devolución pública a los chicos que tanto amor y comprensión expresaban en cartitas, tarjetas y dibujos. Se decidió hacer una exposición con todo ese material. Las abuelas Argentina[46] y Alba empezaron a reunir y clasificar todo lo que durante años había sido cuidadosamente guardado en carpetas. Pusieron todo en una caja y fueron a la casa de la artista plástica Patricia Aballay quien, como siempre, prestó su colaboración y su oficio. Y más tarde llamaron a Mara Brawer, entonces asesora de la Secretaría de Educación porteña, para pedirle que pensara junto a ellas un sitio para la muestra. A partir de allí la idea fue tomando forma, hasta que el 30 de octubre se hizo realidad. El sitio elegido fue el Museo Quinquela Martín, del barrio de La Boca, y en la apertura estuvieron presentes niños y adolescentes, autoridades del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires y la abuela Alba.

"Los chicos, en los mensajes que nos mandan, en los poemas que nos escriben, son los que más nos comprenden a nosotras y a los desaparecidos, mientras que los adultos tienen sus telarañas que les impiden ver las cosas con claridad –opina Alba–. Y que los chicos nos entiendan y sean capaces de valorar los sueños de los desaparecidos, me hace muy feliz, porque quiere decir que el país puede salvarse y que para las nuevas generaciones no es tolerable que alguien se muera de hambre mientras al que está al lado le sobra. Los chicos entienden que ésta no es la mejor forma de construir un país, sino tan sólo la manera de hacerlo injusto, despiadado e inhumano"[47].

En 2002 se multiplicaron las invitaciones de escuelas de todo el país para las Abuelas. Alba recuerda una visita a un colegio de Villa Martelli, donde iban muchos hijos de militares. "Algunos padres no mandaron a sus hijos, pero muchos otros sí. Los chicos, con ayuda de los docentes, habían

empapelado los pasillos con dibujos y mensajes para nosotras, y después resultó una charla hermosa con todos ellos". En otra ocasión, en una escuela de la Ciudad de Buenos Aires, los chicos las recibieron haciendo las veces de periodistas, con grabadores incluidos. En una escuela para chicos con capacidades diferentes se armaron unos monigotes en razón de los 25 años de las Abuelas, que luego, para la muestra, se transformaron en afiches. "Estos chicos fueron a la exposición –cuenta Alba–, y uno de los 'changuitos' reconoció su trabajo, se quedó parado ahí al lado, y a cada persona que pasaba le decía 'éste lo hice yo'. Estaba muy orgulloso".

Mientras tanto, TxI seguía adelante. En abril de 2002 se presentaron obras del ciclo 2001 en la Carpa de Teatro del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, en Parque Patricios, y tres meses más tarde se lanzó el ciclo 2002 en el Teatro Lorange. La nueva convocatoria fue un éxito: participaron 250 obras, y del 22 de julio al 21 de octubre, muchas de ellas subieron a escena en diferentes salas de la Capital Federal con entrada libre y gratuita. El fenómeno de TxI también cruzó los límites de la Capital Federal y llegó a Córdoba y Mar del Plata. Para el cierre del ciclo, en el aniversario de los 25 años de Abuelas, ya habían asistido más de 14.000 espectadores. Como broche de oro por su labor, los teatristas fueron distinguidos con el prestigioso Premio María Guerrero, cuya entrega se realizó el 28 de mayo en el Teatro Nacional Cervantes. Los músicos también volvieron a poner el cuerpo para la lucha de las Abuelas, y así, se presentó el ciclo 2002 de *Música por la Identidad* en el Centro Cultural General San Martín que además fue transmitido en directo por Radio Ciudad. Por su parte, la productora Sudamérica Cine realizó el video institucional *Abuelas de Plaza de Mayo 2002* y un video "tipográfico" de 30 segundos de duración, con el objetivo de apuntalar la difusión de la búsqueda.

En 2002 también hubo encuentros. Se organizaron dos series de charlas por la identidad, en el Centro Cultural General San Martín, con el objetivo de promover la discusión y reflexión sobre el tema. Del 17 al 23 de julio en El Salvador un grupo de nietos participó del primer intercambio internacional de jóvenes encontrados, convocado por la Asociación Pro-Búsqueda. Posteriormente, el 18 y 19 de octubre se desarrollaron dos

jornadas en conjunto con los investigadores del Archivo biográfico en la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA y luego se llevó a cabo un encuentro ecuménico en la casa Nazaret de la Ciudad de Buenos Aires, ocasión que sirvió para hacer una pausa, pensar y rendir homenaje a los hijos desaparecidos y a las Abuelas que ya no estaban, como María Adela Gard de Antokoletz, fallecida el 23 de julio y Amelia Herrera de Miranda, fallecida el 13 de octubre.

En 2002 se instaló un local para el funcionamiento del servicio asistencial gratuito y abierto a la comunidad del equipo psicológico, dedicado a la atención de víctimas de violación del derecho a la identidad, que comenzaría a funcionar en septiembre del año siguiente. Alicia Lo Giúdice, responsable del área terapéutica de Abuelas, quedó a cargo del Centro que además, fue dotando de profesionales a las filiales de Córdoba, Mar del Plata, Rosario y La Plata. "La creación del Centro –según Lo Giúdice– permitió abrir a la comunidad la atención terapéutica con orientación psicoanalítica en relación a temas ligados con la identidad. La propuesta de trabajo estuvo dirigida desde el inicio a los jóvenes apropiados ilegalmente y a sus familiares, pero también a quienes por diversas situaciones pudieran haber visto afectado su derecho a la identidad"[48]. El Centro, además de la atención psicoanalítica, se propuso hacer docencia e investigación y con el tiempo empezó a tener cada vez más pedidos de asesoramiento a jueces por casos vinculados a temas de filiación. De las múltiples consultas recibidas, la mayoría fueron derivaciones del área de presentación espontánea de Abuelas, muchas otras motivadas a partir de las campañas de difusión de Abuelas, y otras de la CONADI. Precisamente la CONADI, cumplió en 2002 sus primeros 10 años de trabajo con 97 casos resueltos. Por tal razón publicó un informe donde resumía su historia, sus objetivos y su modalidad de trabajo desde su creación en noviembre de 1992.


Ilustración: Mariano Lucano

Capítulo 6 (2003-2007) La masificación de las presentaciones espontáneas

"El Ejército despide hoy a uno de sus comandantes en jefe. En épocas de convulsión y desencuentros de la sociedad argentina, actuó y decidió según sus convicciones. Su gestión ya está en la historia. En estos últimos años, enfrentó con entereza las dificultades y cumplió como un soldado disciplinado todas las órdenes y las políticas institucionales dictadas por el Ejército. Que los acordes de la banda de Patricios lo acompañen en este último viaje y que Dios nuestro señor vele por la familia que él tanto amó. Señor teniente general Leopoldo Fortunato Galtieri, descanse en paz", pronunció el 12 de enero de 2003 el entonces jefe del Ejército argentino, Ricardo Brinzoni, al despedir los restos del dictador en el Panteón Militar del cementerio de la Chacarita.

Las Abuelas de Plaza de Mayo y el resto de los organismos de derechos humanos no sólo repudiaron las palabras de Brinzoni sino que además exigieron su renuncia. "Estos dichos demuestran con claridad la reivindicación institucional del actual jefe del Ejército a las violaciones a los derechos humanos cometidas por la última dictadura militar. Consideramos que el general Brinzoni, quien ha presionado al resto de los oficiales en favor de un emblocamiento corporativo, constituye un retroceso en la subordinación del Ejército a las reglas de la democracia y la vigencia de los derechos humanos", expresaron las Abuelas y otros organismos en un documento conjunto.

Tres días después del discurso de Brinzoni, una nieta recuperada viajaba a Chile para reencontrarse con parte de su historia de vida robada por la dictadura militar. Se trataba de **Susana Coloma**, quien iría a conocer a su familia paterna. Susana había sido secuestrada junto a sus padres el 11 de diciembre de 1978, en La Plata, cuando tenía sólo nueve meses. Sin embargo, a los 10 días del secuestro fue devuelta a su abuelo materno Félix Larrubia por personal que adujo ser integrante de las "fuerzas conjuntas". Susana creció bajo su tutoría, pero fue criada por unos vecinos de apellido Corbellini, a quienes considera su familia. Con anterioridad, en julio de 1978, habían secuestrado a su abuela materna, Alicia Cabrera de Larrubia, de 60 años. Y en 1980 también fueron desaparecidos su tía materna Nora Alicia Larrubia junto a su compañero Carlos Segismundo Karis.

En 1993, cuando falleció su abuelo, Susana se quedó sin familiares biológicos. A mediados de 2002, con el propósito de reconstruir su historia familiar, se acercó a la filial de Abuelas La Plata. Susana sabía que su mamá se llamaba Susana Alicia Larrubia, que era de La Plata donde estudiaba medicina y militaba en la Juventud Peronista y que cuando se la llevaron, tenía 25 años. De su padre, Juan Adolfo Coloma Machuca, sólo sabía que era de nacionalidad chilena y que sus padres vivían en la ciudad de Coronel, Concepción, en el país trasandino. "Durante años me pregunté sobre él, cómo era su rostro, si yo me parecería, cómo habría conocido a mi mamá, cuántos años tendría, cómo era, si mis abuelos sabrían algo de mí"[1], recuerda Susana. La filial de Abuelas La Plata inició entonces la búsqueda, solicitó la ficha, en el registro de las personas, de Juan Adolfo Coloma Machuca y cuando llegó la documentación de su padre, Susana supo el nombre de sus abuelos: Fabriciano Coloma Fica y Ercilia Machuca Saldía. También supo que su padre había nacido el 9 de julio de 1952 en Concepción y que había ingresado a la Argentina el 24 de octubre de 1975. La búsqueda siguió por la guía telefónica de Chile, donde se encontraron tres personas que podrían tener una relación familiar con Susana, además de un número registrado a nombre de quien podría ser su abuela. De inmediato uno de los colaboradores de la filial se comunicó con ese número para corroborar la información.

–Buenas tardes, ¿hablo con la casa de la familia Coloma Machuca?

–Sí, habla con Fabriciano Hernán Coloma Machuca, ¿quién habla ahí?

–Lo llamo de la Argentina, de la Asociación Abuelas de Plaza de Mayo. Somos un organismo de derechos humanos que busca a los chicos apropiados por la última dictadura militar argentina. Queríamos hacerle una pregunta, ¿usted es pariente de Juan Adolfo Coloma?

– Sí, soy el hermano.

–¿Y usted sabe que él desapareció junto a su mujer, Susana Alicia Larrubia y su hija...?

–¡Encontraron a Susanita! ¡Susanita! ¡Susanita! –gritó Fabriciano–. ¡Agradezco a Dios todopoderoso y benditas sean las Abuelas de Plaza de Mayo!

Más calmado, Fabriciano explicó que durante años habían buscado a la niña a través del Consulado argentino, donde le aseguraban no tener registro de la pareja y su hija desaparecidos. Al día siguiente de esta charla Susana recibió un llamado. Era su abuela Ercilia. Conversaron largo rato. Ercilia le contó que su padre –el mayor de siete hermanos–, antes de emigrar a la Argentina había trabajado de minero, al igual que el resto de los varones de su familia. También se enteró de que en ese duro oficio perdieron la vida su abuelo Fabriciano y su tío menor. La abuela Ercilia le dijo que deseaba verla pronto y que en Chile la esperaban cinco tíos y nueve primos. Finalmente Susana viajó a Chile y el mismo día de su arribo –esto no lo sabía antes de partir– pudo festejar el cumpleaños de su abuela Ercilia, después de 24 años de estar separadas. Susana pudo ver por primera vez el rostro de su padre en las fotos familiares. Su abuela le contó que estaba contenta pero al mismo tiempo triste porque siempre había esperado que regresara su hijo y ahora comprendía que ello no iba a suceder. "Cuando me comuniqué por primera vez con mi tío y mi abuela entendí que me había encontrado con el dolor de una familia que debía aceptar que Juan Adolfo ya no estaba vivo pero, a su vez, con la alegría de que su hija, Susanita, no había corrido el mismo destino"[2], explica la joven.

Parte del dolor de la familia Coloma-Machuca se debía a la falta de justicia. Pero 2003 mostró algunos cambios en este sentido. En efecto, cuan-

do Brinzoni se refería en su discurso a las dificultades que Galtieri supo "enfrentar con entereza", hacía alusión a la causa en la que el juez federal Claudio Bonadío había procesado por la desaparición de 15 militantes montoneros al ex dictador, al pedido de captura internacional cursado por el juez español Baltasar Garzón, a los escraches de H.I.J.O.S., a su procesamiento en Italia. Poco después el propio Brinzoni también enfrentaría "dificultades" al ser denunciado por su participación en la Masacre de Margarita Belén, Chaco, perpetrada mientras ocupaba el cargo de secretario general de la intervención provincial. Pero Brinzoni y Galtieri no fueron los únicos: Guillermo Suárez Mason fue condenado por su participación en la represión ilegal durante la última dictadura militar, el cura párroco Christian Federico Von Wernich fue detenido por su colaboración en los centros clandestinos de detención; el represor Ricardo Miguel Cavallo fue extraditado desde México a España, procesado por 264 desapariciones y 159 secuestros; Ricardo Domingo Bussi fue impugnado por inhabilidad moral cuando se aprestaba a asumir como intendente de San Miguel de Tucumán y meses más tarde fue acusado por la desaparición del ex senador Guillermo Vargas Aignasse. En julio llegó vía Interpol un pedido de detención librado por Garzón sobre 46 represores, de los cuales dos estaban fallecidos –Jorge Alberto Maradona y Mario Arturo Camarena– y tres prófugos –Jorge Raúl Vildoza, Arturo Féliz González Naya y Antonio Arrechea Andrade. El juez Rodolfo Canicoba Corral ordenó el arresto de los acusados. Uno de ellos, Antonio Barrozo, falleció a la semana de ser detenido. En lo referido en particular al delito de supresión de identidad, la Corte Suprema de Justicia confirmó que Jorge Rafael Videla podía ser juzgado por robo de bebés, en tanto que los represores Jorge Bergés y Miguel Osvaldo Etchecolatz comenzaron a ser juzgados en La Plata también acusados de supresión de identidad.

Ya el 15 de febrero la Comisión Interamericana de Derechos Humanos de la OEA había reiterado a la Argentina la necesidad de que los genocidas fueran juzgados por los crímenes cometidos. Y en este contexto Brinzoni ejercía presiones sobre la Corte Suprema de Justicia para que ratificara los indultos. Pero el 6 de marzo Brinzoni se encontró ante otra

"dificultad" cuando el juez federal de Chaco, Carlos Skidelsky, declaró la invalidez de las leyes de Obediencia Debida y Punto Final en la causa de la Masacre de Margarita Belén. Su suerte quedó echada cuando el interinato presidencial de Eduardo Duhalde llegó a su fin, acelerado luego del asesinato de los piqueteros Maximiliano Kostecki y Darío Santillán en medio de una salvaje represión policial y de un clima de creciente criminalización de la protesta social.

El 25 de mayo Néstor Kirchner asumió como presidente: "Llegamos sin rencores pero con memoria", dijo en su discurso de asunción. Tres días más tarde descabezó las cúpulas militares –Brinzoni fue removido y su lugar lo ocupó el general Roberto Bendini– y el 1° de junio pasó a retiro a las cúpulas policiales. El 30 de mayo el presidente recibió a las Madres de Plaza de Mayo, y éste fue el inicio de una relación fluida y cercana con los organismos de derechos humanos.

El Congreso, en tanto, aprobó en agosto la anulación de las leyes de Obediencia Debida y Punto Final. Así comenzó la reapertura de causas en la Justicia –entre ellas las "megacausas" ESMA y Primer Cuerpo de Ejército–, y todos estos hechos fueron la antesala de un cambio de rumbo en materia de derechos humanos y de un reconocimiento, por parte del Estado, de los crímenes cometidos durante la última dictadura.

Las Abuelas, mientras seguían con atención el nuevo panorama político, recibieron una inmensa alegría: el 9 de mayo un joven que dudaba de su identidad supo que era hijo de desaparecidos y que su nombre verdadero –el que le habían puesto sus padres Liliana y Horacio– era **Horacio Pietragalla Corti**. Desde chico tenía una duda latente, a pesar de que en su casa le decían que era hijo biológico. Recién a los 25 años, con la ayuda de su novia Magalí, se dio cuenta de que esa duda se relacionaba con su origen. Horacio y Magalí planeaban formar una familia, y esto generó en ambos la necesidad de esclarecer aquella duda. Horacio no tenía fotos de su mamá embarazada, era muy diferente físicamente a quienes decían ser sus padres y desde siempre, muchas veces de manera inconsciente, había percibido el ocultamiento. Magalí sabía de la existencia de las Abuelas de Plaza de Mayo y todavía recordaba una publici-

dad institucional –*Del otro lado del espejo*– que había visto por televisión en agosto de 2000. Ese mismo año, en su 25 aniversario, las Abuelas produjeron junto a la CONADI un programa especial conducido por el periodista Víctor Hugo Morales y Cecilia Laratro. Por entonces Magalí vio un avance en Canal 7 e hizo que Horacio mirara el programa con ella. En el programa se explicaba todo lo relativo al derecho a la identidad. Luego de esto, Horacio y Magalí se pusieron a averiguar adónde debían acudir y qué pasos debían seguir. Magalí también realizó una búsqueda por Internet y al navegar por la página de Abuelas –que ya incluía la versión digitalizada del libro *Niños desaparecidos, jóvenes localizados,* con todos los casos denunciados en la institución– vio la foto de una mujer con un bebé en brazos y supo que ese bebé era Horacio. Magalí imprimió la foto y se la dio a su novio.

–Esta es tu mamá –le dijo.

–¡Nada que ver!

En el impulso Horacio rompió la foto, pero al rato, más tranquilo, se dio cuenta de que la cara de aquella mujer era idéntica a la suya. "A partir de esto fuimos a la CONADI –recuerda–, donde presenté los papeles para empezar a buscar mi identidad. Después pude saber que en Abuelas ya existían denuncias sobre mí hechas por personas que estaban en desacuerdo con que se me ocultara la identidad. La orden para hacerme la prueba de ADN me llegó inmediatamente"[3]. Pero la búsqueda no fue sólo de Horacio y su novia, sino que se remontaba al instante mismo de su desaparición. Su padre había sido asesinado por la Triple A en Córdoba, en 1975, antes de su nacimiento y su madre, en un ataque por fuerzas de seguridad a la vivienda donde se encontraban, el 5 de agosto de 1976, en Villa Adelina. Horacio tenía cinco meses y Liliana logró cubrirlo de las balas y granadas, y así salvarle la vida. "Horacito", como le dicen las Abuelas, fue secuestrado por los militares y fue entregado a la familia que lo crió por el represor Hernán Tetzlaff, quien además se había apropiado de Hilda Victoria Montenegro, restituida en 2000. El abuelo materno de Horacio recorrió todos los lugares posibles pero nunca lo encontró. Cuando el joven se presentó ante la CONADI, las Abuelas ya habían

incorporado su caso a una causa en trámite ante el Juzgado Federal en lo Criminal y Correccional N° 1, a cargo de Roberto Marquevich. Como estaba decidido a conocer la verdad sobre su origen e incluso ya había visitado la sede de Abuelas, Horacio se hizo el análisis inmunogenético. Apenas le comunicaron los resultados, llamó a la casa de las Abuelas y dijo: "Soy Horacio Pietragalla Corti y voy para allá"[4]. Horacio participó de la conferencia de prensa en la que Abuelas anunció su restitución, lo cual causó un fuerte impacto. Durante la conferencia una periodista le preguntó si justificaba que su madre lo hubiera llevado a un sitio peligroso. "Para mí ese no era un lugar peligroso –respondió Horacio–, peligrosa era la Argentina". Y así se ganó el aplauso de todos y la casa de las Abuelas se empezó a llenar con su alegría y con su presencia imponente (mide dos metros). Al poco tiempo Horacio se incorporó a la institución y comenzó a trabajar en el área de prensa y difusión, desde donde realizó diversas actividades y dio testimonio de su experiencia para que otros jóvenes como él se acercaran a las Abuelas.

El año también fue positivo para las Abuelas a nivel financiero. Después de años de subsistir con donaciones y subsidios, cada vez menores, lograron que la Unión Europea (UE) aprobara un proyecto para sistematizar su trabajo, educar sobre el derecho a la identidad y expandir su lucha hacia el interior del país, que fortalecería a las filiales de la asociación y creaba una red de colaboradores para la búsqueda de los nietos. El objetivo central del proyecto era "contribuir a reparar los daños sufridos por las víctimas de las prácticas de 'apropiación de menores' producidas durante la vigencia del terrorismo de Estado en Argentina", algo que las Abuelas venían haciendo desde hacía 25 años, pero que a partir de ese momento sería enriquecido por la sistematización del trabajo.

En este marco, las filiales de Abuelas Mar del Plata y Rosario recibieron colaboración para poder comenzar a funcionar en oficinas apropiadas para atender consultas. La filial Rosario siempre había funcionado en la casa de la Abuela Darwinia Galicchio, y Mar del Plata, según la época, alquilaba o pedía prestado algún espacio. El proyecto también incluyó la incorporación de profesionales y personal permanente. La filial ubicada

en la localidad bonaerense de Ayacucho, atendida en su casa por la Abuela Angélica Bauer, no se incluyó en la labor de fortalecimiento por su cercanía a otras filiales.

Abogados, psicólogos y comunicadores se incorporaron a los equipos técnicos de la institución y comenzaron a participar de reuniones multidisciplinarias para discutir y coordinar criterios de acción. El proyecto de la UE permitió que entrara en funcionamiento el Centro de Atención por el Derecho a la Identidad, que desde el año anterior contaba con un espacio dado en comodato por el Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires. También permitió capacitar a abogados, jueces y fiscales, como una estrategia para educar a los profesionales sin conocimientos ni herramientas acerca de la problemática de la apropiación de niños y el derecho a la identidad. Por último, posibilitó financiar la puesta en marcha de la Red Nacional por el Derecho a la Identidad, como programa de "difusión y prevención de derecho a la identidad" en todo el territorio argentino. De este modo, las Abuelas tuvieron los recursos para hacer docencia a escala nacional –lo cual se plasmó, por ejemplo, en el video *Puerto de Partida*, una iniciativa conjunta con el Ministerio de Educación de la Nación– y para desarrollar herramientas de difusión focalizada y masiva para dar a conocer las actividades de la asociación. El proyecto, en definitiva, sirvió para sacar a la luz el "trabajo de hormigas" que venían haciendo desde sus inicios.

Las Abuelas siempre recibían invitaciones de las escuelas, que llamaban para pedir alguna una charla o para ir a visitar la sede de la institución con los alumnos. Cada vez que iban al interior del país, las Abuelas visitaban colegios y en sus charlas usaban algún video como disparador para trabajar con los chicos. Todo esto lo siguen haciendo aunque ahora también son los nietos los que van a las escuelas. El video *Puerto de Partida* era precisamente un cortometraje de ficción que tenía como objetivo funcionar como disparador para trabajar el derecho a la identidad en el aula. Junto con el video, Abuelas elaboró un cuadernillo de orientación para docentes con propuestas didácticas para estudiantes de nivel medio y polimodal, publicado en junio 2004. Por el Ministerio de Educación participaron de este proyecto Mara Brawer, Mariana Moragues, Julieta

Albrieu, Gustavo Schujman y Pablo Erramouspe. El video y el cuadernillo fueron distribuidos por todo el país a través del Ministerio, las filiales de Abuelas y la flamante Red Nacional por el Derecho a la Identidad.

La idea de la Red había nacido mucho antes. Cuando en 1997 las Abuelas intensificaron la difusión de su búsqueda y convocaron a los chicos que sospecharan ser hijos de desaparecidos a acercarse a ellas, se incrementaron en la misma proporción las visitas, llamados telefónicos y correos electrónicos de jóvenes con dudas. Sin embargo muchos de ellos vivían lejos y les resultaba difícil viajar a Buenos Aires. En octubre de 2001 la idea empezó a cobrar forma con la ayuda de los colaboradores y de la CONADI, que se transformó en socia única del proyecto. En abril de 2003 los equipos de Abuelas y de la CONADI iniciaron su recorrido por las provincias para atender a todas aquellas personas que tuvieran dudas sobre su identidad o quisieran hacer consultas o denuncias, pero también para instalar la problemática de los jóvenes apropiados en ciudades que contaban con poca información y herramientas. En este viaje comenzó la construcción de la Red Nacional por el Derecho a la Identidad, cuyo objetivo principal fue capacitar a la comunidad para que se interiorizara e involucrara en el trabajo por la defensa del derecho a la identidad y en la localización y restitución de jóvenes apropiados. Los equipos de Abuelas y CONADI recorrieron durante un año y medio las 23 provincias argentinas, conformando en cada una de ellas un grupo de colaboradores. La Red fue creciendo con el calor y la solidaridad de las comunidades locales, a tal punto que en algunas provincias se replicaron y multiplicaron los grupos de trabajo. En cada nodo de la Red participan organizaciones sociales, gubernamentales y no gubernamentales, instituciones y asociaciones civiles, profesionales y todos aquellos interesados en ayudar en la búsqueda de Abuelas.

"La demanda de consultas que recibimos en cada ciudad es muy grande, y el tiempo que estamos en cada una es muy poco"[5], explicaba la coordinadora de la CONADI, Claudia Carlotto. No sólo se recibían consultas de jóvenes con dudas sino también sobre violaciones a los derechos humanos en general y sobre violaciones del derecho a la identidad de

personas nacidas antes de 1975. Esto probaba que la apropiación de niños durante la dictadura se había enmarcado en una cultura de robo y entrega de chicos que ya se venía practicando y que aún hoy sigue vigente.

–Tengo 48 años y hace dos que falleció mi papá. Antes había muerto mi madre. Recién entonces me enteré que no era hijo de ellos, pero tampoco fui adoptado. No tengo hermanos, no tengo tíos, no tengo a nadie.

–Me dijeron que mi madre era una niña muy joven que quedó embarazada y su familia la obligó a entregarme.

–Siempre sospeché que no era su hija, nunca quiso decirme nada, pero ahora que murió mi padre me lo confesó. Ella dice que no sabe de dónde me trajeron, ¿cómo puedo averiguar mi origen?

Estas eran algunas de las historias que atendían los equipos de Abuelas y CONADI. También había denuncias por tráfico de niños, ante las cuales la CONADI –único ámbito del Estado dedicado a garantizar el derecho a la identidad– intervenía con sus escasas herramientas. Es por esto que para las Abuelas siempre resultó fundamental la educación, no sólo sobre lo ocurrido durante la última dictadura sino además sobre derecho a la identidad. Todavía hoy muchos consideran que ocultar el origen biológico a un chico es sano y natural o que omitir trámites de adopción para *tener* un niño en tiempo récord es legítimo. Y algunos jueces de menores siguen dictaminando que ser pobre inhabilita para ejercer la crianza y quitan de forma arbitraria la guarda de hijos a padres con dificultades económicas. Queda mucho trabajo por delante. Pero con la Red Nacional por el Derecho a la Identidad, que en 2004 selló su compromiso de seguir trabajando por la defensa de este derecho, el camino empezó a ser desandado. Desde entonces, con calidez, compromiso y de manera desinteresada, las redes acompañan a los jóvenes que se presentan con dudas y los orientan en su búsqueda, tendiendo un puente hacia Abuelas o CONADI. Además, organizan actividades para promover la lucha de Abuelas en sus provincias. Como representante de la Red por la asociación, Buscarita Roa se ha ganado el apodo de "hormiguita viajera", por todos los kilómetros recorridos a lo largo y a lo ancho del país.

No todas fueron buenas noticias en 2003. En junio las Abuelas debie-

ron apelar ante la Corte Suprema la decisión de la Cámara Federal de San Martín de apartar al juez federal Roberto Marquevich de la causa en la que se investigaba si los hijos "adoptivos" de la propietaria del diario *Clarín*, Ernestina Herrera de Noble, eran hijos de desaparecidos, lo cual hasta hoy no ha podido confirmarse. En otro caso las Abuelas debieron presentarse ante la OEA: "¿Tendremos que esperar que todos los familiares se mueran sin saber si su búsqueda terminó y encontraron a la nieta que reclaman desde su desaparición en el vientre de su madre?", se preguntaron en la denuncia presentada ante la Comisión Interamericana de Derechos Humanos. La decisión de llegar a este organismo la tomaron después de aguardar durante casi tres años que la Corte Suprema se expidiera en el caso de la joven anotada como Evelyn Vázquez, quien podría ser hija de Susana Pegoraro y Rubén Santiago Bauer, a raíz de denuncias que así lo aseguran. Pero además, cuando en marzo de 1999 las Abuelas ubicaron a la joven, inscripta como hija propia del suboficial de la marina Policarpo Luis Vázquez y su esposa Ana María Ferrá, el matrimonio confesó ante la Justicia su delito, reconociendo el origen de la niña a la que llamaron Evelyn Karina. Ante esta nueva situación familiar, la joven aceptó realizarse un estudio genético para determinar su parentesco con las familias alegadas. Mientras tanto, los apropiadores fueron juzgados y condenados por la justicia. Fue entonces que, por influencia del entorno y los consejos de los abogados de Vázquez, Evelyn revirtió su decisión e impuso condiciones para hacerse la prueba de ADN. Ante la negativa, la jueza ordenó la obligatoriedad del análisis y enfatizó que "es a Evelyn a quien se busca proteger y que la medida es necesaria para que la joven y la familia biológica puedan saber la verdad". Pero el abogado de la muchacha apeló ante la Corte Suprema y el expediente quedó allí, dormido, como la verdad acerca del origen de Evelyn.

Cada caso es único, por eso las Abuelas deben desplegar en cada uno todas sus habilidades y, sobre todo, armarse de paciencia, a pesar de que el tiempo siga corriendo. "El problema es que cuando los chicos son mayores de edad algunos pueden no querer analizarse –señala el letrado de Abuelas Luciano Hazan–, y la defensa puede argumentar que una

persona es autónoma, que tiene derecho a la intimidad y que este derecho debe prevalecer por sobre el resto. Esta postura tiene su mayor expresión en el fallo de la Corte sobre el caso Vázquez-Ferrá. El contexto es entonces muy complicado, porque no sólo se trata de una decisión adversa, sino que además se sabe que el proceso hasta llegar a esa decisión, en todos los casos, es muy lento. El tiempo pasa a ser uno de los factores más problemáticos, porque además es el recurso más escaso que tiene la institución". De hecho casi todos los nietos restituidos coinciden en que les hubiera resultado más sencilla la decisión si el análisis hubiera sido compulsivo. "El chico con dudas no está eligiendo desde una posición absolutamente libre, por eso hay que sacarle el peso de la decisión –opina Manuel Gonçalves–. La Justicia tendría que informarle que hubo un delito y que en su ADN está la prueba de ese delito"[6]. Manuel cree que el Estado tendría que explicar masivamente a la sociedad lo que ocurrió en el país durante la dictadura y que lo que ocurrió –de lo cual es responsable el Estado y en consecuencia toda la sociedad– debe ser resuelto de algún modo, en ciertos casos, por medio de un análisis genético. Sólo así la sociedad puede tomar conciencia. Incluso, Manuel dice que el joven con dudas también tiene que ponerse en el lugar de la familia que busca y no sólo en la posición de sus apropiadores: "De vos depende la búsqueda de 30 años de una familia, vos tenés la posibilidad de que esta familia termine su búsqueda o la siga por otro lado".

Las Abuelas tienen derecho a reclamar la extracción obligatoria pero frente a una negativa pueden seguir otra estrategia. A partir del caso de un joven que se negaba a realizarla, en el Banco Nacional de Datos Genéticos (BNDG) le dijeron que "si ese era su problema, no hacía falta que lo hiciera", puesto que a través de la saliva podían determinar su ADN. "Cuando tomamos conocimiento de esto, con la lógica del sistema penal empezamos a averiguar y se nos abrió todo un panorama. La lógica del sistema penal es: 'Vamos a buscar eso, ya no nos importa la sangre'. Es decir, podemos encontrar el ADN en otro lugar"[7], repasa Hazan. Desde entonces el equipo jurídico de Abuelas comenzó a trabajar la idea de realizar allanamientos para obtener el ADN a través de objetos personales

(colillas de cigarrillo, cepillos dentales, toallas, entre otros). La metodología se empezó a implementar con resultados positivos pero no en todos los casos. Sucede que las fuerzas de seguridad –responsables de los delitos por los que las Abuelas reclaman justicia– son, necesariamente, las que realizan los allanamientos. "Lo que ahora estamos exigiendo al Estado es que ponga en funcionamiento algún equipo que pueda hacer estos procedimientos de manera seria y confiable", apunta Hazan.

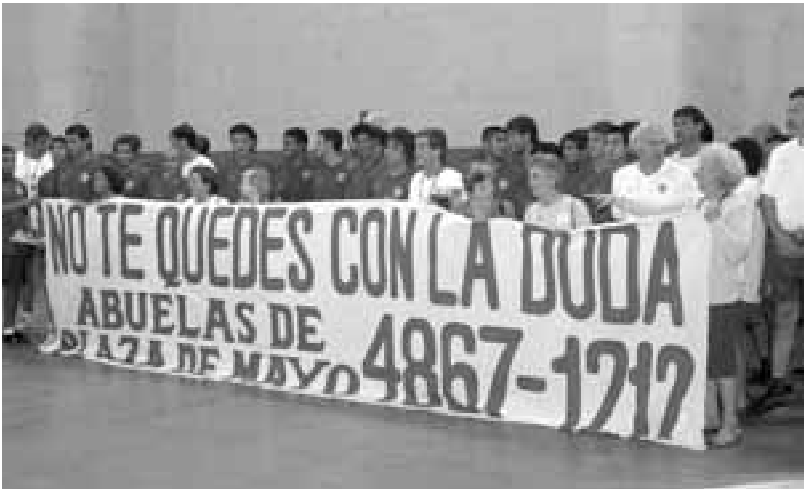
Pese a que algunos jóvenes aún no se animan a buscar su identidad, son cada vez más los que se acercan a la sede de Abuelas, a sus filiales o a la Red por el Derecho a la Identidad para conocer su origen. Este es el caso de **Gustavo Godoy**, quien en 2000 se presentó espontáneamente en la filial Córdoba con dudas sobre su identidad. Gustavo, hasta hacía poco, creía que había nacido en Paraguay –donde se crió– y que había sobrevivido a un accidente de auto en el que había fallecido toda su familia. Esto le contaron sus apropiadores cuando tenía seis años. Le aseguraron que lo habían adoptado. A los 19 años Gustavo dejó el Paraguay y se vino a estudiar a Córdoba. Lentamente la duda comenzó a despertar. Una razón por la que el joven eligió Córdoba fue porque una "tía" de la familia que lo crió como propio vivía allí. Esta mujer fue justamente la que lo empujó a dar el primer paso. "Un día me preguntó si no había averiguado nada de mis padres biológicos –cuenta Gustavo–, pero fue sólo eso"[8]. A partir de ahí, cada vez que el joven volvía, iba a visitar a sus "padres" –que en ese momento se estaban separando– e intentaba investigar algo. "Fue lento, porque al principio tenía miedo de lo que pudiera pasar, miedo a que hubiese sido abandonado. En los siguientes viajes que hice a Paraguay, le empecé a decir a mi 'viejo' que me contara la verdadera historia de mis padres, que quería saber quiénes eran. Él me decía que yo había nacido en una clínica de allá, que era el único sobreviviente de un accidente automovilístico. Pero lo seguí presionando y le dije que quería ir a la clínica para ver si había datos de mis padres, que si me quería acompañar"[9]. Esa noche el hombre se vio obligado a develar la mentira que había mantenido durante tantos años y le contó la verdad a Gustavo: que lo habían ido a buscar recién nacido a Campo de Mayo, gracias al contacto

con un militar, quien además les había facilitado los trámites de adopción y les había recomendado que se fuesen a Paraguay.

De vuelta en Córdoba, el joven se presentó en la filial de Abuelas. "Me sirvió mucho el contacto con las Abuelas. Te podés apoyar mucho en ellas y te ayudan completamente"[10], recuerda. Gustavo abrió su legajo en la CONADI y se hizo los análisis de ADN. Pero la espera fue difícil. Tres años tardó el resultado. Durante ese lapso visitaba la sede de Abuelas con frecuencia para tratar de calmar su ansiedad. Las Abuelas Sonia Torres y Otilia Argañaraz –que falleció en septiembre de 2005– y el equipo de colaboradores de la filial se convirtieron un poco en su familia y, como dice el joven, Sonia y Otilia en una suerte de "abuelas postizas". Finalmente, el 24 de noviembre de 2003, el BNDG le confirmó que era hijo del matrimonio de Olga Mabel Ferreyra y Oscar Donato Godoy, ambos secuestrados el 28 de febrero del 78 de su casa ubicada en el Barrio Ricardo Rojas de General Pacheco. Olga estaba embarazada a término del que sería su quinto hijo. La fecha probable del parto era para los primeros días de marzo de 1978. A los pocos días de saber el resultado del análisis, Gustavo viajó a Buenos Aires a conocer a su familia y allí se encontró con el notable parecido físico y el cariño de todos los que lo buscaban desde hacía 25 años.

En 2003 las Abuelas también se enteraron de que el embarazo de Liliana Sofía Barrios, compañera de Alberto "Cacho" Castro, no llegó a término. Liliana fue asesinada el 7 de abril de 1976. Estaba embarazada de cuatro meses, por lo que su familia buscaba a un niño o niña nacido en cautiverio. Sin embargo, cuando el 3 de agosto su cuerpo fue identificado por el Equipo Argentino de Antropología Forense (EAAF), se supo que fue asesinada estando aún encinta.

Ahora bien, en un contexto favorable para los derechos humanos y con una situación económicamente sustentable, las Abuelas pudieron realizar fuertes campañas de difusión para convocar a los jóvenes con dudas sobre su identidad. Las Abuelas consiguieron que la Secretaría de Medios de la Nación les brindara una pauta publicitaria por tres meses, que luego se prolongó, casi sin interrupciones, hasta la actualidad, bajo la gestión de Enrique Albistur.



Año 2003. Como parte de la nueva estrategia de difusión, se lanza la campaña *Deporte por la Identidad*. En la foto, las Abuelas junto con el plantel y el cuerpo técnico de Boca Juniors.

En julio lanzaron la campaña *Deporte por la Identidad* como una continuación de aquella de la que participaron deportistas de todo el país en 1997. La iniciativa, de alcance nacional, se inició con charlas informativas y entrega de material sobre las Abuelas en clubes de todos los tamaños, divisiones, especialidades y localidades. Después de cada charla los deportistas posaban para la foto con las Abuelas y los nietos que habían ido a visitarlos. “Me parece importantísimo apoyar a este tipo de organizaciones, sobre todo porque tiene que ver con la historia de nuestro país. Si nos olvidamos de nuestra historia nos puede volver a pasar”, expresó la campeona mundial de judo Daniela Krukower en uno de esos encuentros. Las Abuelas, además, asistieron a muchos partidos de la Primera División del fútbol argentino. Antes del comienzo, daban la vuelta a la cancha con una bandera que decía “Si tenés dudas sobre tu identidad, comunicate con Abuelas de Plaza de Mayo”. A la vez que difundían su lucha se nutrían de los aplausos y los cantos de apoyo de las hinchadas.

Deporte por la Identidad se extendió hasta 2004 e incluyó también una solicitada que firmaron deportistas de las más diversas disciplinas: fútbol, rugby, hockey, fútbol sala para ciegos, judo, entre otras. El objetivo era instalar el tema de la identidad entre los deportistas y sus seguidores, partiendo de la idea de que el deporte es un medio de socialización a través del cual se transmiten y ejercitan valores, sobre todo entre la juventud. El nombramiento de Claudio Morresi como secretario de Deportes de la Nación, en 2004, apuntaló aún más la campaña. Morresi ya venía colaborando con las Abuelas desde el 97 y desde entonces siguió acercando a más deportistas a la institución.

Siguiendo el antecedente de *Deporte por la Identidad* y como forma de sistematizar la ayuda de los artistas, en julio de 2003 se presentó la campaña *Arte y Cultura por la Identidad* que buscó promover la discusión acerca de la problemática de la identidad en el campo de la expresión artística. En este marco, fotógrafos, coreógrafos, cineastas, músicos, arquitectos y diseñadores trabajaron para organizar muestras, encuentros, recitales, concursos y eventos que se iniciarían en marzo de 2004. "Fue una de las tantas actividades que se realizan por fuera de la institución, con las que se trata de ir 'tocando' a distintos sectores de la sociedad para despertar su solidaridad con la búsqueda"[11], afirma Alicia Sanguinetti, fotógrafa y promotora del concurso *Fotografía por la Identidad* que se realizó junto a *Cine por la identidad, Danza por la Identidad* y *Arquitectura por la Identidad*. Sanguinetti es una antigua colaboradora y compañera de las Abuelas y fue quien retrató las primeras restituciones. También fue una de las curadoras de la muestra *El porvenir de la lucha de las Abuelas*, donde se expusieron fotografías, publicaciones, y trabajos audiovisuales. En 2003 las Abuelas cumplieron 26 años y para celebrar realizaron un nuevo programa especial, con producción de Sudamérica Cine y conducción de Esteban Prol y Juan Castro. *Todos los días. Abuelas de Plaza de Mayo, 26 años buscando a sus nietos* –así se llamó el programa– se emitió por Canal 7 y consolidó aún más la difusión de la lucha.

En el programa especial por los 26 años, que salió al aire el 22 de octubre de 2003, se estrenó el video *Puerto de Partida*, el corto de ficción destinado a las escuelas. A través de las historias de dos jóvenes, el filme plantea el tema del miedo que muchas veces implica la búsqueda de la verdadera identidad pero deja claro la necesidad de realizar esta búsqueda. Los jóvenes logran –de modos diferentes– vencer el temor porque llegan a sentir que sólo la verdad los hará libres. El cortometraje, con guión de Juan Carlos Cernadas Lamadrid y dirección de Vicente Linares, tuvo un elenco de primeras figuras: Hugo Arana, Valentina Bassi, Lola Berthet, Roberto Carnaghi, Joaquín Furriel, Osqui Guzmán, Diana Lamas, Martín Orecchio, Coco Sily, Catalina Speroni y China Zorrilla. El programa de los 26 años también incluyó el testimonio de Horacio Pietragalla Corti, quien había recuperado su identidad hacía muy poco. Ante las cámaras, Horacio relató que no tenía fotos de su mamá embarazada, que se sentía distinto a la familia que lo había criado y que en su entorno había un militar que tenía una chica apropiada. A partir de la historia de Horacio, pero del otro lado de la pantalla, Mariano Falco comenzó a pensar que él también podía ser hijo de desaparecidos.

Mariano Andrés era el nombre con que habían anotado a **Juan Cabandié Alfonsín** quienes decían ser sus padres. "Yo no había sospechado que era adoptado –asegura–. Nunca había tenido dudas de que mis apropiadores eran mis padres biológicos, incluso tenía rasgos parecidos a la mujer que me crió y a la hija biológica del matrimonio"[12]. Juan recuerda que cuando era chico, cada vez que Estela Carlotto aparecía en la televisión, Luis Antonio Falco, su apropiador, la insultaba de arriba abajo. También recuerda el férreo control que Falco –ex agente de Inteligencia de la Policía Federal– ejercía sobre él y, sobre todo, los maltratos físicos y psicológicos a los que lo sometía. A los 15 años Juan leyó el libro *Nunca Más* –que extrañamente se encontraba en su casa– y allí descubrió a varios amigos de Falco que figuraban en el listado de represores. Viéndolo con el libro, Falco se jactó de que un hermano suyo estuviera en ese listado con un seudónimo. Además Juan vivió de cerca la restitución de los mellizos Reggiardo Tolosa –a quienes conocía como "los mellizos Miara". De hecho jugaba con ellos

a la pelota en un club de la Policía Federal y aún hoy recuerda el día que los vio en la televisión y corrió a avisarle a su apropiadora: "¡Están los melli en la tele!". Pero fue en 2003 cuando las piezas del rompecabezas le empezaron a encajar. "A los 24 años, por primera vez, junté todos los elementos y pensé en el *Nunca Más*. La lógica de la dictadura tenía mucho que ver con lo que este hombre generaba conmigo"[13], reflexiona.

Recién entonces pudo poner en palabras lo que sentía. Juan estudiaba psicología. En cierta ocasión, con varios compañeros, se fueron presentando, hasta que le tocó el turno a Juan. "Yo vivo solo. Tengo un padre que es un *facho*. También tengo una madre que no se hace cargo de nada, que ha dejado que este hombre tenga un maltrato físico reiterado hacia mi'. Así empezó, y siguió avanzando en la descripción, y de pronto se detuvo: "Quizás sea hijo de desaparecidos", dijo. Luego se hizo un silencio, pero allí comenzó a salir a la luz lo que estaba dentro de sí. En el caso de Juan, como en la mayoría de los casos de los chicos que deciden indagar sobre su identidad, fue fundamental el entorno que lo acompañó, contuvo y ayudó durante la búsqueda. Según Juan, una de las personas que lo empujó a dar el gran paso fue su amigo Walter, a quien había conocido en un viaje de mochileros. En aquel momento hacía mucho que no se veían, se mantenían en contacto vía e-mail, pero Juan necesitaba verlo. Andaba con muchas cosas en la cabeza y sus dudas eran cada vez más fuertes. Confió en Walter porque, además, había militado en H.I.J.O.S. y podía darle alguna respuesta. Lo llamó y se encontraron. Le contó que sospechaba que era hijo de desaparecidos y Walter le aconsejó que empezara por preguntar a su madre si era hijo de ella. Antes de enfrentarla, Juan habló con su hermana Vanina. Ella lo apoyó de inmediato y, sin que Juan lo supiera, se contactó con Walter para ayudarlo. La mujer que lo crió, que desde hacía tiempo estaba separada de Falco, le aseguró y reaseguró que era su hijo. Juan le exigió que lo acompañara a su psicóloga. Allí la mujer confesó. "Se acercó a mí y me dijo que yo no era su hijo biológico, pero que ella no sabía cuál había sido mi origen, que de los trámites se había encargado su ex marido"[14], recuerda Juan. Ahí decidió contactarse con Abuelas.

Visitó la sede de Abuelas con Walter y Vanina. Fue atendido por los encargados del área de presentación espontánea, quienes luego de escuchar su relato le sugirieron que abriera un legajo en la CONADI. Juan estaba ansioso, pensaba que en ese mismo momento iba a saber todo sobre su identidad. Se dirigió a la CONADI, le abrieron un legajo, investigaron su documentación y se realizó el análisis de ADN. Seis meses más tarde recibió un llamado de la CONADI. Debía presentarse esa misma tarde. Juan no pensaba que ese día –26 de enero de 2004– iba a saber la verdad, aunque cuando llegó pudo notar que el personal del organismo, casi todas mujeres, lo miraba como sabiendo algo. Enseguida lo hicieron pasar a la oficina de la coordinadora, Claudia Carlotto.

–Muchacho, tenemos novedades –le dijo–. Este es el informe genético.

La funcionaria abrió una carpeta y le mostró la primera página donde estaban las fotos de Damián Abel Cabandié y Alicia Elena Alfonsín.

–Estos son tus papás –añadió.

A Juan le costó creer lo que le decían y lo que le mostraban. Pero rápidamente se fue familiarizando con esas caras. Se impresionó cuando Claudia le dijo las edades de sus padres al momento de ser desaparecidos: 19 su padre y 17 su madre, con cinco meses de embarazo. Claudia también le contó lo mucho que lo habían buscado su abuela Muñeca, segunda esposa de su abuelo paterno, y su tío Juan Carlos, que vivía en Costa Rica.

–¿Mi familia ya lo sabe? –preguntó Juan.

–Sí, están todos en la sede de Abuelas... ¿Querés conocerlos?

–Sí, vamos para allá.

Claudia le preguntó si quería llamar a alguien para que fuera con él y Juan no dudó. Llamó a Vanina, su hermana de crianza, que acababa de llegar de Brasil, donde había estado de vacaciones.

–Vanina, ya está. Encontré a mi familia, tomate un taxi y vení conmigo.

Cuando ella llegó, se tomaron un taxi a la casa de las Abuelas. En el camino Juan se preguntaba si sería verdad todo lo que le estaba ocurriendo. No podía terminar de creerlo. "Cuando llegamos estaba Horacio [Pietragalla] en la puerta. Yo lo había visto en el programa de los 26 años de Abuelas. 'Hola, ¿cómo andás?', le dije, mirándolo para arriba. 'Yo te

conozco, te vi en el programa de Canal 7'. Sentí un alivio y una contención muy grande, porque era alguien que había vivido lo mismo que yo"[15]. Juan se siente hermanado con el resto de los nietos recuperados.

"Sin conocernos en profundidad, sin que seamos todos amigos, tenemos un sentimiento fraternal que se renueva cada vez que aparece un nuevo nieto –dice Tatiana. Es como rellenar un poquito el corazón vacío por la pérdida, y eso pasó con Juan"[16]. Tatiana, desde su doble condición de nieta restituida y psicóloga, armó un área de acompañamiento para los nietos, con el fin de resolver los problemas puntuales que surgen en el proceso de restitución. Y fue en casa de Tatiana donde se comenzaron a hacer los primeros asados de bienvenida para los nietos. Tanto Juan como los demás nietos que fueron apareciendo pudieron disfrutar de ese ritual de encuentro.

Dos meses después de la restitución de Juan, se produjo el acontecimiento más impactante desde el juicio a las Juntas. El 24 de marzo, a 28 años del último golpe militar, la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA) fue oficialmente transformada en un "espacio para la memoria y la promoción de los derechos humanos". Desde la mañana miles de personas se acercaron a las puertas de la ESMA para aguardar la apertura del predio que pasaría de las manos de los asesinos a las de un pueblo con ansias de memoria, verdad y justicia. "En ese momento estábamos con la Abuela Haydeé Vallino de Lemos en una escuela de Villa Devoto dando una charla –recuerda Alba Lanzillotto–. Cuando pensábamos que ya podíamos irnos, los chicos nos empezaron a decir 'no se vayan que todavía falta'. Habían trabajado muchísimo y no paraban de preguntarnos cosas. Fue muy lindo. Así que estuvimos una hora más y después sí, salimos para la ESMA"[17] Ya en el lugar, junto con las Abuelas y otros 11 organismos, reclamaron a los miembros de las Fuerzas Armadas que dijeran de una buena vez "dónde están los centenares de niños secuestrados y nacidos en cautiverio".

Luego de que el presidente Néstor Kirchner concretó con el entonces jefe de Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, Aníbal Ibarra, la firma del convenio para el traspaso de la ESMA, el acto continuó en una calle



24 de marzo de 2004. El nieto Juan Cabandié habla en el acto de traspaso de la ESMA. Atrás, el ex jefe de Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, Aníbal Ibarra, el presidente Kirchner (tapado) y la senadora y primera dama Cristina Fernández.

lateral, donde se había montado un palco. "En nombre del Estado, vengo a pedir perdón", dijo el presidente Kirchner en su discurso. Minutos antes, dos integrantes de la agrupación H.I.J.O.S., Emiliano Hueravillo y María Isabel Prigione, ambos nacidos en la ESMA durante el cautiverio de sus madres, exigieron el esclarecimiento de la desaparición de sus seres queridos. Y allí también habló Juan Cabandié: "En este lugar le robaron la vida a mi mamá. Ella está desaparecida. En este lugar idearon un plan macabro de robo de bebés. Acá hubo personas que se creyeron impunes, jugando conmigo y sacándome la identidad. Pero el plan siniestro de la dictadura no pudo borrar el registro de la memoria que transitaba por mis venas y me fui acercando a la verdad. La verdad es libertad, y como queremos ser íntegramente libres, necesitamos saber la verdad total". La imagen y las palabras de Juan dieron la vuelta al mundo, pero

en ese mismo momento, muy cerca del palco, una joven escuchaba con especial atención su testimonio.

Victoria Donda Pérez sabía que existía la posibilidad de que ella hubiera nacido en la ESMA, pero aún no se decidía a analizarse. Cuando lo vio a Juan, sintió que ella también podía ser hija de desaparecidos. "Ese día en la puerta de la ESMA, pensé que si yo había nacido allí tenía que analizarme. Y me dije: 'Si esta mujer me tuvo acá adentro, en esas condiciones, era muy valiente'. Y yo siempre me había considerado una persona fuerte, que iba de frente, o sea que si no me analizaba sería una cobarde"[18], cuenta Victoria. El suyo no fue un caso de presentación espontánea. No sospechaba de sus apropiadores hasta que cierto día un grupo de jóvenes de H.I.J.O.S. y del equipo de investigación de Abuelas de Plaza de Mayo se acercaron a ella para decirle que tenían datos sobre ella que acreditaban que podría ser hija de desaparecidos. "Lo que faltaba era que yo me hiciera el ADN para comprobar si lo que habían averiguado, en base a denuncias anónimas, era cierto"[19]. Victoria militaba en la agrupación universitaria Venceremos y tenía plena conciencia de lo que había ocurrido durante la dictadura. A pesar del ambiente en el que se había criado, siempre había mantenido una postura crítica y además conocía la búsqueda de las Abuelas. Sin embargo jamás se le había cruzado la idea de que quienes decían ser sus padres la habían estado engañando todo el tiempo.

Los conocimientos de Victoria, fruto de varios años de militancia, le permitieron considerar que las sospechas estaban bien fundadas. "Conociendo el trabajo de Abuelas, sé que no andan por la vida diciendo a todos 'sabés que sos hija de desaparecidos'. Si me venían a decir eso era porque había un buen porcentaje de probabilidades de serlo"[20], explica Victoria. Pero su reacción no fue inmediata. Uno de sus temores –como el de la mayoría de los jóvenes que se niegan a analizarse– era el daño que pudiera causar a quienes la robaron antes de que ella tuviera uso de razón. Necesitó algunos meses para convencerse de que éste era su derecho y de que no existe el amor basado en la mentira. Mientras evaluaba si se sacaba sangre o no, se puso a buscar información: "En la casa de una chica de H.I.J.O.S estaba el libro de Abuelas [*Niños desapa-*

recidos, jóvenes localizados] y empecé a mirar las fotos de los compañeros y compañeras desaparecidos que tuvieron bebés en cautiverio. Además yo ya sabía que había sido apropiada por un grupo de Aeronáutica de zona oeste. Busqué en el libro si había una embarazada de zona oeste que hubiera tenido una nena durante la época en la yo podría haber nacido, y la encontré. Y al final, era yo"[21]. Por eso, cuando Victoria fue finalmente al Hospital Durand, le dijo a la directora del BNDG que la analizara con el grupo Donda-Pérez. "Yo había visto mis ojos en la foto de mi mamá"[22], asegura.

Del otro lado, la búsqueda se había iniciado en el preciso instante de la fundación de Abuelas. La abuela materna de Victoria, Leontina Puebla de Pérez, es una de las 12 fundadoras de la institución. Leontina buscó a su nieta sin descanso, hasta que por las amenazas decidió irse a vivir con su familia a Canadá. Pero la historia familiar de Victoria también tiene ribetes perversos. Su papá, José María Laureano Donda estudió en el Liceo Naval, donde participó de la formación de una organización peronista. Al recibirse continuó con su militancia, primero en la Unión de Estudiantes Secundarios (UES) y después en Montoneros. Adolfo Miguel, hermano de José María, también hizo la secundaria en el Liceo Naval, pero luego siguió la carrera militar. En dictadura llegó a integrar los grupos de tarea de la ESMA, donde utilizaba los alias de "Palito" y "Jerónimo". Aparentemente fue él quien dio la orden para matar a su cuñada Hilda, la mamá de Victoria, quien había sido secuestrada con cinco meses de embarazo. Y también fue él quien entregó a Victoria. Según testimonios de sobrevivientes, Hilda estuvo detenida en la Comisaría 3ra. de Castelar donde funcionaba un CCD de la Aeronáutica y en mayo fue trasladada a la ESMA, donde en agosto dio a luz a Victoria, a quien le pasó un hilito azul por la oreja, para asegurarse de que pudieran identificarla. La beba permaneció 15 días con su madre hasta que la mujer fue trasladada nuevamente a la comisaría. El propio Adolfo Miguel Donda hizo saber a los detenidos que la niña no llegaría a manos de su familia.

A pesar de tanta crueldad e impunidad, el 8 de octubre, días antes del 27 aniversario de las Abuelas, Victoria confirmó que era hija de desapa-

recidos y que tenía una hermana llamada Eva. "Si uno no conoce la verdad no hay forma de estar bien –dice la joven–. Podés hacer como hice yo, guardar las cosas en una caja, ponerla abajo de la cama, pero en algún momento vas a tener que saber la verdad e ir a ver qué hay adentro de la caja, porque nadie puede ser feliz sin ser libre"[23]. Tres años después la historia de Victoria se transformaría en una obra "documental" de TxI: *Vic y Vic*. Al mejor estilo *stand up* y aún en cartel al cierre de este libro, la pieza narra la amistad de Victoria Donda y Victoria Grigera, con la particularidad de que quien interpreta a Victoria Donda es Victoria Grigera (quien, a su vez, es personificada por Melina Petriella). Vic y Vic se conocieron militando en la Facultad de Derecho de la UBA y, aunque eran muy diferentes, se hicieron amigas, cuando Victoria Donda aún no sabía que era hija de desaparecidos. El padre de Victoria Grigera, por su parte, desapareció tres días antes de que ella naciera. Ninguna de las dos podía imaginar que en el momento en que Victoria Donda nacía en la ESMA, el padre de su amiga se encontraba allí secuestrado.

El ciclo 2004 de TxI estuvo compuesto por trabajos surgidos de talleres realizados el año anterior y por obras seleccionadas en el concurso de textos teatrales. Su actividad no se limitó a la Ciudad de Buenos Aires: también tuvo su lanzamiento en España y más tarde –durante septiembre y octubre– llegó a Mar del Plata con puestas de grupos de teatro, murga, danza y música de esa ciudad, vinculados a la filial.

Ese mismo año, un día después de la entrega de la ESMA, se estrenó la película *Nietos, identidad y memoria*, documental sobre las Abuelas y los nietos dirigido por Benjamín Ávila. Una semana antes, entrevistado por *Página/12*, el director contaba sus expectativas con el filme. "Queremos lograr un proceso de identificación: que lo vean los chicos y se identifiquen. Tengo un hermano que era bebé cuando fue apropiado [Diego Tomás Mendizábal Zermoglio]. Lo encontramos gracias a las Abuelas en 1984. A él había algo que no le cerraba en su historia. Motivar la duda en aquellos que tengan preguntas". Y contaba además el origen de la idea: "El productor Daniel Cabezas ya venía trabajando en la comunicación audiovisual de Abuelas desde hacía tiempo. Lo conocí en 2002 en Italia,

cuando fui a recibir el premio Taormina, por el corto *La Gotera*. Daniel, casualmente, había cuidado a mi otro hermano, Martín, en México, cuando tuvimos que exiliarnos. Mi mamá era pareja de Horacio Mendizábal, yo estuve exiliado en Cuba y mi otro hermano Martín en México. Un día Daniel me llamó y me dijo: 'Estoy terminando esto pero no me gusta cómo está quedando. Quiero hacerlo de nuevo'. Y la hicimos de nuevo"[24].

En un pasaje de *Nietos, identidad y memoria*, la Abuela Martina Ruiz de Schand saca un grabador y le da *play*. De allí sale la voz de su hija desaparecida que le habla a su propia hija, que también sigue desaparecida. Ese casete había sido guardado por todos estos años. "Esa mujer tenía 17 años y le habla a su hija, le dice que todo lo que hacen es por ellos, por la revolución, que vendrá un futuro mejor. Es impresionante tener la voz de tu mamá cuando te la arrebataron"[25], dice Ávila. *Nietos, identidad y memoria* fue distinguida con el premio Videoamérica a la mejor película en el festival Internacional de Cine Latinoamericano de Trieste, en octubre 2004. Un mes después se presentó en el Festival Internacional de Cine para la Infancia y la Juventud que se realizó en Buenos Aires entre el 4 y 10 de noviembre. En el debate posterior a la proyección para colegios secundarios participó el nieto Manuel Gonçalves, quien además trabajó en la producción del documental.

La actividad cultural de Abuelas durante 2004 continuó con la presentación de la muestra *Derecho a la identidad:¿Quién soy?*, resultado del concurso fotográfico convocado en la campaña *Arte y Cultura por la Identidad*, en el Centro Cultural Recoleta. En el marco de esta misma campaña, la Secretaría de Cultura de la Nación, junto con Abuelas, convocó a *Tango por la Identidad*, un certamen de letras de música ciudadana con el objetivo de reflexionar sobre la identidad y contribuir a vincular la producción artística con la lucha por los derechos humanos. Además, hubo una gran actividad académica y de capacitación: en Córdoba se realizó el seminario *Cuestiones actuales de Derechos Humanos*; en el Salón Dorado de la Legislatura del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires se llevó a cabo el Primer Coloquio Interdisciplinario de Abuelas, *Identidad: Construcción social y subjetiva*; y el Archivo Biográfico organizó en Paraná las

Segundas Jornadas de Jóvenes Investigadores *Actualidad de la Memoria*. La institución publicó dos libros más: el tercer tomo de *Los niños desaparecidos y la justicia*, recopilación de fallos jurídicos y sentencias de Abuelas de Plaza de Mayo, e *Identidad: construcción social y subjetiva*, que reunió las intervenciones del Primer Coloquio Interdisciplinario.

El 27 aniversario de las Abuelas se celebró en el teatro La Trastienda, del barrio San Telmo, y sirvió de cita a familiares, amigos, artistas, integrantes de otros organismos de derechos humanos, algunos funcionarios y nietos, cada vez más nietos. Dos días antes las Abuelas habían anunciado una nueva Victoria: Donda, la nieta de la Abuela Leontina. Y allí la joven hizo su primera aparición pública: tomó el micrófono, agradeció a las Abuelas y evocó a los 30.000 desaparecidos.

Con la conmemoración de los 27 años de Abuelas, comenzó una nueva campaña con el eslogan "Entre todos te estamos buscando", enfocada a convocar no sólo a los jóvenes con dudas sino también a sus amigos, novios, novias, compañeros de trabajo, parientes: a todo su entorno. La experiencia dice que la mayoría de los jóvenes transitaron el doloroso camino de la búsqueda acompañados por alguien que supo contenerlos y apoyarlos afectivamente, pero que a la vez supo darles información fundamental para canalizar su búsqueda.

Este fue el caso de **Pedro Luis Nadal García**, quien con la ayuda de Verónica, su mujer, pudo comprender que había algo raro en su historia familiar y accedió a realizarse el ADN. Las primeras denuncias acerca de Pedro llegaron a Abuelas en el 84. Aunque todas coincidían en señalar la participación del apropiador en grupos de tareas, las contradicciones de los datos impidieron realizar alguna acción inmediata. Con los años la información se fue completando a partir de nuevas denuncias, y el acceso a la documentación del aún niño hizo que las Abuelas pudieran acercarse a Pedro. El apropiador era un policía de la provincia de Buenos Aires, casado, con dos hijos, quien había inscripto a Pedro como hijo propio pero con otra mujer, al parecer su amante. Por esta razón, entre otras, Pedro no podía llamarlo "papá". El médico que "certificó" este falso nacimiento no fue otro que el ex médico policial Jorge Antonio Bergés. Abue-



25 de octubre de 2004. Abuelas y nietos celebran los 27 años de la Asociación en La Trastienda.

las logró hacer una primera judicialización del caso Nadal ante el juez Arnaldo Corazza, en La Plata. Sin embargo, la imprecisión de las denuncias provocó que se judicialice a uno de los hijos legítimos del policía. Cuando esto se confirmó, el caso fue cerrado. En febrero de 2003, cuando el equipo jurídico de la filial La Plata presentó una denuncia ante Corazza, contra Bergés, por los delitos de apropiación de menores, sustitución de identidad y falsificación de documento público, la acompañó de una investigación de varias partidas de nacimiento labradas a partir de los certificados firmados por el represor, y entre estos casos estaba el de Pedro. El 1 de octubre el joven fue citado por el juez a pedido de Abuelas y en el juzgado le comunicaron las sospechas que pesaban sobre su identidad. Él no estaba buscando, pero algo en su interior le decía que podía ser hijo de desparecidos. Su mujer, Verónica, ya se lo venía insinuando desde que eran novios pero Pedro se negaba a indagar.

Las sospechas propias y las charlas con Verónica convencieron a Pedro. Luego de ser citado por el juez, accedió a realizarse el análisis inmunogenético. El 26 de octubre se supo que era hijo de Hilda Magdalena García, desaparecida el 5 de marzo de 1976 junto con Pedro, que tenía 9 meses. Al momento del secuestro, Jorge Adalberto Nadal Martinengo, su padre, se hallaba detenido. Y sobrevivió. De inmediato Pedro quiso saber más sobre su historia, pero su archivo biográfico aún no estaba listo. Entonces fue a la sede de Abuelas Capital a buscar información. Fotocopió todas las denuncias relacionadas con su caso. Tres días después volvió a la casa de las Abuelas. Debía encontrarse con alguien. Llegó temprano a la cita. Se puso de nuevo a leer denuncias. "Yo estaba mirando unas carpetas y de repente veo que se asoma alguien. Y era mi viejo"[26], recuerda. El milagro del encuentro con un padre, que se había cumplido por última vez cuatro años antes, con el caso del nieto Gabriel Cevasco, se repitió. Pedro también se reencontró con Carlos, su hermano mayor, y desde esos días sigue visitando a las Abuelas. En un principio iba por información, pero de a poco empezó a ir sólo de visita. "Hasta hace poco siempre me llevaba algo, pero ahora vengo, saludo y me voy. Me siento bien", confiesa. Antes de ser citado en octubre por el juzgado, Pedro tenía la fantasía de que todos los nietos recuperados debían exponerse a los medios. Todavía recordaba las restituciones de Juan Cabandié y Victoria Donda. Pero enseguida supo que tenía la libertad de elegir si contaba o no públicamente su historia, y que las Abuelas respetan la intimidad, los tiempos y los deseos de sus nietos.

Si bien las Abuelas saben que los mejores premios que pueden recibir son sus nietos y nietas, saben también que las distinciones contribuyen a la búsqueda y les dan fuerzas para seguir. El 10 de diciembre de 2003 Estela Carlotto, como presidenta de la Asociación Abuelas de Plaza de Mayo, recibió el premio ONU de Derechos Humanos, galardón que la mayor organización mundial concede cada cinco años. Al recibir el premio, que dedicó a todas las Abuelas y a las mujeres argentinas, dijo: "Siempre digo que los premios son inmerecidos porque yo, personalmente, hago lo que debo. Yo soy una mamá que no voy a olvidar nunca a mi hija, no voy a olvidar nunca al nieto que debe estar en algún lado por-

que es un desaparecido vivo, y mientras yo tenga vida lo voy a buscar y voy a buscar justicia para Laura, y todo esto lo hago porque soy mamá y Abuela". Y añadió: "El premio de las Naciones Unidas es un alimento para la lucha. Los reconocimientos son buenos porque le permiten a uno confirmar que está en el camino correcto. Es un reconocimiento a nuestro empeño, nuestra tenacidad. Y nuestro objetivo sigue siendo el regreso de nuestros nietos". Por otra parte, en 2004, TxI obtuvo el premio Trinidad Guevara a la mejor producción teatral privada.

El Gobierno Nacional continuó con su política de reconocimiento de los delitos cometidos en el marco del terrorismo de Estado. En agosto impulsó el proyecto de reparación económica para los menores secuestrados en dictadura y el 30 de agosto diputados y senadores le dieron forma de ley: "Las personas que hubieren nacido durante la privación de la libertad de su madre, o que, siendo menores, hubiesen permanecido en cualquier circunstancia detenidos en relación a sus padres, siempre que cualquiera de éstos hubiese estado detenido y/o detenido-desaparecido por razones políticas, ya sea a disposición del Poder Ejecutivo nacional y/o tribunales militares y/o áreas militares, con independencia de su situación judicial, podrán acogerse a los beneficios instituidos en la presente ley", dice en su artículo 1° la ley 25.914, y agrega en el mismo artículo: "Las personas que por alguna de las circunstancias establecidas en la presente, hayan sido víctimas de sustitución de identidad recibirán la reparación que esta ley determina". Esto significó el reconocimiento por parte del Estado de la existencia de víctimas menores de edad durante la dictadura, pero también un intento, aún en construcción, de documentar los cientos de casos de niños que fueron secuestrados y torturados junto a sus padres.

La Justicia también mostró algunos avances: en septiembre el juez Corazza ordenó el arresto de Jorge Bergés, Miguel Etchecolatz y Norberto Cosán por la causa Camps, y el 30 de diciembre la Cámara Nacional de Casación –máxima autoridad penal del país– reconoció el derecho de los defensores oficiales a intervenir en causas sobre personas desaparecidas durante la última dictadura militar, sin importar que los familiares de esas víctimas no se hayan presentado.

Pero no todas fueron buenas noticias en 2004: en mayo, el EAAF confirmó que el embarazo de Adela Esther Fonrouge no había llegado a término. Su cuerpo había sido hallado en el Centro Municipal de La Plata. Adela había desaparecido el 11 de octubre de 1977, embarazada de cuatro meses de su compañero Juan José Libralato. A pesar de estos casos terribles, las Abuelas saben que la mayoría de sus nietos están vivos en manos de genocidas o cómplices del terrorismo de Estado. Por eso siguen diseñando estrategias para hallarlos. Con este objetivo, el 18 y 19 de noviembre realizaron en Buenos Aires el Primer Encuentro Nacional de la Red por el Derecho a la Identidad. Haciendo honor a la consigna lanzada durante el año –"Entre todos te estamos buscando"–, más de 80 integrantes de la Red llegaron desde todo país para renovar su compromiso con la búsqueda de las Abuelas. En este encuentro, la Red, que ya venía trabajando desde hacía más de un año, fue agrupada por regiones y en 24 nodos, con el fin de generar las respuestas más adecuadas a las diferentes realidades. Abel Madariaga, uno de los iniciadores de la Red junto con la coordinadora de la CONADI, Claudia Carlotto, fue quien presentó el trabajo de regionalización y enfatizó la necesidad de trabajar articuladamente entre las provincias cercanas y de planificar las tareas. El año 2004 terminó como había empezado: el predio donde funcionó el CCD El Olimpo fue entregado al Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires para convertirse en museo, al igual que la ESMA.

El título de tapa del mensuario institucional de abril de 2005 decía: "Casa nueva, vida nueva. La lucha continúa". La nota informaba que después de 17 años las Abuelas se mudaban. Sin planearlo habían crecido y la antigua casa de la calle Corrientes les había quedado chica. Allí estaban desde febrero del 88 y guardaban infinidad de recuerdos y anécdotas. Con la idea de conservar esas presencias, las Abuelas decidieron preservarla como la "casa histórica", como memoria de la asociación y de sus integrantes. Más adelante, piensan las Abuelas, la casa servirá para que estudiantes, periodistas e investigadores puedan acceder al conocimiento de



19 de noviembre de 2004. Los integrantes de la Red por el Derecho a la Identidad junto a los equipos técnicos de Abuelas y la CONADI, en el encuentro nacional realizado en el hotel Bauen.

la historia. "En esos vetustos cuartos de gruesas paredes y techos altos resuenan las risas y los brindis de cada vez que devolvíamos a un joven su verdadera identidad. También el dolor de perder a alguna compañera porque su corazón no resistió más"[27], escribieron las Abuelas al despedirse de su antigua sede. En marzo de 2005 se instalaron junto a sus equipos técnicos en la nueva casona de Virrey Cevallos al 500. A pesar de la nostalgia que les generó la mudanza, rápidamente se sintieron contentas y cómodas en su nuevo hogar. Y la mudanza estuvo acompañada de nuevos logros institucionales.

Uno de ellos fue la sanción de la ley 26.001, por la cual el Congreso de la Nación instituyó el 22 de octubre como Día Nacional por el Derecho a la Identidad. Precisamente un 22 de octubre, pero de 1977, las Abuelas habían comenzado su incansable búsqueda para restituir la identidad de sus nietos. Por otro lado, la Corte Suprema de Justicia anuló las leyes de

Obediencia Debida y Punto Final, a 18 años de su sanción, en el marco de la causa impulsada por Abuelas y el Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS) por las desapariciones de los padres de la nieta Claudia Victoria Poblete. El proceso lo habían iniciado las Abuelas en 1998 a raíz de la apropiación de Claudia. Y dos años más tarde, en acuerdo con Abuelas, el CELS presentó una querella criminal contra los responsables de la desaparición forzada de José y Gertrudis, sus papás. Esta decisión de la Corte permitió que prosperaran las investigaciones contra los responsables de las desapariciones de los padres de los chicos apropiados y así se removió el principal obstáculo para la búsqueda de justicia en relación con las violaciones a los derechos humanos cometidas durante la última dictadura.

"No se puede tapar el sol con una mano", dice el proverbio, y tal vez por eso, a pesar de los años transcurridos, las pruebas del macabro accionar del terrorismo de Estado siguen apareciendo. El 8 de julio de 2005 fueron identificados los restos de tres de las fundadoras de Madres de Plaza de Mayo: Esther Ballestrino de Careaga, María Ponce de Bianco y Azucena Villaflor de De Vincenti, secuestradas en diciembre de 1977. Se trató del primer caso que demostró, con argumentos científicos, "los vuelos de la muerte", revelados casi una década atrás por el ex capitán de corbeta Adolfo Scilingo. Las tres mujeres estuvieron secuestradas en la ESMA, donde las torturaron y luego las trasladaron. Fueron arrojadas vivas y narcotizadas al Río de la Plata. La aparición de los primeros cuerpos en playas del océano Atlántico, entre Santa Teresita y Mar del Tuyú, data del 20 de diciembre de 1977. Luego eran enterrados como NN en el cementerio de General Lavalle, provincia de Buenos Aires. El trabajo del EAAF en el lugar fue el que permitió el hallazgo y luego la identificación de los restos. "Nuestras Madres, incansables luchadoras que dieron la vida por sus hijos, no pudieron vencer a la muerte, pero eran tan obstinadas que sí pudieron vencer al olvido. Y volvieron. Y volvieron con el mar como si hubieran querido dar cuenta, una vez más, de esa tenacidad que las caracterizó en vida. La presencia de sus restos da testimonio de que no se puede hacer desaparecer lo evidente. Volvieron en ese amor incon-

dicional que sólo las madres tienen por sus hijos, para seguir luchando por ellos, por nosotros", leyó Ana María Careaga, hija de Esther Ballestrino de Careaga y actual directora del Instituto Espacio para la Memoria (IEM), en la conferencia de prensa que se llevó a cabo para anunciar la restitución de los restos.

Otro nieto que volvió del olvido y de la desaparición fue **Leonardo Fossati Ortega**, hijo de Inés Beatriz Ortega y Rubén Leonardo Fossati, desaparecidos el 21 de enero de 1977. "Cuando empecé a dudar conocía la búsqueda de las Abuelas, sabía que trabajaban de forma seria, pero no tenía toda la información que tienen los chicos ahora"[28], cuenta Leonardo. Sin embargo, tuvo la sospecha de que podía ser uno de los nietos que estaban buscando las Abuelas. En marzo de 2004 se acercó a la filial de Abuelas La Plata para tratar de esclarecer las dudas que tenía sobre su identidad. Después de la primera entrevista, el joven volvió a la filial para aportar más datos y contó que ya sabía que quienes lo habían criado no eran sus padres biológicos. En ese mismo momento, también en La Plata, se estaba desarrollando el juicio oral contra el médico policial Jorge Bergés y el ex comisario Miguel Etchecolatz por la apropiación de Carmen Gallo Sanz, otro caso resuelto por Abuelas. En abril Leonardo decidió presentarse ante la CONADI donde abrió un legajo personal que autorizaba a realizar todas las tramitaciones necesarias para dilucidar su origen. Desde un primer momento fue notoria la coincidencia de fechas entre la documentación del joven y los archivos de investigación de Abuelas. Todo indicaba, como luego se confirmó, que podía ser hijo de Inés y Rubén. En noviembre Leonardo se hizo el examen de ADN en el BNDG y el 11 de agosto de 2005 se supo que era hijo de ellos y que había nacido el 12 de marzo del 77 durante el cautiverio de su madre en la Comisaría 5ta de La Plata.

Inés tenía tan sólo 17 años y era su primer embarazo. Las otras detenidas le explicaban la forma de respirar y le daban consejos para el momento del parto. Cuando Inés comenzó con las contracciones, a inicios de marzo de 1977, sus compañeras de cautiverio pidieron la intervención de un médico. Se presentó Jorge Antonio Bergés, quien llevó escaleras arriba a la detenida Adriana Calvo, también embarazada, y a Inés. Allí les

practicó una "revisación ginecológica" y enseguida las devolvió a sus celdas. El 12 de marzo Inés volvió a tener contracciones. Los guardias la llevaron a la cocina. Sobre una mesada sucia, con los ojos vendados, atada de manos y frente a Bergés y otros miembros del centro clandestino, dio a luz a su bebé, al que llamó Leonardo. Inés y su hijo compartieron menos de cinco días, hasta que los guardias le anunciaron que "El Coronel" quería conocer al bebé y que él se encargaría de entregarlo a la familia, algo que jamás sucedió. Debieron pasar 24 años para que las dudas de Leonardo comenzaran a aflorar. Si bien no se parecía físicamente a sus "padres", en su casa había muchas fotos de recién nacido. Sucede que fue entregado el 20 de marzo del 77, tan sólo ocho días después de su nacimiento, por una partera de La Plata. De inmediato este matrimonio llamó a un pediatra amigo y lo anotó como hijo propio. La hermana de crianza de Leonardo, unos años mayor que él, a los 15 años se enteró, por boca de terceros, que no era hija biológica. Pero este hecho no despertó las dudas de Leonardo, quien siguió pensando que sí era hijo o, a lo sumo, que era hijo de algún otro integrante de la familia y continuó con su vida, trabajando en una empresa de turismo y haciendo teatro. En 1997 fue papá de Tomás, a quien en un primer momento pensó en ponerle Leonardo, sin saber aún que éste era su propio y verdadero nombre. En 2003 empezó un curso de teatro en Buenos Aires. Precisamente en una de estas clases, mientras hacía unos ejercicios, fue que Leonardo comenzó a dudar. A la salida tuvo una conversación con Alejandra, una compañera, y la duda se transformó en la decisión de presentarse en Abuelas.

En el lapso que medió entre su presentación y los resultados del ADN, Leonardo no estuvo nada tranquilo. A la incertidumbre por su identidad se habían sumado las dificultades económicas de su familia de crianza. Debió trabajar mucho e incluso dejar teatro, que era lo que más le gustaba. Igual se las arregló para averiguar más cosas sobre su origen. Sólo dos personas –Alejandra y un amigo– sabían que se había presentado en Abuelas. Hasta que llegó el 11 de agosto de 2005. Ese día Leonardo recibió un llamado del secretario del juez Corazza. Debía presentarse a la brevedad. Pero ese día no podía, tenía demasiadas cosas que hacer. "Es

importante que venga hoy", le dijeron. Leonardo no pensó que podía tratarse de su prueba genética. Pensó que podía ser algún acreedor de la empresa familiar. Resignado se presentó. Lo hicieron esperar –"Diez minutos eternos", recuerda Leo–, y luego pasó a la oficina del juez y conoció toda su verdad. Al rato llegaron Estela y Claudia Carlotto, un poco preocupadas porque no habían podido dar la noticia al joven, pero el apresuramiento del magistrado no empañó la alegría. Allí Claudia le contó a Leonardo que había conocido a sus padres. Fue la primera vez que alguien le hablaba de ellos. Luego pudo enterarse de muchas más cosas, de muchos parecidos con su padre, del encanto de su madre, gracias al encuentro con su familia: una tía paterna que adora, sus primos que viven en Venezuela –que viajaron en diciembre a la Argentina para conocerlo– y otra tía muy particular, hermana gemela de su mamá. Y también se integró a una familia más grande, la de las Abuelas y nietos de Plaza de Mayo. Leo tuvo su asado de bienvenida en Buenos Aires: "Fue muy bueno. Por un lado ningún acartonamiento, no era la clásica fiesta de bienvenida. Era, más bien, como que me decían 'Acá estamos, comamos un asado, tomemos unos vinos y para lo que necesites, contá con nosotros'. Así de sencillo y así de bueno". A Leo todavía le preocupaba la forma en que su hijo Tomás procesaría el cambio de identidad, puesto que ese cambio también lo alcanzaba a él. Pero fue muy simple. Leo le contó la historia y Tomás, luego de pensar un segundo, preguntó: "¿Y cuándo nos cambiamos el apellido papá?". Leonardo fue el mejor regalo para la filial de La Plata que ese año conmemoró sus 20 años de lucha.

Las Abuelas también fueron homenajeadas y distinguidas en 2004. Estela Carlotto recibió el doctorado Honoris Causa de la Universidad de Buenos Aires, luego de que el Consejo Superior aprobara la decisión por unanimidad. La presidenta de Abuelas recibió además el premio Maestros de Vida (entregado por la Central de Trabajadores Argentinos), que destaca a personalidades que por su trayectoria y ejemplo van iluminando el camino hacia una sociedad más justa. Por su parte, la Abuela Sonia Torres fue honrada con el Honoris Causa de la Universidad Nacional de Cordoba y, en nombre de todas las Abuelas, recibió el título de Ciudada-

na Ilustre de la capital cordobesa. La Universidad de Barcelona otorgó a las Abuelas el Doctorado Honoris Causa como un reconocimiento a la trayectoria de lucha en la historia argentina, que le fue entregado a Estela Carloto en representación de la institución. Fue la primera vez que Abuelas obtuvo este título por parte de una universidad europea. La vicepresidenta Rosa Roisinblit, en tanto, fue galardonada con el premio Trayectoria y Ejemplo de Vida, otorgado por la Comisión de Derechos y Garantías del Senado, conjuntamente con la Secretaría de Derechos Humanos bonaerense.

Las Abuelas siguieron trabajando en la investigación de sus casos, presentando más causas en la Justicia y sembrando conciencia a través de la difusión de su búsqueda. Así, en marzo, presentaron una nueva campaña con nuevos *spots* radiales y televisivos, también con la consigna "Entre todos te estamos buscando". La publicidad, denominada *El aplauso*, (con idea de Laura Arnaboldi y dirección de Vicente Linares), se realizó con la colaboración de personalidades de distintas disciplinas que se sumaron a la lucha de las Abuelas. En este marco, la filial de Córdoba se incorporó a la idea y llevó adelante, en su comunidad, una campaña gráfica bajo el mismo lema. Como continuación de *El umbral*, espacio radial de las Abuelas en Radio Nacional, se inició la emisión *Radio por la Identidad*, el semanario radial de Abuelas de Plaza de Mayo conducido por Conrado Geiger: "Lo más lindo que hemos hecho en el programa fueron las entrevistas a los nietos restituidos, conversar mano a mano con ellos, develar el misterio"[29], resume. Además se realizó un nuevo ciclo de TxI, que ese año cumplió un lustro y lo celebró con un gran lanzamiento en el teatro Broadway de la Ciudad de Buenos Aires. *Música por la Identidad* tuvo una nueva edición, en octubre, con conciertos de jazz, tango, folklore y rock que fueron acompañados por mesas redondas sobre música e identidad.

Por otra parte, fue un año de mucho trabajo en el área de capacitación y educación. Durante todo el año se desarrolló *Escuelas por la Identidad*, un proyecto conjunto entre el programa educativo Foro 21 de Canal 7 y Abuelas de Plaza de Mayo, que consistió en la incorporación de un espa-



Año 2005. Estela Carlotto, presidenta de Abuelas, recibe el título de Doctor Honoris Causa de la Universidad de Buenos Aires de manos de su rector, Guillermo Jaim Etcheverry.

cio mensual dentro del programa buscando promover la defensa del derecho a la identidad, con la participación de expertos, representantes de Abuelas y de organismos del Estado, como así también difundir diferentes experiencias que se llevaron adelante sobre el tema en escuelas de todo el país. Meses después se presentó el CD *Escuelas por la Identidad*, como parte de la Colección educ.ar. El CD, el número 10 de la serie, incluye videos, textos, actividades pedagógicas, experiencias de instituciones escolares, ponencias de especialistas y otros materiales para recorrer la historia argentina reciente, reflexionar sobre los derechos de los niños y conocer a las organizaciones que trabajan por la vigencia de estos derechos. El CD fue desarrollado en conjunto entre Abuelas, *Foro 21* y educ.ar. Por otro lado, en 2005 se llevaron a cabo dos coloquios interdis-

ciplinarios. En abril, en la Escuela Superior de Comercio Carlos Pellegrini y en la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA, se realizó el Segundo Coloquio Interdisciplinario *El porvenir de la memoria*, para reflexionar sobre diferentes problemáticas vinculadas con los derechos humanos, con la presencia de la sobreviviente e investigadora Pilar Calveiro, autora del libro *Poder y desaparición (los campos de concentración en Argentina)*. Y en noviembre, en la Facultad de Derecho de la misma casa de estudios, se llevó a cabo el 3er. Coloquio Interdisciplinario *Las violaciones a los Derechos Humanos frente a los derechos a la verdad y la identidad*, con la presencia del catedrático español de derecho penal Francisco Muñoz Conde, quien brindó dos conferencias bajo el título "El rol de los juristas en los autoritarismos". El fin de año llegó sin nuevas restituciones, pero las Abuelas recibieron la visita de uno de sus músicos favoritos: el catalán Joan Manuel Serrat. El cantante, de gira por el país, se acercó a la casa de las Abuelas para brindarles su apoyo y comprometerse con la búsqueda. Antes de partir, entre *flashes*, besos y abrazos, el nieto Horacio Pietragalla Corti le acercó una guitarra y le pidió un tema. El "Nano" entonó sus ya clásicos versos: "Son aquellas pequeñas cosas / que nos dejó un tiempo de rosas / en un rincón, en un pastel, o en un cajón". Y las Abuelas y los nietos, agradecidos, lo llenaron de besos y de abrazos.

Las Abuelas no descansan. Es que a pesar de los avances en materia de política de derechos humanos, los responsables de la apropiación de sus nietos siguen con su silencio corporativo y, a treinta años del golpe de Estado de 1976, aún falta encontrar a más de 400 nietos desaparecidos.

La primera actividad de 2006 fue *Música por la Identidad*. La nueva edición del ciclo que las Abuelas desarrollan para acercarse a los jóvenes con dudas sobre su identidad se realizó en la costa atlántica, con la colaboración del municipio de Villa Gesell y la solidaridad de los artistas Palo Pandolfo, Los Súper Ratones, Kevin Johansen y Pedro Aznar.

Los primeros y terceros jueves de enero y febrero, partía desde la sede de Virrey Cevallos una combi con una Abuela, algunos nietos, un inte-



Agosto de 2005. Muchos actores, músicos y teatristas participan de *Teatro por la Identidad*. Atrás, Lidia Lamaison, Patricia Sosa, Mauricio Dayub, Eduardo Blanco y Gabriel Goity. Adelante, Julieta Díaz, Manuel Callau, Florencia Raggi y Juan Gil Navarro.

grante de la Comisión Nacional por el Derecho a la Identidad (CONADI), los músicos invitados de la fecha y colaboradores para organizar el evento en la ciudad costera.

La metodología de trabajo era siempre la misma. Durante el viaje, entre mates y charlas, se doblaba y agrupaba el material de difusión: un volante con el anuncio del concierto y una versión reducida del mensuario institucional para ser distribuida en la playa y en la peatonal. El municipio local apoyó la difusión con publicidad en radio, mientras que algunos programas –radiales y televisivos– se hicieron eco del evento y entrevistaron a músicos, nietos y Abuelas.

De uno de estos viajes participó Lindsay Smith, una antropóloga estadounidense que se encontraba en la Argentina realizando su tesis de doctorado sobre Abuelas y se ofreció para registrar los viajes. Prendió la

cámara y uno de los jóvenes que iba en la combi contó su historia: "Me llamo Mario Frías Casado pero todos me conocen como 'Pichi'. Soy hijo de Pedro Arturo Frías y María Segunda Casado, ambos desaparecidos. En junio de 1978 cuando fueron secuestrados mi mamá estaba embarazada. En noviembre de ese año nació mi hermano o hermana. Tengo también dos tíos desaparecidos, hermanos de mi vieja, y la mujer de uno de ellos [Adriana Leonor Tasca], que estaba embarazada. Así que no sólo busco a un hermano sino además un primo o prima".

El testimonio de Pichi fue como una premonición. Al día siguiente, una de las integrantes de la delegación, Analía Lanza, recibió un llamado. Un joven que había abierto su legajo en la CONADI en septiembre de 2005, y que ella había acompañado durante todo ese tiempo de espera, tenía los resultados de sus análisis de ADN: "Incluyo en un 99,99 por ciento en la familia Casado Tasca", dijo del otro lado del teléfono **Sebastián Casado Tasca** y todo estalló en alegría. Pichi había encontrado a su primo.

La mamá de Sebastián, Adriana Leonor, estuvo detenida en el campo clandestino de detención La Cacha y esperaba a su bebé para fines de marzo o principios de abril de 1978. Según la partida de nacimiento, el niño nació el 27 de marzo de 1978 en La Plata. Gaspar Onofre "Quinto" Casado, su padre, desapareció en la ESMA. Ambos habían sido secuestrados, en forma separada, en diciembre de 1977. Sebastián supo que no era hijo de quienes decían ser sus padres 23 años más tarde, en 2001, y a partir de ese momento pensó que algún día tendría que buscar su origen.

Tres años después el joven escribió a las Abuelas, desde donde se lo derivó a la CONADI. Lleno de temores, Sebastián fue a la Comisión, pero no se animaba a abrir su legajo para iniciar la investigación sobre su identidad. "Luego entró a la página web de Abuelas y a la del *Nunca Más* –recuerda su tía Josefina "Cotita" Casado–, y buscó datos que le indicaran si era hijo de desaparecidos y quiénes podrían ser sus padres. La pantalla le mostró las fotos de Adriana y Quinto y allí se reconoció en su padre. Quinto a los 18 años era tremendamente parecido a Sebastián"[30]. La fecha probable de parto de Adriana que figuraba en la página web fortaleció las sospechas del joven. Asombrado y emocionado mos-



Diciembre de 2005. El cantautor catalán Joan Manuel Serrat de visita en la casa de las Abuelas.

tró la foto a sus amigos y todos coincidieron: “Loco, éste es igual a vos, es tu viejo”. Luego siguieron las averiguaciones y las preguntas a los responsables de la CONADI.

Las coincidencias con la familia Casado-Tasca eran muchas, pero sin la prueba de ADN no podía confirmarse la filiación. “No sé cuál fue el detonante de la búsqueda, pero de a poco me fue *cayendo la ficha* y realmente siempre estaba la posibilidad de ser hijo de desaparecidos, aunque nunca tuve la certeza hasta el análisis. Pero empezar a asumir la duda es un paso”[31], explica Sebastián.

La muerte del hombre que lo crió y un ejemplar del mensuario de Abuelas que le entregaron en la CONADI, donde su abuela Ángela Barili de Tasca hablaba de la búsqueda y de la esperanza de encontrar a su nieto, lo ayudaron a tomar la decisión. Fue entonces que resolvió abrir su legajo y posteriormente analizarse. En este tramo de la historia sus amigos Charly

y Santiago, su hermana de crianza, su novia Luz y la familia de ella fueron fundamentales; lo acompañaron y sostuvieron incondicionalmente.

El 29 de septiembre de 2005, Sebastián, acompañado por Luz, llegó al hospital Durand para analizarse. Cuatro meses después Sebastián recibió la noticia de que era el hijo de Quinto Casado y Adriana Tasca. Después de la llamada de Sebastián, su familia comenzó a llegar a la CONADI para conocerlo. Y se fueron sucediendo los abrazos, llantos, risas, y llamados. Ese mismo fin de semana, toda la familia Casado-Tasca se trasladó a Mar del Plata, siguiendo los pasos de Sebastián, quien de inmediato arregló el viaje para ver a sus abuelos Tasca que viven en la ciudad costera.

Mientras tanto, en Villa Gesell seguía *Música por la Identidad*. Desde el escenario Kevin Johansen dedicó varios temas de su repertorio a "Pichi que acaba de encontrar a su primo y aún busca a su hermano".

"El caso Casado Tasca fue distinto para mí porque era una familia que yo conocía mucho –recuerda Juliana García que también se encontraba en Villa Gesell y recibió la noticia junto a Pichi–. Lo Normal para nosotros es la búsqueda, el encuentro es algo extraordinario, todo muy feliz, pero raro"[32]. Juliana busca un hermano nacido en mayo de 1977, durante el cautiverio de su madre, en Campo de Mayo.

"Con la búsqueda uno va armando su historia. Yo con el tiempo me fui dando cuenta de que además de encontrar a un hermano, ansío terriblemente llegar al momento en que lo natural sea tener un hermano –confiesa la joven–. Por ahora lo cotidiano es la búsqueda, y cuando lo encuentre va a ser extraordinario. El primer tiempo me va a resultar una relación extraña, porque nunca tuve hermano, pero entonces se va a convertir en una relación natural de hermanos, como la tiene cualquiera".

Juliana guarda los mejores recuerdos de su abuela "Pierina" (Petrona Francisca Corso) con quien se crió y buscó a su hermano desde que tiene uso de razón. "Yo sabía que tenía un hermano porque me acordaba de mi mamá embarazada. Ella hablaba de su panza y yo sabía que ahí estaba mi hermano". Juliana, de chica, solía ir con su tío Tito a la casa de las Abuelas. Recuerda que era un lugar más de los muchos a los que iban para saber de sus papás y su hermano desaparecidos. Desde 1993 co-

menzó a colaborar, al pricipio, de forma esporádica. Formó parte del proyecto Archivo Biográfico Familiar, colaboró con las investigaciones que tenían pistas posibles para llegar a su hermano, y participó de todos los eventos organizados por la institución. Una década después, cuando dejó el banco en el que trabajaba, se incorporó al área de presentación espontánea para atender a los jóvenes con dudas sobre su identidad. Hoy trabaja en el área de investigación, "el área histórica de las Abuelas". Allí, Juliana junto a otras jóvenes colaboradoras investigan posibles casos de jóvenes apropiados –a partir de denuncias– y aportan datos al equipo jurídico, para abrir investigaciones en la justicia.

Con la alegría de la restitución de Sebastián Casado Tasca llegaron los 30 años del golpe de Estado de 1976 y el 24 de marzo se declaró feriado como Día Nacional de la Memoria. En cada rincón del país, grupos grandes y pequeños se organizaban para conmemorar un nuevo aniversario de la dictadura más sangrienta que tuvo el país.

En la ciudad de Buenos Aires, más de 100.000 personas repudiaron el golpe y recordaron a los 30.000 desaparecidos en una marcha convocada por Abuelas de Plaza de Mayo y otros organismos de derechos humanos, organizaciones sociales, sindicatos, partidos políticos, centros de estudiantes y asambleas vecinales. Las Abuelas y las Madres de Plaza de Mayo encabezaron la manifestación desde el Congreso de la Nación hasta la Casa de Gobierno, portando la bandera de 200 metros con las fotografías de los desaparecidos que cada 24 de marzo llevan los familiares. Fue un día histórico: "Algo nuevo se está cimentando en esta sociedad"[33], declaraba Estela Carlotto.

Escuelas, clubes, y toda clase de entidades invitaron a Abuelas y nietos para hablar sobre lo ocurrido durante la dictadura. "La experiencia fue muy emocionante, por haber podido estar ahí dando testimonio y recordando junto a un grupo de adolescentes y docentes lo que había pasado, haciendo memoria"[34], recuerda Claudia Victoria Poblete acerca de su primera charla en público, en la escuela "Sholem Aleijem" con la abuela Alba Lanzillotto.

Las distintas Redes por el Derecho a la Identidad también llevaron a cabo actividades para conmemorar el golpe en sus ciudades, así como

también las filiales. Mar del Plata realizó la primera Muestra Nacional de Diseño Gráfico, fruto de un concurso nacional de diseñadores que trabajaron sobre la memoria y la identidad. Entre el 22 de marzo y el 2 de abril del 2006 se expuso en el Teatro Auditorium de esa ciudad una amplia selección de trabajos de estudiantes y diseñadores gráficos de todo el país.

La filial La Plata, por su parte, organizó un mega recital en la céntrica plaza Moreno con un show en el que participaron bandas locales como Las Trampas de Lily y La Caverna, la banda española Tako y Los Pericos. Allí asistieron más de 15.000 personas.

Mientras tanto, en Buenos Aires, la banda Bersuit Vergarabat, grabó el tema y el video clip de la canción *Victoria Clara,* escrita especialmente para las Abuelas por el otro "pelado" de la banda, Juan Subirá. "Creo que esta historia, que es la que viven cerca de 500 chicos argentinos, fue la parte más macabra del plan de la dictadura"[35], declaraba Subirá a los medios. El tema cuenta "sin metáforas" la historia de una hermana, Clara, que busca a su hermana nacida en cautiverio, Victoria. "Para mí fue muy fuerte, porque yo soy una seguidora de la *Bersuit* de la primera hora, del 91, y de repente poder estar ahí, con ellos, con este tema, y que compartan la búsqueda de un hermano, es muy fuerte"[36], dice Juliana García.

El video clip fue un capítulo aparte: nietos y abuelas fueron invitados a grabar a una espaciosa quinta en Buenos Aires, donde luego de ser entrevistados y posar junto a los músicos para la foto, comieron un asado. Entre las Abuelas estuvieron Estela Carlotto, Aída Kancepolsky y Eva Castillo Barrios. Los nietos que asistieron fueron además de Juliana, Leonardo Fossati, Mario "Pichi" Frías, Manuel y Gastón Gonçalves y Juan Cabandié.

El resultado de este encuentro fue un programa especial de la *Bersuit*, con Abuelas y los nietos, en el que se presentó el video clip de la canción. El programa fue emitido el 24, 25 y 26 de abril por el canal musical *Much Music*, y la noticia levantada en todos los canales de aire: "Está bueno, porque es muy directo, ellos tienen llegada a muchos jóvenes y es bueno que el tema les pueda entrar por otro lado"[37], reflexiona Juliana.

Proyecciones de películas, charlas, debates, exposiciones, recitales, colocación de placas y plantación de árboles fueron sólo algunas de las decenas

de actividades que sirvieron para hacer memoria, a treinta años del golpe.

En este contexto de verdad, en septiembre, se resolvió el primer caso producto de la nueva estrategia del equipo jurídico de Abuelas. La hija de **María Elena Corvalán y Mario César Suárez Nelson**, desaparecidos entre el 8 y el 10 de junio de 1977, recuperó su identidad, pese a haberse negado a hacerse el análisis de sangre.

El caso de esta joven tenía 20 años de tramitación judicial en una causa que recorrió los dos fueros –provincial y federal– y que pasó por las manos de varios jueces y fiscales. El expediente en la Justicia se inició en agosto de 1985, pero Abuelas ya había reunido las primeras pistas en tiempos de dictadura cuando recibió una denuncia según la cual el cantante de tango y comerciante Omar Alonso, tenía una niña presuntamente hija de desaparecidos.

Los vecinos de Alonso y su esposa confirmaron que la mujer nunca había estado embarazada y que la niña les había sido entregada oculta en un camión militar. La pareja siempre mintió sobre el origen biológico de la niña y dio un falso relato de su supuesto nacimiento. Cuando se los citó, en 1985, se opusieron a las pericias científicas que podrían haber determinado la verdadera identidad de la joven en ese momento. Un año más tarde, se fugaron al Paraguay de Stroessner llevándose a la niña con ellos.

En 1993, finalmente, Alonso fue detenido en una de sus visitas a La Plata, pero la Justicia lo sobreseyó por "no hallarse probado el cuerpo del delito". Su esposa fue extraditada del Paraguay en 1996 y estuvo detenida, pero también fue liberada. La pareja era responsable de la sustracción, retención y ocultamiento de una menor de edad, y de la falsificación de documento público.

Diez años después, gracias a que la justicia ahora toma en cuenta la posibilidad de extraer ADN de otros elementos que no sean la sangre, se pudo obtener muestras sin necesidad de someterla al análisis. El juez federal de La Plata, Arnaldo Corazza, recibió del Banco Nacional de Datos Genéticos el resultado de la pericia de ADN que confirmó que la joven inscripta como Natalia Alonso era en realidad hija de personas desaparecidas durante la última dictadura militar, y que había nacido durante el cautiverio de su

madre en el centro clandestino de detención La Cacha. Natalia, que ahora sabe que su apellido es Suárez Corvalán, visita cada sábado el comercio de su tía, con quien de a poco está reconstruyendo su historia familiar.

Ésta fue la primera vez que se logró determinar la identidad de un hijo de desaparecidos a través de una medida judicial alternativa a la extracción de sangre. Un mes más tarde se resolvería otro caso con el mismo mecanismo. **Alejandro Sandoval Fontana** se negaba a la extracción de sangre y un allanamiento en su domicilio permitió obtener algunos objetos en los que se encontró suficiente ADN como para determinar que se trataba del hijo de Liliana Clelia Fontana Deharbe y Pedro Fabián Sandoval.

Sus padres habían decidido llamarlo Pedro, pero quienes lo apropiaron en enero de 1978, luego de que su madre diera a luz en un campo clandestino de detención, le pusieron Alejandro. Liliana y Pedro fueron secuestrados por fuerzas conjuntas el 1° de julio de 1977 mientras compartían una cena familiar en su casa de Caseros, provincia de Buenos Aires. Según cuentan los familiares, se escucharon fuertes golpes en la puerta de acceso a la vivienda y en cuestión de segundos cuatro individuos de civil con armas cortas y largas se llevaron a Pedro y a Liliana que estaba embarazada de dos meses y medio.

Por testimonios de sobrevivientes del centro clandestino de detención Club Atlético, se pudo saber que los jóvenes permanecieron detenidos allí y que Liliana fue trasladada para dar a luz. Desde ese momento no se supo nunca más nada de ellos. Desde que se enteraron que las embarazadas eran mantenidas con vida hasta dar a luz, las familias Fontana y Sandoval buscaron al hijo de Liliana y Pedro incansablemente.

El 14 de julio de 2006 –luego de recibir el informe del Banco Nacional de Datos Genéticos– la jueza federal de Capital Federal, María Romilda Servini de Cubría informó a la CONADI que estaban los resultados del ADN conseguido en el allanamiento y tres semanas después integrantes de la CONADI y del juzgado se reunieron con el joven para comunicarle que incluía en un 99, 99 por ciento en la familia Sandoval-Fontana. Es decir, que sus padres son Pedro y Liliana y que sus abuelos, tíos y primos lo buscan desde el momento en que hicieron desaparecer a sus padres.

Alejandro había sido inscripto como hijo propio por el ex agente de inteligencia de la Gendarmería Nacional, Víctor Enrique Rei.

Además de comenzar a utilizar vías alternativas para la extracción de ADN, la justicia volvió a avanzar contra los responsables de los delitos cometidos durante la dictadura. En agosto se dictó la primera sentencia contra un represor, luego de la anulación de las leyes de Obediencia Debida y Punto Final, cuando Julio Simón, alias "Turco Julián", fue condenado a 25 de años de prisión por violaciones a los derechos humanos cometidas durante el terrorismo de Estado.

La condena a Simón por el secuestro, tortura y desaparición forzada, en noviembre de 1978, de José Poblete y Gertrudis Hlaczik y la propiación de su hija Claudia, por entonces de ocho meses, estuvo a tono con lo que había solicitado la Fiscalía. Las querellas, en cambio, la abuela Buscarita Roa, así como el Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS), habían reclamado 50 años de prisión. Además, el Turco Julián se negó a declarar en la causa, negando así a los familiares el derecho a conocer el destino de sus hijos.

Sin embargo el represor sigue imputado por otros ocho delitos en el marco de las investigaciones que se llevan a cabo por lo sucedido en los centros clandestinos de detención Club Atlético, El Banco y El Olimpo. Por lo que seguramente seguirá enfrentando otros juicios orales.

El siguiente enjuiciado luego de la anulación de las leyes de impunidad fue el represor Miguel Osvaldo Etchecolatz, ex director de Investigaciones de la Policía Bonaerense, quien el 19 de septiembre de 2006 fue condenado a la pena de reclusión perpetua para cumplir en cárcel común. "Etchecolatz cometió delitos atroces y la atrocidad no tiene edad. Un criminal de esa envergadura no puede pasar un solo día de lo que le resta de vida fuera de la cárcel", leyó en la sentencia el juez Carlos Rozanski. Pero ese mismo día la alegría se tiñó de incertidumbre. Uno de los testigos clave del juicio a Etchecolatz, Jorge Julio López, fue secuestrado horas antes de que se leyera la sentencia contra su verdugo. Ni un rastro quedó de él. Un año más tarde, López continúa desaparecido y la investigación de su caso sigue en manos de la Policía de la Provincia de

Buenos Aires, la misma que secuestraba y torturaba durante la dictadura.

Las Abuelas editaron dos nuevos libros, cuya problemática resultó brutalmente actualizada por el caso López: *Derecho a la Identidad y persecución de los crímenes de lesa humanidad* y *Violaciones a los derechos humanos frente a los derechos a la verdad e identidad*. El primero, fruto del trabajo realizado para el Tercer Coloquio Interdisciplinario de Abuelas de Plaza de Mayo, bajo el mismo nombre. El segundo, completó la serie de libros jurídicos de la Asociación.

El 29 y 30 de noviembre se realizó el Cuarto Coloquio Interdisciplinario en la Facultad de Derecho y de Ciencias Exactas de la UBA. El objetivo del encuentro fue dar a conocer los aportes que ha brindado la ciencia a la búsqueda y recuperación de los nietos apropiados durante la última dictadura así como los aportes que la genética ha brindado a la búsqueda de justicia.

Este año también se creó la muestra *Sucesos ilustrados de Abuelas de Plaza de Mayo*, que fue expuesta en el Centro Cultural Recoleta. Esta pieza gráfica fue la concreción de una deuda pendiente con los ilustradores que colaboran con el mensuario de las Abuelas desde sus inicios. Dibujos de Lucas Nine, Pablo Bernasconi, Martín Kovensky, Mirian Luchetto, Daniel Roldán y Mariano Lucano integran el recorrido por la historia de los últimos años de las Abuelas, ya que cada dibujo remite a una noticia de la institución.

"Acaso no es lo que nos proponen las Abuelas con su trabajo diario: tener paciencia, creer en la solidaridad, dar amor, tener comprensión, pedir ayuda, generar redes... En síntesis, transformar la lucha dolorosa, en lucha astuta, en estrategia, en lucha femenina, sin prepotencia, sin violencia, trabajando en equipo –dijo Mirian Luchetto en la inauguración de la exposición–. Intenté no mostrar dolor, no mostrar víctimas, tratar de traducir la propuesta actual de Abuelas, el esfuerzo, el empuje, la garra y la juventud, como Abuelas y como mujeres que son".

Con ese empuje y ese esfuerzo las Abuelas continuaron trabajando con la difusión, pensada siempre como una herramienta de construcción de consenso y no como mero instrumento de comunicación. Cada acto, cada evento, cada charla brindada, cada programa, cada publicidad, cada

discurso, colaboran en la construcción de este contexto cada vez más favorable para que los jóvenes puedan dudar y sus compañeros puedan comprenderlos y ayudarlos en su búsqueda.

En este sentido la telenovela *Montecristo* representó un gran avance al incluir en su trama la problemática de los jóvenes apropiados. “Había un vacío de contenidos en las tiras diarias, me parece que *Montecristo* ocupó un sitio que estaba vacante. Además de que la conmemoración de los 30 años ayudó y el tema de la novela pegó”[33], reflexiona el guionista Marcelo Camaño quien junto a Adriana Lorenzón, adaptó para la pantalla chica el folletín de Alejandro Dumas.

Como una premonición, el mismo día en que la CONADI recibía la noticia de que se había encontrado a otro nieto, su foto aparecía en *Montecristo*, durante una escena grabada en la casa de las Abuelas. Éstas le habían solicitado a la producción de la tira mostrar las fotos de Marcos Suárez Vedoya y Rebeca Celina Manrique (ambos desaparecidos de bebés junto a sus padres) con la idea de que tal vez esos niños, ya adultos, se reconocieran en esas imágenes.

Marcos Suárez Vedoya, de él se trata este caso, no vio *Montecristo* ese día, pero meses antes ya se había hecho la prueba de ADN, sólo faltaba la respuesta del BNDG. Marcos confirmó que había sido secuestrado junto a su papá Hugo Alberto Suárez, en 1976, cuando fuerzas conjuntas los detuvieron en Buenos Aires. Desde ese momento Abuelas de Plaza de Mayo y su familia lo buscaron sin cesar.

Cuando Marcos fue desaparecido con su padre, entre el 8 y el 10 de diciembre del 76, lo buscaron en hospitales, comisarías, institutos de menores. El 30 de marzo de 2006 el joven se acercó a la sede de Abuelas con interés por conocer su filiación paterna ya que en su partida de nacimiento no figuraba indicación alguna respecto de su padre. De esta charla inicial surgió la ausencia de relatos o referencias confiables que le permitieran dar con el nombre de quien fuera su padre. Las narraciones que le habían dado eran confusas e inconsistentes, tanto que hacían imposible comenzar una búsqueda. La entrevista siguió por carriles como el de la construcción de los vínculos familiares y los relatos existentes acerca

de su nacimiento. Esto fue evidenciando algo que hasta el momento el joven no había logrado pensar: que también debía buscar a su madre.

Faltaban fotos de sus primeros meses, incluso de su primer año de vida. La "madre" le había dicho que las había perdido en un colectivo. Marcos tampoco se explicaba cómo una mujer que había trabajado en el ámbito de la salud había decidido tener a su hijo en la casa. Toda esta información imprimió un giro a la búsqueda, y se le aconsejó al joven que se presentara en la CONADI. No obstante, la búsqueda documental tampoco permitió hallar respuestas a los interrogantes formulados. Cerrada esta vía, el 22 de junio de 2006 se decidió realizar la extracción de la muestra hemática en el Hospital Durand y el 12 de septiembre se confirmó que Marcos era hijo de María Teresa Vedoya y Hugo Alberto Suárez.

Una vez informado de su identidad, Marcos partió con su foto de 40 por 40 bajo el brazo, la misma que se había usado en *Montecristo*. Dos días después, el 14 de septiembre, se encontró con su abuela Modesta, sus tíos y primos, en la sede de Abuelas. Allí se enteró de que su padre era estudiante universitario y que tenía 23 años cuando fue detenido. Le contaron que lo llevaba en brazos cuando los secuestraron y que nunca se separaba de él. Que su mamá, María Teresa Vedoya, había sido secuestrada el 20 de octubre del mismo año, cuando cursaba cuarto año de la carrera de medicina. Ambos militaban en Montoneros.

El abuelo materno, Luis Rodolfo Vedoya, fue quien había radicado en Abuelas de Plaza de Mayo un pedido de búsqueda por su nieto, que 29 años después tuvo un final feliz.

El 2006 no sólo cruzó ficción y realidad. A partir de la iniciativa de un grupo de personalidades de la cultura, el arte, la ciencia y el espectáculo, se realizó una campaña para homenajear a las Abuelas en su 29 aniversario, bajo a consigna *Gracias Abuelas*. El epicentro de la campaña fue el teatro ND Ateneo, donde se presentaron diversos espectáculos que recibieron buena cobertura de la prensa y que fueron una bocanada de aire fresco para seguir en la búsqueda.

El lanzamiento de la campaña se hizo el 23 de mayo. En esa oportunidad el actor y conductor Gastón Pauls, el periodista y ex combatiente de



Año 2006. La actriz Viviana Saccone agradece a las Abuelas en el ND Ateneo en el marco de la campaña *Gracias Abuelas.*

Malvinas, Edgardo Esteban, el cineasta David "Coco" Blaustein y el historiador Felipe Pigna, pusieron su voz para dar comienzo a una actividad que se replicaría en el interior del país con artistas y personalidades de cada provincia.

La siguiente actividad se realizó el 22 de agosto, cuando las Abuelas bailaron, cantaron y se emocionaron al ritmo del grupo Me darás mil hijos, y Palo Pandolfo, su invitado de lujo. La periodista y conductora Ernestina Pais, en dupla con el humorista Marcos "el Bicho" Gómez (también conocido por su personaje del payaso Malaonda), animaron la velada que comenzó con la proyección de un video en el que distintas personalidades del espectáculo agradecían a las Abuelas por sus 29 años de lucha: los cómicos Enrique Pinti y Guillermo Francella, el elenco completo de la tira *Montecristo* y el periodista Alejandro Fantino, entre otros, se sumaron a la iniciativa. Hubo muchos que se acercaron personalmen-

te a agradecer a las Abuelas, como el músico y actor Horacio Fontova, las actrices Valentina Bassi, Viviana Saccone, Susana Cart y Cristina Fridman, entre otros.

Luego, el 9 de septiembre se realizó el recital de Dema y su Orquesta Petitera. En esta ocasión fue la actriz Julieta Díaz la encargada de leer la solicitada que desde mayo circulaba como otra de las iniciativas de la campaña, y que incluía la firma de Diego Armando Maradona. “Me llamo Julieta Díaz. Puedo decirlo porque sé quien soy”, dijo la actriz al subir al escenario y luego leyó el texto: “Les arrancaron a sus hijos y a los hijos de sus hijos. Sufrieron esa doble negación de la vida. Un castigo infinito por dos. Los apropiadores tal vez creyeron que ese vacío de dolor las dejaría quietas para siempre, inmóviles mudas, pero esas abuelas se convirtieron en las Abuelas”. Entretanto el actor y conductor Coco Sily hizo las veces de maestro de ceremonia. “Estoy muy orgulloso de participar de esta campaña. He podido venir con mi hija, muchos no han podido y por eso estamos acá, porque el olvido se combate desde la militancia activa”, subrayó. Enseguida llegó la magnífica interpretación de la actriz Melina Petriella, que representó el testimonio *Una estirpe de petisas*, escrito por la dramaturga Patricia Zangaro para *Teatro por la Identidad 2002*. El monólogo en el cual una joven apropiada relata el momento en que recupera su identidad, conmovió a todo el público. Otras tantas personalidades siguieron el homenaje desde abajo del escenario, como el conductor de televisión Sebastián Wainraich, la cantante Adriana Varela, el conductor Jorge Formento, y el actor e integrante de *Teatro por la Identidad* Arturo Bonín.

En cada uno de los encuentros las Abuelas repetían: “Cuando nos enteramos del emprendimiento de estos queridos amigos, dijimos ‘cómo nos van a dar las gracias a nosotras’, somos nosotras las que tenemos que decir gracias por este acompañamiento”. Aún faltaban más actividades.

El mismo día en que la Asociación cumplía 29 años se llevó a cabo el cierre de la campaña *Gracias Abuelas*, con un mega recital del popular grupo Miranda! en Plaza de Mayo. Allí más de 20 mil personas disfrutaron de la música y manifestaron su adhesión a las Abuelas.

"Hoy es un día de fiesta porque las Abuelas somos alegres y nos gusta estar con los jóvenes, aprender de los jóvenes y aconsejar a los jóvenes", afirmó Estela Carlotto, frente a la multitud. "La mejor satisfacción es el respeto, la convivencia, la tolerancia, pero no se debe dejar de luchar cuando uno tiene cosas para hacer y decir. Cada uno de ustedes puede elegir el lugar que quiera, pero hay que elegir el lugar de acompañamiento a la historia, no miren la historia desde la vereda de enfrente", aconsejó la presidenta de Abuelas. A su lado, el nieto Juan Cabandié manifestó su orgullo de estar en la Plaza de Mayo por ser donde comenzó la lucha de las Abuelas: "Acá tuvieron que soportar balas de goma, palos, corridas, represión, y acá se gestó la idea de estas madres que empezaron a dar vueltas a la Pirámide de Mayo y que se juntaron con el objetivo de dar vida, de buscar la vida de todos nosotros, que hoy somos más de 80, pero todavía faltan más de 400, y por eso nosotros les pedimos a ustedes que nos ayuden a buscarlos".

Fue el último nieto, Marcos Suárez Vedoya, quien entregó una placa de agradecimiento a las Abuelas en nombre de todos los nietos restituidos. "A las Abuelas les debo todo", dijo al bajar del escenario, y confesó que éste era el primer festival al que asistía con su verdadera identidad, algo similar a lo que le ocurría a Sebastián CasadoTasca: "Es raro, he venido a otros festivales, pero éste es el primero como nieto recuperado. La actitud es la misma, la causa es la misma, pero ahora me siento más adentro". Quizás, al caer la noche, las más de 20 mil personas que fueron a la plaza, también se sintieron un poco más adentro de la problemática de Abuelas.

Antes de *Miranda!* hubo mucho más y para todos los gustos: el Payaso Malaonda abrió la jornada con un repertorio de chistes y acrobacias que hizo delirar a los más chicos, y se despidió con *Murga del olvidadizo*. Luego fue el turno del musical infantil *Derechos torcidos*, de Hugo Midón, y del grupo de teatro, títeres y máscaras Libertablas. Más tarde subió a escena la cantante y letrista Marcela Bublik, ganadora del concurso *Tango por la Identidad* por su tema *Soy*.

Después del tango llegaron el rock, los boleros y las rancheras del grupo Me Darás Mil Hijos que ya habían tocado en la campaña *Gracias Abue-*

las. Mariano Fernández, cantante de la banda, contó que ellos mismos pidieron estar en la plaza: "Cuando estuvimos en el ND Ateneo, en septiembre, nos dijeron 'el 22 va a haber un acto, pero va a ser chiquito, no va a haber sonido', y nosotros dijimos 'no importa, vamos con tres guitarras', pero de repente fue creciendo. Desde el lado show, esto es alucinante, soñado, y desde el lado causa, nada mejor en este momento, sobre todo por lo que viene pasando, la desaparición de Julio López, las amenazas. Esto sirve para que no nos metan miedo y se siga haciendo justicia".

Entonces, los glamorosos *Miranda!* no ocultaron su felicidad por estar en el homenaje a las Abuelas. En la carpa que hizo las veces de camarín, Alejandro Sergi, líder del grupo, expresó: "Es un honor y un orgullo enorme que nos hayan convocado, y verdaderamente venimos para apoyar la labor de Abuelas, que nos parece muy importante".

Se trató de un verdadero festival popular para toda la familia. La conducción estuvo a cargo de Conrado Geiger, Sebastián Wainraich y Coco Sily, a quienes se sumó sobre el final la actriz Valentina Bassi. En familia también se presentó la actriz Natalia Oreiro, quien se acercó a la plaza con su esposo, el cantante y guitarrista de Divididos Ricardo Mollo. Además de firmar autógrafos y derrochar carisma, dijo lo suyo arriba y abajo del escenario: "Venimos porque hay chicos que tienen dudas sobre su identidad y quieren averiguar quiénes son, para que sientan que no están solos, y venimos para agradecer a las Abuelas por estos 29 años de lucha, por hacernos sentir dignos, por no olvidar, por continuar la lucha a pesar de todo lo que pasó en estas tres décadas, por seguir acá presentes y tan unidas como siempre".

Durante el 2006 *Teatro por la Identidad Buenos Aires*, también desarrolló sus actividades. Decidió salir a hacer obras itinerantes por las provincias y algunas ciudades también se animaron a llevar adelante su propio *Teatro por la Identidad*. Fue el caso de Santa Fe, que con la colaboración de la filial de Abuelas de Plaza de Mayo Rosario, lanzó su primera temporada en octubre, para el 29 aniversario de la Asociación. Cabe destacar que estas iniciativas locales existían hacía un tiempo en las ciudades bonaerenses de San Miguel, Morón, Quilmes y Mar del Plata; y en las provincias de Córdoba,

Tucumán, Chaco, y Río Negro. En el exterior también han replicado la experiencia en las ciudades españolas de Madrid y Barcelona.

El fin de año deparó dos noticias más, una mala y una buena. La mala, el ataque informático que sufrió el sitio web de Abuelas, herramienta fundamental para el funcionamiento de la institución. La buena, el reconocimiento que recibió la abuela de Córdoba Sonia Torres de manos del presidente Néstor Kirchner, quien el 15 de diciembre le entregó el premio Azucena Villaflor de Vincenti, en la Casa Rosada.

Sonia Torres y el presidente Kirchner volverían a encontrarse tres meses más tarde. Fue el 24 de marzo de 2007 en Córdoba, cuando Kirchner encabezó el acto de entrega del CCD La Perla a la Comisión Provincial por la Memoria de esa provincia para ser convertido en un espacio de memoria. La apertura estuvo a cargo de Sonia, quien recordó que dos días después del golpe, su hija, embarazada de siete meses, y su esposo fueron secuestrados y trasladados a ese centro. "Busco incansablemente a mi nieto y busco justicia para Silvina, Daniel y nuestros queridos 30.000 desaparecidos", afirmó. El primer mandatario pidió nuevamente perdón en nombre del Estado al pueblo argentino, a los detenidos-desaparecidos, a las Abuelas y a los H.I.J.O.S. "por haber tardado tantos años, por la falta de coraje a la hora de asumir la responsabilidad". Kirchner también interpeló al Poder Judicial: "quiero decirle a la Justicia argentina y al Consejo de la Magistratura: basta, por favor, basta, juicio y castigo. Necesitamos que los juicios se aceleren". Cinco días antes del acto en La Perla familiares de víctimas de delitos de lesa humanidad habían presentado una denuncia ante el Consejo de la Magistratura de la Nación contra cuatro jueces de la Cámara de Casación Penal –Gustavo Hornos, Ana María Capolupo de Durañona y Vedia, Eduardo Rafael Riggi y Alfredo Bisordi–; los denunciantes detallaban que 193 recursos se hallaban pendientes de resolución, algunos radicados en la cámara hacía más de tres años.

A pesar de las demoras en la justicia, el año había comenzado bien para las Abuelas cuando en febrero se confirmó la identidad de **Pablo**

Hernán Casariego Tato, cuya búsqueda arrancó en septiembre de 1984 a partir de una denuncia de Carolina Giménez, tía abuela de Norma Tato. Giménez contó que su sobrina nieta había sido secuestrada el 14 de abril de 1977 a la una y media de la madrugada por fuerzas de seguridad en su domicilio, donde vivía junto a sus dos hijos, de su primer matrimonio con Luis Barbera, Sebastián y Matías, y su nuevo compañero Jorge Casariego. Habían vivido en la localidad de Martínez, luego cerca de La Plata, hasta que finalmente se instalaron en la Capital Federal, frente al Jardín Botánico. La joven fue secuestrada frente a sus hijos que fueron dejados con una vecina y luego entregados a su papá.

Norma y Jorge esperaban un hijo para agosto de 1977. La pareja fue vista en Campo de Mayo y sobrevivientes de este centro clandestino revelaron que Norma dio a luz a mediados de agosto, en el Hospital Militar de ese destacamento. Luego le sacaron a su hijo y la "trasladaron". Unos días antes Jorge había corrido el mismo destino.

Además de la denuncia de la tía abuela de Norma, desde 1984 las Abuelas recibieron muchas informaciones sobre dos niños presuntamente hijos de desaparecidos que estaban anotados como hijos del mayor médico del Ejército, Norberto Atilio Bianco, y su mujer Nilda Susana Wehrli.

Bianco revestía como médico traumatólogo del Hospital Militar de Campo de Mayo, formó parte de los grupos de tareas de ese centro ilegal de detención y estuvo a cargo de la maternidad clandestina que funcionó en esa guarnición militar. Por testimonios se sabe que Bianco se ocupaba de "repartir" los bebés. Era una de las pocas personas que tenía acceso a donde estaban las detenidas. Por eso, él y el médico Julio César Caserotto –ya fallecido– emitían las órdenes para la atención de las embarazadas detenidas-desaparecidas y los modos de realizar los partos.

Pero fundamentalmente, numerosos testimonios señalan a Bianco como una de las personas encargadas de la maternidad clandestina de Campo de Mayo, en todos sus momentos. Se ha logrado detectar el funcionamiento de, al menos, tres maternidades, que funcionaron en tres momentos diferentes: en la primera, las detenidas parían en el mismo CCD conocido como "el campito"; en la segunda, eran trasladadas al

Hospital Militar de esa dependencia y; en la tercera, las mujeres eran llevadas a dar a luz a la cárcel de encausados. Todo dentro de Campo de Mayo, todo bajo la mirada de Norberto Bianco.

Por su parte, Nilda Susana Wehrli, esposa del traumatólogo, no podía tener hijos. Sin embargo, en 1977 apareció con un bebé, Pablo, y un año antes, había aparecido con otra beba, Carolina. A fines de los 70 Bianco dejó a su esposa y a los niños y se fue a vivir con una joven estudiante de enfermería de Campo de Mayo, con quien tuvo un hijo propio. En el 83 fue destinado a Curuzú Cuatiá, Corrientes, pero un año después regresó y se instaló con su nueva mujer y el hijo en Bella Vista, a pocas cuadras de donde vivían Wehrli y los chicos.

En 1985, con toda esta información, Abuelas inició una causa en el Juzgado Federal N° 1 de San Isidro y logró un requerimiento judicial contra Bianco y Wherli. Sin embargo, Bianco abandonó a su segunda mujer y se fugó con Wherli y los dos niños apropiados al Paraguay de Stroessner. Durante varios años se realizaron gestiones ante las autoridades argentinas y paraguayas para acelerar los trámites judiciales en el vecino país a fin de obtener muestras de sangre de los menores y compararlas con las posibles familias.

Cuando se consiguió la extradición, en 1997, Bianco y su esposa fueron presos, pero por muy poco tiempo, ya que se les computó el tiempo que pasaron en Paraguay. En octubre de 2002, Abuelas logró acercarse al joven en Paraguay. A través de una nieta, Pablo accedió a someterse a los estudios hematológicos en un laboratorio particular, al margen de toda intervención judicial. En marzo de 2003, entonces, se supo que pertenecía al grupo familiar Casariego-Tato. Recién en agosto de 2004, Abuelas de Plaza de Mayo pudo volver a localizar a Pablo e informarle sobre su verdadera identidad.

En enero de 2007, Pablo y su hermana se presentaron en el juzgado donde estaba radicada la causa para develar el misterio sobre su identidad. El Juzgado dio intervención al BNDG a fin de ratificar el nexo biológico de Pablo con el grupo Casariego-Tato. El entrecruzamiento confirmó en un 99,99 por ciento que el joven es hijo biológico de Norma Tato

y Jorge Casariego, aunque su hermana excluyó con los grupos familiares del BNDG que se encuentran hasta el momento analizados. Carolina deberá seguir investigando sobre su origen, Pablo ya es libre, y desde hace un tiempo decidió vincularse con su familia biológica para reconstruir su historia familiar.

Un mes más tarde de la restitución de Pablo, recuperó su identidad **Rebeca Celina Manrique Terrera**. La foto de Rebeca, de niña, había aparecido junto a la de Marcos Suárez Vedoya –restituido en 2006– en una escena de la telenovela *Montecristo*. Celina había sido secuestrada en julio de 1977 junto a sus padres en la estación de ómnibus de Mendoza, cuando tenía ocho meses. Sus padres, Alfredo Mario Manrique, oriundo de San Juan, estudiante de Ciencias Económicas, y Laura Noemí Terrera, mendocina, maestra en una escuela de Luján de Cuyo, siguen desaparecidos. "La misma noche en que fue secuestrada la niña habría sido entregada a otra familia y desde entonces hemos tratado de recuperarla y de saber sobre mi hermana y su esposo", declaró el día de la restitución Mary Terrera, tía de Rebeca, entrevistada por medios mendocinos[39]. Las familias Manrique y Terrera habían hecho la denuncia en Abuelas. Luego los Terrera presentaron el caso ante el Movimiento Ecuménico por los Derechos Humanos (MEDH) de Mendoza que abrió un expediente ante la justicia federal de esa ciudad.

Desde 2003, el MEDH se convirtió en el referente de la Red por el Derecho a la Identidad de Mendoza. Antes ya colaboraba de manera informal, pero luego de la visita de los equipos técnicos que viajaron para conformar la Red, formalizó el compromiso de trabajar por la recuperación de los niños apropiados. Cuando el caso de Rebeca transitaba los lentos y frustrantes carriles de una investigación sin reglas ni estrategias, un dato echó luz sobre su historia. El 26 de septiembre de 2006 el MEDH recibió un correo electrónico anónimo de una persona que aseguraba haber reconocido a la niña de la foto que apareció en la tira *Montecristo*. Éste fue el punto de partida de una nueva investigación. El 1° de febrero abogados del MEDH reactivaron la causa por la apropiación de Rebeca ante el juez Walter Bento. "El juez entendió que había motivos de sobra para citar a la

chica y hacer una extracción de sangre para un análisis genético"[40], explicó el letrado Pablo Salinas a la prensa. Estela Carlotto, en representación de Abuelas de Plaza de Mayo, y su hija Claudia Carlotto, coordinadora de la CONADI, fueron a Mendoza para colaborar y ofrecer ayuda desde sus respectivos lugares. Desde que fue notificada de que no era hija de quienes decían ser sus padres, la joven fue acompañada por el equipo del MEDH que la ayudó a comprender lo importante que era conocer su identidad. En la sede de la entidad Rebeca pudo reconocerse en la foto que había aparecido en televisión y el 13 de marzo de 2007 se confirmó que incluía en un 99,99 por ciento en la familia Manrique-Terrera.

La restitución de Rebeca fue un ejemplo del compromiso de una sociedad que empieza a comprender que la apropiación de niños durante la dictadura es un problema actual y no un asunto del pasado. Asimismo fue un ejemplo de trabajo conjunto entre organizaciones defensoras de los derechos humanos. Con este mismo espíritu de acompañamiento las Abuelas participaron en abril de la conmemoración de los 30 años de las Madres de Plaza de Mayo. "Abrazamos a nuestras hermanas y compañeras, convencidas de que la lucha por la verdad y la justicia, la preocupación por los derechos de todos, la defensa de la vida y la siembra fecunda de memorias siempre nos encontrarán juntas sosteniéndonos y animándonos las unas a las otras"[41], escribieron las Abuelas en el mensuario de junio que además dedicó la tapa a la cobertura del acto que se realizó en la Feria del Libro para homenajear a las Madres.

En la Feria del Libro Abuelas distribuyó diversos materiales y un tríptico diseñado especialmente para la ocasión en el *stand* del Ministerio de Educación de la Nación. En el espacio del flamante Instituto Espacio para la Memoria (IEM) presentó en público el segundo informe sobre Maternidades Clandestinas realizado por la filial de Abuelas La Plata. El primero había sido presentado en 2004, en el salón de actos de la Unión de Trabajadores de Prensa de Buenos Aires (UTPBA). El segundo informe, de 500 páginas, es fruto de una minuciosa investigación sobre los centros clandestinos de la provincia de Buenos Aires que funcionaron como maternidades clandestinas. Además profundiza la reconstrucción de las

historias de mujeres embarazadas secuestradas durante la última dictadura militar, las condiciones que debieron soportar y conocer el destino que tuvieron los bebés apropiados ilegalmente.

Por otro lado, el equipo psicoterapéutico de Abuelas realizó en Rosario, junto con la filial de esa ciudad, unas jornadas de reflexión sobre *Transmisión y Memoria*. En Rosario también fue declarada ciudadana ilustre la vicepresidenta de la Asociación, Rosa Roisinblit. Otros galardones de lo que va de 2007 fueron: en el Día Internacional de la Mujer la representante de la filial de Córdoba, Sonia Torres, fue homenajeada por la Cámara de Diputados de la Nación, y en Francia Estela Carlotto recibió la Medalla de la Ville de París. Más tarde, en el marco del seminario *Testimonios de la solidaridad internacional*, organizado por la Cancillería, el embajador de Francia en la Argentina, Frédéric Baleine du Laurens, entregó la mención especial del *Premio 2006 de los Derechos Humanos de la República Francesa a las Abuelas de Plaza de Mayo*. “Este premio lo otorga cada año la Comisión francesa de los Derechos Humanos. Las Abuelas fueron elegidas de entre 150 ONG del mundo entero por su proyecto de crear en Córdoba, donde hubo tantas víctimas de la dictadura, una casa de las Abuelas como la que existe en Buenos Aires. Pero más allá de este proyecto, lo que se premia es su coraje, su valentía y su valor desde los tiempos de la dictadura”, expresó Baleine du Laurens antes de entregar el premio. Y explicó: “En la Argentina, madres, padres, familiares de las víctimas, así como también personas defensoras de la dignidad humana, intentaron denunciar los secuestros y el terrorismo de Estado. Desafiaron a los militares con un coraje que aún hoy no deja de asombrar. Alertaron a la opinión pública internacional. Los argentinos condenados al exilio fueron su portavoz. Desde Italia, desde los Estados Unidos, desde México, en España, en Francia, así como en tantos otros países, personalidades políticas, funcionarios públicos, artistas, y también ciudadanos comunes, se unieron a este combate contra la barbarie”.

Este reconocimiento fue el que impulsó a algunos países a llevar adelante juicios contra los responsables del terrorismo de Estado. En marzo de 2007 la Justicia italiana condenó a cinco represores. La decisión la

tomó la II Corte de Apelaciones de Roma que sentenció a cadena perpetua a los marinos Alfredo Astiz, Jorge "El Tigre" Acosta, Jorge Vildoza –apropiador de Javier Penino Viñas–, Antonio Vañek y Héctor Antonio Febres. El proceso había comenzado el 9 de junio de 1999 con la denuncia radicada por Inocencia Luca por las desapariciones de su esposo Juan Pegoraro y de su hija Susana Beatriz Pegoraro, embarazada al momento de su secuestro, a la que se sumaría la denuncia por la desaparición de Ángela María Aieta Gullo, madre del dirigente de la Juventud Peronista Juan Carlos Dante Gullo. Todos ellos eran ciudadanos italianos y fueron vistos en la ESMA. La acusación fue asignada al fiscal Francisco Caporale, quien ya había ocupado el mismo cargo en la causa que finalizara en 2000 contra otros siete militares argentinos que fueron hallados culpables de crímenes de lesa humanidad.

La defensa recayó en manos de abogados oficiales, en tanto que se adoptó para el proceso oral la modalidad de juicio por jurados. Las audiencias comenzaron el 19 octubre de 2006. Pasaron muchos testigos por la causa. Periodistas, políticos y ex militares trazaron un relato histórico de la Argentina desde la década del 40 hasta los indultos del primer gobierno de Menem. Después de esta primera fase, el tono de los testimonios viró hacia las historias vividas y sufridas por quienes sobrevivieron y por quienes nunca más volvieron a ver a sus seres queridos. La defensa de los imputados pudo muy poco contra la enumeración de datos y hechos. Luego de todas las exposiciones, el juez Mario Lucio D'Andrea, presidente de la Corte, condenó a todos los imputados a cadena perpetua. Se trató del octavo fallo en el mundo contra militares argentinos de la última dictadura.

Mientras tanto, a partir de la anulación de las leyes de impunidad, los represores también empezaron a ser juzgados en la Argentina. El 5 de julio comenzó en la ciudad de La Plata el juicio contra el ex capellán de la Policía Bonaerense Christian Von Wernich acusado por siete homicidios, 31 casos de tortura y 42 privaciones ilegítimas de la libertad durante la última dictadura. El caso de Von Wernich es una muestra de la postura colaboracionista que mantuvo la Iglesia Católica con el terrorismo de Estado.

Pero así como la Iglesia sigue sin reconocer esta postura, la Justicia sigue sin asumir un compromiso claro con el tema. A las demoras de la Cámara Federal de Casación, denunciadas a principio de año, se sumó la decisión de algunos jueces de liberar a presuntos represores con antecedentes de fuga antes del enjuiciamiento. En este sentido, las Abuelas manifestaron su preocupación frente a la resolución del Tribunal Federal N° 5 que dio por finalizada la prisión preventiva de Víctor Enrique Rei, represor, ex miembro de inteligencia de Gendarmería Nacional y responsable de la apropiación de un hijo de desaparecidos.

Paralelamente las Abuelas empezaron a conmemorar sus 30 años de lucha. Para ello reeditaron dos de sus libros históricos, *Botín de Guerra* e *Identidad, despojo y restitución*. Además presentaron una revista con la historia de la institución resumida y accesible para alumnos de escuelas primarias y secundarias. En marzo, junto al Ministerio de Educación, Ciencia y Técnica de la Nación, lanzaron un nuevo material de capacitación para trabajar en las aulas el derecho a la identidad, titulado *Las Abuelas nos cuentan*, apuntado a alumnos y docentes de escuelas primarias de todo el país. Al cierre de este libro se encontraban en imprenta los libros *Niños desaparecidos, jóvenes localizados 1975-2007* y el cuarto tomo jurídico *Derecho a la Identidad y Persecución de Crímenes de Lesa Humanidad*. Cada uno de estos materiales, así como el periódico de la Asociación, incorporaron un logo especial que hasta diciembre recordará el 30 aniversario.

Las Abuelas trabajan desde sus inicios en el ámbito de la educación. En las primeras épocas las escuelas eran sitios donde podían estar sus nietos. Más tarde, cuando los niños crecieron, pasaron a ser un espacio de construcción de memoria. Pero hoy vuelven a ser lugares de búsqueda, pues en los colegios están sus bisnietos, los hijos de sus nietos apropiados por la dictadura, que también ven lesionado su derecho a la identidad. Por esto las Abuelas siguen buscando justicia y verdad para sus hijos; restitución de la identidad para sus nietos, y ahora también para sus bisnietos. El crimen de apropiación no se resolverá hasta que el último de los nietos sea recuperado, ya que el crimen se perpetúa en la descendencia.

Luego de despedir a una de sus compañeras, Matilde Pérez, quien se

fue sin justicia para sus hijos pero pudo abrazar a su nieto Manuel Gonçalves, en junio las Abuelas restituyeron la identidad de **María Belén Altamiranda Taranto**. Belén tiene una hija de 10 años que hasta hace un tiempo, al igual que su madre, desconocía por qué tenía el pelo, los ojos, la cara que tiene. Gracias a que su madre conoce su origen, ahora ambas pueden reconocerse en los rostros y relatos de su familia biológica.

Belén es hija de Rosa Luján Taranto y Horacio Antonio Altamiranda, quienes fueron secuestrados el 13 de mayo de 1977 en su casa de la localidad de Florencio Varela, provincia de Buenos Aires. En la vivienda también estaban sus dos hijos, de dos y tres años, que fueron entregados por los represores a una vecina, quien luego los llevó con sus abuelos paternos. Al momento del secuestro, Rosa estaba embarazada de siete meses. La pareja fue vista en el CCD El Vesubio y por testimonios de sobrevivientes se sabe que Rosa fue llevada a dar a luz en su octavo mes de embarazo al Hospital Militar de Campo de Mayo. Luego del parto fue devuelta al Vesubio donde pudo relatarle a sus compañeras de cautiverio que había tenido a su bebé. A partir del relato de tres sobrevivientes de ese centro pudo reconstruirse el nacimiento de la hija de Rosa. Elena Alfaro, en el Juicio a las Juntas, declaró que "al momento de la desaparición se encontraba embarazada de siete meses, dando a luz en cautiverio a una niña a quien habría llamado María Luján". Años después, en los Juicios por la Verdad de La Plata, en 1998 y 1999, Susana Reyes y Ana María Di Salvo contaron que cuando Rosa llegó al octavo mes de embarazo fue trasladada al Hospital Militar de Campo de Mayo, donde le practicaron una cesárea. Las testigos recordaron que a Rosa le arrebataron su bebé sin permitirle siquiera conocer su sexo.

En abril de 1982 Irma Rojas realizó en Abuelas de Plaza de Mayo la denuncia acerca de la desaparición de su nuera embarazada de siete meses. Irma ya hacía tiempo que buscaba a su hijo y a su nuera junto a las Madres, pero cuando tomó conocimiento del trabajo de las Abuelas se acercó a ellas. Al principio iba a la institución una vez por semana, pero con el tiempo empezó a colaborar todos los días en la búsqueda de su nieta y de los nietos de todas las Abuelas.

El Movimiento Familiar Cristiano fue el encargado de entregar en adopción a Belén a los tres meses de vida. Fue inscripta como nacida el 7 de agosto de 1977, a pesar de haber nacido en junio de 1977. La joven vivió en Buenos Aires hasta 1988, cuando junto con su familia de crianza se mudó a la ciudad de Córdoba. Siempre supo que no era hija biológica. Más tarde, con apoyo de amigos y personas de su entorno, comenzó a pensar en la posibilidad de ser hija de desaparecidos.

En 2005 se decidió a llamar a Abuelas de Plaza de Mayo para averiguar sobre su identidad y de la sede de Abuelas Buenos Aires la derivaron a la filial de Córdoba. Belén se presentó en la filial y allí la orientaron para que iniciara su búsqueda. Las dudas se basaban en su fecha de nacimiento y en que no era hija biológica de sus padres. Sin embargo, por cuestiones personales Belén suspendió la búsqueda hasta que el equipo de la filial Córdoba, a mediados de 2006, retomó el contacto y la joven reinició su camino hacia la verdad. La filial dio intervención a la CONADI, que a pedido de la joven comenzó a realizar la investigación documental. Se obtuvo la partida de nacimiento de Belén, su legajo de adopción y se ordenaron los análisis inmunogenéticos. El 29 de junio de 2007 el BNDG informó al Juzgado Nacional en lo Criminal y Correccional Federal de la Capital Federal N° 1 que la joven pertenece al grupo familiar Altamiranda-Taranto con un 99,99 por ciento de inclusión. Dos días después Belén visitó la casona de las Abuelas. “¿Te puedo decir abuela?”, fue lo primero que le dijo a su abuela Irma que tanto la buscó. “Es tan cariñosa... desde el momento en que nos encontramos me abrazaba, me besaba. Cuando vinimos a Abuelas no me soltaba la mano”, describe Irma emocionada.

Belén también pudo abrazar a su hermana Natalia y al resto de su familia. Lamentablemente debió enterarse de la muerte de su hermano Cristian, a quien no pudo conocer. A la semana, Belén tuvo su asado de bienvenida. “Estamos muy contentos de que estés con nosotros y esperamos que ésta sea la primera de una larga lista de encuentros”, dijo el nieto Manuel Gonçalves. Y este deseo de encuentro resuena minuto a minuto en cada Abuela y en todos sus familiares, colaboradores y amigos que hace años buscan a los nietos.

Han pasado 30 años y, a pesar de los logros, aún falta encontrar a más de 400 nietos y el tiempo comienza a ser cada vez más escaso. "Hay que inventar una llave para abrir la corporación militar y que confiesen, porque ellos saben dónde está cada uno de nuestros nietos. Están como ejemplo algunos chicos encontrados a quienes sus apropiadores les dijeron los nombres de sus padres. Ellos saben dónde fueron dejados los niños y qué se hizo con ellos, había listas"[42], sostiene Estela Carlotto.

Las Abuelas, según el periodista José María Pasquini Durán, son de material blindado. "Porque no hay achaque ni actitud que se corresponda con su edad, que las detenga y les impida seguir avanzando como lo han hecho hasta el momento. Eso me parece formidable, cómo el compromiso amoroso es capaz de superar cualquier dificultad física y cualquier dictamen biológico para seguir peleando". Sostenidas por el deseo de encontrar a sus nietos, generaron saberes y conocimientos que sentaron precedentes en todo el mundo. "Han sido pioneras en desarrollar una perspectiva interdisciplinaria en el campo de los derechos humanos. Y han contribuido a generar avances en la psicología, la genética, el derecho internacional y la filosofía, a través de sus experiencias y acciones"[43], explica la antropóloga Rita Arditi, autora de *De por vida, historia de una búsqueda,* uno de los más completos y precisos libros sobre las Abuelas. "Porque poseen una fortaleza a la que es inútil oponérsele –asevera Raúl Belluccia–, y aunque sean dos van a seguir luchando"[44]. Pero las Abuelas serán cada vez más, porque ya han encontrado a más de 80 de sus nietos y han logrado que buena parte de la sociedad comprenda que la búsqueda es de todos.

En la semana del 24 de marzo de 2006, una mujer llamó a la sede de Abuelas. La joven contó que había estado en pareja con un muchacho que desconocía su origen y que ella sospechaba que podía ser un nieto apropiado. Contó que tuvieron un hijo pero que luego se separaron y nunca más lo volvió a ver. "Yo quiero saber si los abuelos de mi hijo están desaparecidos –explicó–. Mi hijo tiene derecho a saber cuál es su verdadero origen". Por ese joven que no sabe quién es; por su hijo, que tampoco lo sabe, y por la madre, que desea saber quiénes son los abuelos del niño, por todos ellos luchan las Abuelas. Y luchan, en definitiva, por la identidad de

todo un país, la cual estará falseada hasta tanto no se restituya la identidad a los más de 400 nietos que falta encontrar y a toda su descendencia. Pero las Abuelas saben que, tarde o temprano, la verdad asoma.



Manuel Gonçalves, su hija Martina y su abuela Matilde Pérez. Hoy Martina conoce la verdad sobre su origen. Pero muchos bisnietos, hijos de nietos apropiados que aún no recuperaron su identidad, siguen sin conocerlo.

NOTAS

CAPÍTULO 1 (1977-1980)
Dictadura, represión y apropiación

* NR: Cuando las citas textuales son fruto de entrevistas realizadas por los autores, sólo serán aclaradas en la primera aparición de cada capítulo.

1- Mensuario *Abuelas de Plaza de Mayo* N° 17. Buenos Aires, noviembre de 2002, p.3.
2- Entrevista a Raquel Radío de Marizcurrena realizada por los autores.
3- Revista *Proyecto de Recuperación de la Memoria Centro Clandestino de Detención Club Atlético*. Buenos Aires, 2004.
4- Blaustein, Eduardo y Zubieta, Martín. *Decíamos Ayer. La prensa argentina bajo el Proceso*. Buenos Aires, Colihue, 1998.
5- Nosiglia, Julio. *Botín de guerra*. Buenos Aires, Abuelas de Plaza de Mayo, 2007.
6- Entrevista a Yamila Grandi realizada por los autores.
7- Di Florio, Silvia. Entrevista a Sonia Torres en *Abuelas de Plaza de Mayo. Entrevistas Archivo 2007*. Buenos Aires, 2007.
8- Entrevista a Aldo Etchegoyen realizada por los autores.
9- Soriano, Juan, Tomo Dictadura y Democracia (1976-2001), en *Nueva Historia Argentina*. Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 2006.
10- Arditti, Rita. *De por vida, Historia de una búsqueda*. Buenos Aires, Grijalbo, 2000.
11- Entrevista a Nélida Navajas, cedida por la antropóloga Lindsay Smith, realizada en Buenos Aires, 2005.
12- Herrera, Matilde y Tenembaum, Ernesto. *Identidad, Despojo y Restitución*. Buenos Aires, Abuelas de Plaza de Mayo, 2007.
13- http//www.utpba.net
14- Entrevista a Andrew Graham Yooll realizada por los autores.
15- Fernández Moores, Ezequiel. Revista *Cuentas pendientes*, Año 2, N° 6, junio 1998.

16- Di Florio, Silvia. Entrevista a Antonia Acuña de Segarra en *Abuelas de Plaza de Mayo. Entrevistas Archivo 2007*. Buenos Aires, 2007.
17- Idem 10.
18- Idem 5.
19- Idem 12.
20- Entrevista a Rosa Tarlovsky de Roisinblit realizada por los autores.
21- Idem 12.
22- Idem 4.
23- Idem 10.
24- Di Florio, Silvia. Entrevista a Angélica Chimeni de Bauer en *Abuelas de Plaza de Mayo. Entrevistas Archivo 2007*. Buenos Aires, 2007.
25- Idem 12.
26- Idem 7.
27- Entrevista a Elena Opezzo realizada por los autores.
28- Idem 9.
29- Instituto Espacio para la Memoria. *Un espacio para la memoria*. Memoria anual, Instituto Espacio para la Memoria, Buenos Aires 2006.
30- Idem 9.
31- Entrevista a Estela Barnes de Carlotto realizada por los autores.
32- Idem 5.
33- Idem 5.
34- Idem 12.
35- Mensuario *Abuelas de Plaza de Mayo* N° 17. Buenos Aires, marzo de 2005, p.3.
36- Idem 3.

CAPÍTULO 2 (1981-1983)

Reconocimiento internacional del genocidio

1- Entrevista a Rosa Tarlovsky de Roisinblit realizada por los autores.
2- Di Florio, Silvia. Entrevista a Jorgelina Suárez de Pereyra en *Abuelas de Plaza de Mayo. Entrevistas Archivo 2007*. Buenos Aires, 2007.

3- Blaustein, Eduardo y Zubieta, Martín. *Decíamos Ayer. La prensa argentina bajo el Proceso*. Buenos Aires, Colihue, 1998.
4- Entrevista a Alba Rosa Lanzillotto realizada por los autores.
5- Entrevista a Edgardo Esteban realizada por Conrado Geiger y Clarisa E. Veiga en *Radio por la Identidad*. Buenos Aires, 2006.
6- Idem 3.
7- Herrera, Matilde y Tenembaum, Ernesto. *Identidad, Despojo y Restitución*. Buenos Aires, Abuelas de Plaza de Mayo, 2007.
8- Entrevista a Nélida Navajas, cedida por la antropóloga Lindsay Smith, realizada en Buenos Aires, 2005.
9- Idem 8.
10- Entrevista a Aldo Etchegoyen realizada por los autores.
11- Entrevista a Estela Barnes de Carlotto realizada por los autores.

CAPÍTULO 3 (1984-1989)
Democracia y desilusión

1- Algunos de los profesionales y colaboradores que trabajaron en la Asociación durante la década del 80 fueron: Los psicólogos Aída Canán, Arturo Galiñares, Marcelo Binchedi, Silvia Arredondo y Roberto Sevilla. Entre los abogados: Elena Mendoza, Mirta Boxer, Mirta Guarino, Ramón Torres Molina, Marta Casablanca, Hugo Spinelli, Pedro Kaufman, Mario Vinocur, Norma Maratea y Alcira Ríos. Entre los médicos y genetistas: Jorge Berra, Morris Tidball Binz, Raúl Petruch, Demián Córdoba. Entre los colaboradores en Secretaria e Informática: María Santa Cruz, Nora Gilges, Gustavo Mariani, Daniel Bustamante, Rafael Mazella.
2- Entrevista a Morris Tidball Binz realizada por los autores.
3- Entrevista a Raquel Marizcurrena realizada por los autores.
4- Ávila, Benjamín. Entrevista a Juan Pablo Moyano en el film *Nietos Identidad y Memoria*, Buenos Aires, 2004.
5- Entrevista a Muñeca Opezzo realizada por los autores.
6- Entrevista a Estela Carlotto realizada por los autores.
7- Herrera, Matilde y Tenembaum, Ernesto. *Identidad, Despojo y Restitución*. Buenos

Aires, Abuelas de Plaza de Mayo, 2007.
8- Entrevista a Rosa Roisinblit realizada por los autores.
9- Entrevista a Julio Strassera en *¿Quién soy yo?*, film de Estela Bravo.
10- Entrevista a Luciano Hazan realizada por los autores.
11- Idem 7.
12- Idem 7.
13- Idem 7.
14- Idem 7.
15- Entrevista a Ximena Vicario realizada por los autores.
16- Entrevista a Alba Lanzillotto realizada por los autores.
17- Entrevista a Elena Gallinari realizada por los autores.
18- Entrevista a Elena Gallinari realizada por los autores.
19- Mensuario Abuelas de Plaza de Mayo N° 16. Buenos Aires, octubre, 2002 p.3.
20- Idem 19.
21- Arditti, Rita. *De por vida, Historia de una búsqueda*. Buenos Aires, Grijalbo, 2000.
22- Entrevista a José María Pasquini Durán realizada por los autores.
23- Tiffenberg, Ernesto. "Derechos humanos y el diario, una creación colectiva" en *Página /12*, Buenos Aires, domingo 6 de mayo de 2007.
24- Idem 23.
25- Seoane, María. *Argentina. El siglo del progreso y la oscuridad*. Buenos Aires, 2003.

CAPÍTULO 4 (1990-1996)

La falta de justicia

1- Entrevista a Estela Carlotto realizada por los autores.
2- Entrevista a María Santa Cruz realizada por los autores.
3- Entrevista a Alba Lanzillotto realizada por los autores.
4- Vásquez, Rafael. *Ese sitio sin paz de la memoria*, Libros de Tierra Firme, Buenos Aires, 2007.
5- Entrevista a José María Pasquini Durán realizada por los autores.
6- Idem 5.
7- Arditti, Rita. *De por vida, Historia de una búsqueda*. Buenos Aires, Grijalbo, 2000.

8- Entrevista a Sabino Abdala realizada por Conrado Geiger y Clarisa E. Veiga en *Radio por la Identidad*. Buenos Aires, 2006.
9- Idem 8.
10- Idem 8.
11- Idem 8.
12- Idem 8.
13- Manal, *No Pibe*.
14- Idem 8.
15- Idem 8.
16- Book Larmer, Lost generation en revista *Newsweek*, 8 de febrero de 1993.
17- UTPBA (Unión de Trabajadores de Prensa de Buenos Aires). *La Construcción de la noticia: estudio de un caso de manipulación de la información*. Buenos Aires, 1994 (folleto y película).
18- Idem 7.
19- Entrevista a María Lavalle realizada por los autores.
20- Entrevista a Patricia Aballay realizada por los autores.
21- Entrevista a Tatiana Sfiligoy realizada por los autores.
22- Entrevista a Marcelo Castillo realizada por los autores.

CAPÍTULO 5 (1997-2002)

Los jóvenes son convocados

1- Entrevista a Manuel Gonçalves realizada por los autores.
2- Para el acto aniversario para conmemorar los 30 años del golpe de Estado de 1976.
3- Entrevista a Abel Madariaga realizada por los autores.
4- Entrevista a Conrado Geiger realizada por los autores.
5- Arditti, Rita. *De por vida, Historia de una búsqueda*. Buenos Aires, Grijalbo, 2000.
6- Battistiol, Lorena. *Reflexión en el boletín informativo interno del Archivo Biográfico Familiar de Abuelas de Plaza de Mayo*. Buenos Aires, 2001.
7- Frente a la impunidad que instauraron las Leyes de Obediencia Debida y Punto Final, para juzgar y condenar a los responsables del terrorismo de Estado, surgieron los Juicios por la Verdad. Estos significaron un avance para conocer la verdad acerca de lo

sucedido durante la última dictadura y determinar quiénes fueron los responsables de los crímenes. Su origen se debe a un litigio internacional de la Comisión Interamericana de DDHH, en el cual se exige al Estado argentino que realice estos juicios para responder a su obligación de esclarecer las violaciones a los derechos humanos.

8- Blaustein, David. Entrevista a Carolina Guallane (Paula Cortassa) en el film *Botín de Guerra*, Buenos Aires, 2000.

9- Idem 8.

10- Idem 8.

11- Idem 8.

12- Idem 8.

13- Idem 8.

14- Ávila, Benjamín. Entrevista a María de las Victorias Ruiz Dameri en el film *Nietos, Identidad y Memoria*, Buenos Aires, 2004.

15- Idem 14.

16- Idem 14.

17- Entrevista a Claudia Victoria Poblete realizada por los autores.

18- Entrevista a Miguel Rep realizada por los autores.

19- Entrevista a David "Coco" Blaustein realizada por Conrado Geiger y Clarisa E. Veiga en *Radio por la Identidad*. Buenos Aires, 2006.

20- Blaustein, David. Entrevista a Andrés La Blunda en el film *Botín de Guerra*, Buenos Aires, 2000.

21- Idem 20.

22- Idem 20.

23- Idem 20.

24- Idem 20.

25- Idem 20.

26- Blaustein, David. Entrevista a Berta Shubarof en el film *Botín de Guerra*, Buenos Aires, 2000.

27- Entrevista a Rosa Roisinblit realizada por los autores.

28- Ávila, Benjamín. Entrevista a Gabriel Matías Cevasco en el film *Nietos, Identidad y Memoria*, Buenos Aires, 2004.

29- Idem 18.

30- Idem 18.

31- Entrevista a Martín Mayta en http.www.clarin.com/17/02/2001
32- Idem 31.
33- Levin, Eugenia. “El lugar del intelectual frente a la vulneración del derecho a la identidad”, en Abuelas de Plaza de Mayo, *Identidad: Construcción Social y Subjetiva. 1er Coloquio Interdisciplinario de Abuelas de Plaza de Mayo*. Buenos Aires, 2003.
34- Idem 33.
35- Entrevista a Cristina Fridman realizada por Conrado Geiger en *Radio por la Identidad*. Buenos Aires, 2006.
36- Zangaro, Patricia. “Memoria Light: ¿Hay memoria sin historia?”, en *Identidad: Construcción Social y Subjetiva. 1er Coloquio Interdisciplinario de Abuelas de Plaza de Mayo*. Abuelas de Plaza de Mayo, Buenos Aires, 2003.
37- Daniel Fanego, testimonio recogido por los autores en el lugar del hecho.
38- Idem 33.
39- Entrevista a Leonor Manso realizada por los autores.
40- Entrevista a Raúl Belluccia realizada por los autores.
41- Cossa, Tito, “El teatro militante”, en Suplemento especial de Teatro x la Identidad, en el diario *Página/12*, Buenos Aires, 2001.
42- Levin Eugenia, Idem 33.
43- Pasquini Durán, José María, “Enamoradas”, en diario *Página/12*, Buenos Aires, martes 22 de octubre de 2002.
44- Idem 43.
45- Entrevista a Estela Carlotto realizada por los autores.
46- Argentina Rojo es la consuegra de la vicepresidenta de Abuelas, Rosa Roisinblit. Pudo conocer a su nieto Rodolfo en el 2000. Falleció el 4 de septiembre de 2005.
47- Entrevista a Alba Lanzillotto realizada por los autores.
48- Entrevista a Alicia Lo Giúdice realizada por los autores.

CAPÍTULO 6 (2003-2007)
La masificación de las presentaciones espontáneas

1- Mensuario *Abuelas de Plaza de Mayo* N° 24. Buenos Aires, septiembre de 2003, p.1.
2- Idem 1.

3- Entrevista a Horacio Pietragalla Corti realizada por Conrado Geiger y Clarisa E. Veiga en *Radio por la Identidad*. Buenos Aires, 2005.

4- Abuelas de Plaza de Mayo, *Comunicado de prensa sobre la restitución de Horacio Pietragalla Corti*, Buenos Aires, mayo 2003.

5- Mensuario *Abuelas de Plaza de Mayo* N° 23. Buenos Aires, noviembre de 2003, p.1.

6- Entrevista a Manuel Gonçalves realizada por los autores.

7- Entrevista a Luciano Hazan realizada por los autores.

8- Entrevista a Gustavo Godoy en http://juancruztv.blogspot.com/2007/06/gustavo-godoy-nieto-recuperado.html

9- Idem 8.

10- Idem 8.

11- Entrevista a Alicia Sanguinetti realizada por los autores.

12- Entrevista a Juan Cabandié realizada por Conrado Geiger y Clarisa E. Veiga en *Radio por la Identidad*. Buenos Aires, 2006.

13- Entrevista a Juan Cabandié, cedida por la antropóloga Lindsay Smith, realizada en Buenos Aires, 2005.

14- Idem 13.

15- Idem 13.

16- Entrevista a Tatiana Sfiligoy realizada por los autores.

17- Entrevista a Alba Lanzillotto realizada por los autores.

18- Entrevista a Victoria Donda realizada por Conrado Geiger y Clarisa E. Veiga en *Radio por la Identidad*. Buenos Aires, 2006.

19- Idem 18.

20- Idem 18.

21- Idem 18.

22- Idem 18.

23- Idem 18.

24- Blejman, Mariano "Yo quería saber a quién me parezco" en el diario *Página/12*, Buenos Aires, 20 de marzo de 2004.

25- Idem 24.

26- Entrevista a Pedro Nadal García realizada por los autores.

27- Mensuario *Abuelas de Plaza de Mayo* N° 42. Buenos Aires, abril de 2005, p.2.

28- Entrevista a Leonardo Fossati realizada por los autores.

29- Entrevista a Conrado Geiger realizada por los autores.

30- Mensuario *Abuelas de Plaza de Mayo* N° 53. Buenos Aires, marzo de 2006, p.1.

31- Entrevista a Sebastián Casado Tasca realizada por Conrado Geiger en *Radio por la Identidad*. Buenos Aires, 2006.

32- Entrevista a Juliana García realizada por los autores.

33- Mensuario *Abuelas de Plaza de Mayo* N° 54. Buenos Aires, abril de 2006, p.1.

34- Mensuario *Abuelas de Plaza de Mayo* N° 54. Buenos Aires, abril de 2006, p.4.

35- Documento de identidad, en suplemento Espectáculos, Diario *la Nación*. jueves 13 de abril de 2006.

36- Entrevista a Juliana García realizada por Conrado Geiger en *Radio por la Identidad*. Buenos Aires, 2006.

37- Idem 36.

38- Entrevista a Marcelo Camaño realizada por Conrado Geiger y Clarisa E. Veiga en *Radio por la Identidad*. Buenos Aires, 2006.

39- Mensuario *Abuelas de Plaza de Mayo* N° 59. Buenos Aires, abril 2007, p.1.

40- Idem 39.

41- Mensuario *Abuelas de Plaza de Mayo* N° 61 Buenos Aires, junio 2007, p.2.

42- Entrevista a Estela Carlotto realizada por los autores.

43- Entrevista a Rita Arditti realizada por los autores.

44- Entrevista a Raúl Belluccia realizada por los autores.

Agradecimientos

Para concretar cualquier trabajo hace falta siempre la ayuda de otros. Este libro es fruto del trabajo de quienes lo escribieron, pero también de mucha gente que nos acompañó en el proceso. Por eso, aquí nuestro agradecimiento.

En primer lugar, a Abel Madariaga por haber confiado en nosotros y haber convencido a las Abuelas de que podíamos contar estos treinta años de una historia pública pero también privada de Abuelas de Plaza de Mayo. A cada uno de los integrantes de las áreas de la institución que colaboraron desde su lugar, en especial a Juliana García y Andrea Di María que ayudaron en la verificación de la información. A Marcelo Castillo y su equipo por brindar datos; a Micaela Corbacho, por cubrir los huecos del área de difusión y a María Santa Cruz por su permanente ayuda.

A las Abuelas Raquel Marizcurrena, Alba Lanzillotto y Buscarita Roa y, nuevamente, a Abel Madariaga, por leer los borradores y brindar sus críticas constructivas y aportes.

También agradecemos a Silvia Di Florio y a las antropólogas Noemi Sneill y Lindsay Smith, que cedieron las entrevistas audiovisuales realizadas a Abuelas y nietos para alivianar el trabajo de campo; y a todos los entrevistados que brindaron su tiempo para construir este relato de múltiples voces.

A la familia Veiga que nos alojó en San Pedro para arrancar con la escritura y a nuestros afectos más cercanos: Laura, Nicolás, Romina, Edgardo, Laura, Manuel y Ana, y demás familiares y amigos que nos acompañaron en esta gratificante tarea de escribir la historia de Abuelas de Plaza de Mayo.

Guillermo Wulff, Luciana Guglielmo y Clarisa Veiga.

BIBLIOGRAFÍA

LIBROS Y REVISTAS

– Abuelas de Plaza de Mayo. *Los niños Desaparecidos y la Justicia. Algunos Fallos y resoluciones*. María Teresa Piñero Producción Gráfica y Editorial. Buenos Aires, 1988.
– Abuelas de Plaza de Mayo. *Los niños Desaparecidos y la Justicia. Algunos Fallos y resoluciones. Tomo II*. Abuelas de Plaza de Mayo. Buenos Aires, diciembre 2001.
– Abuelas de Plaza de Mayo. *Los niños Desaparecidos y la Justicia. Algunos Fallos y resoluciones. Tomo III*. Abuelas de Plaza de Mayo. Buenos Aires, abril 2004.
– Abuelas de Plaza de Mayo. *Derecho a la Identidad y persecución de crímenes de lesa humanidad. Tomo IV*. Abuelas de Plaza de Mayo. Buenos Aires, 2005.
– Abuelas de Plaza de Mayo. *Identidad: Construcción Social y subjetiva. 1er. Coloquio Interdisciplinario de Abuelas de Plaza de Mayo*. Abuelas de Plaza de Mayo. Buenos Aires, 2004.
– Abuelas de Plaza de Mayo. *El porvenir de la memoria. 2do. Coloquio Interdisciplinario de Abuelas de Plaza de Mayo*. Abuelas de Plaza de Mayo. Buenos Aires, septiembre 2005.
– Abuelas de Plaza de Mayo. *Violaciones a los derechos humanos frente a los derechos a la verdad e identidad. 3er. Coloquio Interdisciplinario de Abuelas de Plaza de Mayo*. Abuelas de Plaza de Mayo. Buenos Aires, 2005.
– Abuelas de Plaza de Mayo. *Restitución de niños*. Eudeba, Buenos Aires 1997.
– Abuelas de Plaza de Mayo. *Niños desaparecidos. Jóvenes localizados. En la Argentina desde 1976 a 1999*. Temas Grupo Editorial. Buenos Aires, diciembre 1999.
– Abuelas de Plaza de Mayo. *Restitución, apropiación, filiación*, compilado por Alicia Lo Giúdice. Buenos Aires, Abuelas de Plaza de Mayo. Buenos Aires, junio 2005.
– Abuelas de Plaza de Mayo. *Niños desaparecidos. Jóvenes localizados. En Argentina de 1975 a 2007*. Abuelas de Plaza de Mayo, Buenos Aires, agosto de 2007.
– Nosiglia, Julio. *Botín de guerra*. Abuelas de Plaza de Mayo. Buenos Aires, 2007.
– Herrera, Matilde y Tenembaum, Ernesto. *Identidad, Despojo y Restitución*.

Abuelas de Plaza de Mayo. Buenos Aires, 2007.
- Arditti, Rita. *De por vida, Historia de una búsqueda*. Grijalbo. Buenos Aires, 2000.
- Blaustein, Eduardo y Zubieta, Martín. *Decíamos Ayer. La prensa argentina bajo el Proceso*. Editorial Colihue. Buenos Aires, 1998.
- Romero, Luis Alberto. *Breve Historia Contemporánea de la Argentina*. Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires, 1994.
- Soriano, Juan, Tomo Dictadura y Democracia (1976-2001), en *Nueva Historia Argentina*. Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 2006.
- Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas. *Nunca Más Informe de la CONADEP*. Eudeba. Buenos Aires, 1984.
- Anguita Eduardo y Caparrós Martín. *La Voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina Tomo 5/ 1976-1978*. Grupo Editorial Planeta. Buenos Aires, 2006.
- Vásquez, Rafael. *Ese sitio sin paz de la memoria*. Libros de Tierra Firme, Buenos Aires, 2007.
- Book Larmer, "Lost generation", en revista *Newsweek*. 8 de febrero de 1993.
- UTPBA (Unión de Trabajadores de Prensa de Buenos Aires). *La Construcción de la noticia: estudio de un caso de manipulación de la información*. Buenos Aires, 1994 (folleto y película).
- "Búsqueda, lucha y permanencia. Entrevista a Estela Carlotto", en *Revista del Colegio Público de Abogados. N° 89*. Buenos Aires, febrero-marzo 2006, pp. 22, 23, 24.
- "Reconstrucción de la identidad de los desaparecidos. Archivo Biográfico Familiar de Abuelas de Plaza de Mayo", en Dossier A treinta años del golpe, en Revista *Ciencias Sociales. N°62*. Universidad de Buenos Aires. Abril de 2006, pp. 36-37.
- Un espacio para la memoria, en *Memoria anual*. Instituto Espacio para la Memoria. Buenos Aires, 2006.
- 30 años suplemento especial de *Página/12*, 24/03/2006
- Seoane, María. Argentina. *El siglo del progreso y la oscuridad (1900-2003)*. Editorial Crítica. Buenos Aires, 2004.
- Battistiol, Lorena. *Reflexión en el boletín informativo interno del Archivo Biográfi-*

co Familiar de Abuelas de Plaza de Mayo. Buenos Aires, 2001.
– Tiffenberg, Ernesto. "Derechos humanos y el diario, una creación colectiva", en *Pagina/12*. Buenos Aires, domingo 6 de mayo de 2007.
– Blejman, Mariano "Yo quería saber a quién me parezco", en el diario *Página/12*, Buenos Aires, 20 de marzo de 2004.
– Mensuario *Abuelas de Plaza de Mayo*, N°1 al 65.

DOCUMENTOS

- Acta constitutiva de la Asociación fechada el 9 de septiembre de 1983.
- Memoria institucional de Abuelas de Plazade Mayo de 1982 al 1985.
- Memoria institucional de Abuelas de Plaza de Mayo de 1986.
- Memoria institucional de Abuelas de Plaza de Mayo de 1987.
- Memoria institucional de Abuelas de Plaza de Mayo de 1988.
- Memoria institucional de Abuelas de Plaza de Mayo de 1989.
- Memoria institucional de Abuelas de Plaza de Mayo de 1990.
- Memoria institucional de Abuelas de Plaza de Mayo de 1991.
- Memoria institucional de Abuelas de Plaza de Mayo de 1992.
- Memoria institucional de Abuelas de Plaza de Mayo de 1993.
- Memoria institucional de Abuelas de Plaza de Mayo de 1994.
- Memoria institucional de Abuelas de Plaza de Mayo de 1995.
- Memoria institucional de Abuelas de Plaza de Mayo de 1996.
- Memoria institucional de Abuelas de Plaza de Mayo de 1997.
- Memoria institucional de Abuelas de Plaza de Mayo de 1998.

OTRAS FUENTES

- Di Florio, Silvia. *Entrevistas Archivo 2007*. Abuelas de Plaza de Mayo. Buenos Aires, 2007. (Video).
- *Blood Ties*, Gerbil Films Ltd. 2007. (Video).
- Especial Abuelas y Nietos. *Programa Legados Tandilenses*. Tandil, abril de 2006.

(programa televisivo).
- Bravo, Estela *¿Quién soy yo?* 2007. (Película).
- Blaustein, David. *Botín de Guerra*. 2000. (Película).
- Ávila, Benjamín. *Nietos, Identidad y Memoria*. 2004. (Película).
- Abuelas de Plaza de Mayo. *Radio por la Identidad*. Todas las emisiones de 2005 y 2006.

SITIOS WEB

- www.utpba.net
- www.juancruztv.blogspot.com/2007/06/gustavo-godoy-nieto-recuperado.html
- www.24demarzo.gov.ar
- www.abuelas.org.ar
- www.comisionporlamemoria.org
- www.cidh.oas.org
- www.cels.org.ar

ENTREVISTAS REALIZADAS POR LOS AUTORES

- Pasquini Durán, José María. Buenos Aires, 2 de abril 2007.
- Rep, Miguel. Buenos Aires, 10 de abril de 2007 (por correo electrónico).
- Geiger, Conrado. Buenos Aires, 11 de abril de 2007.
- Hazan, Luciano. Buenos Aires, 26 de abril de 2007.
- Morales, Víctor Hugo. Buenos Aires, 30 de abril de 2007.
- Castillo, Marcelo. Buenos Aires, 30 de abril de 2007.
- Manso, Leonor. Buenos Aires, abril 2007 (telefónica).
- Grandi, Yamila. Buenos Aires, abril 2007 (por correo electrónico).
- Etchegoyen, Aldo. Buenos Aires, abril de 2007.
- Arditti, Rita. Abril de 2007 (por correo electrónico).
- Lo Giúdice, Alicia. Buenos Aires, 3 de mayo de 2007.

- Roisinblit, Rosa. Buenos Aires, 10 de mayo de 2007.
- Sfiligoy, Tatiana. Buenos Aires, 11 de mayo de 2007.
- Fossati, Leonardo. Buenos Aires, 14 de mayo de 2007.
- Belluccia, Raúl. Buenos Aires, 15 de mayo de 2007.
- Gallinari, Elena. Buenos Aires 23 de mayo de 2007.
- Barnes de Carlotto, Estela. Buenos Aires, 29 de mayo de 2007.
- Graham Yooll, Andrew. Buenos Aires, 30 de mayo de 2007.
- Lanzillotto, Alba. Buenos Aires, mayo 2007.
- Opezzo, Elena. Buenos Aires, 4 de junio de 2007.
- Santa Cruz, María. Buenos Aires, 8 de junio de 2007.
- Sanguinetti, Alicia. Buenos Aires, 12 de junio de 2007.
- Vicario, Ximena. Buenos Aires, 26 de junio de 2007.
- Nadal, Pedro. Buenos Aires, junio de 2007.
- Gonçalves, Manuel. Buenos Aires, junio de 2007.
- Poblete, Claudia Victoria. Buenos Aires, junio de 2007.
- Suárez Vedoya, Marcos. Buenos Aires, junio de 2007.
- Radío de Marizcurrena, Raquel, varios encuentros en los meses de junio y julio de 2007.
- Aballay, Patricia. Buenos Aires, 16 de julio de 2007 (por correo electrónico).
- Lavalle, María. Buenos Aires, julio 2007.
- Núñez, César. Agosto 2007 (por correo electrónico).
- García, Juliana. Buenos Aires, agosto de 2007.
- Tidball Binz, Morris. 14 de septiembre de 2007 (telefónica).
- Madariaga, Abel, abril de 2007.